

## ÍNDICE

### Cuadernos del Cemyr nº 3, 1995

MARCOS MARTÍNEZ, <i>Presentación</i> .....	11
JESÚS CANTERA ORTIZ DE URBINA, <i>Función de la isla en los relatos franceses medievales</i> .....	17
NICASIO SALVADOR MIGUEL, <i>Descripción de islas en textos castellanos medievales</i> ..	41
JOAQUÍN YARZA LUACES, <i>La isla en la Edad Media: metáfora e imagen visual</i> .....	59
ISABEL DE RIQUER, <i>Las islas parlantes</i> .....	103
MONIQUE MUND-DOPCHIE, <i>L'ultima Thule dans l'imaginaire occidental. Les métamorphoses d'une île réelle en un pays fabuleux</i> .....	119
ENRIQUE BERNÁRDEZ, <i>«Islas» en una isla: la Islandia medieval</i> .....	139
JUAN GIL, <i>Las islas de la India</i> .....	157
JACQUELINE HADZIOSSIF, <i>Aperçu des îles grecques au Moyen Âge</i> .....	177
PIERRE GUICHARD, <i>L'islair arabe médiéval dans la Méditerranée et dans l'Atlantique</i> ..	199
ACTIVIDADES DEL CEMYR .....	209

Marcos MARTÍNEZ

## PRESENTACIÓN

El *Centro de Estudios Medievales y Renacentistas* (CEMYR) de nuestra Universidad de La Laguna no podría haber elegido mejor tema para el contenido de su quinto Seminario que el de «Los universos insulares». En un lugar como el nuestro, ubicado en unas islas de honda raigambre mitológica y legendaria, como son las Islas Afortunadas, celebrar unas jornadas que van a tener las islas medievales como objeto de estudio y análisis, no podría ser más acertado. Vaya, pues, de entrada, nuestra más efusiva felicitación a los organizadores por la elección de tan apasionante asunto que nos va a ocupar en los próximos días. Felicitación que queremos hacer extensiva también a quienes, en esta ocasión, se han responsabilizado de la confección del programa, ya que las ilustraciones del mapamundi del Beato y de la isla Utopía de la primera edición de la obra de Tomás Moro son dos excelentes imágenes insulares muy bien elegidas para la ocasión. Por nuestra parte quisiera, asimismo, agradecer muy sinceramente a los responsables de este evento el que hayan pensado en mí para hacer esta breve presentación.

Son ya algunos años los que venimos dedicando nuestra atención al tema de las islas en la Antigüedad y Edad Media, especialmente en los terrenos griego y latino. Puedo decirles con absoluta honestidad que cuanto más indagamos sobre ellos más difícil va resultando llegar a una clara definición y sistematización de sus múltiples tipos y variedades. Son tantas, y tan diversas, las noticias sobre el mundo insular en los textos citados que intentar hacer una clasificación y tipología de las islas resulta una tarea verdaderamente ardua. No obstante, seguimos en el empeño con la esperanza de ofrecer algún día al público interesado una monografía sobre una temática que, como isleños que somos, nos afecta muy de cerca. Vendría a ser esa obra algo así como una especie de *nesología* o tratado de las islas, hecha por un *nesófilo* apasionado, en el que se recogería lo más granado de los universos insulares, algo de lo cual pretendo adelantarles en esta modesta presentación.

Los geógrafos y los diccionarios al uso suelen definir la isla, más o menos, como porción de tierra rodeada de agua por todas partes y nos hablan de ellas por oposición a los continentes. Pero fuera de la geografía las islas no son eso. O mejor dicho, según esa definición, todo el planeta

es una isla, como ya lo afirmara en el siglo I a.C. el geógrafo griego Estrabón, cuando sostenía que por conocimiento empírico no quedaba más remedio que aceptar que el orbe habitado es una isla. Por otro lado, las agencias de viajes modernas de todo el mundo, y toda la retórica publicitaria inherente a ellas, no se cansan de decirnos que el paraíso se encuentra en alguna isla, ello a pesar de saber que el paraíso no existe, al menos en esta vida. Por eso las islas turísticas poco tienen que ver con las islas marítimas. Fuera de la geografía y del turismo, las islas son otra cosa. Son un *alter orbis*, otro mundo. Son espacios privilegiados de todo tipo de experiencia tendente a resolver el problema de la humana condición. Son los lugares apropiados de lo que podríamos llamar la geografía mental. De ahí la extraordinaria dimensión simbólica que les conferimos a las islas al verlas como centro, lugar de origen, punto de llegada, etc. Ello explica la mística particular que rodea a las islas y su riqueza alegórica de la isla-refugio, la isla-soledad, la isla-libertad, o sea, la isla como meta soñada, ideal a alcanzar, sinónimo de viaje y descubrimiento. Los psicólogos, por su parte, no se cansan de explicarnos ingeniosamente esta seducción del espíritu humano por las islas y así nos hablan de las islas y su identificación con el universo materno y el mundo de la más tierna infancia. Son, como ha dicho el gran medievalista Jacques Le Goff, el gran personaje del imaginario humano: un mundo cerrado y misterioso en el que la ficción genera la proyección de una facilidad ideal. Así se entiende que nuestro admirado paisano Luis Álvarez Cruz, que tanto escribió y poetizó entre nosotros sobre las islas, las definiera como «porciones de tierra rodeadas de teorías por todas partes». Si hay lugares especialmente idóneos para lo imaginario, esos son las islas. Como muy bien dice C. Kappler, las islas son, por naturaleza, los espacios en los que lo maravilloso, lo extraordinario, lo mítico y legendario existe por sí mismo fuera de las leyes habituales. Son los centros espirituales primordiales por excelencia, los espacios paradisiacos más socorridos, la sede, en una palabra, de todo tipo de utopía, o, como decía Lawrence Durrell, en su conocido libro sobre las islas más bellas del mundo, son «tierras llenas de encanto». Hacer ver esto será uno de los objetivos del presente Seminario.

Pero las islas como objeto de estudio y como protagonistas de las más diversas creaciones artísticas y científicas del ser humano han figurado en un sinfín de obras. En el mundo de la música, Haydn, sobre un libreto de Métastase, dedicó una de sus óperas a la *isla deshabitada*. Otros grandes músicos que prestaron cierta atención al mundo insular son Lully, Gluck y Rameau, sin olvidar a M. de Falla con su sinfonía de *La Atlántida*. Se ha dicho, no sin cierta razón, que la isla más bella es la que no existe, la inencontrable, la *Non Trovata*, el lugar de ninguna parte de la fantasía y utopía humanas. Esta isla ha sido cantada últimamente por los italianos Edoardo Bennato en *L'isola che non c'è* y Francesco Guccini en *L'isola non trovata*, en sendas canciones compuestas, la una en homenaje a Peter Pan y la otra a Guido Gozzano.

En la pintura es digno de reseñar el famoso cuadro *El embarque rumbo a Citera* del pintor del siglo XVIII A. Watteau, así como los cuadros sobre islas de la pintora contemporánea, de origen checo, I. Dedicova. El tema de la isla en el cine es tan considerable que sólo puede ser objeto de una monografía aparte en la que necesariamente tendrían que aparecer títulos como *La fuga de Alcatraz*, *Papillón*, *El lago azul*, *Rebelión a bordo*, etc. El hecho de que Dante, hacia 1300, situara el Purgatorio en una isla ha hecho más por la divulgación de este escatológico concepto que todas las elucubraciones teológicas que le precedieron. Grandes pensadores e historiadores del pensamiento se han servido también de la isla como metáfora o punto de referencia de sus ideas. Montesquieu, por ejemplo, decía en su *Defensa del espíritu de las leyes* que las gentes de las islas son más propensas a la libertad que las del continente y Hume abre sus famosos *Ensayos sobre el entendimiento humano* con la referencia a la isla desierta, mientras que Rousseau, por su parte, llega incluso a sostener en el segundo de sus *Discursos sobre el origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, que es muy probable que la sociedad y las lenguas hayan nacido en las islas y se hayan perfeccionado antes de ser conocidas en el continente. Nuestro Baltasar Gracián abre y cierra su obra *El Criticón* con dos islas: la isla de Santa Helena y la de la Inmortalidad. Inmanuel Kant, el gran filósofo alemán, precursor de casi toda la filosofía moderna, en el segundo prefacio a su *Crítica de la razón pura*, recurre a la metáfora de la isla para decirnos que «el país del entendimiento puro es una isla que la naturaleza encierra en límites inmutables... es el país de la verdad rodeado de un vasto océano tempestuoso, verdadero imperio de la ilusión». Por metáforas como ésta, nada tiene de extraño que se haya bautizado al filósofo alemán como «el cartógrafo de la razón». Precisamente al tema de la isla como metáfora y a su representación visual en la Edad Media dedicará su intervención el Profesor Joaquín Yarza.

En el mundo moderno los universos insulares se ven más como enclaves estratégicos militares, como centros turísticos o como zonas francas para el comercio. Pero a lo largo de los siglos estos espacios fabulosos que son las islas han fecundado nuestra imaginación y han engendrado una abundante literatura de novelas insulares en las que los piratas, bucaneros, misioneros, mercaderes, colonos y navegantes son sus actores, al ser el paraje feliz por antonomasia y el lugar de todos los posibles. De ahí la extraordinaria abundancia de islas poéticas o literarias que se recogen, por ejemplo, en la obra de A. Manguel y G. Guadalupi, *Guía de lugares imaginarios*: islas míticas, utópicas, escatológicas, legendarias, fantásticas, flotantes, mágicas, encantadas, paradisiacas, fantasmas, etc. Este maravilloso islario empieza a configurarse en el siglo VIII a. C. con la literatura griega, germen de todas las literaturas europeas posteriores. No es de extrañar que un pueblo como el griego, que cuenta con más de tres mil islas en su geografía, haya desarrollado una rica literatura insular desde la misma *Iliada*, pero sobre todo desde su gran poema insular como es la *Odisea*: isla de Circe, de Calipso, de los feacios, de los

cíclopes, de los lotófagos, etc. Prácticamente toda la literatura griega antigua está marcada por la condición insular. Aristófanes, el famoso comediógrafo ateniense del siglo V a. C., llegó a dar el título de «Islas» a una de sus comedias y Luciano, en el siglo II d. C., llega incluso a superar nuestra capacidad de imaginación al relatarnos en el primer libro de sus *Relatos verídicos* nada menos que una batalla naval de islas, como si de trirremes se tratara. Desde el siglo IV a. C. las islas griegas son objeto de estudios en obras dedicadas enteramente a ellas, origen remoto de los famosos islarios medievales y renacentistas que empezamos a encontrar desde finales del siglo XIV. Estos tratados sobre islas en la literatura griega antigua se los debemos a autores como Heraclides Póntico, Calímaco, Jenágoras, Filostéfano, Conón y, sobre todo, Diodoro Sículo, cuyo libro V de su *Biblioteca histórica* puede considerarse como el primer libro insular de toda la literatura europea occidental. De estas islas aquí descritas el grupo de siete, formado por las islas de Sicilia, Cerdeña, Córcega, Creta, Eubea, Chipre y Lesbos, es muy citado a lo largo de los siglos hasta el Imperio Bizantino, cuyas islas tan magistralmente ha estudiado E. Malamut. Estas islas, desde la perspectiva de los viajeros en la Edad Media, serán precisamente el eje central de la intervención de la Profesora Jacqueline Hadziiossif. En relación con los griegos, los latinos no prestan mucha atención al mundo insular. No obstante, autores como Mela, Plinio y Tácito, entre otros, describen islas de vez en cuando en sus obras. Cicerón alababa la belleza y extensión del mar admirando la cantidad y diversidad de sus islas (*De nat. deorum*, II). Una de las islas más citadas en la literatura latina es la legendaria Tule, sobre todo en aquellos famosos versos de la *Medea* de Séneca, en los que se profetizan unos tiempos venideros en los que se descubrirán nuevas tierras y Tule ya no será el límite del universo. La isla Tule, sin embargo, ya había sido conocida unos siglos antes por mediación del griego Piteas de Marsella. Justamente el proceso por el cual una isla verdaderamente existente se convierte en isla fabulosa va a ser el tema de la conferencia de Monique Mund-Dopchie, verdadera especialista de la isla Tule en la Antigüedad y el Renacimiento.

Posiblemente sea la India, después de Grecia, el espacio geográfico donde se ubique uno de los imaginarios insulares más interesantes de toda la historia. La India, como extremo oriental del mundo conocido, era para los griegos un mundo diferente, extraordinario, en el que abundaba toda clase de maravillas. Ello se produce, sobre todo, a partir de las conquistas de Alejandro Magno, a fines del siglo IV a. C. Un griego como Ctesias de Cnido, autor de un tratado sobre la India, es famoso por los seres fabulosos de todas clases que describe, así como por los fenómenos extraordinarios ubicados en islas que comenta. En la Edad Media, el imaginario insular de esta parte del mundo se ve considerablemente incrementado con las descripciones de especies insulares debidas a los relatos de viajes como el de Marco Polo o a libros fantásticos de extraordinario éxito, como el de Juan de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*, exhaustivo periplo insular por estas tierras orientales. En nuestro Seminario se ocuparán de estas islas, en la época de los descubrimientos, el latinista Juan Gil y la romanista Isabel de Riquer.

Otro pueblo oriental proclive igualmente al universo de las islas es el árabe. Hay todo un maravilloso islario árabe, magistralmente descrito por el italiano Angelo Arioli, en el que figuran, entre otras, unas islas de las Mujeres, del Demonio, de la Razón, etc., así como la isla Móvil, equivalente de la isla flotante de la literatura griega, o la Isla-pep, antecedente árabe de una de las más famosas islas del itinerario del monje irlandés de San Brandán. Muchas de las islas fabulosas árabes empiezan su andadura en *Las mil y una noches*, y continuarán siendo citadas en obras de contenido geográfico como el tratado de Al-Zuhri del siglo XII. Las islas árabes medievales serán abordadas en nuestras Jornadas por el historiador francés Pierre Guichard.

Hay tres literaturas europeas en las que el fenómeno de la isla es muy importante y que serán objeto de debate en nuestro seminario: las literaturas inglesa, francesa y castellana. Al ser el inglés un pueblo insular, nada tiene de extraño que en su seno hayan nacido algunos de los tipos literarios de islas más famosos. Es el caso, por ejemplo, de *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, o *La isla del tesoro* de R. L. Stevenson. El primero de ellos ha dado origen a todo un género literario insular: la *robinsonada*. La visión insular impregna profundamente toda la literatura de expresión anglosajona, empezando por la *Utopía* de Tomás Moro y terminando con el antillano Derek Walcott, premio Nobel de Literatura en 1992, uno de cuyos libros de poesía más famosos lleva por título precisamente *Islas*. Otros escritores de expresión inglesa en los que el motivo de la isla es importante son el propio W. Shakespeare (*La Tempestad*), J. Swift (*Viajes de Gulliver*), E.A. Poe (*La isla del hada*), D. H. Lawrence (*The man who love islands*), W. Irving (*El Adelantado de las Siete Ciudades*), L. Carrol (*The Hunting of the Snark*), W. Golding (*El señor de las moscas*), N. M. Gunn (*The Green Isle of the Great Deep*) y A. Huxley (*Island*). Pues bien, el tema de la insularidad en la cultura islandesa medieval será desarrollado en nuestro Seminario por el Catedrático de Filología Inglesa, Enrique Bernárdez.

A pesar de no ser insulares, los franceses cuentan entre sus escritores algunos de los más representativos de la literatura universal por la importancia de las islas en sus obras. Es el caso, por ejemplo, de Julio Verne, o de F. Rabelais. Otros grandes escritores franceses destacados por la atención a las islas podrían ser Fénelon, Rousseau, Marivaux, Bernardin de Saint-Pierre, G. Grivel (*La isla desconocida*), y P. Benoit (*La isla verde*). Pero donde el motivo insular es más importante en la literatura francesa es, a nuestro entender, en las grandes obras de su época medieval, entre las que cabe destacar todas las de Chrétien de Troyes o María de Francia, así como *Lancelot en prosa*, *Le roman de Brut*, *Le roman de Troie*, *Escanor*, *Sone de Nansay*, etc. Islas como las de Tenedon, Moysant, Bogie, Femenie, Durier o Tornoiant son buenos ejemplos del maravilloso islario francés medieval que será objeto de análisis por el Profesor Jesús Cantera.

Finalmente, descripciones insulares son también frecuentes en la literatura en lengua castellana. Por citar sólo tres ejemplos de nuestro tiempo recordaremos el breve relato de Julio Cortázar *La isla a medio día*, la obra

de A. Bioy Casares *La invención de Morel*, y *Los mares del Sur*, de M. Vázquez Montalbán, cuarta entrega de su serie sobre los avatares del inspector Carvalho. De las descripciones de islas más o menos poetizadas en la literatura en lengua castellana de los últimos años destacaríamos aquí igualmente las obras de dos escritores insulares: la del portorriqueño Eugenio F. Granell, *Isla cofre mítico*, y la de la cubana Julieta Campos, *El miedo de perder a Eurídice*, esta última la más exhaustiva antología insular que conozco de toda la literatura universal. Esta tradición insular de la literatura castellana se remonta a la Edad Media y el Siglo de Oro. Conocido es el papel que juega la isla en la obra de Cervantes, especialmente en *El Quijote*, con las islas *Firme*, *Malindrania* y, sobre todo, la utópica *Barataria*. Menos conocida, en cambio, es la ingeniosa isla de Quevedo de *La hora de todos y la fortuna con seso*, llamada *Monopantos*, neologismo creado sobre la base del griego, que significa algo así como «todo para uno». Pero donde el universo insular en lengua castellana se hace más patente es en los libros de caballería de la época medieval, como ya nos enseñara en los años sesenta el recordado Catedrático de Literatura de nuestra Universidad Alberto Navarro González en sus monografías sobre el mar y el mito marino de las ínsulas en la literatura medieval castellana. Sólo en el *Amadís de Gaula* tenemos las ínsulas Triste, Profunda, Firme, Mongaza, Fuerte, Torre Bermeja, Infante, No Fallada y Gravisanda. Esto da idea de la riqueza del motivo insular en este tipo de obras, que serán magistralmente descritas en la intervención de nuestro colega y amigo Nicasio Salvador.

Estas son las islas y sus literaturas, de las que aquí se va a hablar en los próximos días. En nombre de los organizadores quisiera, para terminar, agradecer muy profundamente a los conferenciantes su presencia en este Seminario, ya que nuestro conocimiento de los universos insulares se verá extraordinariamente enriquecido al término del mismo.

Jesús CANTERA ORTIZ DE URBINA

## **FUNCIÓN DE LA ISLA EN LOS RELATOS FRANCESES MEDIEVALES**

### **1. FRANCIA Y EL MAR**

Con sus cerca de 3.200 kms. de costa continental (70 en el mar del Norte, unos 1.100 en el Canal de la Mancha, unos 1.400 en la costa atlántica y unos 625 en el Mediterráneo) Francia ha sentido siempre vocación marítima.

Por otra parte, a poca distancia de sus costas, emergen no pocas islas, algunas de muy relevante importancia. Cabría citar en el Atlántico la de Yeu, en la que estuvo encarcelado el mariscal Pétain desde 1945 hasta su muerte en 1951 a los 95 años de edad. Y muy cerca, la de Noirmoutier que se convierte en península cuando baja la marea. Y sobre todo las llamadas islas anglonormandas, entre ellas las de Jersey, Guernesey y Chausey. Sin olvidar el famoso Mont-Saint-Michel que, con las mareas vivas, llegaría a convertirse en isla, si no fuera por el dique que lo une al continente.

De las costas francesas del Mediterráneo nos limitaremos a recordar las islas Lerins, famosas por su monasterio fundado a principios del siglo V por San Honorato obispo de Arles.

Aunque muy lejos de las costas francesas, no cabe olvidar la isla de Sicilia, en la que el día de Pascua del año 1282 tuvo lugar el conocido episodio de las «Vísperas sicilianas» que supuso la muerte de unos 8.000 soldados normandos al servicio de Carlos de Anjou, rey de Nápoles.

Cierto es que la isla de Córcega pertenece hoy a Francia, pero sólo desde 1768 en que le fue cedida por los genoveses.

Y ya que hemos dado este salto hasta finales de la Edad Moderna, alejándonos en varios siglos de la Edad Media, nos permitiremos llegar a los inicios de la Contemporánea recordando la estancia de Napoleón en la isla de Elba, desde el 4 de mayo de 1814, tras su abdicación, hasta el 26 de febrero de 1815 en que regresó a Francia.

Hablar de Napoleón –aunque sea incidentalmente– en una ponencia sobre la isla obliga naturalmente a recordar la isla de Santa Elena, en el Atlán-



tico Sur, a la que fue llevado por los ingleses el 17 de octubre de 1815 tras su derrota en Waterloo el 18 de junio. En esa isla estuvo confinado durante cinco años hasta su muerte, probablemente por cáncer de estómago, el 5 de mayo de 1821. Y allí estuvieron sus restos hasta 1840 en que fueron trasladados a los Inválidos de París.

Hasta el siglo IV de la era cristiana la mayor parte de Europa seguía centrada en el mundo mediterráneo. Por el Atlántico, en cambio, en la Edad Antigua resultaba hartamente temerario aventurarse alejándose demasiado de las costas. Había un razonable temor al más allá. Se creía que el mundo era llano y que si se alejaban demasiado de la costa podían acabar cayendo en el abismo que rodeaba la tierra. El mar, además, era dominio de dioses muy poderosos y en extremo temibles y estaba poblado de monstruos espantosos capaces de hacer zozobrar y hundir cualquier nave y devorar a sus navegantes.

Los monjes irlandeses, sin embargo, fueron intrépidos navegantes que, con muy rudimentarios medios de navegación surcaban mares, movidos en unos casos por espíritu de apostolado y en otros para ir en busca de islas solitarias en las que pudiesen llevar una vida de retiro dedicada a la meditación y a la oración.

Por otra parte, las islas Británicas por un lado y las penínsulas de Bretaña y Normandía por otro parecen estar llamadas no sólo a mirarse de lejos sino también a mantener relaciones constantes, que fueron particularmente intensas durante toda la Edad Media.

Las reiteradas incursiones escandinavas en las islas Británicas a finales del siglo III seguidas luego por las de anglosajones aceleraron la decadencia de la dominación romana que acabó en el año 411. Las sucesivas oleadas de los invasores germanos hicieron que los celtas no sólo tuvieran que replegarse hacia el oeste en el país de Gales y en Cornualles sino que además se vieron obligados a buscar refugio en el continente, en la península de Armórica, que recibió entonces el nombre de «Bretaña Chica» o «Pequeña Bretaña», precisamente por estos celtas bretones que llegaron a ella huyendo de las invasiones anglosajonas.

Siglos más tarde, en el año 1066, el duque de Normandía Guillermo el Conquistador (también conocido por Guillermo el Bastardo) emprendió la conquista de Inglaterra. Esa conquista normanda despertó al principio en los celtas bretones insulares la esperanza de una ansiada liberación del yugo anglosajón bajo el que llevaban sometidos cinco siglos. Pronto pudieron comprobar, sin embargo, que era una vana esperanza, pues simplemente habían cambiado de dominadores.

De todas maneras, este hecho tiene para nosotros una importancia extraordinaria ya que, por un lado, la lengua normanda se implantó en Inglaterra y, por otro, las antiguas leyendas celtas recobraron vida, ahora en lengua normanda. De esta manera la figura del mítico rey Arturo fue de nuevo evocada. Y los hechos, así los históricos como los fantásticos, en torno a su figura volvieron a ser cantados, ahora en lengua normanda por juglares y poetas.

## 2. LA ISLA FLUVIAL DE «LA CITÉ» EN PARÍS

Aunque el español, a diferencia de otros idiomas, dispone de una palabra especial para designar una isla fluvial, apenas es hoy empleada y son muy pocos los que la conocen. Pero aquí, en unas jornadas dedicadas al tema de la isla, no podemos dejar de recordarla. Me refiero a la bonita palabra «mejana» para designar una isleta o isla chica en medio de un río. Para Corominas sería una palabra aragonesa recogida como tal por Peralta en 1836. «Y de él –añade Corominas en su *Diccionario etimológico de la lengua castellana* (tomo III, pág. 198, en la entrada «majano»)– hubo de pasar a la Academia [1884, no 1843]». En el *Diccionario de Autoridades* –añadirémos por nuestra parte– no figura, en efecto, esta palabra «mejana», cuya etimología podría ser o bien el adjetivo latino «mediana» (probablemente a través del catalán) o bien «mediamnis» que en el n° 4234 y con el significado de «tierra en el centro de un río» recoge Vicente García de Diego en su *Diccionario etimológico español e hispánico*.

Sin insistir en estas disquisiciones etimológicas, pasaremos a ocuparnos, aunque sea muy brevemente, de la mejana o isla fluvial que ahora nos interesa: la isla de «la Cité», en el Sena a su paso por París, la antigua Lutecia.

El nombre de «Île de la Cité» empezó a emplearse a principios del siglo VI, concretamente en el año 508.

Constituye el núcleo primitivo de París y cuenta hoy con ocho puentes para no quedar aislada del resto de la ciudad. En ella está Notre-Dame, el «Palacio de Justicia», la «Santa Capilla», la *Conciergerie* y el *Hôtel-Dieu*.

Y junto a ella, la Isla de San Luis, formada por dos islotes que fueron reunidos en 1627. Sus bonitas edificaciones (*Hôtel de Lambert* y *Hôtel de Lauzun* principalmente) fueron construidas en el siglo XVII.

La nave que fue adoptada como blasón de París evoca y representa así la forma de la isla como la actividad más antigua de sus habitantes.

## 3. LA ISLA DE REICHENAU EN EL LAGO DE CONSTANZA

Aunque esta isla de Reichenau está en el lago de Constanza, en la Europa central, lejos de Francia, no puedo resistir la tentación de evocarla, aunque sea muy brevemente. Y lo hago no tanto por su belleza y la de ese precioso lago con sus tres islas y atravesado por el Rin, sino por la importancia de su antigua abadía benedictina en las aguas del Unterzee.

El Reichenau medieval dice relación no sólo con los pueblos germánicos de su entorno sino también con Francia, con Italia y con España.

Junto con la cercana abadía de Saint Gallen en la Suiza alemana, Reichenau fue uno de los núcleos monásticos más importantes en los siglos IX al XI.

La razón principal de hablar ahora de esta isla y de su monasterio está en relación directa con la figura del abad San Pirminio, monje español que, poco después de la invasión musulmana de la Península a partir del año 711, salió de España con otros cuarenta monjes llevando consigo una muy valiosa biblioteca de cincuenta códices. Atravesaron los Pirineos y, después de recorrer toda Francia, llegaron a orillas del Rin por Alsacia hacia el año 720 y allí fundaron el monasterio de Murbach.

Siguiendo luego el curso del Rin hacia su nacimiento, San Pirminio, con un grupo de sus monjes, llegó hasta el lago de Constanza. Y en su isla de Reichenau fundó otro monasterio, según consta en la carta de fundación del año 724. Y a este nuevo monasterio legó la mayor parte de los valiosos códices traídos de España.

Gracias principalmente a este monje español San Pirminio, autor de una especie de catecismo titulado *De cunctis libris Scripturarum Scarapsus* (cuyo texto se ha conservado), los monasterios de Murbach y Reichenau, por él fundados, se convirtieron en muy importantes focos de cultura así para el mundo germánico como para el románico.

#### 4. LA «ISLA DE FRANCIA»

Con este nombre de «Isla de Francia» es conocida una región histórica de Francia, situada en el centro de la cuenca parisina. Aunque el nombre de *Isle de France* no fue reconocido oficialmente hasta 1435 en que aparece en el tratado de Arras, quedan no pocos testimonios de su empleo muchísimo antes.

A pesar de su desaparición oficial tras la revolución de 1789 al hacerse la distribución administrativa de Francia en departamentos, el nombre de «Île-de-France» sigue aún muy vivo.

No se trata evidentemente de una isla, ni mucho menos. Ni siquiera fluvial propiamente dicha. Su bonito nombre de «isla» responde a la configuración de esta región limitada por cuatro ríos: el Sena, el Oise, el Aisne y el Marne.

El papel histórico de esta isla, sobre todo en la Francia medieval, fue de una importancia extraordinaria bajo todos los puntos de vista. Cuna de la monarquía de los capetos y, por consiguiente, de la monarquía francesa.

El dialecto de esta región, el franciano, por su parte, fue el que, por razones principalmente políticas, consiguió imponerse sobre todos los demás, algunos de una importancia literaria y cultural extraordinaria, como el picardo, el normando o el champañés. El franciano, o dialecto de la Isla de Francia, sería la base de la lengua que con el tiempo llegaría a ser el actual francés.

La Isla de Francia fue centro de cultura gracias en gran parte a la presencia del rey San Luis y a la creación de la Sorbona en el año 1253 por el

sacerdote Robert de Sorbon. Y con mucha razón esta región puede ser considerada como núcleo muy importante del arte gótico francés.

Recordemos por fin que la isla Mauricio, en el océano Índico, fue conocida durante algún tiempo con el bonito nombre de «Isla de Francia».

## 5. LOS VIAJES DE SAN BRENDANO. LA ISLA DE SAN BORONDÓN

Ni *Los viajes de San Brendano* ni tampoco el relato *Folque, hijo de Garín* (del que también hablaremos más adelante) figuran en los manuales de literatura francesa medieval. Y no puede decirse que sea por estar escritos en dialecto normando y anglonormando respectivamente, pues otras obras escritas en estos dialectos sí figuran y son además consideradas como obras de primer rango de las letras francesas. Lo más probable es que sea debido a un erróneo concepto de cultura y nación.

No debe olvidarse a este respecto que desde la conquista de Guillermo el Conquistador en 1066 hasta la época de Chaucer (en el siglo XIV) gran parte de los textos literarios escritos en Gran Bretaña son de expresión francesa.

En el siglo IX apareció la *Navigatio Sancti Brendani abbatis*, redactada en latín probablemente en la región renana. Tal fue su éxito que no sólo se multiplicaron las copias de este texto latino, sino que se hicieron traducciones a distintas lenguas europeas. El texto francés más antiguo que hoy conservamos fue escrito en dialecto normando a principios del siglo XII. Y su autor se identifica como «danz Benedeit» (= don Benito), que vivía por entonces en Inglaterra.

San Brendano fue un monje irlandés nacido a finales del siglo V en Tralee, en el condado de Kerry. Los irlandeses habían sido convertidos poco antes al cristianismo. Muchos de ellos tenían una gran afición al mar y lo surcaban en unas barquichuelas muy sencillas, y naturalmente sin brújula, valiéndose tan sólo a lo sumo de una especie de muy rudimentario astrolabio.

La vida eremítica y el monacato se desarrolla muy pronto entre ellos. Y al propio tiempo hace su aparición y cobra auge la idea de la «peregrinatio pro amore Christi» que les infunde un gran afán de proselitismo. Y emprenden numerosos viajes hacia otras islas y también hacia el continente. Es muy probable que la ciudad de Saint-Malo, en la desembocadura del río Rance en la costa septentrional de la Bretaña francesa, deba su origen a una fundación de monjes irlandeses, entre ellos el propio San Maló, discípulo de San Brendano.

Algunas incipientes comunidades de monjes y sobre todo algunos eremitas buscan una vida muy solitaria en alguna isla alejada y de reducido tamaño. Lejos de las voces humanas, estarán mejor dispuestos para oír los cánticos angélicos y sentirse más próximos del Paraíso. Merece ser recorda-

da de manera muy especial la fundación, en el año 563, del famoso monasterio de la isla de Iona, no lejos de la costa noroccidental de Escocia.

Entre los antiguos «inramas» (o relatos de viaje compuestos en gaélico) figuran *El viaje de Bran* y *El viaje de Maelduino*.

Bran, hijo de Feral, oye un día a un hada hablar de una deliciosa isla lejana y se propone ir a buscarla. No lo consigue; pero llega a otra isla muy bonita, la «isla de las mujeres». Y permanece en ella siete años.

Maelduino, por su parte, viaja de isla en isla con sus sesenta y tres compañeros. Y en cada una de las islas que visita tiene la oportunidad y la suerte de conocer cosas maravillosas.

Vamos a considerar distintos pasajes de *Los viajes de San Brendano* en relación naturalmente con el tema de la isla.

### 5.1. El retiro del monje Mernoc (versos 71-102)

El monje irlandés Barint vivía en un bosque en compañía de trescientos monjes. Su ahijado Mernoc busca un asilo más solitario. Y lo halla en una isla en medio del mar, completamente deshabitada. En ella se alimentaba con sólo el perfume de las flores del Paraíso, que tan cerca estaba que podía oír el canto de sus pájaros. A esa isla acudió más tarde Barint para visitar a Mernoc. Y cuanto allí vio se lo contó al monje Brendano.

### 5.2. La isla del Palacio deshabitado (versos 260-270)

Es la primera a la que llegan San Brendano y sus monjes. Se ha tratado de identificar con una de las Feroe o con la isla de San Kilda en «Outer Hébridas», también ésta rodeada de acantilados y de muy difícil acceso. En esta isla hay actualmente tres ermitas, una de ellas dedicada a San Brendano.

### 5.3. La isla de las Ovejas (versos 371-402)

Para algunos autores sería una de las Feroe: posiblemente Streymoy, o quizá Vargar. Hay noticias de misiones irlandesas en estas islas a partir del siglo VII y también se sabe que desde muy antiguo había en ella ovejas. Con este nombre de «isla de las Ovejas» aparece por estas zonas una isla en algunos cartularios medievales.

### 5.4. La «isla ballena» o «pez isla» (versos 403-478 y 821-846)

En una ocasión nuestros monjes llegan a desembarcar sobre el dorso de una enorme ballena que confunden con una islita. Y sobre el lomo de aquella ballena se disponen a celebrar la Pascua, pretendiendo asar allí mismo un cordero. Pero, al sentir el calor de las brasas, despertó, naturalmente, la ballena y, al revolverse, se originó una tormenta.

Recuerdo a este respecto que, en mis ya lejanos años de estudiante de Filología semítica en la Universidad de Madrid, allá por los años 40, para completar lo que hacíamos en clase, leía por mi cuenta distintos textos en

árabe. Y una de mis lecturas preferidas fueron los viajes de *Sindbad el Marino*. Bonito relato en el que, con la fantasía característica de *Las mil y una noches* se narran los siete viajes fantásticos, llenos de aventuras maravillosas, de aquel intrépido marino, por una serie de islas. Una de ellas resultó que no era una isla, ni mucho menos, sino el dorso de un enorme pez, probablemente una ballena. También Sindbad y sus compañeros se disponían a preparar allí su comida. Y, al encender el fuego y sentir el pez el calor de las brasas, también reaccionó instintivamente provocando la desbandada inmediata de aquellos ingenuos marinos.

### 5.5. La isla Ailbe (versos 616-637)

En el texto normando aparece con el nombre de «l'isle Albeu». Y corrientemente con el de «Isla Albea», en las traducciones españolas.

Por lo que tardan en llegar a ella, esta isla debía de estar muy lejos, seguramente al sur de las Feroe y de Islandia. No ha faltado quien la haya identificado con Madeira, e incluso se ha pensado en algunas de las islas Afortunadas o Canarias.

Procede señalar que entre los primeros santos de Irlanda figura un San Ailbe, patrón de Munster, en la parte meridional del país y autor de una regla monástica, como puede verse –sin ir más lejos– en la G.E.R., tomo XIX, pág. 854.

### 5.6. La isla de las Aguas embriagadoras (versos 793-820)

Tras hacerse a la mar después de haber abandonado la isla de Ailbe, nuestros monjes viajeros llegan muertos de hambre y de sed, a una isla en la que ven un río que les proporciona peces para alimentarse y agua para beber. Aunque San Brendano advierte a sus monjes que beban con moderación, no lo tienen muy en cuenta. Y al poco quedan todos como embriagados. Algunos, durante un día; otros, durante dos; y también los hubo que pasaron tres días completos sin recobrar sus facultades.

Estas aguas embriagadoras han hecho pensar en la isla de São Miguel, la más oriental de las Azores, algunas de cuyas aguas, por nacer en ciertos yacimientos de minerales, resultan tóxicas y pueden provocar trastornos como de embriaguez.

### 5.7. La isla de los Pájaros (versos 479-500 y 847-882)

En repetidas ocasiones hace alusión San Brendano al canto de los pájaros. No es la clásica invocación de la primavera tan característica de la poesía lírica así en lengua de oc como también en lengua de oïl en la literatura medieval francesa y que se encuentra también en la épica, en la novela e incluso en la crónica. En los relatos de los viajes de San Brendano el canto de los pájaros suele estar en relación con el paraíso perdido por el primer hombre.

Remontando desde la costa un riachuelo llegan hasta su nacimiento. Y allí encuentran un árbol gigantesco, blanco como el mármol, de hojas anchas moteadas de rojo y blanco. Y en sus ramas muy tupidas, una gran cantidad de pájaros blancos muy preciosos.

Después de una breve estancia en esta isla fue cuando navegaron hasta llegar a la isla de las Aguas embriagadoras de la que acabamos de hablar. Pero al poco regresaron a esta isla de los Pájaros y permanecieron allí ocho semanas.

El carácter fantástico del relato, como en general de gran parte de la literatura de la época en lengua normanda hace verosímil que, cuando se disponen a marchar de la isla, uno de los pájaros les hable diciéndoles que deben volver a ella cada siete años y que todos los años por Navidad han de ir a la isla de Ailbe y también cada año deberán celebrar la Pascua sobre la ballena.

#### 5.8. La lucha entre el grifo y el dragón (versos 1001-1030)

En una ocasión, cuando los monjes iban navegando en su nave aparece sobre ellos un grifo que, lanzando llamas por sus fauces, les ataca con furia extrema. Pero al instante llega un dragón, también él lanzando llamas por la boca, entablándose una lucha terrible entre los dos monstruos, hasta que el grifo cae muerto por el dragón.

Más adelante (en los versos 1058-1062), nos dice el relato que junto a la nave aparecen unos enormes monstruos que la acompañan hasta que los monjes acaban de cantar el oficio.

#### 5.9. El iceberg (versos 1063-1096)

El gran bloque de cristal de que se habla en estos versos bien podía ser un iceberg.

#### 5.10. La fragua del infierno (versos 1097-1210)

En su introducción a *Los viajes de San Brendano*, publicados por la editorial Siruela, escribe María José Lemarchand: «Odisea o Eneida cristianizada se puede llamar al poema, por algunos paralelismos que ofrece con aquellos textos, aunque siempre remotos; así la isla de los cíclopes homéricos o el Polifemo de la Eneida podrían haber inspirado el episodio del diablo-herrero, con su diabólico ejército, que dispara toda clase de proyectiles encima de los viajeros [...]» (pág. XIX).

Esta «fragua del infierno» podría sugerir la idea de algún volcán en actividad, tal vez el monte Hecla, en el sur de Islandia, o quizá el monte Katla, más cerca de la costa.

En los versos 1183-1210 se habla evidentemente de un volcán, distinto del anterior, que bien podría ser el monte Beerenberg sobre Jan Mayeor, isla situada entre Noruega y Groenlandia, al norte de Irlanda.

El cráter de este volcán es considerado como la boca del infierno.

### 5.11. La isla del ermitaño Pablo (versos 1505-1552)

En su largo periplo llegan los monjes a una isla con una montaña muy alta en la que vive un ermitaño de nombre Pablo que había llegado a esa isla después de haber vivido retirado en un bosque.

### 5.12. La isla de San Borondón

Hablar en Canarias de los viajes de San Brendano y no decir nada de la isla de San Borondón, no sería justo.

Durante mucho tiempo se ha hablado de una isla paradisíaca descubierta por San Brendano. Y según muchos autores esa isla habría que ubicarla muy posiblemente aquí, en el archipiélago canario. Sería una octava isla Afortunada. Con este calificativo aparece en algunos mapas de los siglos XV, XVI y XVII, ubicada o localizada por estas latitudes en algunos cartularios, y algo más al norte en otros.

Hoy suele considerarse como puramente imaginaria esta isla de San Borondón o de San Brendano.

Descartada la idea de una octava isla Afortunada, nada se opone, sin embargo, a poder pensar que San Brendano pudo haber llegado no sólo a las Azores, como ya hemos indicado más arriba, sino quizá a alguna de las islas Canarias. ¿Por qué no a esta misma isla de Tenerife? Algunos de sus parajes son realmente paradisíacos así por su vegetación con una flora excepcional como también por su fauna. Lo mismo en la costa que en el interior hay parajes en esta isla que bien pueden hacer pensar en un paraíso terrenal.

## 6. EL HISTORIADOR WACE Y LA ISLA DE JERSEY

Este cronista del siglo XII nos ha dejado en versos octosílabos una historia de los bretones con el título de *Bruto* y otra de los normandos con el de *Ru*. La primera viene a ser una traducción libre, en normando, de la *Historia regum Britanniae* de Godofredo de Monmouth, y va dedicada al rey Enrique II de Inglaterra y a su esposa Leonor de Aquitania.

Nació en 1110 y murió hacia 1180 siendo canónigo de Bayeux. Él mismo nos da información cumplida acerca de su identidad, del lugar de su nacimiento y de su primera educación. En los versos 5319-5330 de su crónica *Ru* nos dice así: «Si se me pregunta quién ha traducido en lengua vernácula esta historia, os digo y diré quién soy: Wace, de la isla de Jersey que está en el mar hacia occidente, y pertenece a Normandía. En la isla de Jersey nací; y de niño fui llevado a Caen donde me pusieron en la escuela. Luego seguí mi instrucción en Francia. Y al regresar de Francia, viví largo tiempo en Caen» («Se l'on demande qui ço dist, / Qui ceste estoire en romanz fist, / Jo di e dirai qui jo sui: / Wace, de l'isle de Gersui / Qui est en mer vers occident. / Al fieu de Normendie apent. / En l'isle de Gersui fu nez, / A Chaen fui petiz



portez, / Illoques fui a letres mis. / Pois fui longues en France apris. / Quant de France jo repairai / A Chaen longues conversai»).

## 7. LA ISLA EN LOS RELATOS DE CRUZADOS Y PEREGRINOS A ORIENTE

### 7.1. Los historiadores Villehardouin y Roberto de Clari en la isla de Corfú

El mariscal de Champaña Godofredo de Villehardouin, nacido en 1150, participó en la cuarta cruzada (1202-1204), distinguiéndose en Venecia como hábil negociador para asegurar el transporte de los cruzados a Oriente.

En los 116 capítulos de su *Conquista de Constantinopla* da cuenta cumplida y detallada de esta cruzada.

Al estudiarse en estas jornadas el tema de la isla, debemos recordar el capítulo 23, que nos habla de su estancia en la isla de Corfú, adonde llegaron procedentes de Venecia y Zara, y de donde saldrían para dirigirse a Abidos, en los Dardanelos, muy cerca ya de Constantinopla.

De la isla de Corfú, la más grande de las Jónicas, dice Villehardouin que es «muy rica y abundante».

En esta isla estuvieron los cruzados tres semanas. Y tuvieron en ella una contrariedad muy seria, pues surgieron diferencias en relación con la prosecución o no de la cruzada, y sobre el rumbo que se había de tomar. Después de muchas discusiones acordaron seguir adelante. Y reembarcaron todos la víspera de Pentecostés del año 1203. Pero desviando el fin para el que había nacido.

Es bien sabido que esta cruzada, capitaneada por el conde de Flandes Balduino IX y el conde de Monferrato Bonifacio, había sido organizada por el papa Inocencio III para liberar los Santos Lugares. Pero, en lugar de cumplir esta misión, prefirieron entonces dedicarse a destruir el imperio griego para crear en su lugar el imperio latino de Constantinopla.

Otro historiador de la época, aunque generalmente menos conocido, Roberto de Clari, también participó en esta cruzada, acompañando a su señor Pedro de Amiens. Y también él da cuenta de los hechos más importantes a su juicio en una obra en 120 capítulos que lleva el mismo título de *Conquista de Constantinopla*. El capítulo 32 habla de la llegada de los cruzados a la isla de Corfú, aunque sin dedicarle especial atención.

### 7.2. El historiador Joinville en la isla de Chipre

El longevo señor de Joinville, nacido en 1224 y muerto a los 93 años en 1317, tomó parte en la séptima cruzada acompañando al rey San Luis, Luis IX de Francia.

Se le debe una bonita *Historia de San Luis*. En algunos de sus párrafos nos da cuenta de los episodios y hechos más relevantes de aquella cruzada, a la que se incorporó Joinville cuando el rey estaba en la isla de Chipre.

Combatió luego Jonville en Damietta y en Mansura. Hecho prisionero, recobró la libertad, en junio de 1250, tras un breve aunque penoso cautiverio. Cayó después enfermo en San Juan de Acre. Y después de pasar por Siria, regresó a Francia en 1254.

Habla especialmente de Chipre en el capítulo 23. Y luego, otra vez, en el 38 cuando regresa de Egipto. En el 23 hace constar que en esa isla había «gran cantidad de vino» y también «trigo y cebada en abundancia».

### 7.3. El Santo Viaje a Jerusalén de Ogier de Anglure

El señor de Anglure, Ogier VIII, hijo de Ogier VII, nos ha dejado un interesante relato de su viaje a Tierra Santa a finales de 1395.

Uno de sus antepasados, también de nombre Ogier de Anglure, había participado, dos siglos antes, en la tercera cruzada. Capturado por los musulmanes, había obtenido la libertad sin tener que pagar rescate alguno, a cambio sólo de imponer a sus descendientes el nombre de Saladino.

Después de estar en Venecia, visitó una islita llamada Ínsula, muy cerca de Paula. De allí viajó a la isla de Corfú, pasando antes por «una isla deshabitada de nombre Cazapoly (es decir Saseno), frente a Valona», en Albania. Cuenta que en esa isla había una serpiente que no dejaba vivir allí a nadie salvo a los de una capilla delante de la cual había una higuera cuya madera mojada en el aceite de la lámpara de la capilla servía para curar de las fiebres.

De allí pasaron a otra isla, la de Chifornia (es decir Cefalonia) en la que pudieron disfrutar de una fuente que manaba agua dulce. Pasan luego a la isla de Rodas, rica en viñedos y árboles frutales y con muchas iglesias «así católicas como griegas», y con un castillo en el que había un hospital bajo la advocación de San Juan.

De su llegada a Beirut nos dice que a una legua estaba el lugar en el que San Jorge dio muerte a la «serpiente», esa enorme serpiente alada que solemos llamar «dragón».

Describe luego detenidamente –como es natural– la visita a los Santos Lugares, al monasterio de Santa Catalina y a Egipto.

Navegan luego a la isla de Chipre, llegando ante la ciudad de Limeso el día de la Natividad de Nuestro Señor y a Nicosia el día primero de año. Allí contemplan la cruz en la que, según la tradición, había muerto el buen ladrón. La noche de Reyes reciben copiosos regalos de comida con que les obsequia el señor de la isla. En ella se encuentran a gusto, pero es muy insana. Y allí muere de fiebres uno de ellos, Simón de Salebruche. Con la tristeza de su pérdida abandonan la isla reembarcando en Limeso.

Después de una breve estancia en «Castillo Rojo», en lo más alto de una isla, a sólo media legua de la costa de Turquía, ponen rumbo otra vez hacia Rodas, pasando antes por otra isla, llamada «isla de la Doncella» en la que admiran una hermosa capilla dedicada a Santa María de la Doncella. En Rodas celebran los oficios el día de Viernes Santo y pueden admirar las

muchas y preciosas reliquias que allí se veneran. Y también nos habla de los dieciséis molinos de viento que hay en su puerto.

De Rodas vuelven a Venecia, pasando por la isla de Monte. Y regresan a Anglure «el 22 de junio», antevíspera del día de San Juan del año de gracia de 1396.

## 8. LAS GESTAS DE LOS CHIPRIOTAS DE FELIPE DE NOVARA

La isla de Chipre, que había sido conquistada por Ricardo Corazón de León en 1191, fue vendida por éste a los templarios; y pasó luego a Vito de Lusiñán (Guy de Lusignan), quien fundó el reino franco de Chipre, que duró tres siglos: de 1192 a 1489. Su hermano y sucesor Amauri fue coronado rey de Chipre en 1197. Y por su matrimonio con Isabel de Anjou (hija de Amauri I de Jerusalén) instauró el reino de Chipre y Jerusalén. La isla siguió en poder de los francos hasta el año 1489 en que fue cedida a los venecianos.

En la primera mitad del siglo XIII Felipe de Novara desempeñó en Oriente funciones diplomáticas. Y participó además en la guerra de Chipre, sobre todo de 1228 a 1243. Cuando ya mayor regresó a Francia, hacia 1265, a sus 70 años, se puso a escribir aprovechando su larga y rica experiencia.

De las tres obras que dejó escritas, nos interesa reseñar la que lleva por título *Les Gestes des Chyprois*, en la que nos da cuenta de los sucesos acaecidos en la isla de Chipre en los que él tomó parte.

Vale la pena señalar que, aun siendo él natural de Novara, en Lombardía, sus *Memorias* (y dentro de ellas esta obra que lleva por título *Las Gestas de los chipriotas*) aparecen escritas en francés. Justo es, sin embargo, reconocer que el texto que hoy conservamos fue compuesto por Gerardo de Montreal, casi un siglo más tarde, en 1320.

Añadamos que a finales del siglo XV esta obra fue traducida al italiano y que esta versión italiana fue después incorporada en la compilación de historia chipriota conocida con el título de *Crónica de Amadi*.

A finales del siglo XVI el chipriota de origen italiano Florio Bustrone escribió en italiano otra crónica de la isla de Chipre basada en la *Crónica de Amadi* y disponiendo asimismo del original de *Las Gestas de los chipriotas* de Felipe de Novara.

No dejaremos de señalar que entre los lugares de la isla de Chipre que aparecen en esta obra de Felipe de Novara figura una «fuente del dragón», cerca de Deudamor, un poco al sur de la ciudad de Cherines, al norte de la isla.

Señalaremos asimismo la transcripción de una parte («une branche») del *Roman de Renart*, aplicando los nombres de los animales a distintos personajes de la historia chipriota de aquella época.

Y sobre todo recordaremos la reiterada comparación con España de la isla de Chipre, pues «lo mismo que en España hay cinco reyes, también en Chipre hay cinco “bailes”», es decir gobernadores, empleando esta palabra

«baile» («baus») de acuerdo con una denominación que se hizo corriente en las colonias venecianas del Mediterráneo oriental.

## 9. DE GERARDO DE VIENA A LA BODA DE ROLDÁN DE VÍCTOR HUGO

El cantar de gesta conocido con el nombre de *Gerardo de Viena* fue escrito en el siglo XIII por Beltrán de Bar-sur-Aube.

Hijo de Garín de Monglana, Gerardo recibe como feudo la ciudad de Viena, a orillas del Ródano.

Enemistado con Carlomagno, Gerardo se encierra en Viena donde sufre un largo y duro asedio durante siete años. Entre los barones que le acompañan está su sobrino Olivier cuya hermana es la bella Alda. Roldán, que combate junto a Carlomagno, observa la presencia de Alda entre los asediados. Se enamora de ella y pretende raptarla. Pero Olivier se lo impide.

Cansados sitiadores y sitiados de tan largo asedio, se llega a un acuerdo: que un duelo entre Roldán y Olivier dé fin a la guerra. Acuden los dos a una isla fluvial, en el Ródano. Y allí, sin compañía de nadie, combaten con encarnizado furor, observados desde una y otra orilla por Carlomagno y los suyos en una orilla, y por Gerardo y Alda, entre otros, en la otra orilla. Tras un largo rato de lucha a muerte, aparece un ángel que, después de separarlos, les manda reconciliarse. Olivier concede entonces a Roldán la mano de su hermana Alda. Y, reconciliados sitiados y sitiadores, acuerdan unir sus armas y sus fuerzas para luchar contra los musulmanes.

El episodio de la boda de Alda y Roldán fue tomado en el siglo XIX por Víctor Hugo en *Le Mariage de Roland*, que aparece en *La Légende des siècles*. Víctor Hugo —recordémoslo de paso— siguió muy joven a su padre en sus destinos militares por Italia, y en la isla de Córcega y en la de Elba, antes de su estancia en España en 1811. Y, puesto que recordamos su estancia en la isla de Córcega y en la de Elba, no olvidemos que —ya mayor— después de una estancia en Bruselas pasó a refugiarse en la isla de Jersey y luego en la Guernesey. Precisamente ese período de su estancia en estas islas anglonormandas fue el más fecundo de su producción literaria. Aparte de *Le Mariage de Roland* cabe recordar, asimismo en *La Légende des siècles*, su bonita composición *Les Paysans au bord de la mer*, firmada el 1 de marzo de 1854 en la isla de Jersey y escrita en esta isla como gran parte de sus poesías de tema marino.

Volviendo a nuestro cantar de gesta medieval, podríamos preguntarnos por qué el duelo entre Olivier y Roldán había de celebrarse en una isla y qué simbolismo puede tener aquí la isla.

En principio, y aunque pueda parecer una redundancia, para que los dos combatientes estuvieran completamente aislados, aunque observados por unos y otros desde fuera de la isla.

## 10. LA ISLA EN LAS OBRAS LITERARIAS DEL CICLO BRETÓN

Así por su clima como por su paisaje, lo mismo la Bretaña insular que la Bretaña continental invitan a una literatura soñadora y fantástica, llena de misterio y de magia.

Las antiguas historias cantadas por los bardos con acompañamiento de sus cítaras fueron luego recogidas por varios escritores: a) San Gildas (del siglo VI) en su *De excidio Britanniae*; b) Nennius y los autores de la *Historia Britonum* en los siglos VIII y IX; c) Godofredo de Monmouth (siglo XII) en su *Historia regum Britanniae* y en su curiosa *Vita Merlini*.

### 10.1. En los «lais» de María de Francia y en los «romans» de Chrétien de Troyes

Los literatos, por su parte, hallaron en las leyendas bretonas una fuente de inspiración especialmente rica. María de Francia en sus «lais» y Chrétien de Troyes en sus «romans» aciertan a impregnar los legendarios relatos bretones con algunos toques propios del amor cortés. Y el decorado lleno de bruma y de misterio de los paisajes de ambas Bretañas y de las islas en que se desarrollan los episodios y aventuras se animan de vez en cuando con la luz clara y alegre del mediodía mediterráneo. De esta suerte cobran nueva vida aquellos bosques llenos de misterio, y las naves movidas por arte de magia, y las islas habitadas por hadas, y los sueños en que se ven envueltos los personajes de las leyendas, y los temibles dragones.

Cabe hacer no pocas conjeturas sobre la posibilidad del valor simbólico de no pocos de los elementos que aparecen en los «lais» de María de Francia y en los «romans» de Chrétien de Troyes, y en otras obras literarias francesas medievales. Por ejemplo, el ruiseñor (en *Laostic*), o el azor (en *Yonec*), o el león (en el *Chevalier au lion* y en *Perceval*), o el dragón (en *Yvain*, en *Perceval*, en *Folques fitz Garin*) o la cierva (en *Guigemar*), o el anillo (en *Ivain*, en *Yonec* y en *Alcasino y Nicolasita*), o la madre selva (en el «lai» de la madre selva), o las plantas con sus virtudes curativas (en *Tristán e Iseo*), o la fuente (en *Yvain*), o la nave (en *Guigemar*), o el bosque (en *Yonec* y en *Alcasino y Nicolasita*), o el lago (en *Lancelot del Lago*), o la isla (en *Lanval*).

### 10.2. En *Lancelot del Lago*: aventuras y visiones de Perceval en una isla poblada de animales salvajes

En la *Quête du Saint-Graal* pasaremos por alto «el castillo de las doncellas» e incluso el pasaje en que se habla de aquel bloque de mármol rojo flotando en el agua y sobre el que estaba colocada una espada con una inscripción que aseguraba que sólo podría levantarla aquél que realmente fuera digno.

Recordaremos, en cambio, el bonito pasaje en el que se nos describen las portentosas aventuras que ocurren a Perceval tras ser tentado por el de-

monio que bajo la apariencia de una hermosa mujer le entrega un precioso caballo que, al santiguarse Perceval, se deshace de él y se lanza al agua de un río dejando detrás un gran reguero de llamas y una gran humareda. Perceval se encuentra de repente en una isla poblada de animales salvajes. Al ver en el centro una roca muy elevada, Perceval se dispone a subir a su cima, pero se le adelanta una gran serpiente (especie de dragón), perseguida de cerca por un león con intención de recuperar su cachorro que la serpiente se lleva entre los dientes sujetándolo por el cuello. Interviene con arrojo Perceval en favor del león y entabla una lucha a muerte con la serpiente que no cesa de lanzar llamas por sus fauces. Se impone la destreza de nuestro héroe que acaba por dar muerte a la serpiente, liberando así al cachorro.

Al quedar después dormido, tiene la visión de dos damas: una de avanzada edad cabalgando sobre una serpiente-dragón; y la otra, joven y guapa, montada sobre un león. Un sacerdote que llega en una nave le desvela que la primera es la sinagoga, y la segunda la nueva ley; la serpiente es el diablo; y el león, en cambio, representa a Jesucristo. Se va el sacerdote y llega otra nave de la que desciende una doncella quien le manifiesta que aquel sacerdote es un «encantador» que sólo le ha ofrecido palabras pero no alimentos. Ella, en cambio, le va a proporcionar alimentos y bebida e incluso le ofrece su amor a cambio del suyo. Preparan los servidores una tienda y en ella un lecho. Pero cuando ellos dos se disponen a consumir sus amores, se fija él en la cruz bermeja grabada en su espada y se santigua en la frente. Al instante se hunde la tienda, surgen llamas y una espesa humareda, y aparece un fuerte olor a infierno. De nuevo se las había visto con el mismísimo diablo bajo apariencia de una hermosa doncella. Vuelve la primera nave y el sacerdote le desvela aquellos misterios y Perceval se reconcilia con Dios. El sacerdote le dice que suba a la nave y que se deje ir.

### 10.3. En la novela *Tristán e Iseo*

Preciosa novela, o más exactamente conjunto de novelas, también conocida en español con el nombre de *Tristán e Isolda*.

Entre los manuscritos que nos la han conservado recordaremos el magnífico 103 de la Biblioteca Nacional de París en 383 folios de vitela, pergamino de calidad especial que era muchas veces obtenido de una ternera o un cordero nacido por aborto provocado con el fin de obtener una piel muy fina. En este manuscrito figura una miniatura de una extraordinaria belleza, en la que aparecen: a) Irlanda, corte del rey Gormón; b) Cornualles, corte del rey Marco; c) la Bretaña actual, es decir la antigua «Bretaña Chica» o «Bretaña Pequeña», así llamada para distinguirla de la Bretaña primitiva, la actual Gran Bretaña. Y entre esas tierras, dos naves haciendo la travesía entre las Islas Británicas y el continente. En una de las naves, la más grande, están Tristán e Iseo que acaban de beber el «filtro del amor». En la otra, la más pequeña, con vela negra desplegada, unos religiosos trayendo los féretros de los dos amantes.

Tristán es el hijo del rey Meliado de Leonís y sobrino del rey Marco de Cornualles. Su nacimiento había sido causa de la muerte de su madre. Viudo el rey Meliado, se casa con la hija del rey Hoel de Nantes. Pero es tal el odio que esta madrastra manifiesta contra el joven Tristán que Gubernal decide liberarlo llevándolo a la corte del rey Faramundo, en el continente.

Limitaremos nuestro comentario a los dos pasajes que dicen relación directa con el tema de la isla: a) el duelo entre Tristán y el gigante Morholt en la isla de San Sansón; y b) los «outlaws» o ladrones de mar en la isla de Chausey. Y añadiremos el pasaje de la victoria de Tantrís (= Tristán) sobre el dragón-serpiente.

10.3.a) Duelo entre Tristan y el gigante Morholt en la isla de San Sansón  
Morholt es el hermano de Iseo de Irlanda, mujer del rey Gormón y madre de Iseo la Rubia. Desde hacía tiempo Irlanda exigía a Cornualles un tributo de trescientos muchachos y trescientas muchachas cada cinco años.

El gigante Morholt se presenta en Tintagel para exigir ese tributo. Ni los más esforzados caballeros de la corte del rey Marco se atreven a oponer resistencia a la pretensión de Morholt de llevarse a Irlanda los seiscientos cautivos que viene a reclamar. Pero Tristán, recién llegado, se presenta al rey, le descubre que es su sobrino, y pide que se le permita retar en duelo al gigante Morholt para así liberar Cornualles de tan ominoso tributo. La lucha tendrá lugar en la cercana isla de San Sansón, a la que así Tristán como Morholt llegan en sendas barcas. En cuanto Tristán pone pie en tierra, da una patada a su propia barca para que se aleje de la costa. Esta acción sorprende al gigante y así se lo manifiesta a Tristán. Pero éste, con gran aplomo, le replica que sólo uno de los dos ha de volver. Se entabla el duelo; y uno y otro combaten con ardor y coraje. A pesar de la fuerza sobrehumana de Morholt, acaba imponiéndose la destreza de Tristán que consigue deshacerse del gigante dándole muerte con su espada que en el último certero golpe acabó mellada quedando clavada en el cuerpo de Morholt la mella que se le desprendió. Sube entonces Tristán en la barca de Morholt y se dirige a Tintagel en la costa de Cornualles. Al ver llegar esta barca todos piensan que quien regresa es Morholt y que Tristán ha quedado muerto. Pero la realidad, para suerte de Cornualles, es bien otra: Tristán ha salido victorioso y Cornualles ha quedado libre del ominoso tributo.

10.3.b) Los «outlaws» o ladrones de mar en la isla de Chausey

Después de haber herido a Tristán y haber dado muerte a Rivalén que se había acostado con Garjolén (la mujer de Bedalís), éste y los suyos, por temor a Tristán, huyen en una barca llegando a Chausey, «una tierra bella y noble, cerrada completamente por el mar, y montañosa», como la denomina la novela. Y dice que «fueron setecientos compañeros que se hicieron “outlaws”», es decir «ladrones de mar». Y añade que «jamás nave alguna pasó por allí, cargada de mercancías sin que fuera saqueada y sus navegantes asesinados [...]».

### 10.3.c) Victoria de Tantrís sobre el dragón-serpiente

Impresionado por los estragos que en tierras irlandesas causaba un dragón-serpiente que tenía aterrorizada a su población, Tristán –que allí se ha presentado como un juglar con el nombre de Tantrís (juego formado por la inversión de las dos sílabas de Tristán)– decide enfrentarse a ese monstruo. Lucha con él y consigue matarlo. Y acto seguido, le corta la lengua y la mete en su calza. Pero el veneno de esa lengua provoca en Tristán una terrible hinchazón que le hace perder el conocimiento y le pone en muy serio peligro de muerte. Mientras tanto, el astuto y cobarde senescal Aguiguerre descubre el dragón muerto y concibe al instante la idea de hacer suya la gloria de la victoria sobre el dragón. Para hacer más verosímil su engaño, corta la cabeza al dragón y se presenta con ella como trofeo, pidiendo la recompensa prometida por el rey: la mitad del reino y la mano de su hija, Iseo la Rubia. Contrariada ésta, y convencida de la impostura, protesta contra el odiado senescal y pide que se averigüe la verdad, ya que está bien segura de que ese cobarde no ha podido ser capaz de enfrentarse al temido dragón. Mientras tanto, Tantrís es curado por las dos Iseos, que sabían mucho de las propiedades curativas de las plantas. Y al recobrar él el sentido y aparecer la lengua del monstruo en su calza, se descubre la verdad de cómo y por quién había sido muerto el dragón.

El senescal es vilipendiado por su impostura. Para Tantrís, en cambio, todo son loores, glorias y alabanzas. Pero cuando más tarde enseñan un buen día a la reina Iseo la espada de Tantrís, observan que está mellada y que la mella que le falta coincide exactamente con la que habían extraído de la cabeza del gigante Morholt tras su muerte por Tristán en la isla de San Sansón y que ella tenía guardada en un cofre. Así se descubre que Tantrís no es otro que Tristán. La reina pide su muerte; pero el rey Gormón, impresionado por la liberación del dragón y conmovido por la suerte de ese joven héroe, lo salva en última instancia.

### 10.4. La isla de Avalón

Isla, tal vez imaginaria, llena de misterio y de magia, habitada por damas que saben de encantamiento. Su nombre aparece una y otra vez en las leyendas del rey Arturo y suele ir unido al del hada Morgana, hermana o mediohermana del rey Arturo. Y allí lo lleva cuando es herido de muerte en la batalla de Salesbières.

Se dice que, tras su muerte, el rey Arturo fue enterrado en la «Capilla Negra». Pero, según la leyenda, nunca murió, sino que fue llevado a Avalón por el hada Morgana, y en esa «isla de la eterna juventud» permanece dormido, custodiado por el hada y por sus damas. Por eso los bardos y los antiguos bretones de una y otra Bretaña insisten en que un día más o menos lejano ha de volver lleno de vida y energía.

En el *Cuento del Santo Grial (Le Conte du Graal)* se habla varias veces del rey de Escavalón (versos 4721 y 5743), de quien se dice (en el verso



4723) que es más hermoso que Absalón. Generalmente se ha identificado este topónimo «Escavalón» con el de isla de Avalón, aunque sea cosa muy discutible.

En el «lai» *Lanval* de María de Francia se nos dice que éste es amado por un hada que se lo lleva a la isla de Avalón, de la que se afirma que es «una isla muy bella» («un isle ki mut est beaus», versos 641 y 643).

En la obra de Chrétien de Troyes aparecen repetidas alusiones a la isla de Avalón. Y en distintas obras del ciclo bretón pueden encontrarse alusiones muy reveladoras tales como «ni por todo el oro de Avalón».

Surge naturalmente la curiosidad por saber algo concreto sobre la realidad o ficción de esta isla. Por nuestra parte nos inclinamos a pensar que se trata de una isla puramente imaginaria.

Varias han sido, sin embargo, las propuestas de localización de esta isla. Veamos las más destacadas.

a) Glastonbury, en el país de Gales, donde se muestra el pretendido sepulcro del rey Arturo. Este lugar no es realmente una isla, aunque sí —como observan M.J.H. Watkins y C.A. Raleigh en *The Pictorial History of Glastonbury Abbey. The Isle of Avalon*. Pitkin Pictorials Ltd., 1968— una zona muy pantanosa, que en los siglos IV y V era una auténtica marisma.

b) La isla de Aval, junto a la costa septentrional de la Bretaña continental, no lejos de la Isla Grance, perteneciente al actual municipio de Pleumur-Bodou. Si bien la similitud del nombre puede favorecer esta hipótesis, reforzada por la tradición oral muy viva sobre todo en Tregor, el reducido tamaño de esta isla y su proximidad al continente le priva del carácter de misterio y de magia que las leyendas bretonas atribuyen a la isla de Avalón.

c) Para Langlais cabría pensar en la lejana península de Avalón, situada al sureste de Terranova y unida a esta isla por el istmo del mismo nombre. La lejanía no deja de constituir una auténtica dificultad para esa localización. Pero Langlais recuerda que los celtas fueron siempre unos navegantes muy atrevidos que muy probablemente se arriesgaron en ocasiones por los mares septentrionales. Eso parece demostrar, entre otros testimonios, los viajes de San Brendano, que todo hace pensar que fueron menos imaginarios de lo que a primera vista pudiera parecer. Por nuestra parte añadiremos que el hecho de tratarse de una península, y no de una isla, no constituye una seria dificultad, ya que en la Edad Media no solía distinguirse lexicológicamente entre «isla» y «península».

Una clave decisiva para poder admitir en principio o rechazar de plano esta atrevida hipótesis sería dilucidar la época en que se dio el nombre de Avalón a esta península de Terranova, cuya capital, Saint-John's, está en su extremo noroeste.

En principio ninguna relación cabría señalar entre la isla de Avalón de las leyendas bretonas y la población de Avallon, capital del Avallonnnais, en el actual departamento de Yonne, en el noroeste de Borgoña, casi en el centro de la Francia de nuestros días.

Soy plenamente consciente de que la toponimia es un terreno muy resbaladizo. Me atrevo, sin embargo, a lanzar la hipótesis de que Avalón (así como Avallon) puede responder a la etimología celta «abal(l)» que significa «manzana». Avalón podría ser entonces «pomar» o «manzanar» o «manzanal».

## 11. LA ISLA EN LA NOVELA *ALCASINO Y NICOLASITA*

En la novela *Alcasino y Nicolasita* (*Aucassin et Nicolette*) tal vez no aparezca la isla propiamente tal. Pero sí figuran varios pasajes que hablan del «aislamiento» de los dos protagonistas, lo mismo en el encierro a que son uno y otra sometidos para impedir sus amores, como luego cuando, tras huir, se refugian los dos en un bosque.

Hemos dicho que no aparece la isla propiamente tal. Y lo decimos así porque Torelore pudiera ser una isla imaginaria en la costa mediterránea francesa, no lejos de Aguas Muertas (= Aigues-Mortes) o de Las Santas Marías del Mar (= Les Saintes-Maries-de-la-Mer). Como imaginario es asimismo, sin duda alguna, su rey, que por cierto estaba haciendo la «cobada»<sup>1</sup> cuando allí llegaron Alcasino y Nicolasita.

En cuanto a Cartago, a donde fue llevada Nicolasita, se trata sin duda alguna de nuestra Cartagena<sup>2</sup>.

## 12. LA ISLA EN EL *LIBRO DEL TESORO DE BRUNETTO LATINI*

En la cuarta parte de su obra *Li tresors*, generalmente conocida por *El libro del tesoro*, nos habla Brunetto Latini, entre otras islas, de las griegas y de las británicas. Hablando de Irlanda afirma que en esa isla no vive ni una

<sup>1</sup> Aunque el término «cobada» no figura en el Diccionario de la Real Academia, y tampoco en los diccionarios gallegos, en un texto o traducción española es preferible emplear esta palabra «cobada» y no la francesa «couvade» que, por otra parte, tampoco figura en los diccionarios franceses, salvo en el «Trésor». En el texto original en antiguo francés dice: «il gissoit d'enfant» (XXVIII).

<sup>2</sup> Es la misma Cartago = Cartagena que aparece en *Foulques fitz Warin*. Recordemos el párrafo que lo confirma: «Ly pesant lur dyt que c'est le reygne de Yberie "e cest pays est apellee Cartage: cest chastiel est al duc de Cartage, qe tient de le roy de Yberie; cesti duc avoy une fille, la plus bele pucele qe um savoit en le regne de Yberie" [...]».

sola serpiente. Y añade que –según cuentan– allí donde se lleva tierra o piedras de Irlanda, no puede vivir serpiente alguna. De las Hébridas afirma que su gente no tiene trigo alguno y sólo vive de pescado y de leche, pues no puede vivir de otra cosa, ya que no la hay. De las Orcadas dice que están deshabitadas. Al hablar de la isla de Tule (que generalmente se ha identificado con Islandia) señala que es tan septentrional que en verano algunas noches son extremadamente cortas y casi no existen.

Cuatro siglos y medio antes el monje irlandés Dicuil nos hablaba de este fenómeno en su obra *En relación con las dimensiones del mundo*, escrita a principios de siglo IX.

Cuando habla de los viajes de monjes compatriotas suyos por las islas septentrionales y de eremitas irlandeses y escoceses en aquellas islas, al referirse a Islandia, escribe: «Hace ahora treinta años que algunos sacerdotes que habían estado en esta isla desde el primero de febrero hasta el primero de agosto constataron que, no sólo en el solsticio de verano, sino también antes y después, el sol poniente se ocultaba como si dijéramos tras un pequeño montículo, de tal forma que no existe el menor período de oscuridad. Hace tan claro que un hombre podría incluso despiojar una camisa, como si el sol estuviera en lo alto del cielo. Y, de haber subido a una alta montaña, tal vez el sol se hubiera hecho visible toda la noche».

En el capítulo dedicado a África habla de una isla Mene en la que está el río Leteu que –según los antiguos, dice él; o de acuerdo con la mitología griega, diríamos nosotros– sería uno de los cinco ríos de los infiernos, y cuyas aguas harían perder la memoria a quien las bebiese.

### 13. LA ISLA EN LA NOVELA *FOLQUE HIJO DE GARÍN*

Bonita novela en prosa de principios del siglo XIV, en dialecto anglo-normando. Como ya hemos indicado más arriba, ni esta novela ni *Los viajes de San Brendano* figuran en los manuales dedicados a la literatura francesa medieval.

Cuenta este relato cómo Folque y su compañero Adolfo de Bracy se embarcaron en Dóver en una nave conducida por Mador. Tras una larga travesía por el Atlántico, después de haber rebasado la altura del cabo de San Vicente, doblaron a babor y atravesaron el estrecho de Gibraltar penetrando en el Mediterráneo. Siguiendo luego la costa de la Península Ibérica llegaron hasta Cartago Nova, es decir Cartagena, donde tuvieron noticia del rapto de la hija del duque por un dragón que se la había llevado por los aires a una isla próxima donde tenía su guarida. Supieron entonces que toda aquella región vivía atemorizada por miedo al dragón.

El espíritu caballeresco de Folque se rebeló al instante contra aquel rapto y su reacción no se hizo esperar. Sin pensarlo dos veces ordenó a Mador que pusiera rumbo hacia aquella isla. Aunque bastante contrariado por mie-

do al dragón, así lo hizo Mador. Y como la isla estaba muy cerca, enseguida pudieron desembarcar en ella. Folque y Adolfo subieron hasta la cima de la montaña, viendo por allí esparcidos en el suelo gorgueras y yelmos, escudos y espadas y otras armas, y muchos huesos humanos.

Al ver Folque en una roca la boca de una especie de cueva, se decidió a entrar en ella. Tras santiguarse, desenvainó su espada y se metió en ella con gran valor. Allí se encontró con una doncella muy hermosa, pero triste y llorosa. Folque le preguntó de dónde era y qué hacía allí. A lo que respondió que era la hija del duque de Cartago y que llevaba siete años en poder del dragón. Y le aconsejó que marcharan cuanto antes porque, si llegaba el dragón, los mataría. Folque le replicó que habían ido a esa isla y habían subido hasta allí para liberarla sin reparar en sacrificios ni en peligros por serios que pudieran ser.

Cuando aún estaban en esa conversación apareció volando el dragón. Y al ver a Folque y a Adolfo, se puso furioso de rabia y por sus fauces lanzó horribles bocanadas de fuego con llamas muy vivas acompañadas de gran humareda. Y atacó con furia a Folque dándole un golpe tan fuerte en el escudo que se lo arrancó. No se arredró Folque; antes bien, reaccionó al instante y le dio un golpe muy fuerte en la cabeza con su espada, pero sin que le afectara lo más mínimo. La lucha se hizo cada vez más dura y violenta. Comprendiendo Folque que nada podría conseguir atacando al dragón de frente, esperó a que diera la vuelta para propinarle entonces un golpe tan fuerte en la cola que se la partió. Creció más aún, si cabe, la furia del dragón. Pero Folque, con gran serenidad, esperó el momento propicio; y cuando lo encontró, hundió su espada en las fauces del dragón y le dio muerte.

Los dos héroes bajaron entonces con la doncella hasta la orilla del mar donde les esperaba Mador. Subieron a la nave, poniendo rumbo hacia Cartago. Allí devolvieron la doncella a su padre, el duque de Cartago quien, al recibirla, les quiso premiar ofreciendo la mano de su hija a Folque. A gusto, dijo éste que la aceptaría si no fuera porque su religión cristiana se lo impedía, pues ya estaba casado. Sí aceptaron, en cambio, los ricos regalos que les ofreció. Y se hicieron a la mar rumbo a Inglaterra adonde llegaron después de larga travesía, desembarcando de nuevo en Dóver, de donde habían salido.

Una vez más tenemos aquí un episodio muy significativo de la lucha con un dragón y de la victoria del caballero.

## 14. CONCLUSIONES

Acabamos de hacer un somero análisis del tema de la isla en la literatura francesa medieval.

Este rápido análisis nos permite llegar a unas conclusiones bastante claras en relación con el tema que hemos procurado estudiar: la función de la isla en los relatos franceses medievales.

Cuatro son las principales funciones de la isla en los relatos que hemos venido examinando: *a)* proporcionar o favorecer el aislamiento; *b)* procurar o asegurar un refugio; *c)* constituir un lugar propicio para el misterio y para la fantasía; *d)* servir de lugar o campo del honor para un combate entre caballeros.

a) Proporcionar o favorecer el aislamiento

En el relato de viajes de San Brendano hemos podido ver cómo algunos monjes irlandeses buscaban retirarse a islas pequeñas y deshabitadas para vivir aislados del mundo y sentirse más cerca del cielo, en una isla que podría recordar el paraíso terrenal en el que vivían Adán y Eva antes de consentir en la tentación. En esas islas vírgenes podían orar y meditar, gozando además del canto de los pájaros y de la exuberancia y fragancia de la vegetación.

b) Procurar o asegurar un refugio

La isla también podía constituir un lugar de refugio bastante seguro. Sobre todo en sus bosques y en sus lugares más elevados. Y con mayor razón cuando la isla era de difícil acceso.

Cabría recordar que en tiempos más recientes la isla ha sido también lugar de exilio o destierro.

Estando en Canarias, viene enseguida a la memoria, entre otros, el exilio de Unamuno. Y hablando de Francia, ¿cómo no recordar los destierros de Napoleón en la isla de Elba primero y en la de Santa Elena después? Y el de Víctor Hugo en las islas de Jersey y de Guernesey. Y en nuestros días, el del mariscal Pétain en la isla de Yeu.

c) Constituir un lugar propicio para el misterio y para la fantasía

La isla, por otra parte, –no lo olvidemos– se presta muy bien para el misterio y la fantasía. Sobre todo en la Edad Antigua y en la Media. Más aún cuando en ellas domina la bruma y están pobladas de bosques. Y de manera especial para el espíritu soñador del pueblo celta, particularmente cuando pretendió resucitar los hechos reales y sobre todo los ficticios y fantásticos en torno al rey Arturo. Las islas pequeñas más septentrionales apenas tenían entonces población humana, salvo algunos pescadores y unos pocos eremitas de origen irlandés o escocés. Pero se creía que estaban, en cambio, habitadas por monstruos muy peligrosos y dañinos para los humanos, lo mismo que el mar que los rodeaba.

d) Servir de lugar o campo del honor para un combate entre caballeros

En una isla del Ródano tiene lugar el duelo entre Olivier y Roldán en el poema *Gerardo de Viena*. Y una isla también fue el escenario del combate entre Tristán y el gigante Morholt en la novela *Tristán e Iseo*. En uno y otro combate, a los contendientes no les acompaña absolutamente nadie. Sólo a

distancia, fuera de la isla, pueden ser observados Olivier y Roldán desde las orillas del río. Y más a distancia aún de la isla (que en ese caso no es fluvial sino marítima) esperan noticias los de Cornualles sobre el resultado del combate a muerte entre Tristán y el gigante Morholt.

En este rápido recorrido han sido varias las ocasiones en las que el relato medieval francés nos ha ofrecido la presencia del dragón en una isla.

En *Tristán e Iseo* pudimos admirar la valentía de Tristán al enfrentarse con el monstruo y su victoria al darle muerte. Asimismo en *Folques fitz Warin* vimos igualmente la lucha entre el protagonista y el monstruo que también aquí es vencido, permitiendo su muerte la liberación de la hija del duque de Cartagena.

Recordemos que en los *Viajes de San Brendano* también se habla de un dragón. En este caso, sin embargo, en lugar de constituir un peligro o una amenaza, significa una liberación, ya que, en efecto, el dragón se enfrenta a un grifo que por sus fauces estaba lanzando llamas contra la barca en que viajaban los monjes.

Recordemos también que en el *Santo viaje a Jerusalén* de Ogier de Anglure se nos habla de una enorme serpiente que en la isla de Cazopoly (es decir Saseno) no dejaba vivir a nadie salvo a los de una capilla delante de la cual había una higuera cuya madera mojada en el aceite de la lámpara de la capilla servía para curar de las fiebres.

Este mismo relato señala poco después, cuando llegan a Beirut, que a sólo una legua está el lugar en el que San Jorge venció a la serpiente alada que solemos llamar «dragón».

En *Lancelot du Lac* Perceval consigue dar muerte a la serpiente dragón que había arrebatado un cachorro de león. Y al quedar dormido, es cuando tiene la visión de las dos damas: una vieja, montada sobre una serpiente; y la otra joven, cabalgando un león. Símbolo de la sinagoga y la ley antigua la primera; símbolo de Cristo y la Nueva Ley la segunda.

Estos episodios nos recuerdan, entre otros, el pasaje de *Tirant lo Blanch* en la isla de Lango o Cos en el que también aparece un dragón, el cual a su vez, como por arte de magia, se convierte en doncella al recibir el beso del valeroso caballero.

Cabría hacer finalmente unas consideraciones en relación con el simbolismo de la isla en la literatura francesa medieval.

Confieso que, por mi parte, soy más bien reservado, muy moderado y en extremo prudente para aceptar y dar crédito a muchos de los símbolos que se han pretendido ver en los textos literarios.

Pero no dejo de reconocer que los textos medievales franceses son ricos en testimonios de simbolismo. Como es natural, nos limitaremos a unas brevísimas consideraciones en relación con la isla en los textos que hemos comentado.

La isla, sea marítima, fluvial, o en un lago, es evidentemente una porción de tierra más o menos extensa rodeada de agua por todas partes. Aunque —conviene tenerlo presente— en la Edad Media no se solía distinguir lexicológicamente entre isla y península.

En algunos de los textos comentados la isla viene a significar o simbolizar naturalmente el aislamiento. En otros, en cambio, simboliza un castillo en el que, mientras unos se esfuerzan por defenderlo y defenderse, otros ponen su empeño en conquistarlo.

Añadamos para terminar que la nave –como ya lo hemos dicho al hablar del escudo de la antigua Lutecia– es en cierto modo una isla artificial. Y no digamos nada de esos inmensos transatlánticos de nuestros días o de los grandes petroleros; y sobre todo de esos gigantescos portaaviones que con razón se han podido llamar «islas flotantes».

Nicasio SALVADOR MIGUEL

## DESCRIPCIÓN DE ISLAS EN TEXTOS CASTELLANOS MEDIEVALES

### 1. CONSIDERACIONES PREVIAS

Aunque sin repetir lo que, con algo más de detalle, he explanado ya en otras ocasiones<sup>1</sup>, conviene aclarar, con suma brevedad, respecto al título de estas líneas, que con el término «castellano» entendemos tanto la producción acorde con ese código lingüístico como la vertida en dialectos pericastellanos (mozárabe, aragonés, etc.) absorbidos literariamente por aquél. Asimismo, fijamos el período medieval en la etapa que se extiende desde los primeros textos de que queda noticia hasta la aparición de *La Celestina*, cuya versión definitiva remonta con seguridad a 1502, aun cuando tal vez ya en 1500 se estampara en Salamanca una edición de la misma. Debe recordarse también que en la Edad Media tanto los autores como el público ignoraban las distinciones modernas entre «valeur d'usage ou art pur, didactisme ou fiction, imitation ou création, tradition ou individualité»<sup>2</sup>, por lo cual el estudio de la literatura de la época debe prestar atención a géneros tan variados como los libros cinegéticos, históricos, jurídicos y médicos, así como a los sermones, los tratados de apologética o los libros de viaje. A este concepto responde, de manera consciente, el rótulo de mi encabezamiento, al referirse a textos castellanos medievales, así como la variedad de los que constituirán el objeto central de mi indagación.

---

<sup>1</sup> Vid. N. Salvador Miguel, «Judíos y conversos en la literatura medieval castellana: Hechos y problemas», en *Los sefardíes. Cultura y literatura*, ed. P. Díaz Mas, San Sebastián, 1987, p. 51; *íd.*, «Un texto médico del siglo XV: el *Tratado de las apostemas*, de Diego el Covo», *Dicenda*, 6 (1987), p. 217.

<sup>2</sup> H. R. Jauss, «Littérature médiévale et théorie des genres», *Poétique*, 1 (1970), p. 80.



En cuanto a las islas, definidas, sin más, por el *Diccionario* académico como «porción de tierra rodeada de agua por todas partes»<sup>3</sup>, son accidentes geográficos que, aun cuando puedan hallarse también en un río o en un lago, se relacionan, sobre todo, tal como matiza Covarrubias, con el mar<sup>4</sup>, único sentido en que aquí se las tendrá en cuenta.

Aclarados estos presupuestos, resulta evidente que no entra en mi propósito enfrascarme en un estudio sobre «las islas en la literatura medieval castellana» sino, con mucha más modestia, realizar unas calas en unos cuantos textos. No cabe, además, proceder de forma diferente, ya que uno se encuentra limitado tanto por la extensión en que puede moverse como por la ausencia de monografías previas sobre el asunto, entre las cuales la primera y más imprescindible debería ocuparse de constituir un inventario exhaustivo de los textos castellanos del período en que aparecen diseños insulares<sup>5</sup>. En efecto, tan solo a partir de todos los datos, examinados diacrónicamente y en relación con las fuentes respectivas, estaríamos en disposición de establecer conclusiones válidas para el conjunto de las letras castellanas de la Edad Media, que, luego, deberían contrastarse y compararse con las que nos ofrecen las indagaciones sobre otras literaturas.

De acuerdo con estas premisas y sin prejuzgar los posibles resultados, procedí a seleccionar cuatro fragmentos de descripciones insulares incluidas en sendas obras de cronología y características muy varias, con la intención de inquirir si, pese a su diversidad, presentaban rasgos recurrentes, de cuya comprobación y cotejo posterior con otros textos pudieran desprenderse algunas deducciones que cupiera considerar como representativas de una tipología insular en los autores castellanos del Medievo. Comenzaré, por tanto, con unas consideraciones atingentes a los textos y contextos en que se fundamenta mi escudriño que, solo en contadísimos casos, apuntalaré con otras referencias: el *Libro del cavallero Cifar*; el *Laberinto de Fortuna*, de Juan de Mena; las *Andanças e viajes*, de Pero Tafur; y la traducción castellana del *Viaje de la Tierra santa*, de Bernardo de Breidenbach<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> *Diccionario de la Real Academia Española*, s. v. *isla*.

<sup>4</sup> «Dicitur terra quae undique aquis clauditur, proprie autem in mari»: Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. M. de Riquer, Barcelona, 1987, p. 742b, s. v. *isla*.

<sup>5</sup> Aunque cabe espigar algún que otro dato, no cubre ni de lejos estas exigencias A. Navarro González, *El mar en la literatura medieval castellana*, La Laguna, 1962; *id.*, *El mito marinero de las insulas*, Las Palmas, 1964.

<sup>6</sup> Las ediciones que utilizo y a las que me referiré en el texto con indicación de las páginas correspondientes son: *Libro del caballero Zifar*, ed. J. González Muela, Madrid, 1982; Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*, ed. M. A. Pérez Priego, Madrid, 1989; *Andanças e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos*, ed. M. Jiménez de la Espada, Madrid, 1874, que se cita por la reimpresión facsimil, con otros complementos bibliográficos y con el título de *Andanças e viajes de un hidalgo español. Pero Tafur (1436-*

## 2. TEXTOS Y CONTEXTOS

Compuesto hacia 1300, el *Libro del cavallero Cifar* acoge, en su última parte, un relato de los «Hechos de Roboán», es decir, el hijo menor de Cifar, quien, tras un rosario de aventuras que no vienen a cuento, es expulsado del imperio de Tigrida en un batel sin remos que lo conduce al imperio de las Islas Dotadas, donde contrae matrimonio con la emperatriz Nobleza. Allí permanece durante un año menos tres días, ya que su codicia, estimulada por el demonio bajo el disfraz de una hermosa dama, le tienta a solicitar un don prohibido a la emperatriz: un caballo que lo transporta hasta el barco en el que había arribado a la isla, en el cual se ve obligado a regresar a Tigrida.

En 1444, Juan de Mena termina el *Laberinto de Fortuna*, en cuya segunda parte (coplas 13-293) el poeta-protagonista, raptado del mundo real por la diosa Belona, es conducido a la casa de la Fortuna, desde cuyo alto contempla una visión alegórica del orbe universo que, además de las tres zonas del mundo (Asia, Europa, África) en que los tratados cosmográficos y geográficos dividían la masa de la tierra habitada, comprende una visión singularizada de las «islas particulares» (coplas 51-53).

Entre tanto, desde el otoño de 1436 a la primavera de 1439<sup>7</sup>, el hidalgo sevillano Pero Tafur había realizado, por gusto personal de conocimiento y por razones comerciales, un recorrido a través de varias ciudades italianas, una parte de Oriente y algunas zonas del Imperio alemán, más unos cuantos lugares limítrofes. Tras la caída de Constantinopla en 1453, Tafur escribió una redacción retrospectiva de su viaje que, acabada en 1457<sup>8</sup>, denominó *Andanças e viajes por diversas partes del mundo avidos*. Aun cuando a lo largo de sus desplazamientos Tafur visitó alguna isla, como Chipre (pp. 66-72), es, durante el regreso a España, en los primeros meses de 1439, cuando se acumulan, en un largo pasaje (pp. 297-302), las descripciones insulares del periplo por el Adriático en una nave siciliana que lo condujo a recalar en varios puertos isleños (Rimini, Pesaro, Fano, Ancona y Brindisi), tras lo cual, rodeando Calabria, se detuvo en la ciudad de Mesina, a la que presta una atención especial. Desde allí, Tafur se dirigió a las islas de Lípari, con el Stromboli, y a Palermo, para marchar luego a Trápani y, dando la vuelta

---

1439), Barcelona, 1982; P. Tena Tena, *La labor literaria de Martín Martínez de Ampíes y el «Viaje de la Tierra Santa»*, tesis doctoral inédita, dirigida por mí, presentada en la Universidad Complutense de Madrid, 1995, 2 volúmenes (el texto, en el tomo segundo).

<sup>7</sup> La cronología fue aquilatada a la perfección por J. Vives Gatell, «Andanças e viajes de un hidalgo español (Pero Tafur, 1436-1439), con una descripción de Roma» [*Analecta Sacra Tarraconensia*, XIX (1949), pp. 123-215], recogido en la edición citada, pp. 1-93 (vid. pp. 27-57).

<sup>8</sup> M. Jiménez de la Espada, *ed.cit.*, p. XX.

<sup>9</sup> Para la interpretación geográfica del pasaje, cf. J. Vives Gatell, *art. cit.*, p. 57.

entera a Sicilia por Agrigento, llegó hasta Siracusa y Catania. Al abandonar esta ciudad, «levantóse un viento griego levante» que lo arrastró hasta Túnez, desde donde regresó al puerto de Cagliari<sup>9</sup>, momento en que se interrumpe la única copia dieciochesca que nos ha preservado el texto.

Por fin, entre 1483 y 1484, Bernardo de Breidenbach realizó, con varios compañeros, un viaje a los Santos Lugares, sobre el cual dio cuenta, con realismo y detalle, en un libro titulado *Peregrinationes in terram sanctam*, que, publicado enseguida (1486), gozó de enorme éxito gracias a la difusión de la imprenta<sup>10</sup>. Pocos años después (1498), el impresor Paulo Hurus editó en Zaragoza una traducción castellana de Martín Martínez de Ampiés, bajo el rótulo de *Viaje de la Tierra santa*, que tuvo bastante proyección. Entre otras descripciones insulares, la obra presenta un breve diseño de Creta (II, pp. 166-167), en el que se concentrará mi atención.

Las diferencias entre las obras seleccionadas son múltiples, pues, mientras el *Libro del cavallero Cifar* cabe definirlo como un libro de aventuras en prosa, el *Laberinto de Fortuna* es un poema político-moral, si bien ambos coinciden en su carácter de textos de ficción. Por contra, las *Andanças e viajes* de Pero Tafur se encuadran en el género de los libros de viajes reales, mientras que el *Viaje de la Tierra santa* se conforma como un itinerario o guía de peregrinación. Los dos coinciden, por tanto, en ser producto de una experiencia vivida, aunque, si el primero es obra original, el segundo responde a la traducción de un texto latino.

A esa diversidad de géneros se suma la divergencia de las fuentes utilizadas. Así, para el pasaje de las Islas Dotadas en el *Libro del cavallero Cifar*, se han señalado relaciones con fuentes de origen céltico y oriental o conexiones con motivos de la novela griega tardía y del *roman courtois*, sin que falten quienes propugnan fuentes de origen hispánico<sup>11</sup>. Sin embargo, ninguno de esos posibles antecedentes pasa, como mucho, de iluminar tal o cual detalle del episodio que, al menos por lo que hoy se sabe, no procede en su conjunto de un texto previo que haya servido de inspiración al autor castellano. Además, salvo alguna alusión incidental a la importancia del agua en el fragmento, no se ha planteado hasta qué punto la acumulación de elementos maravillosos pueda explicarse, precisamente, por la localización in-

<sup>10</sup> Sobre la redacción, cf. P. Tena Tena, *ob. cit.*, I, pp. CCLXVI-CCLVIII.

<sup>11</sup> Me limito a remitir a tres trabajos recientes, en los que se hallarán referencias bibliográficas a estudios anteriores: J. F. Burke, «The Meaning of the *Islas Dotadas* Episode in the *Libro del cavallero Zifar*», *Hispanic Review*, 38 (1970), pp. 56-68; C. González, «*El Cavallero Zifar*» y *el reino lejano*, Madrid, 1984, pp. 95-110; R. Ayerbe-Chaux, «Las *Islas Dotadas*: Texto y miniaturas del manuscrito de París, clave para su interpretación», *Hispanic Studies in Honor of Alan D. Deyermond. A North American Tribute*, Madison, 1986, pp. 31-50.

<sup>12</sup> Cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español* [1950],

sular en que se desarrolla la trama. Bien diferente es el caso del *Laberinto de Fortuna*, donde la visión del orbe y, de manera más marcada, la descripción de las islas se inspira de modo directísimo, según ya destacó Hernán Núñez, en su edición de 1499, en los capítulos XXXIV-XXXVI de la obra titulada *De imagine mundi*, uno de los tratados cosmográficos de más amplia difusión en el Medievo. Mena, con todo, lleva a cabo una elaboración poética que, amén de omitir y compendiar algunos datos, altera el orden en que se mencionan los nombres<sup>12</sup>, añade algún detalle nuevo, incluye cambios estilísticos y expresivos o aplica a una isla características que, según la fuente, corresponden a otra<sup>13</sup>. Por último, las descripciones insulares que acogen Tafur y Breidenbach, en cuanto resultado de viajes reales, pretenden dar cuenta de hechos realmente observados y comprobados, aunque sin renunciar a informaciones complementarias.

La disimilitud en el género y en las fuentes inciden, sin duda, en la función que desempeñan en cada texto las descripciones insulares. Así, en el *Libro del cavallero Cifar*, pese a que el tono de la narración suele mantenerse en un plano verosímil, el episodio de las Islas Dotadas constituye un relato fantástico, pleno de elementos maravillosos, subrayados por el mismo autor, al aclarar que «su madre la dexó encantada [a la emperatriz] e a todo el su señorío» (p. 387). En el *Laberinto*, sin embargo, el diseño de las «islas particulares» se presenta como parte de una descripción geográfica verosímil, en cuanto asentada en los conocimientos cosmográficos de la época, mientras que, en las obras de Tafur y Breidenbach, los universos insulares son percibidos por el lector como la pintura de una geografía real, ya que se suponen apoyados por la experiencia de los autores.

### 3. LOS DISEÑOS INSULARES

Pese a la diversidad de géneros y fuentes y a la diferencia entre su carácter poético o real, los universos insulares descritos en textos y contextos tan varios presentan unas coincidencias recurrentes, de modo que el diseño de cada isla responde a la suma de una terna de elementos librescos, mitológicos y maravillosos, sin que resalte la experiencia marinera que, desde la segunda mitad del siglo XIII, fue adquiriendo el reino de Castilla a través del comercio o de las empresas militares.

---

México, 1984, pp. 34-35.

<sup>13</sup> Pueden verse confrontados ambos textos en M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, ob. cit., p. 41.

### 3.1. Los elementos librescos

Si empezamos por los elementos librescos, bastará recordar, como algo bien sabido, que, a lo largo de la Edad Media, estuvo vigente un concepto reverencial hacia la *littera*, de modo que la *auctoritas* representada por lo escrito sobre una materia se sobreponía incluso a la experiencia y a la observación personales. De ahí, la frecuente recurrencia a textos anteriores como fuente de inspiración temática y, en consecuencia, los detalles y motivos de carácter librario que tanto abundan en múltiples obras del período. Ni siquiera los viajeros y navegantes experimentados se libraron del peso de la tradición escrita, hasta el punto de que el mismo Colón, por limitarnos a un caso harto llamativo, se deja arrastrar por la rememoración de sus lecturas cuando imagina la tierra como una pera, en cuya parte más alta el jardín paradisiaco es una especie de hinchazón, o, cuando al arribar al Orinoco, creyendo hallarse junto a las costas de la India, está convencido de haber topado con el mismo paraíso<sup>14</sup>.

Como consecuencia de estas premisas, no puede extrañar que los elementos librescos se vuelen con reiteración en los diseños insulares, tanto si se trata de islas poéticas como reales, aunque la explicación de cada caso no tenga por qué responder a razones idénticas.

Así, en el episodio de las Islas Dotadas, único de carácter maravilloso entre los textos seleccionados, el componente libreSCO llega a tener una función estructural en el relato a través de la conexión que se establece entre la Señora del Parescer, madre de la emperatriz, y la «estoria» de don Iván<sup>15</sup> que una doncella lee a Roboán, el cual la escucha con «muy grand plazer e grand solaz; ca çiertamente non ha ome que oya la estoria de don Iván que non resçiba ende muy grand plazer, por las palabras muy buenas que en él dizíe» (p. 387). Poco después, la emperatriz entretiene a Roboán con un relato sobre la verdad, el agua y el viento (pp. 394-395) que, independientemente de sus posibles analogías<sup>16</sup>, realza la importancia del adorno libreSCO, apuntalada también por el origen literario que se ahija al caballo maravilloso, en el cual partirá de las islas el infante, ya que se trata de «el cavallo que ganó Belmonte e avía fijo del rey Corqueña, do quedara quando se partió de su padre, segunt cuenta la estoria de Belmonte» (p. 400).

Ahora bien, si, en el diseño de las Islas Dotadas, esos motivos contribuyen, sobre todo, a acentuar el tono poético del episodio, en el pasaje de

<sup>14</sup> Cf. solo C. Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media* [1980], Madrid, 1986, pp. 22-23 y 34-35.

<sup>15</sup> Para posibles fuentes, cuyo detalle aquí no interesa, vid. Ch. Ph. Wagner, «The Sources of *El Cavallero Zifar*», *Revue Hispanique*, X (1903), pp. 50-57; R. M. Walker, *Tradition and Technique in «El Libro del Cavallero Zifar»*, Londres, 1974, p. 56.

<sup>16</sup> Cf. Ch. Ph. Wagner, *art. cit.*, p. 77.

Mena vienen impuestos, de entrada, por el hecho de beber en un tratado cosmográfico, cuya veracidad el autor asume, aunque con un desinterés objetivo que explana el tratamiento literario de la fuente, sometida no solo a los procedimientos retóricos más habituales (*abbreviatio*, *amplificatio*, etc.) sino a los cambios y variantes que le imponen la métrica, el capricho u otras razones. Así, en la copla 52, se califica a Naxos, isla de las Cícladas en el mar Egeo, con el adjetivo «redonda» que, en *De imagine mundi*, se aplica a la vecina Milo («rotunda insula»), la cual suprime Mena en su relación. De manera similar, «un mismo archipiélago, el de las Eolias o Vulcanias, aparece con uno de sus nombres en la copla 52 y con el otro en la copla 53 como si fueran islas distintas»<sup>17</sup>.

El desdén por la objetividad y la preferencia por lo escrito plantea, en casos, cuestiones complementarias, porque los autores se despreocupaban asimismo de los frecuentes yerros que, a causa de las deturpaciones inherentes a toda transmisión textual, podían encontrarse también en las fuentes y que suelen afectar, con harta frecuencia, a los nombres propios, sean personales o geográficos<sup>18</sup>. Así, verbigracia, el autor del *De imagine mundi* menciona las «Stoechades insulae», que corresponden al pequeño archipiélago mediterráneo, cerca de la costa francesa de Var, hoy denominado Hyères. Sin embargo, en los códices que del *Laberinto* quedan tales islas reciben los nombres de «Estregadas», «Estagandes», «Estegades» y «Esteguedades»<sup>19</sup>, variantes que confirman el desentendimiento de los amanuenses respectivos. Pero resulta muy sintomático que en el manuscrito parisino 229, corregido y anotado entre 1444 y 1450 por el propio Mena, según los estudiosos, hallemos la variante «Estrofadas», vale decir, la más alejada del original, lo que hace suponer que a Mena, desconocedor de las islas citadas en la fuente, le importaba poco realizar una comprobación, ya que, para él, la descripción de las «islas particulares» constituía, ante todo, un elemento libresco. Debo insistir, con todo, en que esos cambios deben interpretarse, más que como ejemplo de ignorancia, como prueba de una despreocupación común a otras literaturas y como paradigma de la libertad con que el vate medieval reproduce los nombres extranjeros, llegando a deformaciones arbitrarias, sin olvidar la vacilación de la grafía medieval y la carencia de unas normas fijas de transcripción, por lo que, a veces, los autores se veían obligados a elegir

<sup>17</sup> Cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, *ob. cit.*, p. 43.

<sup>18</sup> Para las variaciones de los nombres propios, vid. N. Salvador Miguel, «La *Visión de amor*, de Juan de Andújar», en *El comentario de textos, 4. La poesía medieval*, Madrid, 1983, pp. 327-329.

<sup>19</sup> Para los detalles, vid. Juan de Mena, «*Laberinto de Fortuna*». *Poemas menores*, ed. M. A. Pérez Priego, Madrid, 1976, p. 75, n. 405, proveniente de página anterior; Juan de Mena, «*Laberinto de Fortuna*» y *otros poemas*, ed. C. de Nigris, Barcelona, 1994, p. 204, n. 51e.

o inventar una forma intermedia entre la original y las medio vulgarizadas en latín medieval<sup>20</sup>.

Si los comentarios que acabo de hacer ponen de manifiesto que el examen de los elementos librescos que aparecen en los diseños insulares no puede ceñirse a una mera catalogación sino que necesita precisiones y distingos múltiples, hay que recalcar ahora que los motivos librarios tampoco son ajenos a las obras en que los universos insulares proceden de una observación personal. De modo que Tafur, a pesar de la verosimilitud que cabe suponer a un viajero bien informado, no solo embute detalles mitológicos y maravillosos aprendidos en sus lecturas sino que se arropa asimismo en *auctoritates* clásicas para prestigiar algunas de las generalidades que sobre Mesina escribe:

esta çibdat es de grandes edefiçios e muy antigua, e en muchas cosas los antiguos, ansí poetas como oradores e estoriadores, desta Meçina fablaron mucho, espeçialmente en el primero *bello punico* (p. 298).

Tampoco se libra, en fin, de los elementos librescos el *Viaje de la Tierra santa*, en el cual, al ocuparse de algunos *mirabilia* de Creta, se aportan las autoridades de Plinio, Isidoro y Orosio, es decir, tres de los escritores que prestaron a la Edad Media buena parte de los datos en que se fundamentaron los saberes geográficos y cosmográficos. Martínez de Ampiés, por su parte, frente a la denominación de «Hecatompolis», que, por haber tenido cien ciudades, se le da en el original, la llama «Centápolis», muy posiblemente por influjo de la tradición escrita más difundida, puesto que «Centápolis» es el nombre que se halla en *De imagine mundi* (I, XXXIV), sobre cuya base Mena, por razones métricas, construye la perífrasis «Creta la çentipolea» (51f).

### 3.2. Los elementos mitológicos

Como un componente a medio camino entre los motivos librescos y maravillosos, pero con entidad propia, destaca en la descripción de universos insulares la acumulación de elementos procedentes de la mitología grecolatina, pues, si tales referencias acrecientan en unos lectores el carácter fantástico de las islas, en otros provocan imágenes y alusiones de raíz erudita, al tiempo que en la mayoría contribuyen a crear una pátina de verosimilitud, a causa de la frecuente indistinción entre mitología e historia. Las huellas mitológicas, sin embargo, se prestan a muchas variantes, cuya explicación hay que buscar en las diferencias de las fuentes empleadas, en las preferencias personales entre distintas tradiciones o en otras causas.

---

<sup>20</sup> Doy más detalles, aunque referidos a nombres de persona, en «La *Visión de Amor...*», *art. cit.*, p. 327.

Ni siquiera el episodio de las Islas Dotadas, en el *Libro del cavallero Cifar*, se escapa de estas preferencias, a pesar de su difícil encaje en la tradición románica, de modo que las quejas de la emperatriz Nobleza cuando Roboán se ve obligado a abandonar las Islas Dotadas se inspiran, con toda probabilidad, en el lamento de Dido por la partida de Eneas<sup>21</sup>.

En cuanto a las *Andanças* de Tafur, si la mención de las sirenas, al ocuparse de Mesina, revela una rememoración mitológica, más o menos consciente, por los mismos recuerdos, mechados con otras tradiciones librescas sobre los volcanes, se explica que, sin ningún distanciamiento y con toda credibilidad, el autor sitúe dos de las entradas del infierno en las islas Eolias y en Catania. Así, al mencionar las islas Lípari, comenta el autor que en las mismas se halla «la ysla de Bolcano, que dizen que es una de tres bocas del Ynfierno, porque continuamente lança fumo e tronidos e salen grandes escorias por la boca, que corren fasta el agua, e tan livianos son que andan ençima del agua» (p. 299); y, algo después, cuando da cuenta de su llegada a Catania, asegura que la ciudad es «en la falda de Mongibel, la terçera boca del Ynfierno» (p. 301). Del acervo mitológico procede, también, en el momento de pasar por Trápani, en Sicilia, el recuerdo de «una alta sierra que dizen el monte de Trápana, donde está el cuerpo de Anchises, padre de Eneas» (p. 301), comentario que, amén de concordar con una de las tradiciones sobre el lugar en que se ubicaba su tumba<sup>22</sup>, suministra un indicio de la personalización con que la Edad Media consideró la mitología. Por eso, en la misma línea, el autor del *Libro del conocimiento de todos los reinos*, compuesto a mediados del siglo XIV, comenta que

en esta armenia entra un golfo del mar en que está vna isla pequeña e dizenle porto bonel e aquí fue el templo do estaua el carnero encantado, el qual desencantó jason el griego<sup>23</sup>.

No obstante, de mucha mayor relevancia para calibrar el interés por la mitología resulta el fragmento del *Laberinto de Fortuna*, puesto que, al conocer la fuente cosmográfica en que se inspira, permite delimitar los procedimientos de que echa mano el poeta para amplificar el *ornatus*. Juan de Mena, en efecto, desarrolla los detalles mitológicos de su fuente con adiciones «de tono marcadamente ornamental», mediante las cuales persigue prestar

<sup>21</sup> Cf. J. González Muela, *ed. cit.*, p. 405, n. 264.

<sup>22</sup> Cf. P. Grimal, *Diccionario de la mitología griega y romana*, Barcelona, 1965, p. 32, s. v. *Anquises*.

<sup>23</sup> *Libro del conocimiento de todos los reynos e tierras e señoríos que son por el mundo*, ed. M. Jiménez de la Espada, Madrid, 1877 [reimpresión facsímil, Barcelona, 1980], p. 35.



un «brillo poético a su geografía»<sup>24</sup>. Así, al citar la isla de Delos, de la que en *De imagine mundi* tan solo se da el nombre («Delos»), añade «la derivación del sobrenombre Delio conferido a Apolo» (Lida, p. 36):

[...] Delos,  
de la qual Delio se dixo aquel dios  
que los poetas suelen invocar (52 bcd),

en un agregado que conjunta el gusto por la mitología con el apunte etimológico, al que tan aficionados se mostraron los escritores medievales.

De modo paralelo, en la segunda semiestrofa de la misma copla 52, lo que en la fuente no pasa de una escueta referencia a la isla Icaria («Icaria insula a puero cretensi naufrago dicta est») se enriquece con el recuerdo al frustrado vuelo de Ícaro<sup>25</sup>, quien cayó al mar, cerca de la isla, al derretirse por los efectos del sol la cera con que estaban fijadas las alas que le había fabricado su padre Dédalo:

Icaria, a la qual el náugrafo dio  
de Ícaro nombre, que nunca perdió,  
el mal gobernado de sabio bolar (52 fgh).

Igualmente, al mencionar las islas Gorgonas (53c), Mena amplía la fuente<sup>26</sup>, denominándolas «islas Meduseas», sin duda por el afán de incrementar los recuerdos mitológicos, pues el nombre de «Gorgonas» le trae a las mientes que la mayor de estas tres hermanas recibía en la mitología el nombre de Medusa<sup>27</sup>. Por razones similares, en fin, al describir la isla de Sicilia («Trinaria») en la segunda semiestrofa de la copla 53, Mena vuelve a abandonar la concisión del texto en que bebe para explicar el vulcanismo de la isla, deteniéndose en el monstruoso gigante Tifeo, según la descripción más poética que le ofrecían las *Metamorfosis* (V, 346 ss.)<sup>28</sup>, es decir, el repositorio de información mitológica más manido por los autores del Medievo.

Por último, también el *Viaje de la Tierra santa* constituye una excelente muestra de cómo la mitología se prestaba a múltiples variantes que si, en

<sup>24</sup> Cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, ob. cit., p. 35.

<sup>25</sup> M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, ob. cit., p. 36.

<sup>26</sup> «...Gorgades insulae in Oceano iuxta Atlantem. In his olim habitauerunt Gorgones» (*De imagine mundi*, I, XXXVI).

<sup>27</sup> Para su historia, cf. P. Grimal, ob. cit., s. v. *Gorgona*, pp. 217-218. Ya vio esta explicación Hernán Núñez, citado por M. A. Pérez Priego (edición de 1976), p. 76, n. 419.

<sup>28</sup> Cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, ob. cit., pp. 36-37, con otros detalles que no vienen al caso.

casos, obligaban a elegir una tradición entre varias<sup>29</sup>, en otros provocaban errores o mixtificaciones originados en una mala intelección de las fuentes. Breidenbach, así, al ocuparse de Creta, escribe:

Creta dicta a Crete, quodam indigena, quem aiunt unum Curetum  
fuisse, a quibus Iuppiter ibi absconditus est et enutritus.

Con tales palabras, el canónigo de Maguncia, independientemente de preferir la forma gráfica latina (Júpiter y no Zeus), según lo más habitual en la Edad Media, está aludiendo a una de las tradiciones más difundidas sobre el nacimiento de Zeus, según la cual su madre Rea, una vez que hubo dado a luz y para evitar que su padre Crono lo devorase, escondió al niño en la isla, confiando su cuidado a las ninfas y a los genios llamados curetes, quienes debían bailar alrededor del infante, para, con el ruido de sus danzas guerreras, evitar que Crono lo descubriese por sus gritos<sup>30</sup>. Sin embargo, el traductor, posiblemente por no comprender el texto, lo adorna, por un lado, convirtiendo al «quodam indigena» en el «rey Cretes», pero, al tiempo, incapaz de solventar sus dudas, opta por suprimir totalmente el resto del pasaje.

### 3.3. Los elementos maravillosos

Un tercer aspecto, y quizás el más reiterado, del atractivo ofrecido por las islas, al igual que sucedió con el Oriente, viene constituido por los *mirabilia*, vale decir, por los elementos maravillosos que ofrecían o parecían ofrecer a los ojos del hombre occidental. Con el término *mirabilia*, de acuerdo con su etimología (latín, *mirari*), se indicaba «admiración, sorpresa, gusto por lo nuevo y extraordinario», sin que fuera necesariamente bello, inclinación hacia «lo exótico y diferente», hacia lo alejado de lo común, hacia lo extraño<sup>31</sup>. En este sentido, amén de lo fantástico y fabuloso, existía también lo maravilloso real, cuya fascinación estribaba en la diversidad respecto al mundo cotidiano.

La actitud ante esas peculiaridades se plasma, a veces, en el lenguaje con que se pinta la reacción de los personajes, pues, si Roboán «fue *maravillado* de estas cosas tan estrañas que aquellas donzellas le dezíen» (p. 387), Amadís de Gaula, protagonista del más antiguo libro de caballerías, cuya composición estaba acabada antes de finalizar el siglo XV, verá estimulado su deseo de viajar a la Insola Firme «por ver las *estrañas* cosas y *maravillas*

<sup>29</sup> Vid., para un caso de Mena, N. Salvador Miguel, «¿'Pierio subsidio' o 'en mí tu subsidio'? Una nota al *Laberinto de Fortuna*, 6», *Romance Philology*, XLII-3 (1989), pp. 274-276.

<sup>30</sup> Cf. P. Grimal, *ob. cit.*, s.v. *Zeus*, pp. 546-547; y s. v. *Curetes*, p. 123.

<sup>31</sup> Cf. C. Kappler, *ob. cit.*, pp. 55-57.

que ahí son»<sup>32</sup>. Pero, de modo más concreto, el interés ante esas diferencias suele manifestarse por la atención prestada a la topografía, a la fauna y a todos aquellos ingredientes que pudieran contribuir a una vida placentera.

### 3.3.A. Topografía

Si empezamos por los aspectos topográficos, las islas suelen diseñarse como lugares bien defendidos, inexpugnables e inaccesibles, de manera que Tafur resalta que Mesina es una ciudad «bien murada» (p. 298). Detalles de este tipo, sin embargo, no pasan de constituir tópicos similares a los que se emplean, en otros supuestos, para el diseño de lugares continentales; y lo mismo ocurre, por ejemplo, cuando se resalta la gran extensión, único detalle topográfico que, a la zaga de la fuente, hallamos en el episodio del *Viaje de la tierra santa* (p. 166).

No obstante, la insistencia en los aspectos defensivos, que contribuyen al aislamiento de la isla, puede originar la combinación de elementos verosímiles y maravillosos en una mezcla que suele resultar la más común, aunque con preferencia por unos u otros, según el propósito del relato. Entre los textos seleccionados, son las Islas Dotadas del *Cifar* las que mejor muestran esa fusión, pues, si su señorío se presenta, en un momento, como «todo çerrado enderredor de muy altas peñas» (p. 387), diseño que no desentona de cualquier descripción real, los elementos fantásticos predominan cuando, mediante una hipérbole, se especifica que sus costas están defendidas por «unas peñas tan altas que semejava que con el çielo llegavan» (p. 385). Paralelamente, entra en el plano de lo verosímil que la isla careciera de «salida nin entrada ninguna sinon por un postigo solo que tenié las puertas de fierro» (p. 385)<sup>33</sup> e incluso que, a través de las mismas, se llegara a un camino subterráneo «fecho a mano por do pudiese entrar un caballero armado con su cavallo», situación que contribuye a apartar las islas del mundo exterior, «de guisa que ninguno non pueda entrar acá sin su mandado [de la Emperatriz]» (p. 387). Pero la verosimilitud queda anegada por lo fantástico cuando conocemos que esas puertas se abren y cierran solas sin que nadie las pueda «mover a ninguna parte» (p. 385).

### 3.3.B. Delicias de la vida

Otros rasgos maravillosos propios de las descripciones isleñas suelen insistir en la abundancia de materias primas, la belleza de la flora, la bondad de las aguas o la excelencia del clima. Evidentemente, con la acumulación

<sup>32</sup> Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. J. M. Cacho Bleuca, Madrid, I, 1987, p. 664; y vid. pp. 76-81 para la cronología. En los dos textos citados los subrayados son míos.

<sup>33</sup> Más tarde, se indica que había otros tres postigos iguales (p. 387).

de tales propiedades, en cuya descripción suelen mecharse, una vez más, los elementos verosímiles y fantásticos, se pretende seducir la imaginación del lector, con el objeto de presentar el universo insular como un refugio adecuado para la vida apacible y regalada.

Por supuesto, en algunos casos, nos enfrentamos tan solo con ponderaciones genéricas y tópicas que no difieren de las que se aplican a las más diversas ciudades, siguiendo modelos de vieja raigambre. Así sucede cuando el autor del *Cifar* sitúa el imperio de las Islas Dotadas entre «los más viçiosos e muy abondados del mundo» (p. 404), cuando Tafur describe a Trápani como «gentil çibdat e bien abastada» (p. 301) o cuando el autor del *Libro del conoçimiento* asegura que la «ynsola gropis», denominación con que alude a «una de las Bisagots en la costa del África occ[idental]»<sup>34</sup>, «era tierra abondada de todos los bienes» (p. 58). En otras ocasiones, especialmente en las sencillas alusiones al agua o a la flora, los escritores tienen presente, de un modo u otro, el *topos* retórico del *locus amoenus*, de tan arraigada tradición, según prueba Tafur al destacar en Mesina sus «buenos jardines dentro de la tierra de fuera e buenas aguas» (p. 298).

Puede ocurrir, además, que una descripción que parezca limitada al plano de lo verosímil contenga algún motivo cuya conexión con lo exótico no escapara al público avisado, según ejemplifica la pintura que hace Tafur de Palermo como ciudad «muy rica por las muchas mercadurías e muy abastada de toda cosa, que, aunque es tierra gruessa, es de la mejor de la tierra; ay grandes açucarales en ella» (p. 300). En efecto, pese a la brevedad, dos notas se revelan con nitidez: por un lado, la ponderación que insiste en lo maravilloso a través de la antítesis («aunque es tierra gruesa, es de la mejor de la tierra»); por otro, el resalte de los «grandes açucarales» que, para un lector de la época, poseía una atracción especial, puesto que, aun cuando el azúcar de caña se cultivaba en la Península desde el siglo VIII, a lo largo de la Edad Media se la consideró un producto de lujo, por lo que, habitualmente, se empleó en compuestos medicinales, reservando la miel, como producto más común, para endulzar.

Algo semejante cabe subrayar sobre el *Viaje de la Tierra santa*, en el que, a la zaga del libro XIV de las *Etymologiae*, se aprovecha la descripción de Creta para conectarla con el origen de diversos inventos:

Fue la primera ysla que tuvo más poderío en armas y naves y la primera que halló letras y que demostró de pelear sobre cavallos. En ella fue primero hallado todo el estudio de la música y dende salió su exercicio en todo el mundo (p. 166)<sup>35</sup>.

<sup>34</sup> *Vid. ed. cit.*, p. 266, s.v. *Ynsola Gropis*.

<sup>35</sup> «Prima etiam remis et sagittis claruit, prima litteris iura finxit, equestres turmas prima docuit; studium musicum ab Idaeis dactylis in ea coeptum» (Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, ed. bilingüe de J. Oroz Reta y M. A. Marcos Casquero, Madrid, II, 1983, lib. XIV.16, p. 194).

Tal apunte didáctico no podía resultar neutro ni secundario para un lector medieval; por contra, contenía una nueva sugerencia de maravillas lejanas, en cuanto que el recuerdo de inventos e inventores planteaba nada menos que un asunto de tanto interés como el origen de la cultura. Por eso, el traductor amplifica el original añadiendo la segunda parte del último párrafo, con lo que se remacha la insistencia en la admiración.

Las distinciones establecidas hasta ahora sobre el concepto de lo maravilloso se hacen evidentes también en otras líneas del *Viaje de la Tierra santa*, donde, con algunos cambios respecto a la fuente, se define a Creta como «tierra donde hay muchas viñas y muy pobladas de arboledas. Es abundosa de muchas yerbas muy saludables y que se anpran en medicina, como díptamo, alno y otras de diversas xuerres». En la misma, además, «nacén piedras preciosas, y entre otras una llamada *ioce dactilo* según Ysidoro, libro XV» (p. 167)<sup>36</sup>. Sin duda, cada uno de los componentes de la descripción, si se consideran por separado, entran en el plano de lo verosímil, que se intenta apuntalar asimismo con la autoridad de Isidoro, pero la acumulación de bondades estimula, de nuevo, la sorpresa que arrastra a los lectores.

No se ignora, desde luego, la existencia de islas frías y así lo remachan, por caso, Alfonso X o Fernández de Heredia<sup>37</sup>, ni tampoco que alguna puede caracterizarse por el «mal ayre e mal agua», según predica Tafur de Chipre (p. 67), pero incluso en la descripción de islas reales aparece como un elemento maravilloso más el clima de bonanza permanente, en el que insiste Juan de Mena en la semiestrofa con la que inicia su compendio de las «islas particulares»:

El mar eso mesmo se nos representa  
con todas las islas en él descubiertas,  
tan bien de las aguas vivas como muertas,  
e donde bonança non teme tormenta (51abcd).

La importancia de estos versos se revela crucial, en cuanto certifica cómo el halo maravilloso que rodea a los universos insulares permite al autor castellano añadir un aspecto ausente en el tratado cosmográfico del que parte, pero que constituye un motivo reiterado. Así se explana, por caso, que en el *Libro de las maravillas del mundo*, del que ya a fines del siglo XIV circuló una versión aragonesa basada en un manuscrito francés, John Mandeville combine los tópicos del *locus amoenus* y del perenne clima primaveral para defenir Sicilia como una isla donde «hay un huerto en que hay

<sup>36</sup> Con toda probabilidad, nos hallamos ante una mala intelección de *Etymologiae*, XIV.16.

<sup>37</sup> Vid. los textos que cita A. Navarro González, *El mar en la literatura medieval castellana*, ob. cit., p. 39.

muchos diversos frutos; aquí es huerto verde y florido todos tiempos, así en invierno como de verano»<sup>38</sup>.

Claro está que, cuando nos tropezamos con una isla esencialmente poética, los elementos maravillosos se acumulan, según se observa, entre los textos elegidos, en el *Libro del cavallero Cifar*. Pues las Islas Dotadas, amén de características que coinciden, de un modo u otro, con las que se aplican a islas reales, destacan por sus bellísimas y apuestas mujeres, entre las que resalta la emperatriz, calificada, mediante una síntesis ponderativa, que roza el tópico de la *indecibilitas*, como «la más fermosa e la más acostumbra dueña que en el mundo naçió» (p. 386). Asimismo, la emperatriz posee inmenso poder: sesenta reyes se cuentan «al su mandar en el su señorío» (p. 385), de los que cuatro le sirven a la mesa (p. 389); y habita rodeada de lujo, «en un grand palaçio» (p. 388), en el que sobresalen una mesa de oro, guarnecida de piedras preciosas y rubíes, «cada uno de ellos [...] tan grande como una pelota» (pp. 388-389), y una vajilla «de oro fino con muchas piedras preciosas» (p. 389). La vida relajada y apacible es, por tanto, consustancial a todos sus súbditos, ya que «estava el su señorío en pas e en sosiego sin bolliçio malo, ca todos se querían tan bien e avían vida folgada e muy asosegada» (p. 397).

### 3.3.C. *Los animales fantásticos*

Un último aspecto entre los elementos maravillosos de las islas tiene que ver con la abundancia de animales conectados con lo fantástico, entre los cuales hay que distinguir un grupo del que se predica, pese a su existencia real, propiedades fabulosas o que, al menos, los singularizan dentro de su especie. Tal sucede con los animales que aparecen en el episodio del *Libro del cavallero Cifar*, en el que desempeñan asimismo una función estructural, en cuanto son la causa de las tentaciones que provocan la expulsión de Roboán de las Islas Dotadas. En ellas, encontramos, así, un alano «más blanco que el cristal» (p. 391) que «non ay venado en el mundo que lo non alcance e lo non tome» (p. 390) o un azor que, amén de pasar por «el mejor del mundo» (p. 392), por lo que no se le escapaba ave alguna (p. 396), era «más alvo que la nieve e los ojos tan bermejos e tan luzientes como brasas. E tenía unas piyuelas bien obradas de oro e de aljófar e la lonja era de filos de oro tirado e de los cabellos de la emperatriz, que non semejava sinon fino oro» (p. 395). Pero más representativo aún de estas características, ya que los rasgos maravillosos se multiplican, es un «cavallo más alvo que la

<sup>38</sup> Para el texto argonés, vid. *Libro de las maravillas del mundo de Juan de Mandevilla*, ed. P. Liria Montañés, Zaragoza, 1979. Cito, no obstante, por la temprana versión que, sobre una traducción latina, se hizo al castellano, expandiéndose en ediciones del siglo XVI (Valencia, 1521, 1524, 1531, 1540). La cita en p. 41 de la impresión preparada por G. Santonja (Madrid, 1984), que sigue el texto de 1524.

nieve» (p. 398) y «de tal natura [...] que nin comía nin bevía» (p. 401), a lo que se sumaba ser «el más corredor del mundo» (p. 398), pues, al picarle la espuela, se movía «como si fuera viento» (p. 403), diseño que me parece relacionado con los hipogrifos y caballos alados que tanto abundan en las tradiciones orientales.

Otra singularidad maravillosa de los animales reales en su conexión con lo fantástico estriba en la inexistencia absoluta de bestias dañinas como consecuencia de la consideración idílica del universo insular. Tal es lo que hallamos, con apego muy expreso a la fuente, que de nuevo parte de las *Etymologiae* (XIV.16), en el *Viaje de la Tierra santa*, donde se nos pinta a Creta como un lugar que

raposas y lobos ni otras bestias fieras ni malas nunca las cría; serpientes ningunas se hallan en ella ni otras bestias que daño hacen. Y, quando las lievan de otra parte, luego son muertas porque la tierra cuffrir no las quiere (pp. 166-167).

En esta tendencia a atribuir propiedades maravillosas a los animales reales cabe llegar incluso a rozar lo milagrero, como cuando John Mandeville, en el *Libro de las maravillas del mundo*, anota que en Sicilia

hay una manera de serpientes o culebras con las cuales se prueban los niños si son bastardos; porque si son legítimos no pueden sufrir el aliento del niño, y si son bastardos las culebras los muerden, y desta manera mueren muchos prueban sus hijos<sup>39</sup>.

Mas los universos insulares se presentan también como un mundo propicio para la integración de animales propiamente fantásticos, vale decir, quiméricos, fingidos e imaginados<sup>40</sup>; y, desde esta perspectiva, resulta harto significativo que las *Andanças* de Tafur, resumen de un viaje real, acojan las muestras más llamativas. En un caso, así, el hidalgo sevillano se ciñe a dar cabida a una tradición sobre el monte Pelegrino, «que está sobre el puerto de Palermo» (p. 299), acerca del cual «dizen que, aunque esté una bestia de muerte, tanto que la puedan subir arriba, en ocho días es sana» (p. 300). Sin duda, el inicio del comentario mediante la fórmula impersonal «dizen» hace pensar que Tafur pretende establecer una cesura clara entre la aceptación de quienes le han relatado tal hecho y la experiencia propia, pero esta impresión se viene enseguida abajo cuando, con una credulidad de resabios librescos, se coloca como testigo de la existencia en Lípári de un verdadero

<sup>39</sup> *Ed. cit.*, p. 41.

<sup>40</sup> Para la distinción entre estos y los anteriores, N. Salvador Miguel, «Animales fantásticos en *La Celestina*», en *Diavoli e mostri in scena dal Medio Evo al Rinascimento*, Viterbo, 1989, p. 286.

monstruo marino: «aquí vi, queriendo descender en tierra, el mayor pescado que jamás vi, que seríe tan alto como una torre» (p. 299).

Actitud semejante adopta en el caso de la sirena, el animal fantástico cuya conexión con el universo insular es motivo reiterado desde la *Odisea*, la cual menciona Tafur cuando, al referirse al Faro de Mesina, asegura que «este Faro es el mar do fingen los poetas que ay las Serenas». Con semejante apreciación, el viajero certifica de manera patente su increencia en estos animales; pero, incapaz de sustraerse a sus saberes librescos y mitológicos, no se resiste a endilgar, a renglón seguido, una minuciosa descripción que, ocupando nada menos que la mitad del episodio dedicado a la isla (pp. 297-298), compendia los motivos literarios con que se diseñaba la sirena-pep, según la tradición que, desde el segundo cuarto del siglo XII, se había impuesto a la antigua tradición de la sirena-pájaro<sup>41</sup>.

#### 4. CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

Por muy parciales que sean los datos en que se han fundamentado mis indagaciones, la reiteración de una serie de rasgos comunes en la descripción de mundos isleños tan varios permite concluir, en primer término, que tales motivos forman parte de una tipología insular que se reitera con independencia de que se trate de islas reales o poéticas, cercanas o lejanas. Es llamativo, en segundo lugar, la coincidencia de esas características con las que se han señalado para los diseños insulares transmitidos por las literaturas clásicas<sup>42</sup> y las correspondencias que, a lo que se me alcanza, cabe establecer con las tradiciones célticas<sup>43</sup> y orientales<sup>44</sup>.

Así las cosas, un estudio global sobre las islas en la literatura castellana medieval, amén de contar con un repertorio textual mucho más amplio y de englobarse en una perspectiva hispánica y románica, debería insistir, sobre todo, en las peculiaridades de creación, singularizando con nitidez las apor-

---

<sup>41</sup> Para la diferencia entre ambas, vid. N. Salvador Miguel, «Animales fantásticos en *La Celestina*», *art. cit.*, pp. 295-296.

<sup>42</sup> Cf., con la bibliografía correspondiente, M. Martínez Hernández, «Las islas poéticas en la literatura greco-latina antigua y medieval», en *Homenaje a Luis Gil*, ed. R. M. Aguilar *et alii*, Madrid, 1994, pp. 433-449.

<sup>43</sup> Me limito a remitir a las consideraciones esparcidas en H. R. Patch, *El otro mundo en la literatura medieval*, México, 1983.

<sup>44</sup> Vid. los textos recogidos por A. Arioli, *Islario maravilloso. Periplo árabe medieval*, Madrid, 1992.



taciones de cada autor. Asimismo, habría que deslindar, al ocuparse de los componentes mitológicos, los que provienen de la tradición grecolatina y los que remontan a un origen celta, bretón u oriental, mientras que en los elementos librescos sería necesario atender a los posibles influjos de la oralidad tanto como a los que dimanen de textos escritos. Por otro lado, se necesitaría insistir en la interconexión entre los diversos motivos analizados, pues, por ejemplo, la mención de las sirenas en Tafur revela que los componentes librescos, mitológicos y maravillosos no son, en algunos casos, sino distintas caras de una misma cosmovisión aplicada a los universos insulares. Por último, habría que comprobar si los descubrimientos marítimos iniciados por Colón provocan muy pronto, como han pensado algunos<sup>45</sup>, un cambio de perspectiva en la pintura literaria de las islas o si nos las habemos con una apreciación que cabe cuestionar, ya que resulta indudable que, en no pocos casos, la experiencia, los conceptos previos y las lecturas anteriores se sobrepusieron a la observación real<sup>46</sup>.

---

<sup>45</sup> Se ha escrito, verbigracia, que sus ecos se encuentran ya en el libro IV del *Amadís*: cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, «La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas» (apéndice a la obra de H. R. Patch, citada en la nota 40), p. 413, n. 13, proveniente de página anterior; y, a su zaga, J. M. Cacho Blecua, *ed. cit.* del *Amadís de Gaula*, p.171.

<sup>46</sup> Aunque buscan otros propósitos, pueden tenerse en cuenta las reflexiones que hace, en un artículo reciente, J. Kieniewicz, «Lo fantástico, imaginado y engañoso en los primeros relatos de los descubrimientos», en *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada, II. La parodia. El viaje imaginario*, Zaragoza, 1994, pp. 407-419.

Joaquín YARZA LUACES

## **LA ISLA: METÁFORA E IMAGEN VISUAL**

Reflejar la realidad de una isla es tarea difícil incluso en un tiempo en que el ilusionismo espacial, de la índole que sea, es regla en los sistemas representativos artísticos. Aun entonces, es preciso anunciarla con señales que sean recibidas e interpretadas por el destinatario del mensaje de un modo inteligible. Durante la mayor parte de la Edad Media ese sistema representativo de efecto tridimensional está lejos de pretenderse, por tanto es evidente que la isla se sugerirá de modo sumario o genérico, se recurrirá a metáforas o imágenes simbólicas alusivas a su significado, si lo tiene, etc. Se pondrá de manifiesto que, al menos hasta el siglo XV, su presencia obedece a cualquier razón menos a la de servir como elemento de reconocimiento de un espacio. Por otra parte, la existencia de viajes maravillosos, iniciáticos, fantásticos, descritos en textos redactados por razones muy diversas, tanto en la Antigüedad, como en la Edad Media, que recoge aquellos o imagina otros nuevos, da origen a la existencia de islas imaginadas. Algo que se asemeje a lo que hoy llamamos cartografía no surge hasta ese siglo XV, salvo los portulanos que son algo anteriores. De todo esto, siquiera sea levemente, se hablará aquí.

### **1. EL VIAJE: DE LA ANTIGÜEDAD A LA EDAD MEDIA**

Aunque el paisaje está sugerido en tiempos anteriores por medio de alusiones o pequeños detalles, no es hasta el siglo III a. J.C., en época helenística, cuando alcanza un cierto protagonismo, llegándose pronto a crear escenarios imaginados en los que se desarrolla una historia, muchas veces vinculada a textos literarios muy anteriores. Entre ellos está la Odisea, el libro del viaje misterioso e incierto por antonomasia, donde el protagonista no controla su ruta sino que es movido por voluntades ajenas a la suya. Su recorrido desde Troya hasta Ítaca le lleva a través de tierras desconocidas y a numerosas islas y ha despertado el interés de unos lectores que en más de una ocasión quisieron ver traducidas las palabras a imágenes.

De tradición helenística son las bellas pinturas del Esquilino de Roma (Museos Vaticanos) que ilustran una parte de la Odisea<sup>1</sup>. En ellas se ponen de manifiesto los modos en que el viaje, el mar y la isla se representarían en esta pintura de paisaje ilusionista. En la primera, Odiseo y sus compañeros han llegado al país de los lestrigones (X, 80 y ss.). Seguras las naves en el puerto, desembarcan los hombres y distinguen a la hija del jefe Antífate que viene a recoger agua de una fuente próxima al mar (fig. 1). El encuentro posterior con el gigantesco señor de los lestrigones acabará fatalmente para algunos de los marinos que serán despedazados y devorados por él. Todo transcurre en un paisaje idílico, totalmente imaginario, rocoso. La idea del desembarco se señala por el agua del primer término, los navíos fondeados en ella y la presencia de la tierra. Puede ser una simple costa, pero de igual manera se aludiría a la isla. Cuando más adelante, salvada con dificultad la trágica situación, continúan viaje, llegarán a Eea, la isla de Circe, la maga que retendrá a Ulises (X, 135 y ss.)<sup>2</sup>. En este caso, la bahía es muy amplia, pero el tipo de paisaje es similar al anterior. El modo en que se presenta la isla en nada cambia respecto al escenario primero. Realmente, salvo que se elija un punto de visto altísimo o que se trate de un pequeño islote, no parece que exista otra manera de hacerlo<sup>3</sup>.

La Edad Media nunca se olvidó de Roma y Grecia, aunque interpretara su recuerdo de un modo que haría difícil el reconocimiento a un espectador ingenuo que viajara por los tres paisajes. Los mitos y las historias literarias siguieron disfrutando de una cierta popularidad, llegando incluso a formar parte de lo que se consideraba una realidad histórica. Por eso, cuando Hartmann Schedel redacta su *Liber Chronicarum*, que se publica por vez primera en Nuremberg en una impresión ilustrada con numerosísimos grabados debidos a M. Wolgemut y otros colaboradores, incluye como verdaderas algunas historias que proceden de la literatura y el mito clásicos<sup>4</sup>. Así

---

<sup>1</sup> Balil, A., *Pintura helenística y romana*, Madrid, 1962, pp. 102 y ss.

<sup>2</sup> El texto completo en Homero, *Odisea*, int. M. Fernández Galiano, trad. J.M. Pavón, Madrid, 1982, pp. 247 y ss.

<sup>3</sup> Aunque el dramatismo de las historias le separa en cierto modo de él, en realidad este tipo de paisajes imaginarios tiene puntos de contacto con lo que se ha llamado el paisaje pastoral romano. Aunque con frecuencia se le ha concedido un sentido amable y placentero, últimamente se ha querido ver algo más comprometido. Vid. Silberger-Peirce, S., *Politics and private imagery: The sacral-idyllic landscapes in augustan art*, en «Art History», III nº 3 (1980), pp. 241-251; Zanker, P., *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid, 1992, pp. 332 y ss. Por fin, Bergmann, B., «Exploring the grove: Pastoral space on roman walls», en *Studies in History of Art*, XX (1992), «The pastoral landscape», pp. 21-46.

<sup>4</sup> Libro extraordinario por el altísimo número de grabados que lo enriquece. Un equipo de grabadores debió trabajar en él, dirigido por el mencionado M. Wolgemut y por W. Pleydenwurff. Su éxito fue grande, tanto en su país de origen en edición alemana, como por Europa en la latina. Por ejemplo, sobre el ejemplar que posee la catedral de Huesca,

nos encontramos con la isla de Circe (f. XLI) visitada por Ulises (fig. 2). Es una visión sintética, porque en el barco en que figura el héroe se encuentran sus compañeros transformados en seres híbridos de hombre y animal, cuando a esas alturas habían vuelto a su forma natural, mientras en tierra, la hechicera prepara la comida transformadora. Ningún hombre de la antigüedad hubiera reconocido en esta dama gótica a la seductora del héroe griego, ni a él en este clérigo u hombre de letras que se sitúa en la popa del barco. La mención a la isla no varía mucho respecto a lo ya visto: por una parte está el mar en el que se mece el navío, y por otra la tierra en la que habita Circe.

Pocas historias despertaron más la imaginación medieval que todas las que rodearon la guerra de Troya. Después de todo la Odisea o, incluso, la Eneida, son herencia de esta guerra. Desconocido Homero, o quienes están detrás de las obras que se ponen a su nombre, incluso por ello menospreciado en favor de escritores de escasa calidad, sin embargo la historia pervivió en textos diversos que dieron lugar a otros con infinitas variantes. En el siglo XII, hacia 1165, Benoît de Sainte-Maure redacta una historia troyana que tendrá un éxito extraordinario y que no toma como base a Homero sino a otros autores más tardíos y menos interesantes, el *Roman de Troie*. Curiosamente esta popularidad se hará mayor cuando Guido delle Colonna la utilice como base principal para una edición latina de la que llamará *Historia destructionis Trojae* y que a veces se simplifica como *Historia troyana*<sup>5</sup>. Diversas versiones abreviadas, traducciones a varias lenguas, entre ellas el castellano y el gallego, copias de uno y otro, difundieron la historia por toda Europa. Varios de estos códices fueron ejemplares de lujo, enriquecidos con numerosas miniaturas, donde se expresaba el antiguo mundo con ropajes medievales. La versión concede una importancia mayor a los troyanos que a los griegos. Además no se trata sólo de la guerra entre ambos, sino que se inicia con la historia de Jasón y en la zona final hay capítulos dedicados a los héroes supervivientes en su periplo de vuelta.

De todos ellos me limitaré a citar dos<sup>6</sup>. Por una parte, el que corresponde a la traducción del primero hecha por encargo del rey Alfonso XI y que se

---

Yarza, J., *Liber Chronicarum*, en *Signos. Arte y cultura en el Alto Aragón Medieval*, Huesca-Jaca, 1993, pp. 454-455. Una edición reciente, Rücker, E., *Hartman Schedels Weltchronik*, Munich, 1990.

<sup>5</sup> Guido delle Colonne vivió en el sur de Italia y allí, hacia 1287 terminó su libro, en el que se manifiesta seguidor de aquellos que habían sido fuente de Benoît de Sainte-Maure, Dares y Dictys, pero no menciona a aquel, pese a haberlo utilizado continuamente. Recientemente se ha hecho una traducción al castellano de la obra del italiano: Guido delle Colonne, *Historia de la destrucción de Troya*, ed. M.A. Marcos Casquero, Madrid, 1996.

<sup>6</sup> El estudio global más completo sobre la ilustración tanto del texto de Benoît de Sainte-Maure como de Guido delle Colonne, aunque centrado sobre todo en el segundo y a partir de dos códices es el de Buchtal, H., *Historia Troiana. Studies in the history of mediaeval secular illustration*, Londres-Leiden, 1971.

conserva en la Biblioteca del monasterio de El Escorial (ms. h.I.6) y, por otra, el ilustradísimo Guido delle Colonne, tal vez veneciano y casi contemporáneo, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 17805). En el primero es extraordinaria la escena en la que los navíos de los griegos que regresan de Troya llegan a las costas del rey Nauplio que les prepara diversas trampas para acabar con ellos, debido a una información equivocada del trato que habían concedido a su hijo muerto allá (fig. 3). En el primer plano se ven los barcos zarandeados por el mar y hundidos por las gigantescas rocas que desde arriba (en la descripción se alude a los acantilados de la costa) arrojan los hombres de Nauplio<sup>7</sup>, mientras a un lado se ve esa tierra escarpada. Es una escena clásica de viaje, aunque se hable meramente de territorios bañados por el mar. Si hubiera sido una isla, la imagen no habría cambiado.

Así lo constatamos con el manuscrito veneciano. Cuando los ejércitos y jefes griegos parten conjuntamente de una isla que el escritor italiano califica de Delos o Delfos indistintamente, vemos un solo navío tripulado por mucha gente y, bañado por las aguas del mar, el santuario de Apolo a un lado (f. 57)<sup>8</sup>. El texto es claro: «Estaba la mencionada isla de Delfos rodeada de mar por todas partes»<sup>9</sup>. Sin embargo, el miniaturista no encuentra el procedimiento para representarla así. Hay que decir que en este caso, siendo un excelente dibujante y pintor de figuras y grupos, resulta más elemental que los artistas de la *Crónica Troyana* escurialense en el tratamiento del espacio ilusionista.

Para conseguir otra visión que permita entender que estamos ante una isla se precisa, bien buscar un punto de vista muy alto, panorámico, bien eliminar cualquier señal de verosimilitud y disminuir su tamaño respecto a los habitantes, de manera que sea visible todo su perímetro, como veremos que se hace en otras obras del siglo XV. Pero aquella panorámica la encontramos en algunos manuscritos de la antigüedad tardía tan excepcionales como el *Virgilio Vaticano* (Roma, Biblioteca Apostólica Vaticana, Vat. lat. 3225). Se trata de la ilustración de un autor clásico emblemático, tanto para la antigua Roma, como para la Edad Media, que profesó al poeta una admiración tal que se llegó poco menos que a considerar casi un santo pagano. De sus tres obras, la *Eneida* podría situarse en la línea de las narraciones de periplos de héroes procedentes

<sup>7</sup> Guido delle Colonne, *op. cit.*, lib. XXXII, pp. 335-336. El espléndido manuscrito contiene setenta miniaturas de excelente calidad, pero que, por desgracia, están bastante lastimadas. En ellas se ve la mano de varios miniaturistas alguno de los cuales refleja influjos italianos en el tratamiento del paisaje y las arquitecturas, pero igualmente se han incorporado musulmanismos. Falto aún de un estudio riguroso, puede verse García Morancos, P., *Crónica Troyana*, Madrid, 1976, con buenas fotografías. También lo menciona y destaca como el más importante de los ejemplares ilustrados conocidos de esta historia.

<sup>8</sup> Prueba de que hay una cierta confusión es que habla de la isla de Delos y del santuario de Delfos, tratando de explicar la contradicción, sin conseguir convencer.

<sup>9</sup> Guido delle Colonne, *op. cit.*, lib. X,5, p. 173.

de la guerra troyana, aunque en este caso el protagonista sea Eneas, un troyano al que una tradición fabulosa, pero en voga en tiempos de Augusto, le hacía mítico fundador de la grandeza romana y de la casa augústea. El ejemplar citado debió de hacerse en Roma hacia el 400<sup>10</sup>. Con frecuencia nos encontramos en las miniaturas ilustrativas con los navíos del héroe surcando las aguas mediterráneas y acercándose a tierra. Recordemos ese paisaje en el que a un lado se ve el mar con barcos transformados en sirenas, cerca de una costa poblada por los guerreros de Turno. Todo sucede en la desembocadura del Tíber (*Eneida*, IX, 115 y ss.).

Pero es antes cuando se nos ofrece la singular panorámica. Eneas está narrando a Dido sus desventuras, cuyo último capítulo transcurre en tanto bordean las costas sicilianas. Virgilio va mencionando los lugares por los que pasa, terminando por refugiarse en el puerto de Drepanum, la actual Trapani, donde morirá su padre Anquises (*Eneida*, III, 690 y ss.) (fig. 4). El miniaturista tiene la excepcional idea de ofrecer una visión casi cartográfica del extremo en punta de Sicilia, el triángulo en el que se ve la isla Ortygia a la derecha, cubierta por una construcción. En el interior de la isla edificios similares aluden a otras tantas ciudades o aldeas. Finalmente, en la esquina izquierda se abre el gran semicírculo del puerto de Drepanum al que llega la nave de Eneas<sup>11</sup>. No podemos creer que sea el único ejemplo en el que se representó así una isla en la antigüedad, pero no conservamos imagen que pueda ponerse en paralelo.

Todos los viajes mencionados son imaginarios o literarios, aunque exista un sustrato histórico tras ellos. Pero los griegos fueron con el tiempo navegantes, primero por el Mediterráneo, y, al igual que los cartagineses, no dejaron de intentar descubrir lo que estaba más allá de las columnas de Hércules. Se hizo navegación costera y expediciones de las que no queda huella. También hubo quien dejó noticia escrita de todo lo ocurrido. Píteas de Marsella fue quizás el más importante. Su obra *Sobre el océano* fue discutida y por lo que decía se le acusó incluso de falsario. Afirmaba cosas que contradecían concepciones establecidas, aunque muchas resultaron ser verdaderas. Por desgracia, se ha perdido el texto y tan sólo lo conocemos a través de sus detractores, sobre todo Estrabón, quien especialmente arremete contra él<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> La bibliografía sobre él es inmensa, por lo que me limito a indicar dos de las últimas publicaciones. Por una parte, Wright, D.H., *The Vatican Vergil. A masterpiece of late antique art*, Berkeley-Los Ángeles-Oxford, 1993, y por otra la amplia ficha del mismo autor correspondiente a la gran exposición *Vedere i Classici*, al cuidado de Mauro Buonocore, Vaticano, 1996, n° 1, pp. 141-149.

<sup>11</sup> Wright, D.H., *The Vatican*, pp. 34-35. Asimismo, Della Valle, M., «La cartografia bizantina, le sue fonti classiche e il suo rapporto con le arti figurative», en *Milione*, 3. *Arte profana e arte sacra a Bisanzio*, Roma, 1995, p. 343.

<sup>12</sup> Todos los diversos fragmentos transmitidos a través de terceros han sido recogidos en Roseman, Ch. R., *Pytheas of Massalia, On the Ocean*, Chicago, 1984. Ver también,

Píteas debió de estar en Gran Bretaña y seguramente en Irlanda. Sin embargo, habla de otras tierras y otros fenómenos que existían más al norte y que es posible que no haya visto. Así surge la isla de Tule. Oyendo a Estrabón se diría que nadie debería volver a hablar de lo que podría ser una fantasía del viajero: «El que informa sobre Tule, Píteas, está considerado como gran mentiroso, y, de hecho, los que han visto Britania y Yerne (Irlanda) nada dicen acerca de Tule, pese a mencionar otras pequeñas islas alrededor de Britania»<sup>13</sup>. Algo después vuelve a preguntarse sobre la realidad de tal isla, al mencionar las islas más destacadas de Europa: «Más confusa es aún nuestra información sobre Tule a causa de su lejanía... Lo que Píteas ha dicho sobre ella...es pura invención»<sup>14</sup>. Sin embargo, el misterio de que se rodea, los comentarios más precisos que hizo el masaliota sobre ella, la van a convertir en una de las islas maravillosas ya en la antigüedad y de aquí pasará a la Edad Media<sup>15</sup>.

Sólo recordaré un texto que la menciona, que gozó de gran predicamento. Me refiero al *Ymago mundi* de Pierre d'Ailly. Este clérigo francés que llegó a obispo y vivió entre los siglos XIV y principios del siguiente no conoce desde luego a Píteas, y cuando habla de nuestra isla remite a esa gran autoridad en materias enciclopédicas que fue San Isidoro de Sevilla: «Después se encuentra la isla de Tule, que está separada a enorme distancia de las demás en dirección al noroeste. Situada en medio del océano apenas es conocida por unos pocos. Esta es según Isidoro la última isla del océano entre el norte y el oeste más allá de Britania»<sup>16</sup>. Y de igual forma la isla quedó incluida en los mapas medievales a lo largo de varios siglos.

Sabemos que el *Comentario al Apocalipsis* de Beato de Liébana, copiado muchas veces en ejemplares de lujo sumamente ilustrados, los que llamamos Beatos, incluían un comentario a la misión evangelizadora de los apóstoles por todo el mundo que se traducía en un mapamundi bastante ex-

---

Janni, P., Prontera, F., «I geografi e le conoscenze geografiche nel mondo antico», en *Cristoforo Colombo e l'apertura degli spazi, Mostra storica-cartografica*, dir. G. Cavallo, Roma, 1992, pp. 16 y ss. En cuanto a Estrabón se ha dicho que parte de la saña con que se pronuncia contra él podría tener unas motivaciones políticas, tanto como científicas.

<sup>13</sup> Estrabón, *Geografía*, Libros I-II, int. García Blanco, trad. el mismo y García Ramón, Madrid, 1991, lib. I, 4,3, pp. 374-375.

<sup>14</sup> Estrabón, *op. cit.*, Libros III-IV, trad. Meana y Piñero, Madrid, 1992, lib. IV, 5, p. 187.

<sup>15</sup> No quiero insistir mucho sobre ella porque en estas mismas páginas se le dedica un estudio monográfico: Mund-Dopchie, M., *L'Ultima Thule dans l'imaginaire occidental. Les métamorphoses d'une île réelle en un pays fabuleux*. Recuerdo asimismo, Gómez Espelosín, F.J., «Tierras fabulosas del imaginario griego», en Gómez Espelosín, F.J., Pérez Largacha, V., *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá de Henares, 1994, pp. 130-134 (La Tule de Píteas).

<sup>16</sup> D'Ailly, Pierre, *Ymago Mundi y otros opúsculos*, ed. A. Ramírez del Verger, Madrid, 1992, cap. XL, «Sobre las islas del Océano», p. 97

cepcional al que luego nos referiremos. Generalmente, responde al tipo tripartito isidoriano, orientado de norte a sur y dividido en medio por la entrada del mar Mediterráneo que separa a Europa, a la izquierda, de África, a la derecha. Los tres continentes, el tercero es Asia, incluso un misterioso cuarto, están completamente rodeados por los mares. Por lo general, en el azul que los representa se ven peces e islas. Entre ellas, a la derecha, la última que se encuentra, porque se supone que ninguna está más al norte, es Tule. La distinguimos, por ejemplo, en el *Beato de Fernando I* (Madrid, Biblioteca Nacional, Vit. 14. 2): «Tile insula» (fols. 63v.-64) (fig. 5). Este manuscrito se lleva a cabo poco antes de mediados del siglo XI, pero su mapa tiene ya una larga historia de antecedentes. En los códices que se copien con posterioridad se volverá a repetir la isla.

Se podría creer que tan sólo aquí la encontramos, pero no es así. La famosa *Cosmografía* de Ptolomeo, en origen *Hyphegesis Geographike*, escrita en el siglo II en Alejandría de Egipto, se perdió durante siglos para Occidente, mientras seguía siendo conocida en Bizancio. Desde fines del siglo XII o principios del siguiente, hay códices griegos que contienen el gran mapamundi y mapas de regiones más concretas, como el importante del Vaticano (Bib. Apost. Vat., Urb. gr. 82). En torno a 1400 se traduce al latín y desde entonces se copia en manuscritos que incluyen toda la cartografía<sup>17</sup>.

Sobre la misma base general, los manuscritos presentan variantes en la ilustración. Voy a fijarme en uno de ellos que procede de los medios florentinos de la segunda mitad del siglo XV. Se trata del ejemplar que conserva la Biblioteca Nacional de Nápoles (Codex Lat. V F.32)<sup>18</sup>. En el mapa general es visible al norte de las islas Británicas otra isla que casi desborda el marco del mapa. Lleva el nombre de *Thile*. Más adelante, en la carta de las islas propiamente, están dibujadas las principales y algunas secundarias, destacando en blanco sobre el fondo azul de las aguas. Más arriba, en la esquina derecha, de nuevo casi desbordando el marco, se encuentra *Thile insula*, de perfil poco definido y pintada con lámina de oro (fig. 6).

Quizás en todos los códices de Ptolomeo no se hace la isla tan explícita, pero es claro que ni su nombre había desaparecido, ni su misterio se había desvelado. Algunos autores, ahora que se conocía mejor el norte de Europa,

<sup>17</sup> No es éste el lugar más apropiado para mencionar el problema que se ha planteado con esta cartografía. Se ha discutido sobre si pertenece ya a la obra original de Ptolomeo, si se añadió en Bizancio, si sólo es ptolemaico el mapa mundi inicial y no los mapas monográficos, etc. Incluso hubo quien negó que estemos ante el texto de Ptolomeo, sino ante una redacción muy posterior hecha a partir de sus notas. En todo caso envío a la bibliografía que acompaña la edición del ejemplar citado en la nota siguiente a la que puede añadirse el amplio número de fichas correspondientes a los ejemplares exhibidos en dos importantes exposiciones italianas. Me refiero a la ya citada de *Cristoforo Colombo e l'apertura degli spazi*, dir. G. Cavallo, Roma, 1992, 2 vols., y la de *Vedere i Classici*, n° 85 (pp. 355-359), 87 (pp. 361-363), 91 (pp. 370-371) y 92 (pp. 372-375).

<sup>18</sup> Claudii Ptolemaei I, *Cosmographia. Tabulae*, introducción de Lelio Pagani, Leicester, 1990.



llegaron a sugerir una identificación entre Thule o Thile e Islandia. Pero esto no impidió que en manuscritos de lujo hechos por gusto y como signo de recuperación del mundo antiguo, y que en modo alguno tenían un fin práctico, se siguieran mostrando ambas con independencia. Es el caso de Battista Agnese, activo en Venecia entre 1514 o 1527 y 1564. Entre sus numerosas obras la Biblioteca Marciana de Venecia (Cod.It. IV,62= 5067) custodia un bello Atlas firmado en 1554 donde se incorporan ya las novedades de América. Sin embargo, en la carta del norte de Europa (fols. 28v.-29) vemos que entre Gran Bretaña y una gran Islandia se encuentran varias islas, entre ellas las Orcades y la *Thile insula*, de la que se dice «Hic habitat dominus insular»<sup>19</sup>. La leyenda de aquello que pudo partir de una realidad no vista por Píteas seguía adelante, como sabemos que sucede en la literatura o la música.

Por el contrario, se habla en la Antigüedad de islas que no existieron en realidad, pero que acaban identificándose con otras reales que eran entonces desconocidas, o mejor, que se habían visitado sin llegar a integrarse con seguridad en los mapas. Es el caso probable de las islas Afortunadas en relación a las Canarias. En el Ptolomeo que estábamos mencionando, el mapa que corresponde a Libia y Ethiopia presenta una costa occidental con varias islas. Un archipiélago formado por seis se encuentra en una zona baja y se llama *Fortunate insulae*<sup>20</sup>. De hecho el nombre de Canaria aparece ya en Plinio el Viejo a propósito de las islas Afortunadas, como si fuera una de ellas y su nombre proviniera de que estaba habitada por perros (canes) de gran alzada<sup>21</sup>, aunque no se acuse el nombre en la representación aún mítica del archipiélago en los mapas.

## 2. EL PASO A LA EDAD MEDIA Y ORIENTE CRISTIANO

De hecho hemos estado ya aludiendo a la Edad Media continuamente a la hora de ver qué islas míticas antiguas se mantienen durante el período o cómo los autores clásicos y determinadas obras donde el viaje tiene un

<sup>19</sup> Sitran Gasparrini I, en *Biblioteca Marciana. Venezia*, Florencia, 1988, pp. 208-211.

<sup>20</sup> Poco más voy a decir del archipiélago canario. Remito por el momento a Vallejo, M., «Tierras fabulosas del mundo romano y cristiano», en *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, pp. 307 y ss. Una perspectiva novedosa: Las Afortunadas, pp. 316 y ss.; Manfredi, V., *Le Isole Fortunate. Topografía de un mito*, Roma, 1993, y, sobre todo, Martínez, M., *Las Islas canarias de la Antigüedad al Renacimiento. Nuevos aspectos*, Santa Cruz de Tenerife, 1996, que recoge varios estudios anteriores del autor. A él envió asimismo para la bibliografía antigua y más reciente, que es realmente muy abundante, sobre las Canarias en las fuentes antiguas y medievales. Asimismo hace una amplia recensión del libro de Manfredi citado, pp. 257-263.

<sup>21</sup> Plinio, *Historia naturalis*, VI, 37, 202-205, según Martínez, *op. cit.*, pp. 108-111.

protagonismo se recogen e reinterpretan entonces, con las consecuencias de representación consiguientes. No obstante recordemos que hablar de Edad Media en cuanto a sistemas de representación espacial es no decir nada, porque las diferencias entre los tiempos más antiguos y los últimos es total. Es claro que en la Alta edad el olvido y poco interés por un sistema ilusionista de sugerencia tridimensional es una característica, sea cual sea la explicación que se dé al hecho. Contemporáneamente, Bizancio sigue otro camino, pero no deja de ejercer un influjo constante en Occidente. Ya lo hemos puesto de manifiesto al hablar de la cartografía ptolemaica.

Desde un punto de vista cartográfico poco se puede decir del Imperio Romano de Oriente. No parece haber existido interés alguno por representaciones científicas, ni del mundo, ni de los territorios que constituían su imperio<sup>22</sup>. Cosmas Indicopleustes es un hombre del siglo VI, posible mercader y viajero por próximo oriente, «un cristiano», quizás un nestoriano, que escribe su *Topografía Cristiana* con fines que poco tienen que ver con la idea de la descripción de lugares o el espíritu científico, en tanto que todo lo subordina al Antiguo Testamento en cuanto a su concepción cosmológica o histórica. Su obra, es de destacar, tiene éxito, ya no en su momento, sino en los siglos del imperio medio posteriores al triunfo iconódulo, pese a la fuerte crítica a que la somete una personalidad tan influyente como el patriarca Focio. En realidad quizás hay que considerarlo significativo de una actitud mantenida en el imperio, pese a la existencia de intelectuales como Focio. Aparte de otras críticas, en lo que a nosotros nos afecta en este momento, lo considera un fabulador: «cuenta ciertos hechos inadmisibles en historia... Sería justo considerar a este hombre por un autor de fábulas más que un testigo verídico». De su concepción del universo niega: «el cielo no tiene forma de esfera y la tierra menos, sino que el primero es una especie de cámara con cúpula, la otra un rectángulo...»<sup>23</sup>.

La *Topografía* se copió en algunas obras de lujo muy ilustradas en las que, junto a escenas bíblicas, hay esquemas que traducen esta concepción cosmológica. Resultan sorprendentes, no cabía esperar otra cosa, pero no nos proporcionan información respecto a las islas, porque los esquemas son demasiado generales, incluida la carta de la tierra<sup>24</sup>.

Y en este sentido poco más queda decir, salvo recordar que fue en Bizancio donde se recuperó la *Geografía* de Ptolomeo en su versión con cartografía. Los ejemplares más antiguos se remontan al siglo XIII

<sup>22</sup> Una introducción al tema Della Valle, *op. cit.*, pp. 339-360.

<sup>23</sup> Phorius, *Bibliothèque*, I, ed. y trad. R. Henry, París, 1959, n° 36, p. 21.

<sup>24</sup> Un estudio importante fue el de Wolska, W., *Recherches sur la Topographie Chrétienne de Cosmas Indicopleustès. Théologie et Science au VI<sup>e</sup> siècle*, París, 1962, quien después llevó a cabo la edición y traducción del texto al francés en *Cosmas Indicopleustès, Topographie chrétienne*, París, 1968-1973, 3 vols.

(Copenhague, Vaticano y Estambul)<sup>25</sup>. Todo parece indicar que en Bizancio no se generó la ilustración, sino en la antigüedad tardía. Aparte de lo comentado, se trata propiamente de un intento de hacer una cartografía aceptablemente fiable en líneas generales, donde el perfil de las islas, cuando son reales y no fabulosas, se intenta adecuar a una mínima realidad. Casi al tiempo, como sucederá más claramente en Occidente, la obra se convierte en pieza de lujo y de arte, en un objeto bello y suntuoso, para ver, pero nunca será una guía para viajar. Los nuevos conocimientos casi no se incorporan y los mapas se repiten una y otra vez.

Otro asunto es el de la imagen de la isla en las artes figurativas: mosaico, pintura, miniatura, etc. Diríamos que, sin buscar nunca la tercera dimensión, en una parte de lo bizantino queda suficientemente sugerida para que se repitan escenas como las antes citadas a la hora de aludir a un viaje marítimo o a la presencia de una isla. Por ejemplo, el *Menologio de Basilio II* (Biblioteca Vaticana, Gr. 1613), poco anterior al año mil, contiene un enorme número de miniaturas dedicadas a santos y fiestas de acuerdo con el orden del año. Para cada santo se ha seleccionado una escena de su vida y alguna presenta alusiones del tipo comentado. Por ejemplo, la historia elegida de Teodoro Studita lo presenta en relación a un viaje, lo que permite la presentación de un escenario marino en medio de dos costas, de la que una es una isla a la que se llega o a la que se va. Aunque los elementos espaciales son mínimos, la lectura correcta del significado es fácil.

En cuanto a Occidente, en la primera parte de la Edad Media es necesario referirse a una imagen ya mencionada que se repite insistentemente: el mapamundi de los Beatos<sup>26</sup>. Ya se ha hablado de él a propósito de Tule. Recuérdese que se concebía en el siglo X de modo muy elemental, de modo que en el agua que cercaba los continentes se veían rectángulos de lados algo irregulares que eran de hecho las islas. ¿Cabe hablar de cartografía, de proyecciones sobre el plano, etc.? Indudablemente, no en el sentido moderno de la palabra, ni por intenciones. Detrás estaban unos conocimientos antiguos, la alusión a la proyección no falta, pero lo más importante es el mensaje de la catolicidad y apostolicidad de la Iglesia. Incluso la insistencia

<sup>25</sup> Della Valle, *op. cit.*, pp. 347 y ss., con bibliografía.

<sup>26</sup> De la bibliografía de los mapas de Beato, me limito a indicar, primero, el estudio pionero de Menéndez Pidal, G., «Mozárabes y asturianos en la cultura de la Alta Edad Media, en relación especial con la historia de los conocimientos geográficos», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXXXIV(1954), pp. 137-291. Por fin, Moralejo, S., «El mundo y el tiempo en el mapa del Beato de Osmá», en *El Beato de Osmá. Estudios*, ed. facsímil, Valencia, 1992, pp. 151-179. Sólo los manuscritos de la segunda familia contienen los mapas que ocupan un doble folio. Se ha encontrado algún mapa independiente de los Beatos, y entre ellos destacaría el del monasterio en parte rupestre de San Pedro das Rocas en Galicia, por tratarse del único mural. Menor interés para Beato tiene, Chocheyras, P., «Fin des terres et fin des temps d'Hésychius (V<sup>e</sup> siècle) à Béatus (VIII<sup>e</sup> siècle)», en *The use and abuse of eschatology in the Middle Ages*, Lovaina, 1988, pp. 72-69.

sobre el hecho de que la fundación de ciertas iglesias del mundo está relacionada con los apóstoles, no tan sólo la romana.

Durante muchos años, mientras ciertas condiciones de los mapamundi medievales iban cambiando, la imagen de las islas reflejadas sobre ellos se mantuvo sin apenas cambios. No se puede hoy en día hablar de un único significado para justificar su fabricación. Mientras en los Beatos se integran en la compleja composición de un libro y pretenden poner de manifiesto la universalidad de la iglesia, pronto se ven otros que no forman parte de un manuscrito sino que se conciben con independencia de otro soporte. También, cabe que llenen los muros de una sala, el mosaico de un pavimento, etc., y en cada ocasión habrá que explicar por qué se han creado. Siguen estando muy lejos de buscar la transcripción de un mundo real en su forma y proporciones. Aparecen esos mapas parlantes, cargados de inscripciones y al tiempo de imágenes. La existencia de seres extravagantes o razas monstruosas entendidas como reales llevará en algunos casos a que se les vea en los territorios que se supone que habitan, como en los mapas de Ebstorf y Hereford, que se convierten en un documento inapreciable para conocer la geografía y la antropología de lo imaginario medieval. En los últimos años se ha trabajado mucho sobre el tema<sup>27</sup>. Pero al margen de la diferencia de significado que existe en cada creación, se puede afirmar que la realización de todas estas piezas no está en manos de especialistas, geógrafos, matemáticos, etc., sino de artistas (o artesanos, si se prefiere), que los conciben y llevan a cabo igual que trabajan en una pintura o un mosaico.

Los mismos mapas de los Beatos se llegan a poblar de construcciones, como el *Beato de san Andrés del Arroyo* (París, Bibliothèque Nationale, Nouv. acq. lat. 2290, fols. 13v.-14), ya de principios del siglo XIII. Incluso los barcos surcan las aguas oceánicas que circundan las tierras conducidos por remeros. La isla se beneficia de estos cambios. Ha perdido la forma rectangular, aunque la tendencia a un círculo de perfil ondulado sigue siendo tan convencional como la de antes. En cada una se encuentra asimismo una construcción, señal de que está poblada. A cambio, en apariencia no se ve Tule por parte alguna, pero al final se descubre nuestro error. Se trata de un mapa enormemente dislocado y caprichoso que ha desplazado la isla del septentrión por completo al oeste, de manera que se encuentra frente a las costas de África, pero con la presencia del sol en sus proximidades, como convenía.

---

<sup>27</sup> Una vez más indico que no pretendo recoger aquí toda la bibliografía, sino que me limito a recordar unos cuantos títulos que a su vez la contienen. Piénsese en el amplio capítulo de Woodward, D., «Medieval Mappaemundi», en *The history of Cartography, I Cartography in Prehistoric, Ancient and Medieval Europe and Mediterranean*, ed. J.B. Harley y D. Woodward, Chicago, 1987, pp. 286-370; Kemp, W., «Medieval pictorial system», en *Iconography at the crossroads*, ed. B. Cassidy, Princeton, 1993, pp. 121-137; Harvey, P.D.A., *Medieval maps* (The British Library), Londres, 1991. Finalmente el completo y sugestivo, Kupfer, M., «Medieval world maps: embedded images, interpretative frames», en *Word and Image*, 10, nº 3 (1994), pp. 262-288 .

No se debe creer que la cartografía de otros países realizada a partir del siglo XII es más precisa o se aproxima a la realidad. El *Mapamundi de Enrique de Mainz* o Maguncia, de fines del siglo XII, quizás inglés de Durham (Cambridge, Corpus Christi College, ms. 66, p. 2), resulta enormemente confuso, por su forma y la falta de colores que permitan una distinción rápida entre tierras y mares<sup>28</sup>. Figura como frontispicio de una crónica del mundo de Honorio Augustodunensis y forma parte de un grupo de mapas de los que es el más antiguo, que se suponen originados en Inglaterra, aunque algunos fueron realizados en el Imperio, entre este siglo XII y el XIV. Las islas adoptan perfiles caprichosos con costas onduladas, pero alejadas de la realidad. Véanse por ejemplo las formas alargadísimas de Gran Bretaña e Irlanda, que llaman la atención especialmente por suponerse que el mapa se copió en la primera. El carácter religioso del mapa de Hereford, algo más tardío, no sólo viene avalado por la presencia de una *Maiestas* en la zona superior, sino porque parece que era tabla central de un tríptico en cuyas alas se encontraba una *Anunciación*<sup>29</sup>.

En definitiva, ninguna de estas obras sobrepasa el siglo XIV, pero lo que llama la atención es que muchas deficiencias y convenciones permanecían cuando se creaban mapas nuevos, ya en el siglo XV, y para otros lugares como el Imperio e Italia. Andreas Walsperger debía de ser un monje benedictino de Constanza, que concibe un curioso *Mapamundi* (Vaticano, Pal. Lat. 1362 B) en 1448. Piénsese que en esta fecha las islas Canarias habían sido colonizadas y se tenía noticia por tanto de su ubicación al sur, frente a las costas africanas. Pues bien, Walsperger sitúa una «canaria», al norte de España, ya cerca de Gran Bretaña. Esto da idea de la absoluta imprecisión que caracteriza la empresa. Curiosamente, para leer las inscripciones todo está colocado de manera que el sur quede en la parte superior y el norte en la inferior, siguiendo en esto el sistema propio de los portulanos que ya entonces circulaban, al menos por el Mediterráneo. Todo esto no impide que posea un interés en orden a conocer el imaginario de entonces. Así nos encontramos a Gog y Magog como un gigante monstruoso, al árbol del sol y de la luna al que llegó y con el que sostuvo una conversación Alejandro Magno. En el extremo oriental se levanta una poderosa fortaleza protegida por dos líneas de defensa. De sus partes bajas salen corrientes de agua en las que se puede leer «tigris», «eufraten», etc. (fig. 7). Por tanto se trata del Paraíso. Más adelante volveremos sobre esto<sup>30</sup>.

<sup>28</sup> Harvey, P.D.A., *Medieval maps*, pp. 24 y ss.; Ídem, *Mappa Mundi. The Hereford world map*, Londres, 1996, pp. 22 y ss.

<sup>29</sup> Bayley, M., «The Mappa Mundi triptych. The full story of the Hereford Cathedrals panels», en *Apolo*, junio 1993, pp. 374-378; Kupfer, *op. cit.*, pp. 273 y ss.; Harvey, *Mappa Mundi*, pp. 11 y ss.

<sup>30</sup> Se publicó en facsímil de no mucha calidad y se hicieron dos ediciones, la segunda de 1987, en Zurich, con un pequeño estudio de Edmond Pognon.

Se ha relacionado con el *Mapamundi de Leonardo Leardo* del que se hicieron varias copias. De hacia 1442 es el ejemplar de Verona (Biblioteca Civica, ms. 3119) y quizás del mismo año que Walsperger el de Vicenza (Biblioteca Civica Bertoliana, ms. 598 A)<sup>31</sup>. Resultan ambos muy caprichosos respecto a la realidad, pero en el segundo no faltan las Canarias en el lugar que les corresponde y, al menos, en número de cuatro. No queda duda de que la identificación del Paraíso en el mapa anterior era correcta. Aquí se ve en el mismo lugar, de gran tamaño y con una inscripción que dice «Paradixo». Son pocas las islas, siempre convencionales, pero pintada su superficie de un color que suele ser diverso del usado en los continentes.

Podría seguir hablando de otros mapas de entonces en los que se ponga de manifiesto el casi total desprecio por conjugar la información histórica o mítica con la realidad geográfica, pero nada añaden a lo dicho. Me limitaré a la sorprendente obra de fra Mauro. Era éste un monje de Murano en la laguna véneta, geógrafo y artista a quien el rey Alfonso V de Portugal encargó un gran mapamundi en el que debía poner al día los conocimientos geográficos que habían claramente aumentado con los descubrimientos portugueses en sus viajes siguiendo la costa occidental africana, viajes que culminarán con la llegada a la India a través de la circunnavegación africana<sup>32</sup>. Trabajó fra Mauro varios años en él, pero se ha perdido. Sin embargo se conserva en una impresionante copia que se dice haber sido hecha por el propio monje para uso del gobierno veneciano y que estuvo en el convento camaldolese de San Michel de Murano hasta que fue transferido a la Biblioteca Marciana. En 1460 ya estaba acabado con seguridad, quizás algún año antes. Está enmarcado en un gran rectángulo, pero el mapa mismo tiende a la forma elipsoidal ya que mide algo más en anchura que en altura, esto es, de este a oeste. Como otros mapas se orienta al revés de lo que hoy nos tiene acostumbrada la cartografía, esto es, el norte se encuentra en la parte baja. Importa mucho la situación del Paraíso al que luego volveremos. Los perfiles de Europa y África están trazados con mucha mayor veracidad que los asiáticos. Sus casi dos metros de diámetro han permitido al monje llenar de inscripciones explicativas zonas importantes, igual que dibujar edificios y todo tipo de accidentes geográficos.

Las islas son muy numerosas y abarcan a la mayoría de las europeas, siendo el perfil de sus costas aceptablemente próximo a la realidad, como en Córcega, Cerdeña y Sicilia y, en menor medida, las islas Británicas. Descubrimos que se acepta como bueno un paso a través del mar al sur de África entre el océano Atlántico y el Índico. Incluso Madagascar, demasiado ancha y poco larga, se ve próxima a la costa oriental (fig. 8). Cuanto más nos

---

<sup>31</sup> *Cristoforo Colombo*, I, nº I. 20 y I. 21, pp. 157-163.

<sup>32</sup> Gasparrini Leporace, T. (al cuidado de), *Il mappamondo di Fra Mauro*, Venecia, 1956 [*non vidimus*]; Sitran Gasparrini, L., *Fra Mauro, Mappamundi*, en Biblioteca Marciana, Venezia, pp. 130-131; Harvey, *Medieval Maps*, p. 69.

acercamos a Asia la invención se sobrepone a la realidad, tanto en tierra como en islas. El mapa de fra Mauro es la culminación de los artísticos realizados en medios monásticos y el primero de los científicos, donde hasta la intención se mantiene casi por completo al margen de lo sagrado, primando en él el interés por la geografía profana. A estas alturas, los portulanos circulaban por el Mediterráneo, especialmente los italianos, pero también los mallorquines y catalanes. Como muchos entre ellos, se prefirió aquí la orientación invertida sur-norte.

Sea cual sea el significado de este mapa no debemos entender que con él se renuncia al pasado. Por el contrario, la geografía sagrada imaginaria seguirá viva hasta fechas muy avanzadas, cuando la realidad de la tierra comenzaba a ofrecer pocas dudas a los europeos. El mapa tripartito isidoriano, donde a un lado y otro están Europa y África separadas por el Mediterráneo y la mitad restante la ocupa Asia, sigue teniendo vigencia. Después de todo, también servía para recordar la dispersión de los hijos de Noé después del diluvio, de acuerdo con la creencia de que Jafet se había instalado en Europa, Sem en Asia y Cam en África. Entretanto, el desarrollo de un lenguaje perspectivo ilusionista comenzaba a interesar tanto en Francia o los Países Bajos como en la Italia que entraba en el renacimiento. Así, algunos mapas estaban vistos desde una perspectiva panorámica que permitía la contemplación de todo.

Recordemos dos obras destacadas y algo contrapuestas. Por una parte, el sienés Giovanni di Paolo pinta cerca de 1450 una tabla de la Expulsión de Adán y Eva del Paraíso (N. York, M. Metropolitan) donde Dios señala una serie de círculos cuyo centro lo ocupa un mapa de la tierra, simplificación de alguno de los vistos que ha sido explicado de diversas maneras<sup>33</sup>. Aunque se tiende a incluir al artista en el ámbito del renacimiento y esto es más rotundo en la reciente historiografía americana, lo cierto es que estamos ante un excelente pero conservador artista, que representa el paisaje de un modo elemental, lejos del análisis perspectivo propio de los grandes cuatrocentistas florentinos.

En el norte, Jean Mansel es un escritor al servicio de los duques de Borgoña, que redacta una historia universal, la *Fleur des Histoires*, entre 1446 y 1445 y que tiene un gran éxito. Sus dimensiones hacen que circule asimismo una versión abreviada. Pero es la primitiva redacción, en un ejemplar de lujo contemporáneo donde nos encontramos con una ilustración (Bruselas, Bibliothèqve Royale Albert I, ms. 9231, f. 281v.) que representa el mundo dividido entre los hijos de Noé (fig. 9). En la bella escena parece contemplarse todo desde una

<sup>33</sup> Dixon, L.S., «Giovanni di Paolo's Cosmology», en *The Art Bulletin*, LXVII (1985), pp. 604-613, supone que la fuente utilizada por el pintor es el *De Sphaera* de Giovanni da Sacrobosco, de inicios del duecento, mientras Strehlke, C.B., «Giovanni di Paolo, La creazione e la cacciata di Adamo ed Eva del Paradiso terrestre», en *La Pittura senese del Rinascimento 1420-1500*, Milán, 1989 (originalmente en inglés, exposición Metropolitan Museum, N. York, 1988), pp. 207-212, supone que hay que conceder mayor importancia a la concepción de Dante, cuyo Paraíso había ilustrado poco antes el pintor (Pope-Hennessy, J., *Paradiso. The illuminations to Dante's Diviny Comedy by Giovanni di Paolo*, Londres, 1993, ver sobre todo f.178, correspondiente al canto XXVIII, pp. 162-163).

enorme altura. Se trata del mapa isidoriano tripartito visto en perspectiva, no como proyección sobre un plano. No obstante, la necesidad de clarificar este espacio lleva a que las aguas separen los continentes de tal modo que cada uno da la impresión, sobre todo los menores, de que se trata de islas. Se ven campos, ciudades e incluso ecos de la mitología antigua y del Antiguo Testamento. A estas alturas –son las mismas fechas en que trabajaba fra Mauro– los descubrimientos portugueses eran un hecho. Pero a Mansel o al miniaturista anónimo que se ha bautizado como Maestro de Mansel, nada de esto le interesa, porque el mapa tiene, sigue teniendo, un carácter simbólico. Es posible que se hubiera tenido en cuenta la concepción que del mapamundi tuvo poco antes el gran pintor Jan van Eyck<sup>34</sup>, al llevar a cabo uno que se caracterizaba por la minucia con que se representaba todo y porque las distancias entre ciudades eran reales, según cuentan los documentos, aunque podamos poner en duda esta última apreciación.

### 3. LA IMAGEN DE LA ISLA EN EL ARTE MEDIEVAL

No hemos dejado de mencionar aquí y allí imágenes en que la isla tiene un protagonismo en el arte medieval. Hemos visto de qué manera la relación entre viaje e isla se establece frecuentemente, de modo que uno advierte de la otra. En los albores de una representación espacial tridimensional el procedimiento que viene de la antigüedad se establece como uso cotidiano. Pensemos en las *Cantigas* del rey Alfonso X espléndidamente ilustradas en el último ejemplar de lujo que no llegó a terminarse, guardándose el primer volumen en la biblioteca del monasterio de san Lorenzo de El Escorial (T.I,1), mientras el inacabado se encuentra en la Biblioteca Nacional de Florencia. En el ejemplar escurialense se ilustran diversas escenas de viaje, siempre del mismo modo. En la cantiga 172 se explica el viaje que unos mercaderes realizan a Tierra Santa, yendo a desembarcar a San Juan de Acre, después de un peligroso viaje en el que reciben ayuda de la Virgen. Esto obliga al miniaturista a realizar escenas tan sólo marítimas, alternadas con las llegadas a Palestina o a España. En cada caso se trata de puertos, no situados en islas, pero la imagen sería la misma: el barco con los viajeros y la costa avistada, que tanto es continental como de isla<sup>35</sup>.

---

<sup>34</sup> Sobre el mapa y su posible herencia, Sterling, Ch., «Jean van Eyck avant 1432», en *Revue de l'Art*, nº 33 (1976), pp. 7-82. Sobre la razonable relación entre este minucioso mapa y el reflejo de su sistema de representación en el Maestro de Mansel, Yarza Luaces, J., *Jan van Eyck*, Madrid, 1994, pp. 29-33.

<sup>35</sup> Yarza Luaces, J., «Iconografía del cammino e del viaggio», en *Columbeis*, V (1993); *Relazioni di Viaggio e conoscenza del mondo fra medioevo e umanesimo* (Génova 1991, a cura di S. Pittaluga), pp. 323 y ss.



No de otro modo se ve el viaje y la isla en el siglo XV, aunque la recuperación del espacio es más evidente. El maestro de Mansel, con otro miniaturista, ilumina un espléndido ejemplar del *Decamerón de Bocaccio* (París, Bibliothèque de l' Arsenal, ms. 5070). En las historias se comentan viajes que terminan con diversa fortuna. En pocos se pone de manifiesto el sistema representativo como en la historia del mercader Landolfo Ruffolo (II,4) que ve hundida su carraca por los genoveses (fig. 10). A duras penas llega a nado a la isla de Gulfe, donde la actuación de una muchacha le va a permitir recuperar sus riquezas aumentándolas si cabe. En la miniatura vemos al naufrago, en la playa de la isla, arrastrado a tierra por los cabellos por la mujer que hará su fortuna. La isla está rodeada de mar. Queda como signo de recuerdo de estas islas de los mapas que, para demostrar que están pobladas, se cubren con una construcción. Aquí hay un gran monte culminado por unas monumentales construcciones. La historia del juez pisano Ricciardo da Chiuzica (II,10) no se presta tanto a una imagen como la vista. Sin embargo, para explicar su peripecia el miniaturista ha creado un escenario marítimo, donde tanto se ve una amplia costa como una pequeña isla totalmente característica, porque se dibuja su perfil, cubierta por una construcción palacial que habita el juez y su esposa, defendidos por un pequeño murete<sup>36</sup>.

Es evidente que estamos ante un arte que, aunque ha recuperado el interés por el ilusionismo, no consigue en estas obras unos resultados ajustados a un sistema geométrico fiable, lo que lleva a las desproporciones entre isla, habitantes, edificios construidos, etc. Mientras se investiga al respecto, persiste hasta tiempos muy avanzados el sistema, lo que nos permite contemplar el perfil de islas de las que sólo debíamos ver las costas. Así Johann Grüninger edita en Estrasburgo en 1502 las obras de Virgilio enriqueciéndolas con numerosas xilografías, sobre todo de la Eneida. En una, la isla en que residen ahora Heleno y Andrómaca destaca en el mar como algo montuoso con construcciones en lo alto, y una pequeña ribera donde es posible la ubicación de estos personajes que despiden a Eneas. Es algo absolutamente convencional, que se repite en otros grabados. Pero, además, estos grabados van a ser utilizados en Limoges hacia 1530-1540 para realizar un grupo de esmaltes con esa temática, sin que las condiciones cambien, pese a llegar a fechas tan tardías<sup>37</sup>.

Buscando en otras obras se podría encontrar algún tratamiento de la tercera dimensión más correcto o convincente, pero siempre en casos donde la isla es algo genérico, que nada tiene que ver con una en concreto. En este sentido hay que decir que resulta extraordinaria, por las fechas en que se lleva a cabo y es una novedad propia de sus destacados autores, la visión de

---

<sup>36</sup> Ver otros ejemplos similares en el manuscrito en Boccace, *Le Décaméron. Manuscrit enluminé du XV<sup>e</sup> siècle*, int. E. Pognon, París, 1978.

<sup>37</sup> *The Metropolitan Museum of Art. The renaissance in the North*, N. York, 1987, pp. 138-139.

la isla donde se ubica el Mont Saint Michel, tal como nos la dejaron los hermanos Limbourg en sus *Muy Ricas Horas de Jean de Berry* (Chantilly, Musée Condé, ms. 65, f.195)<sup>38</sup>. Sabido es que se trata de una pequeña eminencia próxima a la costa, unida con tierra por banco arenoso en marea baja e isla cuando ésta sube. Su perfil montuoso culmina con los edificios de la gran abadía donde se rindió culto al arcángel Miguel, que planea por encima en su enfrentamiento al diablo, y fue centro de peregrinación casi desde su fundación (fig. 11).

Sin duda es un emplazamiento muy particular que se presta a que los artistas que lo conocen pretendan reflejar algo en sus obras. No fueron los hermanos Limbourg los primeros en dejar memoria de esa realidad. El espléndido Maestro de las Horas Boucicaut, poco antes, en las *Horas* que le dan nombre (París, Musée Jacquemart-André, ms. 2, f. 11v.)<sup>39</sup> lo sugirió igualmente en la ilustración del arcángel, pero todo resulta más elemental o sencillo, mientras en la obra antes mencionada el contacto con la realidad es más preciso y minucioso. Se diría que el Maestro Boucicaut pudo haber pintado la isla sin haberla visto, simplemente de acuerdo con lo que de ella le contaran, mientras los Limbourg reflejan una realidad contemplada en vivo.

Dos islas presentan unos perfiles tan especiales que conviene referirse a ellas con más detenimiento: la isla de Patmos donde se dice que San Juan compuso el Apocalipsis y el Paraíso terrenal cuando se concibe como tal. Aun cuando fuera algo sabido, no es hasta unas fechas avanzadas del gótico cuando la imagen del evangelista Juan deja paso frecuente a la del mismo como autor del Apocalipsis.

En Bizancio, por el contrario, pese a que el Apocalipsis fue excluido del canon de los libros bíblicos durante mucho tiempo, al menos desde el siglo XI la imagen de Juan se vincula a él. De los siete primeros diáconos elegidos por los apóstoles, Prochoros fue discípulo y secretario de Juan. Es a él a quien dicta el texto apocalíptico mientras reside en Patmos. Y por ello se les ve juntos, un anciano solemne (Juan) y un joven que escribe a su dictado (Prochoros). El espléndido *Leccionario* (Cod. 587) del monasterio Dionysiou se inicia con una miniatura a folio entero (f. 1v.) donde ambos actúan, recibiendo Juan la revelación de un Dios que se manifiesta en forma de arco de

<sup>38</sup> La bibliografía sobre este extraordinario manuscrito es extensísima. Me limito aquí a señalar algunos de los estudios más significativos. En primer lugar, la conocida edición de Samaran, Longnon y Cazelles, *Les Très Riches Heures du Duc de Berry*, París, 1969, de la que se han hecho ediciones en diversos países. Figura aquí la imagen como il. n° 134 y allí se comenta el antecedente del Maestro de las Horas Boucicaut. Quien ha estudiado el período con más intensidad en una obra monumental es Meiss, M., *French painting in the time of Jean de Berry. The Limbourgs and their contemporaries*, Londres, 1974, 2 vols. Finalmente, a raíz de la publicación de la edición facsímil se publicó un volumen de estudios: Cazelles, R., Rathofer, J., *Les Très Riches Heures du Duc de Berry*, Lucerna, 1984.

<sup>39</sup> Meiss, M., *The Boucicaut Master*, Londres, 1968, fig. 2.

círculo y mano surgiendo de él, en un terreno montuoso que, sin duda, es la isla de Patmos<sup>40</sup>.

Nos gustaría saber cómo se iniciaba la gran tapicería del Apocalipsis de Angers de fines del siglo XIV, el mayor esfuerzo realizado en obra monumental para ilustrar el misterioso libro, pero entre las partes desaparecidas está la figura inicial de Juan escribiendo<sup>41</sup>. Sin embargo, es posible ver cómo lo concibió el pintor catalán valenciano Valentín Montolú. Entre los restos de un retablo dedicado al evangelista, una tabla está dedicada a Juan en Patmos (Barcelona, col. privada) (fig. 12)<sup>42</sup>. El santo escribe sentado ante un atril, mientras en el aire se ven señales apocalípticas, como el dragón y la mujer vestida de sol, mientras en las cuatro esquinas de la isla se encuentran los cuatro ángeles de los vientos que ocupan las cuatro esquinas del mundo. Es interesante ver que en cierta medida la isla se ha convertido en un microcosmos, porque lo normal es que esta manifestación se perciba en la ilustración propiamente apocalíptica cuando surge el ángel del sol con la señal de Dios. Y, para recalcar la semejanza, la isla está aislada de tierra, es una isla como tal. Esta iconografía se mantendrá con variantes en numerosas piezas, sea en libros iluminados o en tablas pintadas.

Pero cuando Valentín Montolú llevaba a cabo esta tabla la imagen tenía tras sí una larga historia. Piénsese en Giotto y sus frescos de Santa Croce (capilla Peruzzi), donde un Juan Evangelista medita concentrado, como adormecido, sentado en el suelo de una pequeña isla que parece deslizarse por el mar, mientras en su entorno van apareciendo signos apocalípticos.

No de otra manera se encuentra esta visión de Juan en las *Muy Ricas Horas de Jean de Berry* antes mencionadas, mientras los otros evangelistas, Mateo y Lucas tienen un tratamiento de tales, sin más. Quiero llamar la atención sobre un detalle: el águila simbólica sostiene en su pico todos los instrumentos necesarios para escribir (f. 17). Una de las tablas laterales del *Tríptico de Santa Catalina*, del hospital de San Juan de Brujas de Memling, se dedica a la escena que estamos comentando. Aquí, aunque no se cierra la isla, se ve a Juan en una esquina, mientras contempla las visiones que se perciben más allá de la isla. Existe, por tanto, desde 1300 una imagen de

<sup>40</sup> Pelekanides, M. et al., *The treasures of Mount Athos. Illuminated manuscripts*, I, Atenas, 1974, fig. 189.

<sup>41</sup> *La tenture de l'Apocalypse d'Angers (Cahiers de l'Inventaire 4)*, s.l., s.f., pp. 94-95.

<sup>42</sup> Gudiol Ricart, J., Alcolea Blanch, S., *Pintura gòtica catalana*, Barcelona, 1986, cat. 436, fig. 60. La idea podría haberse tomado de ciclos apocalípticos mal conocidos. Así, existe un notable «Apocalypse en images» (Lyon, Bibliothèque Municipale, ms. 439), francés del norte, que recientemente ha sido clasificado como de h. 1450, y contiene unas ilustraciones que se separan de los modelos usuales por entonces. Al comienzo (f. 7v.) se ve una imagen de Juan en Patmos quizás aún más compleja que ésta de Montolú en la que la presencia del ángel con la señal eterna y los ángeles de los cuatro puntos del mundo adquiere un protagonismo esencial y se mantiene la imagen de isla visible (Avril, Reynaud, *op. cit.*, n.º 51, pp. 102-103).

Patmos, de tamaño reducido, abarcable en la imagen, el perfil de cuya costa es perfectamente abarcable, tanto si se trata de obras antiguas donde la recuperación del espacio está en una de sus etapas primeras, como si pertenecen al último mundo medieval o el primero del renacimiento. Así lo encontramos aún, por ejemplo, en los Cuatro evangelios que pertenecieron a Federico de Montefeltro, duque de Urbino, hoy en la Biblioteca Vaticana (Urb. lat. 10, f. 175) y que iluminaron Guglielmo Giraldi y Franco de' Russi hacia 1480-1482<sup>43</sup>.

Pero por esos años había nacido una variante curiosa, incluso algo cómica, que se sitúa a enorme distancia de la visión trascendente que ofrecía Giotto. Se mantiene la escenografía tal como se ha indicado hasta ahora, pero se le añade un pequeño diablejo que intenta robar el recado de escribir, a espaldas del evangelista, para tratar de esta forma ingenua de impedir que se escriba el libro de la Revelación. En la portada sur de la catedral de s'Hertogenbosch, en la Holanda actual, encontramos esculpido este motivo. En la miniatura, al menos podemos verlo en las *Horas de Jean du Dunois* (Londres, British Library, Yates Thomson ms. 3, f. 13), del taller del Maestro de las Horas Bedford, ya hacia 1435-1440. Desde ahora la nueva fórmula no sustituye a la anterior, sino que convive con ella<sup>44</sup>. Manuscritos franceses, flamencos y holandeses la hacen suya. Incluso se encuentra en la pintura sobre tabla, como en el *San Juan en Patmos* (Rotterdam, M. Boymans-van Beuningen), del Maestro del Prendimiento de Jesús, un seguidor de T. Bouts<sup>45</sup>, donde, como variante, el demonio aparece por los aires.

Aunque los ejemplos son muchos me limitaré a comentar uno que puede sernos próximo: el *Libro de Horas de Isabel la Católica* (Madrid, Biblioteca de Palacio, f. 13v.) (fig. 13), que en realidad debió de hacerse en Flandes para su suegra, Juana Enríquez. Se trata de las cuatro imágenes de evangelistas, al comienzo de las Horas, donde todos figuran como tales y se eligen varios textos evangélicos suyos para ser leídos. En concreto, junto a Juan se inician las primeras palabras de su evangelio. Sin embargo, se le representa en relación a la visión apocalíptica. La isla está recortada de modo que parece un círculo con césped falso. En ella el santo escribe, mientras a la derecha, el águila sostiene el rollo con el pico. Pero, en el lado contrario, casi a espaldas del escritor, un diablo taimado descarga sobre el agua el tintero. Se ve la intención, pero el procedimiento utilizado roza lo grotesco y colabora a crear una imagen algo jocosa<sup>46</sup>.

<sup>43</sup> *Bibliotheca Apostolica Vaticana*, pp. 218-219.

<sup>44</sup> Van Gelder, J.G., «Der Teufel stiehlt das Tintenfass», en Rosenauer, A., Weber, G. (eds.), *Kunsthistorische Forschungen Otto Pächt zu seinen 70 Geburtstag*, Salzburgo, 1972, pp. 173-188.

<sup>45</sup> Chatelet, A., *Les primitifs hollandais*, París, 1980, pp. 81-83, fig. 70.

<sup>46</sup> Domínguez, A., *Libro de Horas de Isabel la Católica*, ed. facsímil, Madrid, 1991, p. 43.

Quizás sea más interesante la otra isla a la que antes me refería: el Paraíso terrestre. ¿Dónde se encontraba este lugar de delicias elegido por Yahvé para situar en él a la primera pareja humana en estado de pureza? Esta ha sido una pregunta que se han hecho los cristianos desde los primeros siglos de su existencia. Tampoco ha faltado otra que va unida a la anterior: ¿Todavía existe o fue destruido después del pecado de los primeros padres? Y en el caso de existir, ¿cómo es?

Parece que ya antes del nacimiento de Jesús en medios judíos, concretamente en el *Libro de los Jubileos* del s. II a. J.C., se mantenía con seguridad la creencia de que el Paraíso seguía existiendo y, después de la muerte de Jesús, Flavio Josefo lo afirmaba también<sup>47</sup>. Los escritores cristianos no pensaron otra cosa e, interpretando equivocadamente algunos textos, creyeron que el Paraíso estaba situado en el Extremo Oriente. Muchos fueron los que se pronunciaron al efecto, pero me limitaré a citar a Isidoro de Sevilla, que al describir Asia afirma con claridad: «El paraíso es un lugar situado en tierras orientales, cuya denominación, traducida del griego al latín, significa *jardín*; en lengua hebrea se denomina *Edén*, que en nuestro idioma quiere decir *delicias*. La combinación de ambos nombres nos da *El Jardín de las delicias* ... Se halla ceñido de una muralla de fuego de tal magnitud, que sus llamas casi llegan al cielo»<sup>48</sup>. A partir de aquí pueden existir variantes. Se hablará de una simple muralla de enorme altura, se señalará que está en un lugar de tal altura que las aguas del diluvio no llegaron hasta él, que es inaccesible para los hombres desde la falta de Adán y Eva, que en él tiene origen una fuente de la que nacen los famosos cuatro ríos del Paraíso, etc.

Esta fue la teoría más común, aceptada por casi toda la cristiandad. Por ello en la mayoría de los mapamundi que ya hemos visto, se encuentra representado de manera esquemática, pero en gran tamaño, en el extremo oriental. Recuérdense los Beatos orientados de modo que el este se sitúa en la zona superior. Volviendo al *Beato de Fernando I y Sancha*, nos encontramos que en su parte superior, un poco a la derecha, se dibuja un gran rectángulo teñido el fondo de color, al contrario que la tierra común. Allí están Adán y Eva en el momento de pecar ante la serpiente que se enrosca al árbol. Otra es la orientación en la obra de Andrea Walsperger, como hemos visto. Por eso

<sup>47</sup> Como no es este el tema que aquí me ocupa, sino la visión del Paraíso como isla, me limitaré a mencionar algunos trabajos dedicados a estudiar el Paraíso terrenal. Todavía es destacable, pese a que no todas sus afirmaciones deben mantenerse, Graf, A., *Il mito del paradiso terrestre*, con una int. de Gianfranco de Turris, Roma, 1982 (escrito originalmente en 1878 y revisado en 1892); Deluz, C., «Le Paradis terrestre, image de l'Orient lointain dans quelques documents géographiques médiévaux», en A.A.V.V., *Images et signes de l'Orient dans l'Occident médiéval*, Marsella, 1982, pp. 143-161; Delumeau, J., *Une histoire du Paradis, Le jardin des délices*, París, 1992 (de él tomo los datos citados, pp.59 y ss.); Cardini, F., «Alla cerca del Paradiso», en *Columbeis, V; Relazioni...*, pp.67-88.

<sup>48</sup> Isidoro de Sevilla, San, *Etimologías*, ed. J. Oroz Reta y M.A. Marcos, Madrid, 1983, II, lib. XIV, 3, p. 167.

el extremo oriente se encuentra a la izquierda. Y allí se levanta una impresionante fortaleza, sobre montañas, doblemente cercada con muros, dotada de torres de gran altura (fig. 7). De ella salen los cuatro ríos famosos. No cabe duda de que es el Paraíso terrenal, el Jardín de las Delicias de San Isidoro.

Existe, no obstante otra tradición bien establecida, vinculada al mundo irlandónortumbro, que se supone se genera en el siglo VI, pero tiene especial resonancia siglos después. Es el *Viaje de San Brandán*, la *Navigatio Sancti Brandani*, tal como aparece en latín en el siglo X. Habla de un viaje fantástico por el Atlántico, donde los navegantes encuentran diversas islas, pero una tiene un interés especial, porque puede ser el Paraíso<sup>49</sup>. El éxito de la historia fue enorme y de ella se hicieron múltiples versiones. Una es más conocida que las restantes. Se escribió en anglonormando hacia 1200 y su autor, el clérigo Benedeit, la dedicó a la reina Matilde, esposa de Enrique I. Se cuenta en ella como al final del viaje, en la zona más alejada de occidente, se llega a un paisaje de niebla que impide ver «todo el recinto del que Adán fue dueño». No hay duda de qué está hablando el viajero. Pero con la ayuda divina se van acercando, mientras la niebla se abre y les deja un camino que les lleva al Paraíso. «Al principio sólo ven una muralla que se alza hasta las nubes. No tenía ni almenas, ni voladizo, ni barbacana, ni atalaya alguna». El muro es tan blanco que molesta la vista y no saben de qué materia la hizo Dios. La puerta está guardada por dragones y una espada cuelga sobre ella. Van a conseguir entrar por fin<sup>50</sup>.

No interesa ahora saber qué encuentran, lo importante es saber que otra tradición cristiana afirmaba que el Paraíso terrenal era una isla situada en el extremo occidental de la Tierra, rodeada de una gigantesca y fortísima muralla, con una entrada defendida, en este caso por dragones, pero también de otras maneras. ¿Tuvo esta creencia alguna consecuencia en las representaciones artísticas? Me limitaré a presentar tres casos en los que es perceptible esta concepción que, sin embargo, raramente se muestra en los mapamundi.

En primer lugar, se encuentra en las *Muy Ricas Horas de Jean de Berry* (f. 25v.) (fig. 14), en una miniatura de la que se ha dicho que no formaba parte del programa inicial y que no es común en los Libros de Horas<sup>51</sup>. Las aguas bañan las montañas que rodean el muro liso, sin otra señal o marca en él que la puerta de la derecha. Se supone que es de un material indefinido que se asemeja aquí al oro. El paisaje del interior corresponde al Jardín de las Delicias, con la Fuente de la Vida y la historia de la creación, la caída y la

<sup>49</sup> Delumeau, *op. cit.*, pp. 137-138; Cardini, *op. cit.*, pp. 74 y ss.

<sup>50</sup> Benedeit, *El Viaje de San Brandán*, prólogo y traducción M.J. Lemarchand, Madrid, 1983, cap. XXX, pp. 55-56.

<sup>51</sup> Longnon, Cazelles, *op. cit.*, n° 20. En realidad, aunque se haga ahora más frecuente, ya en el viejo mapa de Hereford en la zona oriental, se separa el Paraíso del entorno presentándolo como una isla circular, sólo con una puerta de entrada y salida que está cerrada (Delumeau, *op. cit.*, p. 89).

expulsión. Miniatura excepcional como idea, lo es también por su originalidad iconográfica.

Más o menos por los mismos años, cabe que un poco antes, un seguidor importante de Jacquemard d'Hesdin trabajaba para el duque de Berry en unas *Antigüedades Judaicas* de Flavio Josefo, en verdad monumentales, que no se llegaron a terminar (París, Bibliothèque Nationale, ms. fr. 247). Es autor, en el primer volumen de los dos en que iba a consistir la obra, de una excepcional miniatura (f. 3) donde Yahvé presenta Eva a Adán en el Paraíso. De nuevo nos encontramos con una isla casi circular, rodeada por todas partes por el mar, amurallada, pero con salidas de agua abiertas en los muros, quizás correspondientes a los ríos, aunque sólo se vean tres. Como el pecado no se ha cometido no hay lugar para la puerta. El paisaje interior es convencional y comprende la Fuente de la Vida y numerosos animales que aún conviven sin rivalidades.

El tercer ejemplo lo hemos visto ya: el mapamundi de Fra Mauro, de la Biblioteca Marciana de Venecia. El marco rectangular del círculo de la tierra crea cuatro esquinas con superficies amplias en las que se ven otros tantos círculos. El de abajo, a la izquierda, presenta el Paraíso (fig. 15). Se diría que el monje es más racional que los hermanos Limbourg, porque éstos presentaban una puerta por la que eran expulsados los primeros padres que daba al mar, mientras aquí conduce a una zona montañosa. Fra Mauro ha pintado casi una península más que una isla. Tiene la forma circular ya vista rodeada por agua, está circundada por una alta y fuerte muralla en la que se abre una puerta custodiada por un serafín. Es de allí de donde salen las cuatro corrientes que aluden a los ríos de siempre. En el sucinto interior Dios habla con Adán y Eva. No había buen lugar en el mapa para situar el Paraíso. La amplitud de las tierras trazadas era tal que no dejaba apenas sitio para el agua. Por tanto se decidió desplazar el Paraíso fuera del círculo. La miniatura no alcanza ni la espectacularidad, ni la calidad de las otras, pero es extremadamente interesante.

Probablemente, una búsqueda minuciosa proporcione varios ejemplos más. Los vistos son suficientes para creer que la narración de origen irlandés encontró buena acogida en los siglos del gótico en toda Europa. De hecho, incluso creía en ella Cristóbal Colón. En la *Tercera Carta de Relación* a los Reyes Católicos describe las tierras que va descubriendo y al mismo tiempo se detiene a explicar cómo es el Paraíso Terrenal. Llega a la conclusión que si en estos lugares no está, al menos debe de estar cerca. Aunque no lo había visto en ningún «mapamundo» de los que había consultado, es claro que tenía noticias de que había razones para creer en su ubicación en el mar y en occidente<sup>52</sup>.

---

<sup>52</sup> Cito según Colón, Cristóbal, *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*, ed. I.B. Anzoategui, México, 1958, 3a. ed., pp. 187-189, al no tener a mano Colón, C., *Textos y documentos completos, I Relaciones de viajes, cartas y memoriales*, ed. C. Varela, Madrid, 1984 2ª ed. Además, Quartino, L., «Presupposti iconografici al paradiso Terrestre

La concepción de un castillo de altas murallas que defiende de un peligro exterior, incluso de una intromisión, es un tópico medieval. La fortaleza puede ser de la fe, asaltada por demonios, herejes o musulmanes, como sucede con el *Fortalitium Fidei* de Alonso de Espina a mediados del siglo XV, o el Castillo de Amor, defendido por mujeres contra el ataque masculino, desde el siglo XIII. Pues bien, en ocasiones excepcionales, para destacar aún más que esa defensa debe ser difícilmente expugnable puede rodearse de agua y convertirse, como el Paraíso terrestre, en una isla. Es el caso de la ilustración de un manuscrito del *Champion des Dames*, de Martín Le Franc (Bruselas, Bibliothèque Royale Albert I, ms. 9466)<sup>53</sup>, donde no hay confusión posible con un foso, sino que el castillo se halla separado de tierra y en medio del mar, atacado desde aquí y desde allí, mientras se ven las defensoras asomadas tras los muros<sup>54</sup>.

El Paraíso como isla situada en occidente parece provenir de tradiciones de viajes de gentes del norte por el Atlántico, como hemos tenido ocasión de ver. El *Viaje de San Brandán* se sitúa entre los viajes fantásticos que tan importantes fueron en la Edad Media y en los que creyeron firmemente la mayoría de las gentes como si fueran verdaderos itinerarios recorridos por los aventureros. Por eso también a partir de un momento la isla de San Brandán, no exactamente el Paraíso, apareció en algunas cartas, siempre que se concediera un espacio en el mar para ubicarla. Incluso cuando se descubrió América, cuando surgieron los primeros mapas que la representaban, se da el caso de que junto a islas reales perfectamente identificadas, se encuentra esta isla fantástica, que sigue hallando eco en la imaginación fantástica de las gentes.

Piénsese, por ejemplo, en el mapa de Europa trazado científicamente y con nuevos procedimientos de proyección por Rumold Mercator en los años siguientes a 1590 y que se imprimieron en el siglo siguiente. En uno espléndido de 1613 se ve que en la misma latitud que el sur de Irlanda y la longitud del occidente de Islandia se encuentra la isla de san Brandán (S. Brandain)<sup>55</sup>, mientras ha desaparecido todo rastro de Tule.

No todas las narraciones de viajes maravillosos e iniciáticos tuvieron el éxito y la difusión que el de estos monjes irlandeses y aún menos merecieron ser ilustrados o dejar huella en obras artísticas o de la cartografía. Pero

---

di Cristoforo Colombo», en *Columbeis*, II (1987), pp. 395-402; Fasce, S., «Colombbo, il Paradiso Terrestre e Mircea Eliade», en *Columbeis*, I (1986), pp.199-205.

<sup>53</sup> A[vril], F., «Martin Le Franc, *Le Champion des Dames*», en Avril, Reynaud, *Les manuscrits à peintures en France, 1440-1520*, París, 1993, nº 112, p. 205

<sup>54</sup> Un dibujo que copia la ilustración en Richards, J., *Sex, dissidence and damnation*, Londres- N. York, 1991, fig. 6, donde en el texto ni se habla de la imagen.

<sup>55</sup> *Landmarks of Mapmaking*, ed. de Tooley, Bricker y Crone, N. York, 1989 (Londres, 1976), p. 71.



en ellos se repiten ciertos tópicos entre los que el más importante es el de la isla maravillosa, disfrutando de un clima grato y benigno, con construcciones fantásticas y algún otro elemento maravilloso. Desde el *Finis terrae* galaico se mira hacia el mar y siempre hay alguien que ciertos días cree ver tierra hacia el oeste. Después de todo, esto mismo le decían a Cristóbal Colón en la isla de El Hierro, al occidente de Canarias: «juraban muchos hombres honrados españoles...vecinos de la isla de Hierro, que cada año veían tierra al Oeste de las Canarias, que es al Poniente».

De Galicia procede un escrito fantástico e interesante que se fecha en el primer cuarto del siglo XI, *Trezenzonii de Solstitionis insula magna* (Acerca de la gran isla de Solstición, de Trezenzonio)<sup>56</sup>. Se supone que este desconocido Trezenzonio es el autor del opúsculo y el viajero protagonista. Indica que llega al faro de Hércules en La Coruña, que llama «de Brigantium», y desde él cree descubrir a lo lejos una gran isla. Se embarca, después de encomendarse a Dios, y llega a alcanzarla. Todo lo que encuentra son maravillas. Es llamativo el descubrimiento de una basílica de dimensiones tan enormes que sólo se aceptan para el mundo de lo imaginario, dedicada a santa Tecla y labrada de un modo maravilloso, así como llena de riquezas. Vive allí un tiempo, mientras alaba la agradable temperatura de la que disfruta en cualquier época del año, aunque la isla está rodeada por nubes que impiden que sea vista salvo por aquellos elegidos por Dios. Cantan coros de ángeles y de bienaventurados ante el altar de la iglesia. Una inscripción sobre una columna de mármol cita la basílica de Santa Tecla y el nombre de la isla, así como el del río que la cruza. Vive allí siete años, hasta que se le insta a que vuelva, para lo que se le prepara un navío en el que retorna.

Los viajes maravillosos no son exclusivos de los cristianos occidentales, ni orientales. En el mundo musulmán también existen<sup>57</sup>, y, aunque es la navegación por el Índico asunto más destacado, incluyendo las historias fantásticas de Simbad, no se olvida el Atlántico, haciéndose eco los autores de los escritos de mitos e historias clásicos. Se mencionan islas como las Canarias, si bien se dice que están pobladas por monstruos extraordinarios, castigados por Alá<sup>58</sup>.

Junto al viaje maravilloso se encuentra el real donde el autor proporciona noticias fidedignas de lo que ve. Es curioso constatar cómo la mayor parte de estos viajeros que llegan a lugares lejanos, cuyo conocimiento en occidente es mítico más que real, buscan e inquietan a los nativos para que

<sup>56</sup> Sigo el estudio, datación y traducción de M.C. Díaz y Díaz, *Visiones del Más Allá en Galicia durante la Alta Edad Media*, Santiago de Compostela, 1985, pp.112-119.

<sup>57</sup> Picard, Ch., «Récits merveilleux et réalité d'une navigation en Océan Atlantique chez les auteurs musulmans», en *Miracles, prodiges et merveilleux au Moyen Âge* (Orléans 1994), París, 1995, pp. 75-87.

<sup>58</sup> Picard, *op. cit.*, p. 82.

les indiquen dónde deben encontrar aquello que no ven, pero que están seguros de que existe, porque lo cuenta Isidoro o Beda. Se trata de lugares habitados por razas monstruosas o todo lo que transmitió la literatura de la antigüedad sancionada positivamente por los escritores cristianos considerados como autoridades. La mayoría tienen una difusión relativa, salvo Marco Polo, y no suelen copiarse en ejemplares ilustrados<sup>59</sup>. Excepcionalmente, se reunieron varios de estos relatos en manuscritos extraordinarios. Quizás el más interesante sea *Le livre des merveilles* (París, Bibliothèque Nationale. ms. fr. 2810) que el duque de Borgoña, Juan sin Miedo, regaló a su tío, Jean de Berry, y que ilustró el Maestro de las Horas Boucicaut con su taller<sup>60</sup>. Allí se reunieron viajes reales e imaginarios, pero que ellos tomaban por reales, como los de Marco Polo, Odorico de Pordenone, Jean de Mandeville, Hayton y otros, y se adornó con una multitud de ilustraciones. Por supuesto, el miniaturista no había hecho ninguno de estos viajes, de modo que interpreta todo lo que le cuentan en clave medieval, donde los elementos descritos pasan una criba y se hacen familiares al espectador de entonces.

Marco Polo u Odorico, como tantos viajeros ficticios y reales, gustan de describir las islas por las que pasan, así que nos encontramos con muchas ilustraciones que aluden a ellas. Sin embargo, aunque el manuscrito debió de hacerse poco antes de 1413, cuando el ilusionismo espacial estaba aún en un período de transformación, las escenas se sitúan en un espacio que en nada indica que se trate de una isla. Pongamos un caso. Tanto Marco Polo como Odorico hablan de la isla de Ceilán, hoy Sri Lanka, contando historias parejas. Marco Polo comenta la enorme riqueza en piedras preciosas que allí existe y de la que se beneficia el rey. También habla de una alta montaña donde, según los nativos, se encuentran los restos de Adán, aunque algunos creen que se trata de los de otro personaje importante, que resulta ser Budha<sup>61</sup>. Todos van desnudos debido al calor. Odorico se extiende menos, pero menciona el supuesto sepulcro de Adán. Por fin comenta la riqueza en piedras preciosas en otros términos. Según él existe una especie de lago que las posee en abundancia y el rey permite en algún momento a los pobres que vayan a buscarlas y se apropien de las que encuentren<sup>62</sup>. En el manuscrito es la obra de éste la que se ilustra (f. 106v.). Vemos un paraje montañoso, poblado por animales fantásticos y reales, y una corriente de agua donde están en parte sumergidas esas gentes humildes, hombres y mujeres, todos desnu-

<sup>59</sup> Yarza Luaces, J., «La fascinación del viaje a Oriente y el arte medieval», en *II Ciclo de conferencias sobre Historia del Arte*, Orense, 1988, pp. 3-34.

<sup>60</sup> Meiss, *The Boucicaut Master*, pp. 116 y ss.

<sup>61</sup> Marco Polo, *Le deviselement du monde. Le livre des merveilles*, París, 1980, II, cap. CLXXXIV y CLXXIX, pp.422-424 y 454 y ss.

<sup>62</sup> Oderrico Da Pordenone, *Relación de viaje*, ed. y trad. Nilda Guglielmi, Buenos Aires, 1987, cap. XVII, pp. 68-69.

dos, que se inclinan buscando las gemas. Lo que se presenta es algo exótico para unos ojos franceses del siglo XV, pero nada indica o distingue si se trata de tierra firme o estamos en una isla.

Un último campo de exploración está en los relatos de vidas de santos, aunque no aporte nada nuevo, sino que insiste sobre lo mismo. Tenemos un ejemplo muy notable, que forma parte de la historia a la que se ha incorporado lo que hemos de considerar un relato hagiográfico. En un ejemplar de las *Crónicas de Hainaut* iluminado en el taller de W. Vrelant (Bruselas, Bibliothèque Royale Albert I, ms. 9243, f. 115) hablan de santa Waudru. Tiene que hacer un viaje a Irlanda para reunirse con su marido, que es el gobernador. La imagen es pintoresca y animada. El paisaje está profundamente humanizado, pero llama la atención el perfil sinuoso de las costas, la existencia de zonas que parecen isla, tan caprichosa resulta la línea de tierra. Tal vez el miniaturista tuvo más presente su propia tierra neerlandesa que la de la isla nórdica.

#### 4. HACIA UNA CARTOGRAFÍA PROFANA

Ya hemos hablado del protagonismo que poseen las islas en las narraciones de viajes reales o fantásticos o por su presencia en mapas medievales antiguos donde la precisión parece vicio y no virtud. Pues en realidad, cuando aún no es posible hablar de una cartografía medianamente científica, sean cuales sean sus presupuestos, hay obras donde, en vez del mapamundi, se dibujan territorios más concretos, que dan la impresión de aproximarse más en sus perfiles y dimensiones a aquello que representan. Mathew Paris, monje, cronista, orfebre, miniaturista y escriba del siglo XIII, es autor casi seguro de varios mapas de Tierra Santa y Gran Bretaña, además de algún itinerario que posee un indudable interés. Se ha pronunciado la palabra cartografía para designar, sobre todo, la imagen repetida cuatro veces de Gran Bretaña<sup>63</sup>. Hay variantes de detalle, salvo en una, citándose unos lugares o dejando de citarse otros, entre una imagen y la otra, la mayor parte de las veces.

Me fijaré en la que se encuentra en el ejemplar conservado en Londres (British Library, Cotton ms. Claudius D.VI, f. 12v.) (fig. 16). Cualquiera puede reconocer el perfil de la gran isla, el estrechamiento en la zona norte, ya en Escocia. También el alargamiento en punta un poco exagerada de Cornualles, etc. Dos cinturones de murallas son los muros de Adriano y quizás los de Antonino Pío. Los ríos están dibujados de modo ostensible y, relativamente, se acercan a una cierta realidad, si bien es visible que el Támesis

---

<sup>63</sup> Ver, con bibliografía y discutiendo diversos puntos de vista, Vaughan, R., *Mathew Paris*, Cambridge, 1979 (1958), sobre todo el capítulo dedicado a la cartografía, pp. 235 y ss.

se hace desembocar demasiado al sur. ¿Pintó la obra Mathew Paris y es responsable de los elementos cartográficos que en ella figuran? Pocas dudas quedan de que sea autor material de la ilustración, como sucede con el resto de las imágenes que figuran en sus obras. Sin embargo, es más difícil creer que sea el auténtico creador del mapa. Se ha visto que hay una cierta incurvación en un lado y otro que animaría a pensar que la copia procede de un original mapamundi. Pensar así significa creer que ese original proveniría de la antigua Roma<sup>64</sup>.

Paris permanece, sean cuales sean las condiciones en que creó el mapa de Bretaña, como una excepción para su época. Pero es en este terreno de las islas donde conviene continuar, aunque dando un salto cronológico. Los libros destinados a describir islas se despegan de las grandes imágenes del mapamundi. Un solo libro describe por escrito numerosas islas y, no con tanta frecuencia, presenta imágenes de todas ellas.

Pongamos por caso el de Nicolò Scillacio, profesor en Pavía, cuando en 1493 llegaron las primeras noticias del descubrimiento de nuevas tierras en occidente, esto es de América, aunque aún no se hablara de un continente. Recibe diversas informaciones, una carta de un supuesto español que conocía el viaje, llega a él la edición latina del primer relato de Colón realizada por Leandro de Cosco, y decide escribir un libro que cuente la historia tal como pasó. Elige, sin embargo, como título *De insulis Meridiani atque Indici maris super inventis* (Las islas del mar Meridiano e Índico recientemente descubiertas). Las islas son las protagonistas. Y en su relato va contando cómo los viajeros navegan hacia las islas Canarias, llegan a varias de ellas, describe algo de cada una, tomando como base no sólo esa nueva información, sino todo lo que encuentra en los clásicos y algún otro detalle. Dice de Gran Canaria que su nombre, como indica Plinio, se debe a los grandes perros que la habitan. Las identifica con dudas con las islas Afortunadas<sup>65</sup>.

Naturalmente, no existe ningún ejemplar de este texto ilustrado. Pero hacía ya bastante tiempo que se habían dado circunstancias favorables a ello y el responsable era un personaje singular, el que ha sido calificado de humanista anticuario, Cristoforo Buondelmonti<sup>66</sup>. Es un florentino de familia relativamente acomodada, nacido hacia 1385, que residirá en la zona del Mediterráneo oriental durante dieciséis años. Llega allí con una formación

---

<sup>64</sup> Harvey, *Medieval maps*, p. 71.

<sup>65</sup> Aunque existen otras ediciones, he utilizado Solimano, G., «Il *De Insulis* di Nicolò Scillacio», en *Columbeis*, IV (1990), pp. 43-119, con el original y traducción al latín. De la misma autora, «Cultura umanistica e scoperta colombiana nel *De insulis nuper inventis* de Nicolò Scillacio», en *Columbeis*, III (1988), pp. 39-63

<sup>66</sup> Gerola, G., «Le vedute di Constantinopoli di Cristoforo Buondelmonti», en *Studi bizantini e neoellenici*, III (1931), pp. 247-279 [*non vidimus*]; Weiss, R., «Un umanista antiquario: Cristoforo Buondelmonti», en *Lettere Italiane*, XVI, n° 2 (1964), pp. 105-116. De este último estudio tomo los pocos datos de su vida que menciono a continuación.

intelectual adquirida en su ciudad natal. Está en Rodas en 1414. Pero viajó continuamente en toda clase de navíos, incluso de corsarios, como era habitual. Escribió primero (1417) una *Descriptio Insulae Cretae*, donde describe minuciosamente la isla y añade un mapa de ella. Pero es conocido por su posterior *Liber Insularum Archipelagi*, donde habla de numerosas islas del mar Egeo y de Constantinopla, que vive sus últimos años como ciudad bizantina. A una primera redacción sigue una segunda y una tercera, ésta muy reducida. Otras obras salen de su pluma. Su actividad en oriente no es sólo viajera. Adquiere códices bizantinos, entre ellos el Horapolo, conservándose alguno en las bibliotecas Vaticana de Roma y Laurenziana de Florencia. Participa asimismo en algún descubrimiento arqueológico y demuestra distinguir lo griego de lo romano.

Sin duda, su obra más importante, tanto en general, como por el éxito que tuvo, la destacada ilustración que la acompaña y el interés de sus esquemas para la cartografía de entonces, es el *Liber insularum*. Se conocen numerosas copias, algunas realizadas en Inglaterra, en Italia, en Francia y en Flandes<sup>67</sup>. El ejemplar de este último país posee un indudable interés por los datos de él que poseemos (Londres, British Library, ms. Arundel 93). Lo encargó Raphael de Mercatellis, hijo natural del duque de Borgoña, Felipe el Bueno, en 1485, cuando era abad de San Bavón de Gante y obispo, como consta en el manuscrito (f. 160v.)<sup>68</sup>. Como es natural, si tuvo interés especial en que el original de su obra se completara con numerosas representaciones de las islas del mar Egeo, para que sirviera de ayuda no ya a los eruditos o humanistas, sino a los navegantes, quiere decir que existe una primera intención que nada tiene que ver con las propias de la cartografía medieval anterior a él, sino que se sitúa en una posición más moderna y profana. Naturalmente, a esas alturas circulaban por el Mediterráneo numerosos *portulanos*, cartas marinas donde se citaban todos los puertos en un determinado itinerario o en un ámbito espacial más o menos extenso, así como las distancias entre ellos. Se fabricaron en Italia, los genoveses eran especialmente apreciados como autores, y también en la Península Ibérica los mallorquines gozaban de idéntico aprecio. Buondelmonti quería algo semejante, pero al mismo tiempo diferente. Ofrece una descripción minuciosa de las islas, pero cada mapa es independiente, sin que se establezcan distancias, ni se multiplique el número de puertos. Además, quiere proporcionar varios tipos de noticias, entre ellas algunas que provienen del mundo antiguo que conoce, otras de la situación actual, incluso con mención de cosas nuevas descubiertas recientemente.

<sup>67</sup> Weiss, *op. cit.*, pp. 108-109. Quiero señalar que entre los diversos ejemplares que menciona no se encuentra el de la Biblioteca Nacional que luego comento.

<sup>68</sup> Derolez, A., *The library of Raphael de Mercatellis*, Gante, 1979, n° 12, pp. 90-94. En realidad se debe tratar de la versión abreviada, porque forma parte de un códice que contiene otros escritos de Diodoro Sículo, Eneas Silvio Piccolomini y Leonardo de Arezzo.

El resultado es notable en cuanto a veracidad, pero los modos de representación cambian tanto como los artistas que los llevan a cabo. Sigue existiendo un componente estético a la hora de pintar las islas. En ocasiones, se trata de mapas, sin más, pero una determinada isla en algún código está vista en interesante panorámica. Lo cierto es que si pretendió ayudar a los navegantes, su obra se convirtió en objeto de aprecio en ambientes intelectuales o prehumanistas. Es uno de los libros más usados de la biblioteca de Raphael de Mercatellis, por ejemplo<sup>69</sup>.

El manuscrito de Madrid (Biblioteca Nacional, ms. 18246) es excelente. Parece que está dedicado a un tal Galeazzo Marescotto de Calvi y su autor sería un Jerónimo de Pretis, lo que puede ayudar a fijar su fecha. Por el nombre, quizás la copia sea lombarda. Es de mediano tamaño y ha sido recortado al encuadernarlo en alguna ocasión, afectando los bordes del dibujo. Parece completo, añadiendo al final otro texto. Los dibujos son muy finos de ejecución. Cada isla se trata con sumo cuidado y en ella figuran muchas inscripciones explicativas. Todo va precedido de un mapa más detallado de la zona de la que va a hablar (f. 1v.). Las referencias al mundo clásico son constantes. Así, de una isla (f. 4) se dice que por ella pasó la nave de Ulises. Además, en un lugar concreto hizo un sacrificio Andrómaca («lucus ubi andromaca sacrificavit»). Pero esto no quiere decir que se olvide de la realidad de su momento. Así, en f. 58 se representa el Monte Athos («Mons sanctus») y allí se dibujan varios monasterios a alguno de los cuales, como Vatopedi, se les da nombre. Los dibujos son numerosos y muy delicados. En Delos (f. 33v.) de nuevo parece haber una confusión con Delfos y se dibuja una especie de tholos.

Pocos dibujos más interesantes como imagen de islote, que el peñón identificado como tal, pero sin nombre («scopulus quidam») (f. 39). No se trata de una proyección sobre el plano, sino como visto en panorámica. Es visible que no hay playa, sino acantilados que aíslan del mar una zona alta y más llana. Allí hay una ermita y un ermitaño. Recibe algo de un barco que está abajo, con una cuerda y con ayuda de una polea. Seguramente así queda aislado del mundo pero también de los piratas turcos.

Aunque no es una isla, Constantinopla se encuentra entre los lugares representados. El mapa esquemático es fácil de hacer, porque se trata de un triángulo cuyo vértice más agudo es el que se adentra en el mar. Pero, según los ejemplares, en el interior se encuentran más o menos edificios. En nuestro caso (f. 55v.) se identifica el hipódromo («ipodromos») o San Juan Studios («sanctus johannes de studio») <sup>70</sup>, que se ven de igual forma en el ejemplar que perteneció a Mercatellis <sup>71</sup>, pero se citan las Blachernas que no figuran

---

<sup>69</sup> Derolez, *op. cit.*, p. 94.

<sup>70</sup> Desarrollo las abreviaturas cuando las hay.

<sup>71</sup> Harvey, *Medieval maps*, fig. 65.

en el plano de Londres. Aún es más simple la Constantinopla de otro manuscrito de la Biblioteca Marciana de Venecia (Cod. lat. X, 123=3784) (fig. 17), donde ni San Juan de Studios, ni otros lugares presentes en el código de Madrid llegan ni a representarse<sup>72</sup>. Interesa destacar asimismo la isla de Creta (f. 15), porque ya había sido motivo de análisis en un escrito anterior. El «labyrinthus dedaly», que figura en el ejemplar madrileño, no se encuentra en el de Londres (fig. 18).

En definitiva, estamos ante una obra de gran interés, donde se pretende representar las islas con cierta corrección para aviso de navegantes. Al propio tiempo, existe un deseo de hacer una obra bella y erudita, donde estén presentes lo actual y lo que los textos clásicos dicen de la antigüedad. Y como no podía menos de suceder, al final la obra no llegó a interesar a los marinos y fue bocado suculento para los hombres cultos de Europa occidental.

Entretanto, los portulanos habían adquirido una gran difusión e incluso se creaban unas obras híbridas donde su precisión se mezclaba al deseo de hacer un mapa bello. Quizás éstas sean las circunstancias que rodean la fabricación del llamado atlas catalán de Módena (Módena, Biblioteca Estense, C.G.A.1) de la segunda mitad del siglo XIV<sup>73</sup>. Funciona casi como portulano cuando describe el Mediterráneo. Procura ser muy exacto en la elección de islas atlánticas reales, de modo que no se ve ni Tule, ni San Brandán. Las islas Canarias aún son las Afortunadas, si bien su ubicación es muy imperfecta. Se hace más eco de lo imaginario a medida que se adentra en Asia. El redescubrimiento del mapa de Ptolomeo, que ya hemos comentado más atrás, y el éxito de su reproducción sigue poniendo ante los ojos del hombre del siglo XV una cartografía científica, aunque siga empeñado en convertirla en objeto de arte, como lo prueban algunas copias de lujo.

Un salto importante se da con Martín Behaim, que debió de nacer en Nuremberg, se instaló durante un tiempo en Amberes como comerciante, se trasladó en 1484 a Portugal, siendo médico en la corte de Juan II de Portugal, y volvió a su ciudad natal en 1490. Con una formación matemática y astronómica, siguió los descubrimientos que los portugueses iban haciendo siguiendo las costas de África occidental, participando en alguno de los viajes. Conocía y apreciaba ciertos textos, entre ellos la famosa carta de Paolo Toscanelli a Colón y estaba convencido de la esfericidad de la tierra. Por ello, decidió sustituir el normal mapamundi por una esfera (M. Nuremberg). No es seguramente la primera, pero marca un paso más en la sustitución de lo antiguo con una visión que anuncia la cartografía posterior. No obstante, no había previsto la existencia de América, por lo que contrasta fuertemente la buena impresión que causa la parte de las tierras ya conocidas o que se acababan de descubrir a través de las costas del África, con la zona de Asia,

<sup>72</sup> *Biblioteca Marciana. Venezia*, tav. LXXXVII, pp. 154-155.

<sup>73</sup> Se ha realizado recientemente un facsímil al que acompaña un volumen de estudios a cargo de Annalisa Battini, Ernesto Milano y Joan Veny, Barcelona, 1996.

que se extiende de un modo desmesurado y produce la impresión de que estamos en un mundo desconocido<sup>74</sup>. Es importante la información que proporciona de pueblos de etnia negra y de accidentes geográficos africanos. Las islas Canarias están trazadas con cuidado, aunque hay errores en la ubicación de Gomera, demasiado a occidente. De todos modos, insisto, islas y costas, hay zonas donde se tiene la impresión de que nos encontramos con algo que la cartografía posterior hará familiar.

Entretanto, esto no había sucedido antes, alguno de los viajes se organizan en grupo, donde está el que dirige y el que toma notas que darán lugar a un libro y también va un pintor o dibujante que asimismo aprovecha parte de su tiempo para tomar apuntes de todo lo que el viaje le ofrece. El resultado final es un libro, ya no manuscrito, sino impreso, con grabados, bien de aquel artista, bien de otro cualquiera que hace uso de los apuntes y dibujos por él proporcionados. Además, como estamos en fechas muy avanzadas, a partir de finales del siglo XV, los conocimientos matemáticos aplicados a la perspectiva han alcanzado un alto grado de refinamiento. El resultado puede ser tan espléndido como el del viaje a Tierra Santa que lleva a cabo a partir de 1483 el canónico Bernardo de Breidenbach, acompañado de varias personas, entre las que destaca el pintor Erhard Reuwich. Vuelto a su tierra de origen, Maguncia, redactó con la ayuda del canónico dominico Martín Roth la historia del viaje que preparó para la imprenta el pintor mencionado.

La primera edición en latín y alemán salió en 1486. A partir de entonces interesó en muchos lugares, traduciéndose al francés y al flamenco y, poco después, al castellano, utilizándose las planchas de la edición original con alguna mínima modificación. En España la traducción la hizo el humanista aragonés Martín Martínez de Ampíes, siendo las prensas de Pablo Hurus de Zaragoza las responsables de su publicación en 1498, con ampliaciones<sup>75</sup>. Lo más impresionante del libro son los grandes grabados en páginas desplegadas con vistas de ciudades y lugares, porque los grabados de la vida de Jesús muy numerosos son más comunes. La de la *Civitas Veneciarum* es impresionante y, sobre todo, una verdadera vista de ciudad desde una posición moderna. Hacía mucho tiempo que existía la imagen pintada de ciudades. Roma especialmente es objeto especial de estas imágenes. La Constantinopla de Buondelmonti que hemos comentado antes se encuentra en esta línea. Jerusalén es la tercera en merecer la atención de clérigos y civiles. Generalmente lo que importa es ubicar los edificios que hacen la

---

<sup>74</sup> Ravenstein, E.G., *Martin Beheim: His life and his globe*, Londres, 1908 [*non vidimus*]; Kupcik, I., *Cartes géographiques anciennes*, París, 1981, pp. 34 y ss.; *Landmarks of mapmaking*, p. 28; *El Testamento de Adán*, Exposición (Lisboa-León 1994), Valladolid-Lisboa, 1994, n° 2, pp. 118-119.

<sup>75</sup> Se ha hecho una edición facsímil del ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional, Breidenbach, Bernardo de, *Viaje de la Tierra Santa*, int. J. Moll, Madrid, 1974, que es el que utilizo.



ciudad emblemática. Pero aquí Reuwich ha buscado un punto de vista alto, panorámico, y toda la laguna se nos ofrece, mientras reconocemos cada edificio, pero también cada zona o barrio de Venecia, que, como lo que es en realidad, tiene mucho de isla resultado de la reunión de muchos pequeños islotes. En Venecia, como no podía ser menos, se conserva un ejemplar en latín, pero ya no de la primera edición, sino de la realizada en Espira en 1490<sup>76</sup>, que se ha coloreado a mano (fig. 19).

No estamos en situación de juzgar igual otras vistas menos impresionantes, pero se nos antoja que el mismo sentido de aproximación a la realidad rige en el caso de las islas de Corfú o de Rodas. Esta última resulta en extremo pintoresca con el gran número de molinos de viento situados en los muelles próximos al mar, mientras las zonas amuralladas se ven por todas partes, así como el carácter montuoso de los alrededores. En la descripción se afirma que «es una ciudad muy fuerte de cercas y torres hedificada; y guarnecida de otras muy grandes fuerças defensivas. Tiene acerca del mar XIII torres puestas en tierra; en las cuales tienen XIII molinos de viento muy fuertes»<sup>77</sup>.

Casi al mismo tiempo, aunque la primera edición es algo posterior, se edita el mencionado *Liber Chronicarum* de H. Schedel. De igual modo los textos obligan a los grabadores a presentar vistas panorámicas de abundantes ciudades. Pero cuando están alejadas del lugar de realización se inventan casi por completo, mientras se hacen fiables algunas de las alemanas. Seguramente, los grabadores que prepararon la edición hispana de Breidenbach en Zaragoza, tuvieron en cuenta la imagen de Roma que se encuentra en el *Liber Chronicarum*. A partir de ahora, la colección de vistas de ciudades, en islas o en tierra firme se convertirá en un género de gran éxito.

## 5. EPÍLOGO

Cualquiera afirmaría sin más que los cambios que se están produciendo en los últimos años del siglo XV suponen una desaparición de todo el mundo imaginario que acompaña a las imágenes cartográficas o pintadas de islas. Nada más lejos de la realidad. El proceso avanza, pero la fuerza de la tradición y la importancia del significado simbólico de que se cargan muchas imágenes no dejan de influir en esa permanencia.

No cabe ninguna duda que en Andalucía hacia 1514-1524 se conocía el descubrimiento de América con lo que suponía ya entonces en la modifica-

<sup>76</sup> *Biblioteca Marciana, Venezia*, (Bernardus de Breydenbach, *Peregrinatio in Terram Sanctam*, Spira, 1490, Inc. 391), lám. CXI, pp. 188-189.

<sup>77</sup> Breidenbach, *Viaje*, f. LIII.

ción del mapa del mundo. Sin embargo, cuando se encargue al miniaturista Juan de Cáceres que realice la ilustración de los *Cantoriales* de la catedral de Granada, hará bajo un Juicio Final un mapamundi que sigue respondiendo al tipo tripartito isidoriano que hemos estado viendo a lo largo de estas páginas<sup>78</sup>. La tradición iconográfica unida a la intención de la miniatura llevó a preferir la metáfora o el símbolo a la realidad.

No se trata de una excepción. Es posible recordar muchos ejemplos en el ámbito de lo sagrado, pero me limitaré a dos. En primer lugar, mencionaré una miniatura francesa en torno a 1500, que se inspira en una pintura sobre tabla que en 1494 se ejecutó para la Cofradía de Nuestra Señora del Puy de Amiens (fig. 20). En ella vemos al canónigo Simon de Conty arrodillado y haciendo gesto de oración, a la derecha, mientras despliega una filacteria donde se lee: «Balsme donnent odeur aromatique». Al fondo se encuentra lo que nos interesa: una isla cercada por fuego, de perfil abarcable, con una profunda entrada a un lado para que salga la corriente de agua, que surge de una fuente situada en un segundo término. Como ocupante principal se encuentra la Virgen con el Niño. ¿Quién no reconoce en esto el Paraíso terrenal? San Isidoro lo veía rodeado de un alto muro de fuego, otros lo situaban en una isla. La construcción del fondo es la Fuente de la Vida de donde brota el agua que alimentará a los cuatro ríos famosos y citados. Tampoco se ha olvidado de representar el miniaturista estas corrientes de agua. El perfil de tierra firme se abre delante en cuatro entradas por las que circula agua, cada una de las cuales alude a ellos. Numerosas personas miran hacia allá, pero no pueden acercarse, porque sabemos que el Paraíso es inaccesible a los humanos después de la caída<sup>79</sup>.

La segunda imagen es más simple<sup>80</sup>. Forma parte de un libro titulado *Chants royaux couronnés de la Conception du Puy de Rouen*, donde se reúnen los escritos poéticos premiados llevados a cabo para esta asociación. Se conservan varios ejemplares, alguno algo más tardío, porque incluye obras de los años treinta del siglo XVI<sup>81</sup>. Debe de ser algo anterior. En marco arquitectónico clásico, pero pintoresco, se ve una nueva isla en cuyo centro hay un gran árbol. Numerosos navegantes circulan en torno a ella pero

<sup>78</sup> Yarza, *Iconografía del Cammino*, pp. 318-319.

<sup>79</sup> Ver, Meslin, M., «Dons merveilleux», en Meslin, M. (dir.), *Le merveilleux. L'imaginaire et les croyances en Occident*, París, 1984, p. 152.

<sup>80</sup> Meslin, M., «Lieux imaginaires», en Meslin, *op. cit.*, p. 82. No puedo asegurarlo, pero debe tratarse del manuscrito Fr. 1537, de la Bibliothèque Nationale de París, que es anterior al mencionado más arriba. De ser así, ver Blum, A., Lauer, Ph., *La miniature française aux XV<sup>e</sup> et XVI<sup>e</sup> siècles*, París, 1930, p. 101, planche 92.

<sup>81</sup> Me refiero, por ejemplo, al de París, Bibliothèque Nationale, Fr. 379 (Ver Crepé-Leblond, Th., *Livres d'Heures royaux. La peinture de manuscrits à la cour de France au temps de Henri II* (Château d'Écouen 1993), París, 1993, n° 13, p. 45

ninguno desembarca. ¿El Paraíso de nuevo o simplemente la isla Afortunada en cuyo centro se alza el árbol de la vida concebido como eje cósmico? De lo que no hay duda es que de nuevo nos hallamos ante una isla simbólica, cuyas dimensiones se contraen con objeto de que se pueda representar completa.

La isla de San Brandán sigue viéndose en algunos mapas del siglo XVI, el gran falsario del siglo XIV, Jean de Mandeville, se sigue editando entonces y sabemos que su libro fue consultado por Cristóbal Colón. Nuevos mitos nacen con los descubrimientos en América. Un poco más tarde será Oceanía. Pero el tiempo ha cambiado y la historia de las nuevas imágenes poco a poco, también.



Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3



Fig. 4

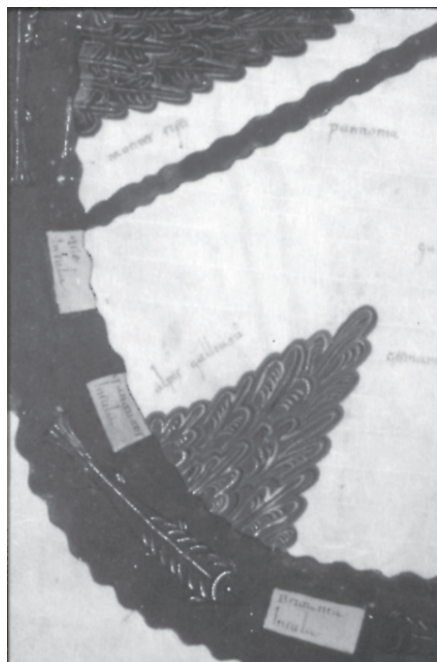


Fig. 5



Fig. 6



Fig. 7



Fig. 8



Fig. 9



Fig. 10





Fig. 11



Fig. 12



Fig. 13



Fig. 14

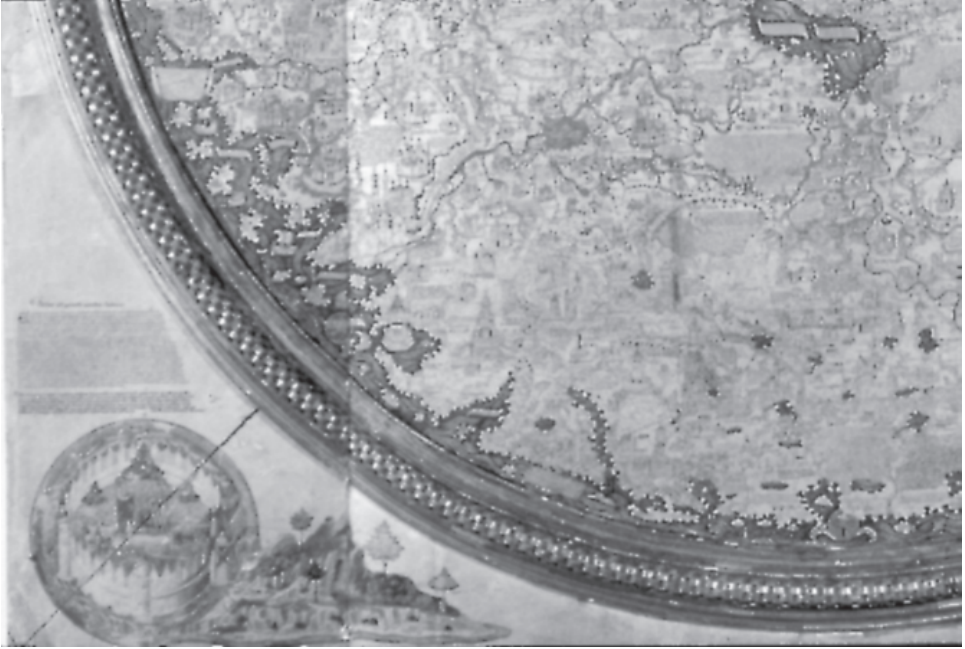


Fig. 15



Fig. 16



Fig. 17



Fig. 18



Fig. 19



Fig. 20

Isabel DE RIQUER

## LAS ISLAS PARLANTES

«Ven al Maluco, Magallanes, amigo mío, si quieres hacerte rico en poco tiempo»<sup>1</sup>.

La carta de invitación de Francisco Serrano llegó puntualmente a su destino. Tentadora propuesta, prosaica y convincente; sin florituras retóricas, sin recurrir a modelos literarios<sup>2</sup>.

La respuesta la llevaron cinco naves con 265 hombres dentro, al mando del Capitán General Fernando de Magallanes. Regresaron, al cabo de tres años, dieciocho hombres en la nave *Victoria*, sin Magallanes. De la ruta y del comercio de las especias casi no se habló porque se había dado por primera vez la vuelta al mundo.

Los hombres que viajaron al Nuevo Mundo buscaban encontrar un nuevo sentido a su vida. A unos les motivó la riqueza, a otros les empujó la misionera; otros quisieron encontrar aventuras, emulando a los caballeros andantes que, hasta hacía poco tiempo, habían tenido que ir a «fazer armas...por otras partes de la cristiandad» porque los reinos de Castilla y León se le habían quedado pequeños<sup>3</sup>.

Ahora, las aventuras del Renacimiento estaban en el mar; no en el Mediterráneo que también se les había quedado pequeño. La nueva ruta estaba hacia el oeste, empezaba en el Atlántico. Allí estaban las islas y los hombres de extrañas costumbres que los libros describían desde hacía siglos. Lo que habían escrito Plinio, Herodoto, y Mandeville y otros escritores, lo habían visto Marco Polo, Vespucci, Colón y otros viajeros y navegantes. El *argumentum veritatis* del hombre del Renacimiento era el testimonio visual: «Yo he visto...»<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> F.López de Gómara, *Historia General de las Indias*, B.A.E.,XXII, vol.1,pp. 212-213. La cita no es textual.

<sup>2</sup> Véanse las sugestivas páginas sobre la «riposta ad un invito» de N.Bottiglieri, *Nel verde mare delle tenebre. Viaggi reali e immaginari nei secoli XIV-XV*, Roma, 1994, pp.103-107.

<sup>3</sup> Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*, ed. de R.B. Tate, Clarendon, Oxford, 1971.

Antonio Pigafetta, voraz lector de «molti libri», envidioso oyente de «diverse persone que praticavano...de le grande et stupende cose del mare Oceano», decide imitar a sus modelos, a los escritores y a los descubridores del Nuevo Mundo. Sólo de esta manera, en las primeras décadas del siglo XVI, puede un hombre alcanzar la fama. Y Pigafetta escribe,

«deliberay...far experientia di me et andare a vedere quelle cose che potessero dare alguna satisfatione a me medesimo et potessero parturirmi qalche nome apresso la posterità»(51-53)<sup>5</sup>.  
 «...me determiné asegurarme con mis propios ojos de la veracidad de todo lo que se contaba, para a mi vez contar a otros mi viaje, tanto para entretenerles como para serles útil y lograr al mismo tiempo hacerme un nombre que llegase a la posteridad»(41-42).

Y este deseo de renombre le lleva, nada menos, que a ser de los pocos que dieron, porque sobrevivieron, la primera vuelta al mundo y a proporcionarnos su testimonio directo.

Gracias a las buenas relaciones que tenía Antonio Pigafetta, que era caballero de la Orden de Rodas, con algunos dignatarios de la corte del Papa León X, un Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico, logra embarcarse en Sevilla en la nave *Trinidad*, en calidad de sobresaliente, es decir, hombre de armas que en caso de necesidad reemplazaba a otro<sup>6</sup>.

Al regresar del viaje, Pigafetta es recibido en audiencia en Valladolid por el rey de España, Carlos I, al que le ofrece «non oro nè argento, ma cose da essere assay apreciati da un simil signore...li detti uno libro, scripto da mia mano, de tucte le cose passate de giorno in giorno nel viaggio nostro». Al rey de Portugal, Juan III, «...parlay de le cose haveva vedute»; y a M<sup>a</sup> Luisa de Saboya, regente de Francia, «...feci donno de algune cose de l'altro emisperio». Una gradación interesante e interesada, pues la primera vuelta al mundo ha sido una empresa española, haciendo caso omiso del Tratado de Tordesillas, y el rey de España ha de ser el depositario y el primer lector del

<sup>4</sup> V. Bertolucci Pizzorusso, «La certificazione autoptica: materiali per l'analisi di una costante della scrittura di viaggio», en *Viaggi e scritture di viaggio* a cura di C. Bologna, *L'uomo*, Università di Roma «La Sapienza», vol.III, n.s-n.2, Pisa, 1990, pp.281-299.

<sup>5</sup> A. Pigafetta, *La mia longa et pericolosa navigatione*. Trascrizione dal codice della Biblioteca Ambrosiana, introduzione e note di Luigi Giovannini, Milán, Edizioni Paoline, 1989. La versión española es: Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno al globo*, Madrid, Espasa-Calpe, Col. Austral nº 207, [1941] 1963, que traduce la versión francesa de C. Amoretti de 1800 sin que aparezca el nombre del traductor. He añadido entre [ ] alguna palabra que falta en la traducción española. La primera numeración es la de las páginas de la edición italiana; la segunda la de la versión española.

<sup>6</sup> En la Relación de los tripulantes de la Armada de Magallanes, Pigafetta aparece como «Antonio Lombardo, Sobresaliente», M.Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo XV*, B.A.E., II, pp.421-429.

libro, como objeto material y también como memoria de haber «compiuto lo circulo del mondo, del levante al ponente» (217-218; 142-143).

Pigafetta no era un conquistador, ni un descubridor, ni navegante, ni misionero ni mercader; pero fue todo esto y más. Era un viajero curioso que había leído mucho y que sabía escribir, y escribió en un diario, escrupulosamente sincrónico, «ogni giorno», lo que veía con sus propios ojos. Y el texto último que redactó unos años después de su llegada, seguramente en varias etapas, lo dedicó a Felipe Villiers de L'Isle Adam, gran Maestre de la Orden de Rodas, entre finales de 1524 y principios de 1525<sup>7</sup>.

Pigafetta, durante los años de redacción, ordena sus diarios y sus recuerdos, desde la partida al desembarco. Viaja, entonces, su memoria fechando cada etapa, dando minuciosa cuenta de datos y coordenadas geográficas y de la bonanza o peligros de la travesía. Y escoge para su libro el modelo epistolar, de carta al mecenas, interrumpiendo, a veces, el relato para llamar la atención al destinatario sobre algo que le puede parecer interesante: «Açiò que vostra illustrissima signoria sapia le cerimonie, che uzanno costoro, in benedire lo porco» (129; 91); y acabando algunos episodios con un «lasso per non essere longo», o «lascio per non essere prolixo», todo ello con una hábil combinación de naturalidad y procedimientos retóricos muy comunes. Y nunca salpica su relato con complicadas citas de Dante, Petrarca o Plinio, como Amerigo Vespucci<sup>8</sup>.

El carácter autobiográfico de un relato de viajes implicaba una selección objetiva de los hechos reales ocurridos, que se mezclaba con la propia experiencia e, inevitablemente, con la plasmación del amor, odio o indiferencia hacia las personas o hacia las cosas. Por eso cada relato de conquista, descubrimiento o evangelización, aunque tienen tantos elementos comunes, es diferente, porque las situaciones, condiciones e intereses personales son múltiples y el arte de estos escritores accidentales también.

Pigafetta, que quizá calló lo que no le interesaba que se supiera, insistió en la experiencia propia, narrada desde dentro, en la visión personal, delatando una natural y acertada intuición al escoger o destacar determinadas expresiones, personas y acontecimientos reales, que se mezclan hábilmente en la relación con reminiscencias librescas medievales y con las modas narrativas de los relatos de descubrimientos<sup>9</sup>. Pigafetta contribuyó, junto con

<sup>7</sup> En 1523 estuvo en la corte de Mantua de Isabel de Este Gonzaga en donde parece que empieza la redacción del viaje. Va a Roma, llamado por el Papa Clemente VII, otro Médicis, y sigue escribiendo su libro. Regresa a Venecia con el permiso de impresión. Entre 1524 y 1530 ultima la redacción dedicando el libro a Villiers.

<sup>8</sup> G. Contini, «De Florencia al Brasil-De Vicenza a la Patagonia», *Nuovi Quaderni Italiani*, Buenos Aires, Istituto Italiano di Cultura, 8, 1982, pp.9-23; Amerigo Vespucci, *Cartas de viaje*, introducción y notas de L. Formisano, Madrid, Alianza editorial, 1986, pp.26-28. Pigafetta sólo alude una vez a la laguna Estigia (66; 48).

<sup>9</sup> Lo que llama Formisano, o.c. pp.28 y ss, «marcopolismos» y «colombinismos», pues los escritos de Colón constituyen «un nuevo género de literatura, un conjunto bien concer-



otros cronistas y relatores, a renovar y actualizar la idea que se tenía de «el buen salvaje». El paisaje paradisíaco de las islas, la desnudez de los indígenas que tanto extrañó y preocupó a todos los viajeros y descubridores, la simplicidad de la vida, ¡tan longeva!, y de las costumbres, es decir, el primitivismo, les hacía pensar que el nativo vivía feliz en aquella especie de Paraíso Terrenal. Así lo llama Vespucci en *Mundus Novus*: «Y ciertamente si el Paraíso Terrenal en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países»<sup>10</sup>.

Y también habló Pigafetta de los gigantes (73 y ss.; 52-57) y de los pigmeos: «nascono homini piccoli como li nani» (201; 132); y de los caníbales, pues estaban allí (66; 48; 70; 51, y etc.). En la nueva geografía que él había visto la realidad nueva y las leyendas antiguas coexistían en perfecta armonía. Pero cuando ha de explicar al maestro de Rodas que en Tenerife existe un gran árbol envuelto por la niebla, cuyas hojas absorben el agua y la destilan hasta caer en una fosa cavada a su pie, a donde van los hombres a buscarla y los animales a abrevarse (60; 45)<sup>11</sup>; o que existen hombres de orejas tan grandes que les sirven de manta (205; 135), o que en la isla de Timor hay demonios (206; 136) y que el pájaro *garuda* puede cargar con un búfalo o con un elefante (209; 137)<sup>12</sup>, o que por Tador se pasean hombres sin cabeza (182; 128)<sup>13</sup>, o, incluso, que hay islas en las que sólo viven mujeres

---

tado de fórmulas, motivos y temas del que Colón es el inventor y el principal divulgador». En el caso de Pigafetta podríamos también añadir los frecuentes «vespucismos». Entre algunos de estos -ismos, además de los arriba indicados, está el de la creencia de los indígenas de que los descubridores eran hombres venidos del cielo, etc.

<sup>10</sup> A. Vespucci, o.c. p.96

<sup>11</sup> Ya hablaba de esta isla Plinio, situándola también en Las Canarias. Parece que se trata del árbol garoa, nombre del «árbol santo» que en la isla de El Hierro condensaba las nieblas y daba a los herreños agua suficiente para sus necesidades; véase en el *Tesoro lexicográfico del español de Canarias* (ed. de C. Corrales Zumbado, D. Corbella Díaz y M<sup>a</sup> Á. Álvarez Martínez) RAE, Gobierno de Canarias, 1992, las voces *gaoa* y *garoe* o *garoé*.

<sup>12</sup> *L'Indonesia nella relazione di viaggio di Antonio Pigafetta*, introduzione e note di A. Bausani, con traduzione in indonesiano di F. Soenoto Rivai, Roma, Istituto Italiano per el Medio ed Estremo Oriente, 1972: «Pigafetta è anche il primo europeo a parlare della leggenda indonesiana dello Albergo cosmico nel centro del mare, abitato dai mostruosi *Garuda*», p.14 y, más adelante, p.60, explica más ampliamente la leyenda. A Marco Polo también le hablaron «certi mercatanti» del pájaro «*ruc*, ma per la grandezza sua noi crediamo che sia grifone»; véase la larga nota sobre este pájaro en Marco Polo, *Milione*, ed. de V. Bertolucci Pizzorusso. Indice ragionato di G. Cardona, Milán, Adelphi, 1975, pp.706-709. Agradezco las noticias que me dio, durante este Seminario, acerca de este raro pájaro mi amigo y colega Nicasio Salvador Miguel, así como su artículo «*De una ave llamada rocho: Para la historia literaria del ruj*», en *Fernando de Rojas and «Cesestina»*. *Approaching the Fifth Centenary*, Madison, 1993, pp.393-411.

<sup>13</sup> Bausani, o.c., da alguna explicación acerca de algunos rituales mágicos de las Molucas, pp. 47-48.

(208; 209; 137), Pigafetta escribe, entonces, «ne disse il nostro piloto più vechio», «loro ne discero», «si como ne fu riferito». O después de la prolija descripción del palacio del rajá de la China concluye: «Yo no he visto nada de todo lo que acabo de contar; pero escribo estos detalles simplemente según el relato de un moro que me aseguró haberlo visto»(213; 139). Tampoco Pigafetta, como Marco Polo y como Colón, vio a las Amazonas, aunque tanto se había escrito de sus costumbres; pero todos estos escritores hablan extensamente de unas islas habitadas sólo por mujeres, porque en todas las narraciones de cosas vistas por uno mismo, más de la mitad eran cosas vistas o contadas por otros. Y en estos relatos de viajes, los escritores, aunque pasen los siglos, se resisten a abandonar los mitos y los actualizan y los cambian de lugar, de manera que las Islas de las Mujeres tanto están en el Índico, o cerca de Etiopía, o en Las Antillas<sup>14</sup>.

No hay asombro en la relación de Pigafetta, y si lo tuvo, en la redacción posterior lo matizó; extrañeza sí ante el aspecto y las costumbres de los indígenas; rara vez ridiculiza hábitos chocantes, como ocurre en otras relaciones: «Llevan los cabellos levantados sobre la cabeza por medio de una peineta de caña con largos dientes, que pasan de lado a lado; envuelvénse la barba en hojas, encerrándola en estuches de caña, moda de que nos réimos mucho»(204; 134). Nunca demuestra superioridad y siempre sincera e incontenible admiración por lo que contempla: las hipérbolos y los superlativos abundan en las frases de admiración: «cosa in vero bellissima di vedere», «cosa belisima», sean mujeres (algunas), animales, paisajes «credo non sia al mondo el più bello et migliore stretto como è questo»(88; 62) refiriéndose al estrecho de Magallanes. O los nuevos sabores de las frutas nuevas, «fruto in vero più gentil que sia»; pero sin abusar del adjetivo «maravilloso» tan común en sus modelos literarios<sup>15</sup>. Y se esfuerza en dar largas y minuciosas descripciones de lo que tiene ante sus ojos, como si fuera un naturalista o un antropólogo, de los animales y de los peces, de las flores y de los árboles, de los paisajes y, sobre todo, de las costumbres sociales, gastronómicas, sanitarias, religiosas y sexuales, estas últimas tratadas con naturalidad y pudor, de los hombres y de las mujeres de los pueblos que visitan las naves de Magallanes<sup>16</sup>. Y sólo puede dar noticias del nuevo mundo a los que le escuchan y a los que le lean, porque nunca han visto nada de ello y muchos de ellos nunca lo verán, comparándolo con lo que hay en Europa, acomodándolo a esquemas europeos. El mundo recién descu-

<sup>14</sup> Véanse las interesantísimas páginas sobre la «isla mujeril» de Juan Gil en *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Alianza Universidad, 1989, pp.34-40.

<sup>15</sup> E. Martinell, *La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos*, Madrid, Mapfre, 1992, pp. 79-80, 84; y L. Formisano, o.c. p.29.

<sup>16</sup> Ha sido elogiada la descripción de Pigafetta del «ave del paraíso» (181-182; 128), así como la del árbol del clavo que «è la prima mai fatta da un europeo ed è stata molto lodata dai botanici per la sua esatezza e minuzia», Bausani, o.c. pp.13 y 14; y la de la Cruz del Sur (96-97; 65-66).

bierto es difícil explicar de otro modo, por lo que Pigafetta dilata el relato recreándose en las descripciones de las cosas nuevas, observándolas, primero, de manera analítica y desmenuzando, luego, formas, colores, sabores para transmitir las de manera creíble.

«Le chiacchare sonno fructi como le angurie, de fora nodose, de dentro ànno certi fructi rossi picoli como armelini, non hanno osso, ma per quello hanno una medola como uno fazolo, ma più grande, et al mangiar tenere como castagnie, et un fructo, facto como la pignia, de fuora iallo et bianco de dentro, et al tagliare como uno pero, ma più tenero et molto migliore, deto conmilicai» (202).

(Los *chicares* son frutos parecidos a la sandía, pero su cáscara está llena de nudos; dentro están llenos de semillitas rojas, parecidas a las pepitas de melón, sin cáscara leñosa, de una sustancia medular como las judías blancas, pero más grandes, muy tiernas y con sabor a castañas. Y encontramos un fruto en forma de piña, pero de color amarillo, blanco por dentro, y al cortarle tiene alguna semejanza con la pera, pero mucho más tierno y de un sabor exquisito; le llaman *comilicai*) (133)<sup>17</sup>.

Al lado de esta exacta y sencilla descripción, creíble e imaginable en cuanto a la forma, el color, la textura y el sabor de esta fruta, la que Pigafetta da del guanaco, aunque exacta también, podía parecer a los ojos de los lectores una especie de animal monstruoso, como el que se contemplaba en los dibujos de libros de viajes fantásticos, como el de Mandeville.

«el qualle animale à el capo et orecchie grande como una mula, il colo et il corpo come uno camello, le gambe di corvo et la coda de cavalo, et nitrisse como lui» (74).

(Este animal tiene cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo; relincha como este último) (53)<sup>18</sup>.

En cambio es parco de palabras y prudente al dar cuenta de la rivalidad que hubo en toda la travesía entre españoles y portugueses, o del complot contra Magallanes y la traición del intérprete Enrique, silencioso sobre Elcano. Su admiración y afecto leal por el capitán general Magallanes le hace callar al sobresaliente Pigafetta su despótico comportamiento y ensalzar su imagen en todo momento. Pondera la prudencia de Magallanes ante el oro que se les ofrecía a manos llenas, alaba su continua atención a los enfer-

<sup>17</sup> Véase sobre el nombre de este fruto las observaciones de Bausani, «The first Italian-Malay vocabulary by Antonio Pigafetta», *East and West*, Roma, N.S.vol.11, n°4, Dec.1960, pp.232-233.

<sup>18</sup> «...Pigafetta deve far ricorso a quattro diversi animali, e impegnare le conoscenze di due continenti per costruire una analogia credibile agli occhi dei suoi lettori(rivista oggi l'analogia risulta più surreale dell'originale)», A. Pigafetta, *Il primo viaggio intorno al mondo*, Introduzione di N. Bottiglieri, Roma, 1989, p.33.

mos y heridos de la tripulación, insiste en su celo misionero, pues después de su muerte ya no hay evangelización de los pueblos infieles en el resto del viaje. Incluso casi le hace autor de un milagro (128; 90) y cuando muere le dedica un emotivo y sincero planto en el que le llama «il spechio, il lume, el conforto et la vera guida nostra»(135; 95).

Pigafetta asiste a todo, siempre está en el lugar en que ocurre los acontecimientos, como testigo y, alguna vez, como protagonista. Da cuenta de los éxitos y de los fracasos, del oro y del hambre, de las traiciones y de las amistades, de los muchos muertos y de los escasos supervivientes de la larga y arriesgada ruta de las especias. Sus aventuras personales están narradas con sencillez, no se siente héroe en ningún momento, son los santos o Dios los que le salvan siempre (94, 107; 65, 73), pasa un hambre atroz, pero no padece el escorbuto (93; 64), se cae al océano desde el barco (107; 73), le hieren en la frente con una flecha envenenada (137; 138; 97), y también participa en banquetes sentado al lado de reyes (109; 75; 76) e, incluso, una vez «il principe ne face balare con tre [fanciulle], tutte nude» (122)<sup>19</sup>.

Es, quizá, en el prólogo donde acentúa más dramáticamente los peligros del viaje: «li grandi et admirabili cose che Dio me à concesso vedere et patire ne la infrascripta mia longa et pericolosa navegatione...tute le vigilie, faticque et peregrinatione mie» (51-55; 41-42). Y entre peligro y peligro Pigafetta lo observa todo, lo pregunta todo y escribe «ogni giorno» lo que ha pasado, lo que ha visto y lo que le han dicho.

Lo que distingue a Pigafetta de otros relatores y cronistas de viajes de descubrimiento es que uno de sus intereses más vivos es el de conocer, no sólo él sino que se conozcan en Europa, las lenguas de los pueblos que visita la flota de Magallanes. Los nuevos paisajes, los nuevos animales, árboles o frutas son descritos minuciosamente, despacio, comparándolo con los conocidos, como hemos visto ya algún ejemplo. Pero son los hombres y las mujeres, su vida y sus costumbres lo que más le interesa y, sobre todo, la lengua en que hablan.

El caballero de Rodas, el criado del Capitán General se convierte en lingüista, y está siempre «ogni giorno» con la «penna in mano» escribiendo cada palabra que oye de los indígenas, haciéndosela repetir mil veces, fijándose en la boca del que la pronuncia, aguzando el oído para distinguir los sonidos. Todo lo que se relaciona con el intercambio de lenguas, con el conocimiento de la lengua del otro, le interesa a Pigafetta, y lo anota: «il schiavo li parlò, il re lo intese, perchè in questa parte li re sanno più linguagii che li altri» (108; 74). La posibilidad de entenderse, de poder responder a las preguntas y poder, a su vez, hacerlas, de darse a conocer a los hombres y mujeres de lenguas tan diferentes, ausentes de cualquier referente común con las europeas, lleva a la creación de una cadena de intermediarios. Esta atención de Pigafetta al lenguaje, no sabemos si espontánea o preconcebida, personal

<sup>19</sup> En la traducción española de la versión de Amoretti no aparece este momento.

o indicada, va aumentando a medida que avanza el viaje, por lo que si el primer vocabulario, el del *Verzin*, el Brasil, está compuesto por ocho palabras, el de los Patagones ya tiene noventa y el último, el de Malasia, llamado por Pigafetta «vocabuli de questi populi mori», tiene unas cuatrocientas treinta voces. Los lingüistas han alabado la labor de Pigafetta, y este último vocabulario de la lengua de los musulmanes de las Molucas, ha sido considerado como el «primi piccolo dizionario malese mai pubblicato in Europa»<sup>20</sup>.

Tres meses pasó Pigafetta en Indonesia y algo más en las Filipinas. Las islas, aún las más pequeñas e incluso en las que no desembarcan y sólo se ven desde lejos, reciben un nombre nuevo (de los que hablaré más adelante) o son llamadas por el que ya tenían. Esto indica que Pigafetta buscaba ante todo informadores del lugar o familiarizados con aquel territorio y con sus lenguas. Y sabemos quiénes fueron algunos de estos informadores.

En las crónicas del descubrimiento del Nuevo Mundo el intérprete (faute, guía, lengua, ladino, etc.) es el puente lingüístico entre dos culturas. Es, como en algunos textos medievales, en los que aparece el *latinier* o el *trujamán*, «depositario di una scienza linguistica rara e del potere demiurgico di mettere in comunicazione genti di lingue incomunicabile», como le define Gianfranco Folena<sup>21</sup>. En los viajes al Nuevo Mundo que narran las crónicas y las cartas de relación, la presencia del intérprete es necesaria, habitual y muy importante. Gran parte de los resultados obtenidos se debe a la competencia de los intérpretes de uno y otro lado<sup>22</sup>.

En la nave capitana, la *Trinidad*, viajaba un tal Henrique de Malaca en calidad de «lenguaraz»<sup>23</sup>. Magallanes en una expedición que había hecho a Sumatra años atrás, lo había traído de allí; oficialmente era, al partir, el único intérprete de las cinco naves.

En el libro de Pigafetta Enrique aparece tarde, después de haber pasado por el Verzín (Brasil) y carece de nombre: «Uno schiavo del capitano generale, che era de Zamatra, ...li parlò, il qualle subito inteseno» (108)<sup>24</sup>.

Este intérprete sirve para aclarar situaciones confusas:

«Trovorono infiniti huomini insieme con lo re, tuti paurosi per le bombarde. L' interprete li disse questo esere nostro costume, intrando in simili luogui, in segnio de pace et amisitia, et per honorare lo re del luogo scaricavamo tucte le bombarde. El re et tucti li suoi se asegurorono» (117).

<sup>20</sup> Bausani, «The first...»; y Bausani, o.c. p.15.

<sup>21</sup> G. Folena, *Volgarizzare e tradurre*, Torino, Einaudi, 1991, cita pp.19 y 20.

<sup>22</sup> E. Martinell, *Aspectos lingüísticos del descubrimiento y de la conquista*, Madrid, CSIC, 1988.

<sup>23</sup> Así es como aparece consignado en la *Relación de los tripulantes...* p.179.

<sup>24</sup> Bausani, «The first...» y o.c. pp.12-13.

(Encontraron al rey rodeado de una inmensa multitud, alarmada por el estruendo de las bombardas. El intérprete empezó por calmar al rey, diciéndole que era una costumbre nuestra, y que este estrépito no era más que un saludo en señal de paz y amistad para honrar al mismo tiempo al rey y a la isla. Con ello se aquietó todo el mundo) (81).

También tuvo que actuar el intérprete como intermediario en las tareas de catequización:

«Domenicha, ultimo de marso, giorno de Pasca, ...el capitano generale mandò il prete...con lo interprete a dire al re che non volevamo discendere in terra per disinar seco, ma per al dire messa...» (112). (El domingo de Pascua, último día de marzo, el capitán general mandó a tierra al capellán...con el intérprete con el fin de comunicar al rey que iríamos a la isla, no para comer con él, sino para decir la misa...) (77).

Y durante la misa es el intérprete quien explica el significado de la cruz con los clavos y la corona que llevaban en la expedición, por medio de una larga conversación en la que el aspecto religioso del símbolo iba unido al político y también al supersticioso:

«...lo capitano generale..li disse per lo interprete questo era il vessilo datoli da lo imperatore suo signore, açiò in ogni parte dove andasse, metesse questo suo segnialle, et che voleva meterlo ivi per sua utilità, perché, se venissero algune nave de le nostre, saperianno, con questa croce, noi essere stati in questo locho,...et che conveniva metere questa croce in cima del più alto monte que fosse, açiò, vedendola ogni mattina, la adorasseno, et, se questo facevano, nè troni nè fulmini ni tempesta li nocerebe in cosa alguna» (112-113). (...el capitán general... por medio del intérprete, dijo a los reyes que esta cruz era el estandarte que le había confiado su emperador para plantarla allí donde pisase, y que, por consiguiente, quería elevarla en esta isla, a la cual el santo signo sería además favorable, porque todas las naves...conocerían al verla que a nosotros nos habían recibido como amigos...y que era preciso colocar la cruz sobre la más elevada cima ...a fin de que todos pudiesen verla, y que cada mañana debían adorarla, pues siguiendo su consejo, ni el rayo ni las tormentas les ocasionarían daños) (78).

Y también a través del intérprete son adoctrinados los indígenas en la peculiar catequesis de Magallanes, que Pigafetta, a su vez, recoge y nos transmite, sin hacer ningún comentario:

«Lo capitano disse al re, per lo interprete, ringratiasse Ydio per ciò lo haveva inspirato a farse Christiano et que vincerebe più facilmente li sui nemisi che prima: rispose che voleva essere Christiano» (124). (Hizo el capitán decir al rey por el intérprete que, entre las muchas ventajas de que iba a gozar haciéndose cristiano, tendría la de vencer más fácilmente a sus enemigos) (87).

Y cuando el intérprete traiciona a los españoles, el mismo día en que murió Magallanes, Pigafetta le llama por su nombre: «l'interprete nostro, che se chiamava Henrich» (136; 96), y relata punto por punto las idas y venidas de Enrique del barco a tierra, para tramar la traición con los mismos indígenas por los que había muerto, defendiéndolos, Magallanes (136-138; 96-97).

Enrique fue sustituido por «uno Indio christiano, chiamato Manuel, servitore d'un Pietro Alfonso de Lorosa, portughese,...il servitore, per sapere parlare in portughese, entrò ne le nave et dissenne...» (168-169; 115-116). También el piloto Juan Carvalho, portugués, que había estado cuatro años en el Brasil (67; 49) debió ser una gran ayuda a Pigafetta, en la etapa de la tierra del *Verzin*.

Pigafetta tuvo también muchos intérpretes ocasionales: los nativos de las infinitas islas que visitaron con los que se relacionaron amistosamente, o los que hicieron prisioneros. Algunos de ellos debían tener un conocimiento muy amplio de las islas indonésicas, pues sabían las lenguas y costumbres de islas muy alejadas de la propia y podían entenderse con facilidad en una especie de lengua franca, probablemente una forma del malasio<sup>25</sup>.

Pero cuando el contacto verbal era nulo o escaso, la relación pacífica se anunciaba mediante gestos; y el gesto que tuvo más éxito, y que fue comprendido enseguida por ambas partes, fue el intercambio de regalos que detuvo la agresividad, inició la confianza y favoreció los comportamientos.

La lista que aparece bajo el epígrafe «Mercaderías para rescate»<sup>26</sup> nos llena de asombro al comprobar, además del equipaje para cinco naves y 265 hombres, la cantidad de anzuelos, cuchillos, peines, espejos, tijeras, cencerros, rosarios, cuentas de vidrio, bonetes, telas de terciopelo, etc. que llevaban. Incluso lo más corriente podía ser, para los que no lo conocían, algo muy valioso. La prolija cuenta de regalos recíprocos, las circunstancias en que se efectuaron aparecen meticulosamente consignadas por Pigafetta, y les propocionaron a ellos, y también ahora a nosotros, el conocimiento de los criterios de valoración de unos y otros. Basten algunos ejemplos a cambio de comida, es decir, como transacción comercial o de trueque:

«per uno amo da pescare o uno cortello davano .5. ho .6. galinne; per uno petine, uno paro de occati; per uno spequio ho una forfice, tanto pesce, che haverebe bastato a .X. homini; ...et per uno re de danari , che è una carta da iocare, me deteno .6. galine et pensavano anchora haverni inganat» (64-65).

<sup>25</sup> Bausani, o. c. pp.12-13,y «la relazione di Pigafetta e la sua lista provano *ad abundantiam* che il «malese», già in quell'epoca, in una forma semplificata, era inteso non solo fin nelle lontane Molucche, ma persino nelle Filippine» p.18.

<sup>26</sup> M. Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, B.A.E. Madrid, 1964, tomo IV, pp. 3-9,182-187.

(por un anzuelo o por un cuchillo nos dieron cinco o seis gallinas; por un peine, dos gansos; por un espejito o por un par de tijeras, el pescado suficiente para comer diez personas...Cambiamos asimismo a buen precio las figuras de los naipes: por un rey de oros me dieron seis gallinas, y aún se imaginaban haber hecho un magnífico negocio) (47).

a cambio de oro:

«Vennere li mostrassemo una botega pienna de le nostre merchantie, per il que restoronno molto admirati. Per metalle, fero et l'altra merchantia grossa ne davano horo; ...Questi populi ne davano .x. peci d'oro per .xiiy. libre de ferro...» (123-124).

(El viernes abrimos nuestro almacén y expusimos nuestras mercancías, que los isleños admiraron extrañados. Por objetos de bronce, hierro y otros metales nos daban oro...Estos pueblos por catorce libras de hierro nos daban diez piezas de oro...) (87).

para congraciarse con ellos y fomentar la paz y la amistad, es decir, para evitar la violencia:

«Conclusa la pace, lo capitano fece dare una colatione; poy lo principe et re presentarono al capitano, da parte del suo re, alquanti cestoni de rizo, porci, capre et galine, et li discero le perdonasse...lo capitano donò al principe uno panno biancho di tella sotilissima, uno bonnet rozo, alquante felce de christalino et uno biquier dorato de vetro. Li vetri sonno molto apreciati in queste parte» (120-121).

(Después de esta ceremonia se sirvió el desayuno, e inmediatamente los indios presentaron al capitán, en nombre del rey de Zubu, grandes cestas llenas de arroz, cerdos, cabras y gallinas, ...el capitán dio al príncipe una tela blanca finísima, un gorro rojo, algunos hilos de cuentas de vidrio y una taza de vidrio dorado [El vidrio es muy apreciado en estos lugares] (84).

Esta observación de Pigafetta podría resumir las verdaderas intenciones de tantos regalos:

«...li homini de questa ysola sonno selavatici et bestialli, mangiano carne humana et non hanno re...quando ne vistenno, ne venirono incontra con archi; ma dandoli alguni presenti, subito diventassemo sui amici» (204).

(...los indígenas de esta isla son salvajes, más parecidos a las bestias que a hombres, comen carne humana [y no tienen rey]...En cuanto nos divisaron ...avanzaron contra nosotros, arco en mano, en actitud amenazadora; pero con algunos regalos nos hicimos amigos pronto) (134).

Algunas veces se convirtieron en regalo que amansaba actitudes violentas o fueron intercambiados por objetos valiosos, los cuadernillos de papel de Pigafetta,

«a li altri sete principali, a qui tella, a qui bonneti et a ogni uno uno quinterno de carta...» (151).



(a los otros siete personajes que le acompañaron les hicimos también regalos, tales como algunas varas de tela, un gorro o un cuaderno de papel) (102).

El papel, en blanco como escrito, fue valorado y venerado de manera extraordinaria, porque los pueblos que ya conocían la escritura lo hacían en cortezas de árbol,

«tene x scrivani che scriveno le cose sue in scorse de arbore molto sotile, a questi chiamano xiritoles» (p. 154)<sup>27</sup>.

(Tiene diez escribas, dedicados únicamente a escribir lo que le interesa, en cortezas muy delgadas de árbol, que llaman *chiritoles*) (104).

La expedición llegó también a otros pueblos en los que no se conocía la escritura como transmisora de mensajes equivalentes a los orales, por lo que no nos ha de extrañar la reacción de algunos de los interlocutores de Pigafetta:

«Scrissi asai cosse, come le chiamavano; quanto el re et li altri me vistenno scrivere et li diceva quelle sue parole, tutti restorono atoniti» (110).

(...le pregunté el nombre de muchos objetos en su lengua, [cuando el rey y los otros me vieron escribir y decirles sus palabras] quedaron muy sorprendidos) (76).

Y una vez iniciada la mutua confianza empezaba la tarea lingüista de Pigafetta recogiendo las palabras, no sólo las más usuales, sino también otras poco frecuentes, y, sobre todo, las nuevas, incluso abstractas, con sutiles distinciones. Y todo ello entre desembarcos, combates, misas, banquetes y largos parlamentos a través de los intérpretes o de señas. Más tarde, lejos de las islas en las que se hablan aquellas lenguas pasó en limpio sus vocabularios y, a pesar del tiempo transcurrido y de su escasa preparación para ello, la lista de los vocablos malasios, ya aludida, es admirable y exacta en la ortografía<sup>28</sup>.

Los gigantescos patagones fueron algunos de los más entusiastas colaboradores de nuestro relator, y el encuentro con algunos de ellos puede servirnos de excelente ejemplo:

«un di al inproviso vedessemo uno homo, de statura de gigante, che stava nudo ne la riva del porto, balando, cantando et butandose polvere

<sup>27</sup> En la edición de Andrea de Mosto hay una nota que dice: «Cherita-tulis, scrittori di narrazioni», véase, *La mia longa...*p.154 n.

<sup>28</sup> Bausani, o. c.: «Quanto alla ortografia...è notevolmente esatta....Tuttavia, se teniamo conto della completa mancanza in Pigafetta do ogni preparazione linguistica e delle difficoltà fra le quali egli lavoraba, questa lista è, nel complesso, mirabilmente accurata», pp.17-19.

sovra la testa. Il capitano generale mandò uno de li nostri a lui açiò facesse li medesimi acti in segno de pace, et fati, lo conduce....dinanzi al capitano generale, quando fo nella sua et nostra presentia, molto se maravigliò et faceva segni con uno dito alzato, credendo venissemo dal cielo. Questo erra tanto grande che li davamo a la cintura et ben disposto...» (73-74).

(Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante nosotros. Estaba sobre la arena casi desnudo, y cantaba y danzaba al mismo tiempo, echándose polvo sobre la cabeza. El capitán envió a tierra a uno de nuestros marineros, con orden de hacer los mismos gestos, en señal de paz...[y los hizo]...se dejó conducir...ante el capitán general...Dio muestras de gran extrañeza al vernos, y levantando el dedo, quería sin duda decir que nos creía descendidos del cielo...Era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura) (52).

### Al cabo de seis días llega otro:

«più grande et meglio disposti de li altri et tanto trattabile et gratioso, saltando balava et, quando balava, ogni volta cazava li piedi soto terra uno palmo. Stete molti giorni con nui, tanto que'l batisassemo chiamandolo Iohanni. Così chiaro prenuntiava Iesu, Pater Noster, Ave Maria et Iovani como nui, se non con voce grocissima. Poi el capitano generale li donò una camiza...un spequio, uno petine, sonagli et altre cose, et mandòlo da li sui...ma più nol vedesemo. Pensamo li suoi lo havessero amazato per avere conversato con nuy» (75-76).

(...más grande y estaba mejor formado que los otros; tenía también los modales más dulces; danzaba y saltaba tan alto y con tanta fuerza, que sus pies se elevaban muchas pulgadas en la arena. Pasó algunos días con nosotros...le bautizamos poniéndole el nombre de Juan. Le enseñamos a pronunciar el nombre de Jesús, el padrenuestro, etc., y llegó a recitarlo tan bien como nosotros, pero con voz fortísima. El capitán general le regaló una camisa, una chaqueta, unos calzones de lienzo, un gorro, un espejo, un peine, algunos cascabeles y otras bagatelas. Se volvió con los suyos muy contento...pero después no lo volvimos a ver, y sospechamos que sus camaradas le mataron por haber [conversado] con nosotros) (55).

Y después de dar la lista de los noventa términos patagones (88), Pigafetta añade un comentario fónico: «Tuti questi vocabuli se pronuntiano in gorgha perchè cussi li pronuntiavano loro» (91; no está en la v.e.). Y así justifica Pigafetta esta precisión:

«Me disse questi vocabuli quel gigante, che havevamo nella nave... Quando el me vite scrivere questi nomi, domandandoli poi de li altri con la penna in mano, me intendeva» (91).

[Me dijo estos vocablos el gigante que llevábamos en la nave]...apenas me veía coger la pluma y el papel, venía enseguida a decirme los nombres de los objetos que alcanzaba su vista... (62-63).

Siempre fue igual este proceso, «sempre parlando con segni scrissi assai cose come le chiamavano» (109; 75). Pigafetta indicaba a su informador, fuera brasileño, patagón, filipino o malayo, lo que tenían ante sus ojos, seña-

lándolo con la pluma, éste le decía la palabra en su lengua y Pigafetta inmediatamente, atento siempre a la fonética, a la articulación de los sonidos («haveva una voce simillea uno toro», 70; 51, dice del caníbal del que volveremos a hablar más adelante), la transcribía lo mejor que podía, al lado de la palabra en su lengua, la italiana, o mejor dicho, en su dialecto vicentino, salpicado de algunos iberismos<sup>29</sup>.

Como han destacado Cardona y Bausani<sup>30</sup> el hecho de que cada lista empiece con la expresión: «al capo», «al ochio», «al nazo», «al homo», «al la donna», «al corpo» etc.; «al rizo», «al melone», «al ovo», «al spequio», «al colore negro», «al rosso», «a la scutella» etc. y a continuación la traducción en la lengua del indígena de turno, indica que la pregunta se efectuaba por medio de gestos concretos. A medida que aumentaba la confianza y la comunicación, los vocabularios se iban ampliando y recogiendo términos relativos al tiempo («Da matina», «hieri», «l'altro giorno»), al tamaño («grande», «picolo», «corto»), a los números (desde el uno hasta un millón hay en el vocabulario malayo), a los actos de los hombres («al bere», «al mangiare», «al parlare») y los de las cosas habituales («alle store dove dormono», «a le sue barche grande») que también se podían indicar con señas, como las cantidades, el tiempo, o lo que hay que hacer con algo: «li facessemo segnio amaymasse le velle, et lui, non volendole...».

Y siempre se prestaron a ello los indígenas:

«Grande familiaritate pigliarono con nui questi popoli. Ne discero molte cose como le chiamavano et li nomi de algune ysole, che se vedevano de qui ...pigliasemo gran piacere con questi, perchè erano asay piacevoli et conversabili» (104-105).

(Los isleños se familiarizaron tanto con nosotros, que por este medio pudimos aprender los nombres de muchas cosas...[y los nombres de algunas islas que se veían desde aquí...estuvimos muy a gusto con ellos porque eran amables y habladores]) (71).

Aunque alguna vez la conversación fue imposible:

«...trovassemo, in uno fiume de acqua dolce, homini che se chiamano Canibali et mangiono la carne humana. Vene uno, de la statura casi como uno gigante...haveva una voce simille a uno toro...saltassimo in terra cento homini per havere lingua et parlare secho ho ver per forsa pigliarne alguno. Fugiteno, et fugendo facevano tanto gran passo che noi saltando non potevamo avansare li sui passi» (70).

<sup>29</sup> Bausani, *The first*, y M.G. Scelfo, «Della spedizione Magellano/Elcano nella relazione di Antonio Pigafetta», *Studia Iberistica*. In memoria di Giuseppe Carlo Rossi, Istituto Universitario Orientale, Nápoles, 1986, pp.178-187, n.13.

<sup>30</sup> G.R. Cardona, *Introduzione all'etnolinguistica*, Bologna, Il Mulino, 1976, pp. 31-33; Bausani, o.c. p. 23 n. 6. Hablé de algunos de estos aspectos lingüísticos en el Congreso Internacional «Portugal e os mares: um encontro de culturas», Nápoles del 15 al 17 de diciembre de 1994.

(...encontramos un gran río de agua dulce. Aquí habitan los canibales o comedores de hombres. Uno de ellos, de figura gigantesca y cuya voz parecía la de un toro...saltamos a tierra cien hombres y les perseguimos para capturar algunos; pero daban tan enormes zancadas, que ni corriendo ni aún saltando pudimos llegar a alcanzarlos) (51).

La exagerada desproporción de cien hombres persiguiendo a unos cuantos canibales es comprensible cuando unas líneas después explica Pigafetta,

«in questo fiume fu mangiado da questi Canibali, per troppo fidarse, uno capitano spagnuolo, che se chiamava Iohan de Solis, et sesanta homini, che andavano e discovrire terra como nui» (70-71).  
(en este río [es donde Juan de Solís]...fue comido por los canibales, de los cuales se había fiado demasiado, con sesenta hombres de su tripulación) (51)<sup>31</sup>.

En los cuatro vocabularios, Pigafetta reúne las palabras y las expresiones que tienen un equivalente en su lengua, pero, además, a lo largo del libro recoge los nuevos nombres que tienen las cosas nuevas.

Los nombres con los que bautizan a los accidentes geográficos: «Plantamos una cruz en la cima de una montaña cercana, a la que llamamos *MonteCristo*, y tomamos posesión de esta tierra en nombre del rey de España» (81; 58); «..llegamos a un río al que llamamos *de las Sardinias*, a causa de la inmensa cantidad que vimos de estos peces» (86; 61); «La isla desierta en la que nos habíamos establecido la llamaban Humunu los isleños, pero nosotros la denominamos la *Aguada de las Buenas Señales*, porque en ella encontramos dos fuentes de agua excelente y descubrimos los primeros indicios de oro en este país» (105; 72). Y así, explicando siempre el porqué, aparecen el Cabo Deseado (86; 61) y el de las Once Mil Vírgenes (82; 59), las islas Infortunadas (94; 65) o las de los Ladrones (99-102; 67-69).

La escrupulosidad lingüística de su diario puso al alcance de sus destinatarios conocer exactamente lo que Pigafetta vio por primera vez. Pigafetta a todo llega a darle un nombre, pues, ya hemos visto que lo pregunta todo, por señas, o alguna vez ayudado por el intérprete de a bordo. Hemos recogido algunas de las fórmulas que emplea Pigafetta para conocer y describir lo que hasta entonces no se conocía o era diferente. Una de las más habituales es la de recurrir a la explicación cuidadosa de la palabra de la lengua extraña:

«habitano in certe case longue che le chiamano *boii* et dormeno in rete de bambaso, chiamate *amache*, ligade ne le medeme case da uno capo et da l'altro a legni grossi...il suo re è chiamato *cacich*...hanno barche d'uno solo arburo maschize, quiamate *canoè*» (65-67; 48-49).

<sup>31</sup> Juan Díaz de Solís, descubrió el Yucatán con Pinzón en 1507, exploró la bahía de Río de Janeiro y en 1512 cayó en manos de antropófagos, que lo devoraron junto con sus compañeros.

Otras veces ha de hacerlo por medio de equivalencias o comparaciones aproximadas:

«queste borchie sonno de metalo et se fanno ne la regione del Signio Magno, che è detta la China. Quivi le uzanno como nuy le campane et le chiamano *aghon*» (122; 85-86).

Otras da la palabra en tres lenguas:

«quivi chiamano li garofoli *ghomode*, in sarangani...*bomghalavan*, et in Malaca *chianche*» (176; 122).

Lo que ha oído Pigafetta se antepone, en su relato, casi a lo que ha visto. «Le devisement du monde», la descripción del mundo, el tratado enciclopédico, el discurso histórico-etnográfico, incluso las lecturas de los viajes fantásticos ceden el paso a lo que ha oído. Y no me refiero a las ya viejas historias de maravillas y de monstruos sino a las casi mil voces nuevas, a veces roncas, «voce grossissima», otras suaves, «voce sottile», obligadas a pronunciar cientos de veces, repetidas por él mismo, apuntadas, copiadas, rectificadas y, finalmente, ordenadas cuidadosamente y con la traducción al lado.

Las islas a las que llegó Pigafetta, paradisíacas desde luego, están para él llenas de voces. El atractivo para él era escuchar nuevas palabras, saber cómo se llamaban las cosas más cotidianas, y cómo las decían los indígenas.

Pero Pigafetta no se limitó a conocer y a transmitirnos unas lenguas comerciales o de relaciones primarias, una lengua franca que sirviera a otros navegantes y mercaderes, sino algo más que la forma y el color o la justa pronunciación de los nombres que tienen las nuevas cosas y los nuevos animales y frutos. Pigafetta llegó a entender las expresiones emotivas propias de la retórica y el pensamiento oriental, y logró plasmarlo en un lenguaje que el primer destinatario, Villiers, pero también el Papa y los Gonzaga, entonces, y nosotros, ahora, comprendemos.

«Il nostro re ne dise, lui assimigliare uno fanciulo, che latasse et cognioesse la sua dulce madre, et, quella partendosi, lo lassiare solo: magiormente lui restare desconsolato, perche già ne haveva cognioessuto et gustato alchune cose di Spagna...» (179).  
 ([nuestro rey nos dijo] que le parecía ser cual un niño de pecho [y conociera a su dulce madre y, marchándose ella le dejara solo: quedaba él aún más desconsolado, porque ya había conocido y probado algunas de las cosas de España]) (126).

Monique MUND-DOPCHIE

**L'ULTIMA THULE DANS L'IMAGINAIRE OCCIDENTAL.  
LES MÉTAMORPHOSES D'UNE ÎLE RÉELLE  
EN UN PAYS FABULEUX**

«... Venient annis  
saecula seris quibus Oceanus  
vincula rerum laxet et ingens  
pateat tellus Tethysque (v.l. Tiphysque) novos  
detegat orbis nec sit terris  
ultima Thule»<sup>1</sup>.

«Nous ne sommes pas seulement partis vers le sud, sous les flèches du soleil de la mer intérieure. Nous avons aussi et surtout balayé l'Océan, au large des glaciers couverts de neige et de l'île de Thulé où les nuits d'été étaient si claires qu'il était possible de travailler et même de trouver des poux dans sa chemise. Nous n'avons pas été les premiers à naviguer vers l'ouest, vers le soleil couchant. On racontait qu'un moine irlandais, saint Brendan, avait parcouru pendant sept ans, au bord de son curragh, l'océan Atlantique et qu'il avait fêté Pâques sur le dos d'une baleine où il resta quatorze jours parce qu'il l'avait prise pour une île»<sup>2</sup>.

Près de 2000 ans séparent ces textes qui évoquent tous deux Thulé, la dernière des terres, au-delà de laquelle commence l'inconnu. Et entre eux, que d'allusions, que de références, que de recherches effectuées à propos de celle-ci durant le Moyen Âge, la Renaissance et les siècles ultérieurs. Plusieurs questions viennent dès lors à l'esprit: pourquoi le nom de Thulé est-il devenu un «Sammelname», c'est-à-dire «un nom sur lequel vinrent se rassembler les données ou informations concernant tout ce qui, en direction du nord, pouvait être atteint ou observé de plus éloigné, autrement dit d'ultime»<sup>3</sup>? pourquoi poursuivit-il dans le royaume des allégories une carrière qui n'en finit pas<sup>4</sup>?

---

<sup>1</sup> Sénèque, *Médée*, vv. 374-379.

<sup>2</sup> Jean d'Ormesson, *Histoire du Juif errant*, Paris, Gallimard, 1990, p. 397.

<sup>3</sup> R. Dion, *Aspects politiques de la géographie antique*, Paris, Les Belles Lettres, 1976, p. 211.

<sup>4</sup> R. Dion, «Géographie historique de la France», *Annuaire du Collège de France*, 1966, pp. 455-478 (p. 477).

La réponse à ces interrogations est double. Il y a incontestablement la musicalité, les sonorités harmonieuses du vocable et surtout de l'expression transmise par Virgile et par Sénèque, *ultima Thule*: elles interpellent particulièrement les poètes, ouverts à «la fascination pour les noms, purs signifiants, qui perdent leur fonction de dénotation»<sup>5</sup>. Il y a surtout la forte concentration d'imaginaire qui s'est fixée sur l'île découverte par Pythéas. L'histoire de la «fortune» de Thulé explique, en effet, l'aura qui entoure, de façon remarquable, ce toponyme et cette île du Septentrion. Mais il ne peut être question de retracer, dans les limites qui me sont imparties, les différents cheminements qui ont permis aux lettrés et aux écrivains occidentaux de transformer une île, qui aurait pu passer inaperçue ou demeurer banale, en un horizon onirique. C'est pourquoi je me suis imposé une double limitation. Ma communication portera uniquement sur les représentations de Thulé qui eurent cours, d'une part, durant l'Antiquité, d'autre part, durant le Moyen Âge et la Renaissance, et elle illustrera, pour l'essentiel, les perspectives ouvertes par les études théoriques sur l'exotisme et le merveilleux<sup>6</sup>. Dans ces pages consacrées à une île lointaine et mystérieuse, je me propose, en effet, de démonter, à travers des échantillons représentatifs, les mécanismes qui permettent de passer des pays *étrangers* et des *autres mondes* réels, conçus par la vision exotique, aux royaumes *étranges* et à l'*Autre Monde* de l'univers merveilleux, hantés par les figures mythiques et les archétypes ancestraux<sup>7</sup>. En d'autres termes, c'est le va-et-vient entre la nature et la surnature qui sera au centre de mes préoccupations.

## 1. THULÉ DANS L'IMAGINAIRE ANTIQUE

### 1.1. Les données fournies par Pythéas

Dépister à propos de la Thulé antique les processus de fabrication de l'exotisme et de la fable n'est pas une tâche aisée, car nous ne disposons à ce jour ni des traités composés par Pythéas ni de l'ensemble des oeuvres qui y

<sup>5</sup> C. Jacob, «L'oeil et la mémoire: sur la Périégèse de la Terre habitée de Denys», *Arts et Légendes d'espaces. Figures du voyage et rhétoriques du monde*, Communications réunies et présentées par C. Jacob et F. Lestringant, Paris, Presses de l'École Normale Supérieure, 1981, pp. 21-97 (p. 44).

<sup>6</sup> Sur le merveilleux et l'exotisme, voir notamment F. Dubost, *Aspects fantastiques de la littérature narrative médiévale (XII<sup>e</sup>-XIII<sup>e</sup> siècles)*. *L'Autre, l'Ailleurs, l'Autrefois*, 2 tomes, Champion, Paris, 1991; C. Jacob, «Récit de voyage et description», *LALIES*, 1, 1980, pp. 131-141 et «De l'art de compiler à la fabrication du merveilleux. Sur la paradoxographie grecque», *LALIES*, 2, 1983, pp. 121-140; J. Le Goff, *L'imaginaire médiéval*, Paris, Gallimard, 1985; *L'Exotisme*. Actes du colloque de Saint-Denis de la Réunion (7-11 mars 1988), textes réunis par A. Buisine et N. Dodille, Paris, Didier, 1988.

<sup>7</sup> Cf. R. Baudry, «De l'exotisme au merveilleux», *Exotisme et création*. Acte du Colloque international (Lyon, 1983), Lyon, Hermès, 1985, pp. 334-344.

ont puisé une inspiration: nous savons uniquement que les écrits du savant massaliote furent célèbres dans l'orbe gréco-romain et que son escale dans une île septentrionale alimenta bien des rêves d'évasion, si l'on en croit les affirmations de Pomponius Mela et de Servius<sup>8</sup>:

«Thule Grais et nostris celebrata carminibus»<sup>9</sup>.

«Multa praeterea miracula de hac insula feruntur»<sup>10</sup>.

S'il nous manque de ce fait une connaissance précise des travaux de Pythéas et de l'influence exercée par ceux-ci, il nous est toutefois permis de repérer, à travers les allusions des Anciens, les *mirabilia* et autres traits particuliers de Thulé qui ont attiré l'attention et de suivre, à travers les morceaux de littérature antique parvenus jusqu'à nous, la transfiguration de la réalité effectuée par divers auteurs.

Une première constatation s'impose: les traités de Pythéas ne permirent pas une localisation précise et définitive de l'île, mais offrirent, au contraire, un espace aux identifications diverses et aux spéculations théoriques. Ainsi, Agricola, lors de sa circumnavigation de la Grande-Bretagne en 83 p.C., crut entrevoir Thulé au-delà des Orcades, ce qui en fait une des îles Shetland<sup>11</sup>. Procope de Césarée, à son tour, signala au VI<sup>e</sup> siècle l'existence d'un royaume de Thulé, que tout semble identifier à la Scandinavie puisqu'il s'agit d'une contrée dix fois plus étendue que la Grande-Bretagne et dont les souverains furent suffisamment puissants pour que les Hérules s'y choisissent un roi<sup>12</sup>. Quant aux géographes astronomes –tels que Ptolémée–, ils se servirent régulièrement de Thulé comme d'une île-borne, dont la latitude et la longitude variaient selon leurs a priori<sup>13</sup>.

<sup>8</sup> Cf. p.ex. R. Dion, «La renommée de Pythéas dans l'Antiquité», *Revue des Études Latines*, 43, 1965, pp. 443-466; P. Fabre, «Étude sur Pythéas le Massaliote et l'époque de ses travaux», *Les Études Classiques*, 43, 1975, pp. 25-44 et 147-165; S. Magnani, «Una geografia fantastica? Pitea di Massalia e l'immaginario greco», *Rivista storica dell'Antichità*, 22-23, 1992-1993, pp. 25-42.

<sup>9</sup> Pomponius Mela, III, 6, 57.

<sup>10</sup> Servius, *Comm. in Verg. Georg.* I, 30.

<sup>11</sup> Tacite, *Agricola* 10, 5-6.

<sup>12</sup> Procope de Césarée, *Histoire des Guerres* VI, 15.

<sup>13</sup> Le jour solsticial de l'été est ainsi de 2 ou 3 heures selon Géminus de Rhodes, *Elem. astron.*, vi; de 24 heures selon Pomponius Mela, III, 6, 57; de 1 mois selon Cléomède, *Du mouvement circulaire des corps célestes* I, 7; de six mois selon Pline, *H.N.* II, 75 et IV, 30; de 1 an selon Antoine Diogène, *Les merveilles incroyables au-delà de Thulé*, chez Photius, *Bibl.* 166, 110b-111a. Sur ces spéculations plus ou moins scientifiques, voir notamment P. Janni, «“Il sole a destra”: estrapolazione nella letteratura geografica antica e nei resoconti di viaggio», *Studi Classici e Orientali*, 28, 1978, pp. 87-115 (pp. 102-



En revanche, une certitude s'imposa aux Anciens: l'emplacement de Thulé à six jours de navigation du nord de la Grande-Bretagne faisait de l'île découverte par Pythéas une terre des confins, une île océane appartenant à la périphérie du monde. Or une telle situation est loin d'être neutre sur le plan mythique. En effet, dans la pensée archaïque, l'Océan est une divinité primordiale qui, avec son épouse Téthys, participa à l'organisation du cosmos et continue d'y exercer une action indirecte. Il lui arrive ainsi d'accueillir sur ses rivages les divinités associées au règne de Cronos, en particulier les monstres, dont le pouvoir a été détruit par l'avènement de Zeus. Peu importe, d'ailleurs, l'endroit où les uns et les autres trouvent refuge: on rencontre, par exemple, les Hespérides tantôt en Occident, tantôt dans le voisinage des Hyperboréens septentrionaux; quant aux Pygmées, s'ils sont installés le plus souvent sur la rive méridionale d'Océan, ils peuvent aussi se retrouver dans l'extrême-Nord.

De plus, en vertu de son pouvoir cathartique et de sa vertu régénératrice, l'Océan confère aux régions qu'il baigne –à ses rives comme à ses îles, au Nord comme au Sud, à l'Est comme à l'Ouest– une fertilité exubérante, une agréable fraîcheur et un cadre enchanteur<sup>14</sup>. Cette conception d'une périphérie tout à la fois merveilleuse et monstrueuse a été transmise par le mythe à la géographie, qui l'a corrigée et adaptée aux savoirs nouveaux<sup>15</sup>. Elle s'est imposée, par exemple, à Hérodote, malgré les réticences exprimées par celui-ci à l'égard des cartes ioniennes trop naïves et trop marquées par la fable. C'est pourquoi le «père de l'histoire» pose une périphérie qui, d'une part, contient ce qu'il y a de plus beau et de plus rare aux yeux d'un Ancien<sup>16</sup>, d'autre part, ensauvage et réduit à une animalité cannibale ceux qui, tels Cambyse et ses hommes, s'y engagent imprudemment<sup>17</sup>.

Précisons encore que, dans cette périphérie envisagée globalement et dotée de caractères communs, le Nord-Ouest se voit attribuer des fonctions particulières: en sa qualité de pays du soleil couchant<sup>18</sup>, il abrite le royaume

---

105); G. Aujac, «L'île de Thule, mythe ou réalité», *Athenaeum*, 66, 1988, pp. 329-343 et «L'île de Thulé, de Pythéas à Ptolémée», *Géographie du monde au Moyen Âge et à la Renaissance*, éd. M. Pelletier, Paris, Éditions du C.T.H.S., 1989, pp. 181-190.

<sup>14</sup> Cf. p.ex. J. Rudhardt, *Le thème de l'eau primordiale dans la mythologie grecque*, Berne, Francke, 1971, pp. 83-89.

<sup>15</sup> Sur la problématique des pays des confins, voir l'ouvrage récent de J. Romm, *The Edges of the Earth in Ancient Thought. Geography, Exploration, and Fiction*, Princeton, University Press, 1992.

<sup>16</sup> Hérodote, III, 106 et 107.

<sup>17</sup> Hérodote, III, 25.

<sup>18</sup> Sur cette vision des pays du Couchant, voir notamment P. Fabre, *Les Grecs et la connaissance de l'Occident*, Lille, 1981; A. Ballabriga, *Le Soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, Paris, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1986.

des morts et le siège de l'Au-delà; il offre également un séjour aux Hyperboréens, qui, en dépit de dures conditions climatiques, auxquelles ils échappent de par leur nature de bienheureux, mènent en Septentrion une existence paradisiaque, évoquée en ces termes par Pindare:

«Nul ne saurait, ni par mer, ni sur terre, trouver la voie merveilleuse (θαυματᾶν ὁδόν) qui mène aux fêtes des Hyperboréens [...]. Chez eux, la Muse n'est point proscrite; partout tournent les chœurs de jeunes filles, qu'accompagnent les sons de la lyre et les notes bruyantes de la flûte. Les cheveux ceints du laurier d'or, ils se livrent à la joie des festins. Ni les maladies ni la vieillesse n'atteignent cette race sainte, ignorante des labeurs et des combats; ils vivent à l'abri de Némesis vengeresse»<sup>19</sup>.

On notera dès lors sans surprise l'existence de transferts entre l'île réelle de Thulé et les terres mythiques d'Hyperborée et du royaume des morts.

Une deuxième information fournie par Pythéas introduisait incontestablement dans l'île de Thulé une dimension qui semble relever de l'utopie. À en juger par le témoignage de Strabon, l'explorateur massaliote prétendait avoir rencontré en ces lieux une population frugale, vivant en autarcie grâce aux produits d'une agriculture adaptée aux pays froids:

«Il y a complète absence de fruits cultivés et rareté d'animaux domestiques, on s'y nourrit de millet, de légumes et de fruits sauvages et de racines; ceux qui ont des céréales et du miel en tirent également leur boisson. Pour ce qui est de leurs céréales, comme ils n'ont pas de période de clair soleil, les habitants portent les épis dans de grandes constructions et y font leur battage, car les aires découvertes y sont sans utilité par suite de l'insuffisance du soleil et de l'abondance des pluies»<sup>20</sup>.

Les Thuléens rejoignent ainsi, dans l'imaginaire antique, les Scythes et les Celtes en tant que spécimens de «bons sauvages», s'opposant à une civilisation méditerranéenne frelatée. Il est vrai que les mêmes caractéristiques peuvent également les faire basculer dans la sauvagerie et l'animalité, à l'instar des farouches Bretons et des Irlandais bestiaux:

«Les Irlandais sont encore plus sauvages que les Bretons. Ils sont anthropophages en même temps qu'herbivores, et les enfants se font une vertu de dévorer leur père après sa mort. Les hommes s'accouplent à la vue de tout le monde à n'importe quelle femme, même à leur mère et à leur soeur»<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> Pindare, *Py.* X, 46-47.

<sup>20</sup> Strabon, IV, 5, 5.

<sup>21</sup> Strabon, IV, 5, 4.

Quant aux renseignements véhiculés par Pythéas sur l'environnement de Thulé, ils offraient indiscutablement aux lecteurs antiques les merveilles qu'ils s'attendaient à découvrir aux extrémités d'un monde, dont Rome et la Grèce constituaient le centre et la référence. L'île se trouve, disait-il, non loin de «la mer figée» (πεπηγυῖα θάλασσα, *mare concretum*)<sup>22</sup>, dont on ignore aujourd'hui encore s'il s'agit de la banquise ou de la mer «betée» aux agglomérats pâteux et sans relief que forment les glaces en train de fondre<sup>23</sup>. Elle s'intègre dans un ensemble défini par une image obscure, le poumon marin, à savoir:

«ces régions où l'on ne trouve plus ni terre proprement dite ni air, mais une matière composée de ces divers éléments, qui ressemble fort à un poumon marin (πλεύμων) et dans laquelle, à ce qu'il dit, la terre, la mer et tous les éléments restent en suspension: c'est une espèce de gangue qui tient toutes choses ensemble et sur quoi l'on ne peut ni cheminer ni naviguer»<sup>24</sup>.

Quelle que soit la réalité sous-jacente –banquise, brouillard, aurore boréale, plages de sable baignées par une mer grise dans la brume hivernale–, la description de Pythéas ne pouvait manquer d'évoquer aux yeux d'un Grec le chaos originel, dont étaient issus notamment l'eau, la terre et l'air, et les temps primordiaux où le monde était encore indéterminé et confus.

Enfin, Pythéas avait découvert dans le grand Nord la lumière tamisée d'interminables aurores et crépuscules qui évoquait les brumes du royaume des morts et du pays mythique des Cimmériens, antichambre des Enfers:

«Là (sc. Thulé), étant donné que le soleil qui se lève va mettre longtemps à se coucher, les nuits sont particulièrement courtes; mais, alors que durant l'hiver elles sont, comme ailleurs, obscures, en été elles sont claires, car à cette période, le soleil s'élève désormais plus haut et, bien qu'invisible lui-même, illumine cependant les alentours grâce à la proximité de son éclat; et même, durant le solstice, il n'y a pas du tout de nuit, car alors le soleil désormais plus visible laisse paraître non seulement son rayonnement mais aussi la plus grande partie de lui-même»<sup>25</sup>.

## 1.2. L'influence de Pythéas

Hyperborée, ἑσχατιαί, pays des morts et de l'Au-delà, chaos primordial, société utopique, tel était le réseau de thèmes mythiques que la

<sup>22</sup> Strabon, I, 4, 2; Pline, *H.N.* IV, 30.

<sup>23</sup> Cf. R. Dion, «Géographie historique de la France», *Annuaire du Collège de France*, 1964, pp. 429-443 (p. 435).

<sup>24</sup> Strabon, II, 4, 1.

<sup>25</sup> Pomponius Mela, III, 6, 57.

description de Thulé devait immanquablement rappeler aux lecteurs de Pythéas<sup>26</sup>. Mais ils ne suffirent pas, du moins dans les textes qui sont parvenus jusqu'à nous, à entraîner l'île dans l'univers de la fable. Les traits exotiques de Thulé furent tout au plus appliqués à d'autres terres mythiques, auxquelles ils conféraient une part de réalité. C'est ainsi que la «mer figée», devenue «mer morte» ou «mer cronienne», entrava le retour des Argonautes par l'océan Septentrional, selon le poème orphique qui en raconte l'histoire, ou encore la navigation qui permettait de passer de l'antipode occidental à l'archipel d'Ogygie, nouvelle version des îles des Bienheureux conçue par Plutarque<sup>27</sup>:

«Argo tomba dans l'Océan que les mortels Hyperboréens appellent Pont Cronios et mer Morte [...]. La brise ne soulevait pas cette mer sous le souffle des vents mugissants; la mer gisait silencieuse, là où sont les dernières eaux de la Grande Ourse et de Téthys»<sup>28</sup>.  
«Ces eaux sont rendues bourbeuses par la grande quantité de vase qu'y déposent de nombreux affluents venus de la terre ferme. Il en résulte de tels atterrissements que la mer en est épaissie; elle prend une sorte de consistance, à ce point qu'on l'a crue figée (πεπηγέναι)»<sup>29</sup>.

De même, ce sont sans doute les calculs de Pythéas relatifs aux écarts entre les jours et les nuits du Septentrion qui ont poussé Plutarque à mentionner la trentaine de nuits d'une heure en été et la lumière douce d'un crépuscule perpétuel dans laquelle baigne Ogygie:

«Là ils voient le soleil se dérober moins d'une heure durant trente jours. C'est là ce qui constitue la nuit: c'est une espèce de crépuscule léger entre chien et loup, comme on dit, et qui règne après le coucher du soleil»<sup>30</sup>.

Ils expliquent également l'interprétation ironique qu'Antoine Diogène donne du phénomène dans son roman d'aventures imaginaires en signalant au-delà de Thulé l'existence d'un jour et d'une nuit d'un an!

<sup>26</sup> Sur ces thèmes liés aux îles, cf. M. Martínez Hernández, «Las islas poéticas en la literatura greco-latina antigua y medieval», *Homenaje a Luis Gil*, Madrid, Editorial Complutense, 1994, pp. 433-449 (pp. 442-449).

<sup>27</sup> Sur cet archipel eschatologique, voir M. Martínez, «Islas escatológicas en Plutarco», *Actas del II Simposio Español sobre Plutarco*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1994, pp. 81-107 (pp. 99-104).

<sup>28</sup> *Argonautiques orphiques*, vv. 1081-1082 et 1102-1104.

<sup>29</sup> Plutarque, *Moralia*, 941.

<sup>30</sup> Plutarque, *Moralia*, 941.

«Il dit avoir vu ce que les astronomes enseignent, par exemple qu'il est possible que quelques habitants vivent sous le pôle arctique, qu'il y règne une nuit d'un mois avec de plus courtes et de plus longues, une nuit de six mois et, ce qui est plus extraordinaire, une nuit d'un an; que ce n'est pas seulement la nuit qui atteint une pareille durée, mais que le jour connaît un phénomène analogue. Il prétend avoir vu d'autres étrangetés du même genre et il fait un récit extraordinaire (τερατεύεται) sur des hommes et sur certaines merveilles d'autre sorte qu'il aurait vues et que personne, dit-il, n'aurait pu voir ni entendre raconter ni même imaginer»<sup>31</sup>.

Quant aux poètes latins, ils se sont révélés particulièrement sensibles à la singularité de Thulé et à son potentiel onirique, lorsqu'ils en ont fait une métaphore qui désigne la frontière du monde connu. Mais tandis que chez un Virgile et un Juvénal, le nom suffit à dire la chose, Claudien se souvient de sa situation septentrionale, pour l'opposer aux confins du Sud, et Stace, des brumes et de l'évanescence du «poumon marin», qui assombrissent les rivages de Thulé et en estompent les contours:

«An deus immensi venias maris ac tua nautae  
numina sola colant, tibi serviat ultima Thule»<sup>32</sup>.  
«Nunc totus Graias nostrasque habet orbis Athenas,  
Gallia causicos docuit facunda Britannos.  
De conducendo loquitur iam rhetore Thyle»<sup>33</sup>.  
«... te qua libet via sequemur,  
te vel Hyperboreo damnatam sidere Thylen,  
te vel ad incensas Libyae comitabor harenas»<sup>34</sup>.  
«... Quas autem comitem te raptō per undas?  
quamquam et si gelidas irem mansurus ad Arctos  
vel super Hesperiae vada caligantia Thylen  
aut septemgemini caput impenetrabile Nili,  
hortarere vias»<sup>35</sup>.  
«Forsitan Ausonias ibis frenare cohortes  
aut Rheni populos aut nigrae litora Thylen...»<sup>36</sup>.

Je serais d'ailleurs tentée de voir dans les nombreux emplois métaphoriques de Thulé –dont quelques exemples seulement ont été

<sup>31</sup> Antoine Diogène, *Les merveilles incroyables au-delà de Thulé*, chez Photios, *Bibl.* 166, 110b-111a.

<sup>32</sup> Virgile, *Géorgiques* I, 29-30.

<sup>33</sup> Juvénal, *Satires* XV, 110-112.

<sup>34</sup> Claudien, *In Rufinum* II, 239-241.

<sup>35</sup> Stace, *Silves* III, 5, 18-22.

<sup>36</sup> Stace, *Silves* IV, 4, 61-62.

donnés<sup>37</sup> – un effet de style qui incline l'évocation exotique vers l'enchantement merveilleux. Comme le dit très justement Robert Baudry, «l'incantation créée par des mots aux consonnances nouvelles et étranges, flattant l'oreille et l'imagination par le simple jeu de leurs sonorités, aboutit à susciter une musique de la phrase [...]. Or la musique aussi rapproche du merveilleux. La musique forme un élément traditionnel du paradis terrestre [...]. Elle suscite la féerie par la vertu de son chant»<sup>38</sup>.

## 2. THULÉ DANS L'IMAGINAIRE DU MOYEN ÂGE ET DE LA RENAISSANCE

Alors que nous étions réduits, pour la période antique, à traquer à travers de maigres fragments les traits exotiques et mythiques associés à l'*ultima Thule*, nous connaissons parfaitement le bagage qui fut transmis aux érudits et aux écrivains postérieurs et qui leur permit de soumettre, à leur tour, l'île révélée par Pythéas à leur réflexion et à leurs rêves. Il nous est donc plus facile de déterminer ce qu'ils en ont tiré.

Disons d'emblée que nombreux furent les lettrés qui s'accommodèrent de l'héritage antique et reprirent, sans les critiquer, les informations véhiculées par Pline et par Pomponius Mela; ils utilisèrent leur témoignage soit directement, soit à travers les compilations de Solin, de Martianus Capella et d'Isidore de Séville, pour ne mentionner que les maillons les plus importants de la chaîne. C'est ainsi que des encyclopédistes tels que Bède le Vénérable, Giraud de Cambrie, Brunetto Latini, Vincent de Beauvais, Pierre d'Ailly, relayés par Johann Camers, Joachim Vadianus et tant d'autres encore, évoquèrent à l'envi la situation lointaine de Thulé aux confins du monde connu, ses jours interminables en été et ses nuits sans fin en hiver, auxquels ils attribuaient des durées variées et variables<sup>39</sup>. Non moins nombreux furent

<sup>37</sup> Sur l'ensemble des métaphores antiques, voir M. Mund-Dopchie, «La survie littéraire de la Thulé de Pythéas: un exemple de la permanence de schémas antiques dans la culture européenne», *L'Antiquité Classique*, 59, 1990, pp. 79-97 (pp. 81-83).

<sup>38</sup> R. Baudry, «De l'exotisme au merveilleux», *op. cit.* (n.7), pp. 335-336.

<sup>39</sup> Cf. Beda presbyter, *De natura rerum et temporum ratione libri duo* [...], Bâle, H. Petri, 1529, ff. 31r-v et 33v; Giraldus Cambrensis, *Topographia Hibernica*, II, ch. xvii, *Opera*, éd. J.F. Dimock, Londres, 1867, pp. 98-100; B. Latini, *Li livres dou tresor*, éd. P. Chabaille, Paris, 1863, pp. 168-169; Vincentius Bellocensis, *Speculum Naturale* (Duaci, 1624), reprod. photomécan., Graz, 1964, vol. I, l. XXXII, ch. xvi; Pierre d'Ailly, *Ymago mundi*, éd. E. Buron, Paris, 1930, Tome II, ch. 40, pp. 382-387; J. Camers, *In C. Iulii Solini [...] enarrationes* [...], [Vienne, J. Syngrenius, 1520], pp. 167-168; J. Vadianus, *Pomponii Melae De orbis situ libri tres emendati una cum commentariis* [...], Bâle, A. Cratander, 1522, pp. 184, 194-195.

les poètes qui empruntèrent à Virgile et à Sénèque leur jolie métaphore du bout du monde, l'enrichissant parfois de traits nouveaux, suggérés par une meilleure connaissance de l'espace septentrional. Aux textes que j'ai cités ailleurs<sup>40</sup>, je me contentai de joindre, à titre d'exemple, quelques vers du poète impérial Conrad Celtis, publiés en 1499, et la fin du *Tombeau de Joachim du Bellay* composé par Jacques de la Taille en 1573:

«Praetervolabo litora Baltica  
 Visamque stantes fluctibus Orcades  
 Ultraque Thylen qua gelato  
 Insula in Oceano reperta est,  
 Nocturna quam non Cynthia praeterit  
 Nec Sol quadrigis respicit igneis,  
 Dum circulo decliviore  
 Barbigeni premit astra Capri»<sup>41</sup>.  
 «Aussi delà la mer dont la terre est enclose,  
 Voire de l'isle Thule, on viendra pour certain  
 Voir quelque jour la tombe où Du Bellay repose»<sup>42</sup>.

En revanche, une fois qu'il s'est agi de situer Thulé sur une carte, les érudits médiévaux et les humanistes se démarquèrent de leurs prédécesseurs grecs et romains. Contrairement aux Anciens, qui n'avaient jamais vu réitérer l'exploit de Pythéas et donc améliorer leur connaissance du Septentrion, ceux-ci bénéficièrent de nouvelles sources d'information sur diverses îles nordiques. Car ils disposaient de descriptions rédigées par des savants issus de contrées voisines d'après les rapports des marchands britanniques et allemands qui sillonnaient les mers septentrionales. Ils proposèrent ainsi diverses identifications pour Thulé, installant celle-ci en Islande, dans l'île principale des Shetland, parmi les Feroë, dans l'île écossaise d'Islay, dans la Frisland révélée par les frères Zeno, voire même en Scandinavie (Telemark)<sup>43</sup>. Comme nous allons le voir à travers des textes essentiels pour l'histoire de Thulé, les renseignements nouveaux véhiculés à propos de tous ces lieux n'étaient pas nécessairement fiables et laissaient la porte ouverte à l'imagination. Dans bien des cas, ils ont renforcé l'exotisme et l'aura mythique de l'île-borne du monde, essentiellement lorsque cette dernière était identifiée à l'Islande ou à une des îles Shetland.

<sup>40</sup> Cf. M. Mund Dopchie, «La survie littéraire de Pythéas», *op. cit.* (n. 35), pp. 85-88 et «L'«ultima Thule» de Pythéas dans les textes de la Renaissance et du XVII<sup>e</sup> siècle. La réalité et le rêve», *Humanistica Lovaniensia*, 41, 1992, pp. 134-158 (pp. 154-157).

<sup>41</sup> C. Celtis, *Æconomica*, xxxi, 18-25, *Opuscula*, éd. K. Adel, Leipzig, Teubner, 1966, p. 44.

<sup>42</sup> J. de la Taille, *Alexandre* (1573), éd. C.N. Smith, Exeter, University of Exeter, 1975, p. 46.

<sup>43</sup> Sur ces différentes localisations, voir M. Mund-Dopchie, «L'«ultima Thule» de Pythéas dans les textes de la Renaissance et du XVII<sup>e</sup> siècle...», *op. cit.* (n.38), pp. 137-151. Ce problème sera repris de façon exhaustive dans l'ouvrage que je prépare sur la fortune de Thulé.

## 2.1. Thulé-Islande

Le premier auteur à mettre en évidence de façon durable et nouvelle les singularités de Thulé-Islande est Adam, chanoine et écolâtre de Brême, qui rédigea une *Histoire Ecclésiastique des Églises de Hambourg et de Brême de 788 à 1072*. Après avoir installé dans l'espace septentrional les races fabuleuses qui peuplaient habituellement l'Inde et l'Afrique –Cynocéphales, Amazones, Cyclopes, Ymantopodes–, notre érudit passe en revue les îles situées au Nord de la Grande-Bretagne: Orcades, Électrides et Thulé. Il commence par mentionner l'extrême éloignement de cette dernière, ses longs jours d'été et ses longues nuits d'hiver en reprenant les témoignages de Martianus Capella, Solin, Orose et Bède le Vénérable. Puis, sans justifier son affirmation, il identifie l'île à l'Islande, terre christianisée par les évêques de Brême, dont il évoque deux traits remarquables (*memorable*). En premier lieu, la glace qui recouvre le pays est noire et sèche; elle brûle quand on y met le feu. Il s'agit en fait de couches de lignite déposées notamment par des éruptions volcaniques, dont Adam de Brême –ou son informateur– ignore les propriétés. En second lieu, les conditions spartiates dans lesquelles vivent les Thuléens-Islandais –maigre pitance, logements de Troglodytes– font de ceux-ci un peuple digne d'un projet utopique, d'une utopie chrétienne au demeurant, qui ne doit rien au témoignage de Strabon, auquel les lettrés médiévaux n'avaient d'ailleurs pas accès. Et Adam de Brême d'évoquer la «*sancta simplicitas*» d'une population frugale, à l'abri du luxe corrompateur de la civilisation, dont le portrait flatteur connaîtra une abondante postérité. Notons que ce sont là uniquement des merveilles naturelles; il est vrai qu'Adam de Brême reconnaît avoir tu ce qui relevait de la fable (*fabulosa*):

«Insula Thyle, quae per infinitum a ceteris secreta longe in medio sita est oceano, vix, inquit, nota habetur. De qua tam a Romanis scriptoribus quam a barbaris multa referuntur digna predicari [...]. Haec itaque Thyle nunc Island appellatur, a glacie quae oceanum astringit. De qua etiam hoc memorabile ferunt, quod eadem glacies ita nigra et arida videatur propter antiquitatem, ut incensa ardeat. Est autem insula permaxima, ita ut populos infra se multos contineat, qui solo pecorum fetu vivunt eorumque vellere teguntur; nullae ibi fruges, minima lignorum copia. Propterea in subterraneis habitant speluncis, communi tecto et strato gaudentes cum pecoribus suis. Itaque in simplicitate sancta vitam peragentes, cum nihil amplius quaerant quam natura concedit, laeti possunt dicere cum apostolo, «habentes victum et vestitum, his contenti simus». Nam et montes habent pro oppidis et fontes pro deliciis. Beata, inquam, gens, cuius paupertati nemo invidet, et in hoc beatissima, quod nunc omnes induerunt christianitatem. Multa insignia in moribus eorum, precipua karitas, ex qua procedit, ut inter illos omnia communia sint, tam advenis quam indigenis»<sup>44</sup>.

<sup>44</sup> Adam de Brême, *Gesta Hammaburgensis ecclesiae pontificum*, 36, *Fontes Saeculorum noni et undecimi Historiam Ecclesiae Hammaburgensis necnon Imperii illustrantes*, ed. W. Trillmich & R. Buchner, Berlin, Rütten & Loening, 1961.



Moins influente à terme que le texte d'Adam de Brême, la description consacrée par Antoine de la Sale aux espaces nordiques – parmi lesquels figure l'insaisissable Chilte-Estand, variante orthographique de Thule/Thyle – remplit ceux-ci de singularités naturelles et surnaturelles. L'encyclopédie *La Salade*, qui fut composée vers 1440 pour l'instruction du fils du roi René d'Anjou et qui connut un succès immédiat, attribue, en effet, à l'île «la plus grant du monde» des avantages ignorés des Anciens: une population saine au physique comme au moral, un bétail nombreux, une zone de pêche quasi miraculeuse, des eaux qui changent le bois en fer ou qui guérissent diverses maladies, des richesses minérales, des animaux fort recherchés. Sans doute s'agit-il là de réalités fort concrètes et, en ce qui concerne la plupart d'entre elles, aisément vérifiables; mais elles sont évoquées dans la langue habituelle des récits merveilleux, où prolifèrent superlatifs, vocabulaire d'abondance et exclamations admiratives. La surnature se superpose ici à la nature, puisqu'à côté de baleines bien réelles apparaissent les poissons hybrides, en particulier les femmes-poissons ou sirènes nordiques. Cette intrusion du folklore universel des marins dans le monde de Thulé-Islande ne fut pas unique: on la retrouve notamment dans de nombreuses cartes de l'île, qui peuplent ses eaux de poissons monstrueux, nouvel avatar des êtres hybrides rencontrés dans les ἑσχατιαί:

«Celles marches sont appellees maintenant Estand, et, anciennement, par les poetes furent appellees Chilte. Et cy est la plus grant isle du monde, en laquelle les hommes sont tressubtilz et industrieux, fors et robustes de membres et moult prestz aux armes et a religion enclins. Et si y trouve l'en moult grande et coppieuse multitude de bestial, les champs herbus et pasturaiges moult fertibles. Touteffoys il n'y croist fourmens ne aultres bledz convenables a l'usage humain. Ilz peschent infinit nombre de poyssons, lesquelz ilz seichent au soleil; et de ce ilz menguent et font leur pain. Ilz ne congnoissent ne vin, ne sydre; eaue et lait sont leurs beuvraiges; tous fruitaiges leurs sont incongneuz. La sont montaignes si treshault eslevees que elles attendent presque a la moyenne region de l'air. Et d'icelles descendent fleuves qui sont de telles vertus que toutes les branches et tout le boys qui est atteint de celles eaues, la partie ou elles touchent se convertist en fer, et l'autre demeure en sa propre nature. Aux caves de celles montaignes naist le cristail des eaues, qui par treslong et ancien temps y demeurent gellees et congellees. La sont plusieurs manieres de souffre, desquelles saillent sources d'eaues chaudes, moult convenables a plusieurs et diverses maladies; et si y a minieres d'argent, de cuyvre et de plomb; et en certaines parfondes fosses sont trouvees oystres a haultes crestes et queues en maniere de cocqz, qui en la chambre de leurs ventres sont encloses perles grosses et cleres; mais peu s'en trouve de bien rondes. Aux coupeaulx des montaignes apparoissent grans rochiers on ne croist herbe quelconque; et la habitent falcons blancs comme signes et assez plus aspres que les nostres. La ne trouve l'en quelque beste saulvaige, excepté ours blans grans comme beufz, et renars aussi blans sans taches nulles, que a la foys s'en vont par sur les glaces jusques en Ylland. On y voit poissons monstrueux qui sont tresmerveilleux; car en la partie devant ilz ont figures de chevaux, les aultres de beufz, les aultres de cerfz,

les aultres de chevres, les aultres de chiens, et les aultres semblances de hommes et de femmes de la ceinture en sus, et de la cienteure en jus ont escailles de poissons. La sont ballaynes de cent coultees de long, et ont quatre grans dens dessus et quatre dessoubz, qui sont longues deux coultees et grosses a l'avenant»<sup>45</sup>.

Contrairement à la description de *La Salade*, le texte que le théologien et mathématicien bavarois Jacob Ziegler consacra en 1532 à Thulé-Islande fut abondamment cité dans des ouvrages postérieurs. En contact avec les frères Magnus, Jacob Ziegler disposait par ce canal d'informations de première main sur les pays septentrionaux; ce qui ne l'empêcha pas de joindre dans sa rubrique des merveilles surnaturelles aux singularités naturelles. Nous nous trouvons une fois encore devant des thèmes qui ne doivent rien à l'Antiquité: c'est le folklore islandais qui fournit les éléments essentiels de la fable. C'est d'ailleurs l'Islande –et non la Thulé antique à laquelle elle est identifiée– qui intéresse notre érudit. Selon Ziegler, en effet, l'île possède des pâturages tellement riches –nous sommes ici dans l'ordre naturel– qu'il faut empêcher le bétail de bâfrer. En revanche, les éruptions puissantes et bruyantes du volcan Hecla font de lui un lieu infernal, habité par les âmes souillées et les spectres de ceux qui sont morts de mort violente; ces derniers se mêlent aux vivants et s'évanouissent lorsqu'on veut les toucher. Au pays des morts situé par les Anciens en Occident s'est donc substitué un autre pays des morts produit par la mythologie nordique. Si la référence à Thulé n'est plus qu'un élément destiné à garantir l'ancienneté et le lustre de l'Islande, nous observons néanmoins qu'un même lieu déclenche des mécanismes identiques de production de merveilles à des siècles de distance:

«Islandia, id est glacialis terra. Haec est Tyle nulli veterum non celebrata [...]. Ipsa multa sui parte est montosa et inculta. Qua autem parte est plana, prestat plurimum pabulo tam laeto ut pecus depellatur a pascuis ne ab arvina suffocetur. Praeterea insula est predicanda insolitis miraculis. Rupes sive promontorium est quod aestuat perpetuis ignibus instar Aethnae. Is locus est carcer sordidarum animarum. Glacies etiam certa appellitur littori magnis mollibus, cuius si crusta adservetur quamvis magna diligentia, tamen disparet statim atque reliqua eius generis glacies recedit a promontorio in altum. Comperiuntur illic spiritus se exhibentes manifestos humanis ministeriis. Submersorum sive alio violento casu erectorum spectra se offerunt congressibus notorum hominum tam manifesta ut tanquam viventes accipiantur ab ignaris mortis illorum data dextra, nec deprehenditur error priusquam spectrum disparet. Incolae plurimum praesagiunt fata principum»<sup>46</sup>.

<sup>45</sup> Antoine de la Sale, *Oeuvres complètes*. Tome I: *La Salade*, éd. F. Desonay, Liège, Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège, 1935, pp. 133-134.

<sup>46</sup> J. Zieglerus, *Quae continentur. Syria [...]. Paestrina [...]. Arabia [...]. Aegyptus [...]. Schondia [...]. Holmiae [...]*, Strasbourg, P. Opilio, 1532, f. xciii r-v.

Avec l'humaniste hambourgeois Albert Crantzius (1546) et le célèbre cosmographe Sébastien Münster (1550), nous entrons dans une ère de compilation répétitive et sans grande originalité, que rejoignent par la suite de nombreux géographes et auteurs d'atlas<sup>47</sup>. L'un et l'autre reprennent, en effet, les singularités évoquées par leurs prédécesseurs, dont ils amplifient quelques détails, et considèrent que l'identification entre l'Islande et Thulé va de soi. Crantzius reproduit ainsi les données antiques sur la durée des jours solsticiaux et l'éloge de la «*sancta simplicitas*» proféré par Adam de Brême; il précise toutefois que cette dernière a été détruite par l'arrivée des marchands et apporte sur la vie communautaire des Thuléens-Islandais une précision qui en diminue la valeur:

«*Multa insignia in moribus eorum. Omnia enim fere inter eos communia sunt, praeter uxores. Catulos suos atque pueros aequo habent in praecio, nisi quod a pauperioribus facilius impetres filium quam catulum*»<sup>48</sup>.

De même, Sébastien Münster se contente de poser, sans arguments et toujours dans le même sens, l'adéquation Islande-Thulé et reprend à Adam de Brême, à Ziegler et à Crantzius leurs descriptions des richissimes pâturages de l'île et de l'Hécla hanté, en y intégrant les corrections survenues entre-temps. Toutefois, il rend plus pathétiques le spectacle de l'Hécla en éruption et la rencontre avec les spectres et il ajoute aux merveilles évoquées par ses sources les poissons monstrueux qui vivent au large de l'île:

«*Mons ipse (i.e. Hecla) cum furit, ut horribilia tonitrua insonat, projicit ingentia saxa, sulfur evomit, cineribus egestis terram tam longe circumcirca operit, ut ad vicesimum lapidem coli non possit. Qui naturam tanti incendii contemplari cupiunt, et ob id ad montem propius accedunt, eos una aliqua vorago vivos absorbet. Nam et multae sunt et cineribus ita tectae, ut ab ipsis sibi satis cavere nemo possit, atque etiam prope exit ignis, qui consumit aquam, stuppam autem non comburit. Is locus a quibusdam putatur esse carcer sordidarum animarum. Glacies enim discreta et in plurimas fracta particulas, octo mensibus circumfluitat insulam, et magnis molibus littori illisa, sua attritione ad petras horrendum aedit sonum, referentem miserabilem humanae vocis gemitum et eiulatum, quod fidem facit apud insipientiores, hominum animas ibi in frigore tormentari [...]. Comperiuntur illic spiritus se exhibentes manifestos humanis ministeriis, praesertim autem submersorum sive alio violento casu enectorum spectra sese offerunt congressibus notorum hominum tam manifeste, ut tanquam viventes accipiantur ab ignaris mortis illorum*

<sup>47</sup> Je songe, par exemple, aux textes consacrés à Thulé et à l'Islande par Jan Goropius Becanus, Porcacchi, Ortelius, Mercator et Hondius, Botero, Bertius et les frères Blaeu. Je m'en expliquerai dans le livre que je prépare.

<sup>48</sup> A. Crantzius, *Chronica Regnorum Aquilonarium Daniae, Suetiae, Norvagiae*, Strasbourg, J. Schottus, 1546, pp. 590-591.

data dextra, nec deprehenditur error priusquam spectrum disparet.  
Requisita a notis et amicis ut domum redeant, dicunt magno gemitu,  
se petere montem Heclam, illicoque evanescent»<sup>49</sup>.

Je termine cette analyse de Thulé-Islande avec la notice qui lui est consacrée en 1575 par André Thevet, le cosmographe des derniers Valois, un authentique voyageur cette fois. On y trouve une approche fort différente des singularités de l'île et des sources qui en parlent. En premier lieu, le cordelier angevois remonte directement aux témoignages grecs et latins et il les complète par des informations récentes: c'est en partant des textes antiques qu'il est amené à s'intéresser à la durée des jours et des nuits, pour laquelle il fournit d'autres chiffres; c'est en faisant cohabiter les données anciennes et modernes qu'il évoque le voisinage de la «mer glacée», la pêche et l'agriculture d'un pays froid. En second lieu, Thevet nie la présence dans Thulé-Islande d'un merveilleux surnaturel: ce qui semble transgresser la nature, n'est en fait, selon lui, qu'affabulation d'esprits ignorants ou croyances de gens simples, vivant dans des coins reculés; nous sommes loin de la «*sancta simplicitas*» vantée par Adam de Brême et du «bon sauvage» des contrées nordiques, qui plaisait tant aux contempteurs antiques de la civilisation:

«Au reste, du temps que la mer y est glaccée, et que quelque fois la glace se rompt, cela fait un pareil bruit, comme si c'estoit quelque voix humaine, qui est cause que le pauvre peuple simple et grossier en ce païs là, croit et estime que ce sont les ames des trespassez, lesquelles sont là tourmentees et y passent le temps de leur penitence, tant l'opinion du Purgatoire est engravee en l'esprit de ceste nation. Et ont mesme opinion ces pauvres Sauvages plus que barbares, qui sont entre les deux Tropiques [...]. Le peuple ne s'addonne à chose du monde qu'à la pescherie, et la nourriture de leur bestial, gens idiots et bestiaux, bien qu'ils soient Chrestiens [...]. Et est chose merveilleuse, que en païs si froid, et où la neige y est tant ordinaire sur le coupeau du mont (sc. Hecla), vous voyez toutefois au pied d'iceluy les grandes fontaines sulfurees, qui sortent des profonds abysmes de ces monts. Dans lesquels il y a de si grandes crevasses, toutes tortues et faictes comme un Labyrinthe, où on oyt un si merveilleux bruit, qu'on diroit estre un tonnerre. Et les habitans pensent que ce soient des bouches d'Enfer, et que ce son diversifié, soient les ames de ceux qui sont tourmentez en Enfer. Mais à dire la verité, ce sont les eauës marines qui sont engorgees dans les crevasses et les vents encloz qui font telle tempeste [...]. Voila ce qui est avoisiné de nostre Isle *Thile* ou *Istland*, si peu des Anciens congneue et par moy Thevet plus que manifestee. Ce qu'aucuns ont trouvé d'admirable en elle, c'est que en d'aucuns endroits ils voyent des esprits aussi visiblement qu'on voit un homme avec lequel on frequente ordinairement; mais ce sont illusions diaboliques. Et avec ce, c'est chose assez familiere, que les esprits malins font plus d'illusions és

<sup>49</sup> S. Münsterus, *Cosmographiae universalis libri VI* [...], Bâle, H. Petri, 1550, pp. 848-849.

païs esgarez, sauvages, maritimes, montaigneux, boscageux et solitaires, que en ceux où les hommes fréquentent fort ordinairement»<sup>50</sup>.

## 2.2. Thulé-Shetland

Si nous nous penchons à présent sur les textes, moins nombreux au demeurant, qui proposent l'identification Thulé-Shetland –ou plutôt Shetland-Thulé–, nous n'y observons guère de différence par rapport à Thulé-Islande: les habitants de l'archipel vivent également dans des conditions frugales, qui leur ménagent une longue vie, une excellente santé et leur valent tantôt l'image positive de la «*sancta simplicitas*», tantôt l'image négative d'une sauvagerie primitive, proche de l'animalité. Paul Jove (1548), qui s'est vu proposer les Shetland en bénéfice ne pouvait assurément que faire valoir les qualités de son bien, dont l'identité avec l'île de Pythéas lui semble aller de soi:

«Thule Insula, sive Thyle, nunc Schetlandiae [...]. Earum incolae seminudi, atque inopes, ovis avium et solis prope piscibus sese alunt; iustitia et pace gaudent, et quum divitiarum atque luxuriae nomina nunquam audierint in summaque egestate et in perpetuis brumae tenebris vivunt, fere omnes incredibili naturae felicitate ad summam senectutem perveniunt. Deum adorant, et sacrorum causa quotannis circa solstitium sacerdos ad eos e Pomonia trajicit, natosque eo anno infantes Baptismatis fonte perfundit, sacra solennia celebrat, indeque speluncis atque tuguriis eorum sancta aspergine collustratis acceptisque ex durato pisce decunnis, abunde ditatus ad Orchadas...»<sup>51</sup>.

Quant au géographe Pierre Davity (1643), s'il reflète deux visions contradictoires de l'archipel, c'est parce qu'il tente, à l'instar de Thevet, de concilier les données antiques et les données modernes: la situation contemporaine, attrayante, procède du folklore celtique, plus proche; la situation d'autrefois, plus discutable, est dépeinte grâce aux témoignages de Strabon et de Solin sur l'*ultima Thule*, dont le rapport avec les Shetland se fonde sur des indices toponymiques. L'approche chronologique des textes en résout les contradictions:

«Les Isles Hetlandiques ou Shetlandiques [...] n'ont guiere de bled, sinon de celui qui leur est porté d'ailleurs; si bien que toute leur richesse consiste en poissons sechez au soleil, huyle de baleines, et autres poissons, et peaux de diverses bestes [...]. Toutefois ils vivent heureusement, [...] sans aucune maladie, jusqu'à une extreme

<sup>50</sup> A. Thevet, *La cosmographie universelle [...]*. Tome second, Paris, Guillaume Chaudiere, 1575, ff.674r-v.

<sup>51</sup> P. Iovius, *Regionum et Insularum atque Locorum Descriptiones, videlicet Britanniae, Scotiae, Hyberniae, Orchadum [...]* (1548), *Opera omnia*, Bâle, P. Perna, 1578, pp. 36 et 34.

vieillesse, qui est pour le moins de cent ans, veu qu'il y en a plusieurs entr'eux, qui sont du tout vigoureux et robustes, et passent de beaucoup cette âge. Ils sont grands, beaux et forts [...]. Ils ne sçavent que c'est de s'enyvrer, mais se convient seulement tous les mois et passent ces jours-là simplement et joyeusement sans broüillerie, s'assemblans ainsi pour s'entretenir en amitié. C'est aussi cette tranquillité d'esprit qui les fait vivre longuement sans incommodité; et qui causa qu'un d'entr'eux appelé Laurens, s'estant marié au delà de cent ans, alloit pescher dans sa barquette au milieu de la mer orageuse, en l'âge de 140 ans; puis mourut d'extrême vieillesse, et du seul défaut de nature, sans aucun mal qui le violentast ou fit plaindre [...]. Les anciens habitans de cette Isle vivoient de millet, d'herbes, de fruits et de racines; et faisoient leur boisson avec du miel ou du bled, aux lieux où ils en avoient. Au commencement du Printemps, ils vivoient d'herbe parmi leur bestial; puis de lait; et gardoient leurs fruits pour l'hyver. Leurs femmes estoient communes, et nul n'en avoit aucune particuliere ou certaine»<sup>52</sup>.

### 3. CONCLUSION

Deux catégories de merveilles d'origine différente nous ont été révélées au cours de cette enquête par les textes que nous avons analysés. La Thulé antique, dans un premier temps, a été dotée de singularités, qui relèvent toutes de l'ordre naturel; elles tiennent à l'environnement de l'île, particulièrement étrange aux yeux d'un Grec et d'un Romain, et à un mode de vie radicalement différent de celui des peuples méditerranéens. Si elles apparaissent exclusivement naturelles, les merveilles de la Thulé de Pythéas ne sous-tendent pas moins de puissants archétypes mythiques: car elles ne peuvent qu'évoquer dans l'inconscient collectif des Anciens le riche symbolisme des *ἔσχατιαί* ambivalentes, des pays des morts, du chaos primordial et des sociétés austères de l'utopie. L'existence de ces archétypes sous-jacents explique dès lors pourquoi d'anciens mythes liés à l'extrême-Nord ont emprunté certains traits exotiques aux descriptions de Thulé rapportées par Pythéas.

Si ces merveilles de la Thulé antique continuent ultérieurement à intéresser une tradition érudite, qui les reproduit sans jamais les confronter à des pays concrets, d'autres textes, au contraire, manifestent, à partir du Moyen Âge et de la Renaissance, le souci d'ancrer l'île de Pythéas dans une réalité nordique, sur laquelle des voyageurs ont apporté quelques informations. Ils introduisent dès lors des nouvelles merveilles thuléennes, issues du folklore islandais ou celtique. Celles-ci, comme les premières, appartiennent à l'ordre naturel et sont fournies de la même façon par l'environnement particulier de

---

<sup>52</sup> P. Davity, *Description Générale de l'Europe. Quatriesme Partie du monde avec tous ses empires, royaumes, estats, et républiques*, Paris, C. Sonnus et D. Bechet, 1643, Tome 1, pp. 375-376.

l'Islande et des Shetland et par la vie frugale de leurs habitants. Toutefois, contrairement aux merveilles de la Thulé antique, les nouvelles merveilles introduisent peu à peu –et de façon explicite cette fois– la surnature au sein de la nature: des baleines bien réelles et diverses, que connaissent les pêcheurs, on passe très vite à un bestiaire fabuleux, où les monstres marins prolifèrent, tandis que l'Hécla tonitruant et ses éruptions fracassantes évoquent irrésistiblement l'enfer des chrétiens ainsi que l'ancre des sorcières et des puissances du mal.

Quel que soit donc le lieu où se situe Thulé –un espace théorique pour les Anciens, des îles plus ou moins connues pour les lettrés postérieurs–, nous observons que des mécanismes identiques fabriquent des merveilles naturelles et débouchent sur les mêmes archétypes mythiques. Si les écrivains que nous avons rencontrés n'en sont nullement conscients<sup>53</sup>, nous-mêmes, en vertu de notre statut d'observateurs étrangers et distants, sommes en mesure de discerner le sens de cette démarche. Le caractère insulaire reconnu à Thulé par les textes étudiés fonde en partie son exotisme: l'île, atteinte au terme d'un long –et souvent périlleux– voyage, se présente spontanément comme un Autre Monde, où se manifestent les puissances surnaturelles. Sa situation aux confins septentrionaux de la terre habitée, à l'opposé d'un centre qui abrite la normalité, prédestine également Thulé, plus que d'autres îles, à conserver ce qui est hors norme, dans un sens positif comme dans un sens négatif: ainsi, les Thuléens deviennent tour à tour le peuple idéal, dont rêvent les utopistes païens et chrétiens, et la population primitive et superstitieuse, dont Thevet parle avec condescendance. Enfin, par un hasard heureux, certains aspects de l'environnement de l'île révélés par Pythéas et par les découvreurs de l'Islande et des Shetland offrent spontanément un ancrage réel à des mythes universels: la lumière tamisée, pour les anciens, et le feu, pour les chrétiens, caractérisent les espaces infernaux.

En revanche, on observe avec surprise, à propos de Thulé, l'absence d'un élément propre aux espaces nordiques et cependant riche en symboles: aucun des textes que nous avons analysés n'évoque les surfaces enneigées, la blancheur immaculée et ouatée des paysages septentrionaux, la froidure de leurs hivers. Si nous ignorons aujourd'hui jusqu'à quel point Pythéas s'est rapproché du pôle et en quels termes il a rendu compte de ses explorations, nous sommes obligés de constater que les écrivains postérieurs ont transformé la vision des voyageurs dont ils utilisaient les écrits en un univers abstrait où l'expérience est conceptualisée et où le particulier est intégré dans un schéma général, déterminé a priori. Les sens ont peu de place dans les descriptions de Thulé-Islande et de Thulé-Shetland que nous avons étudiées.

---

<sup>53</sup> Il faudra attendre le XVIII<sup>e</sup> siècle pour qu'une telle conscience apparaisse.

Ce sont en définitive les poètes qui ont été les plus sensibles au charme dégagé par un toponyme et par une île dotée d'une remarquable densité symbolique: à toutes les époques, ils ont joué avec les sonorités mélodieuses de l'*ultima Thule* de Virgile et de Sénèque, tandis que des musiciens, séduits eux aussi par l'harmonie du nom et l'aura du lieu, leur ont emboîté le pas. Avec le madrigal de Thomas Weelkes, *Thule. The Period of Cosmography*, composé en 1600, avec la «balade du roi de Thulé» de Goethe, qui inspira de superbes chants à Schubert, à Gounod et à Berlioz, la musique, prêtant son concours à la poésie, a transformé, mieux que les descriptions livresques de voyageurs en chambre, l'*ultima Thule* en une île de rêve, où règne le mystère et où on pressent l'infini.



Enrique BERNÁRDEZ

## «ISLAS» EN UNA ISLA: LA ISLANDIA MEDIEVAL<sup>1</sup>

### INTRODUCCIÓN

Estas páginas son una versión ampliada y bastante modificada de mi conferencia «Insularidad y Continentalidad en la Cultura Islandesa Medieval» en el Seminario «Los Universos Insulares», del CEMyR de 1995. Mi intención en aquella fue mostrar cómo las «islas» no tienen especial importancia para la Islandia medieval, a diferencia de lo que encontramos en otras tradiciones europeas. Partiendo de allí, el trabajo se centraba en la cuestión de si la literatura islandesa del Medievo era una «literatura insular».

Los cambios introducidos en esta nueva versión pretenden aproximar más el estudio a los intereses generales que quedaron patentes en las interesantísimas jornadas del Seminario, que se centraban en las cuestiones, digamos, «geográfico-míticas» y de exploración. He optado por mostrar con más detalle la falta de interés de los islandeses por el fenómeno insular y la ausencia en su literatura de esas islas maravillosas y extrañas a las que estamos tan acostumbrados, así como proporcionar una explicación de este fenómeno que, para su época, puede resultar curioso. Esa explicación es, simplemente, que los islandeses, y los demás escandinavos, no podían describir hipotéticas islas maravillosas porque, a diferencia del resto de los europeos, viajaban con frecuencia y «sabían de lo que hablaban» (y, además, «hablaban de lo que sabían»).

De este modo no ha quedado espacio para el aspecto más general de la insularidad o continentalidad de la cultura islandesa, con excepción de algunas observaciones que irán apareciendo a lo largo de estas páginas.

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido facilitado en parte por una estancia en la Universidad de California, Berkeley, gracias a una beca Complutense del Amo.

## ISLANDIA Y THULE

Islandia es, obviamente, una isla. En el puro sentido geográfico de tierra totalmente rodeada de agua. Es además una isla que ha padecido durante mucho tiempo un aislamiento casi total y que aún hoy día tiene problemas de comunicación. Fue, además, una isla desconocida, mítico-legendaria, y estaba deshabitada cuando los primeros escandinavos («peninsulares») la encontraron y comenzaron a ocuparla.

Para los islandeses, estaba claro que su isla era la antigua *Thule* (o *Thyle*), y así lo indica por primera vez el clérigo, sabio y escritor Ari Þorgilsson, llamado *inn fróði* («el sabio») (1067-1148), el primer escritor islandés conocido de época cristiana. En su *Íslendingabók* o «Libro de los islandeses»<sup>2</sup>, también llamado *Libellus Islandorum* aunque se redactó en islandés, Ari apela a la autoridad de Beda el Venerable, que en su *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* menciona algunos rasgos de Thule que invitan a la identificación con Islandia. Sin embargo, curiosamente quizá, el mito de Thule no desempeña papel alguno en la visión que de su propia isla tenían los islandeses.

A fin de cuentas, para ellos se trataba de una tierra antes desconocida y deshabitada, que sólo empezó a tener sentido cuando ellos se instalaron allí. Y para los islandeses Islandia era un terreno conocido que no daba excesivo pie a la fantasía, a pesar de los peligros y dificultades que conllevaba la vida en una isla alejada, de clima durísimo en muchas de sus comarcas, con un enorme interior inhabitable y prácticamente imposible de atravesar, catástrofes naturales demasiado frecuentes, tierras que cambian de aspecto y extensión al producirse terremotos y erupciones volcánicas, incluso que aparecen y desaparecen, extrañas luces celestiales y tantas otras cosas que a los europeos más meridionales les resultaban asombrosas. Algo de ello se recoge en el *Konungs skuggsiá*, al que tendré oportunidad de referirme nuevamente más abajo; pero está claro que el problema para el autor de este libro noruego, como para los islandeses mismos, era la imposibilidad de explicarse fenómenos como los géiseres o las erupciones volcánicas de fisura; las explicaciones, como las que se dan para los terremotos, se remontan a Isidoro de Sevilla.

Ciertamente que en la tradición popular las cosas son algo diferentes, y en los cuentos encontramos una y otra vez el tema de hombres y mujeres perdidos en la montaña, de peligros entre los hielos y otras muchas cosas que dejan ver claramente que las cosas no son tan sencillas como de la lectura de las sagas se pueda suponer. Pero sigue siendo cierto que en la literatura medieval, Islandia no es lugar de maravillas para los propios islandeses, e incluso sus mares están rodeados de una fauna muy realista y «de todos los días».

---

<sup>2</sup> No existe traducción castellana, como tampoco del *Landnámabók*. De esta última obra sí hay una versión francesa, de R. Boyer, *Le livre de la colonisation de l'Islande*. París, Mouton, 1973.

Antes de los nórdicos sólo habitaban la isla algunos eremitas irlandeses asentados en islotes al sur y el sureste de la isla. Topónimos como *Papey*, «isla de los monjes (irlandeses)», y *Vestmannaey* («isla de la gente del oeste= irlandeses») aún los recuerdan. Alguna fuente menciona que se marcharon al llegar los escandinavos y alterar su soledad, y que dejaron atrás algunos libros y otros objetos que no se han conservado.

Como fecha del comienzo de la colonización de Islandia suele darse el año 874. El asentamiento empezó enseguida y fue tan rápido que en el 930 se creó el *Allþing*, parlamento y tribunal supremo para toda la isla, pues la población era demasiado grande y las rencillas demasiado generalizadas y serias para que los *þing* locales pudieran realizar adecuadamente sus funciones legislativas y judiciales.

También el *Landnámabók* o «Libro de la Colonización» identificaba directamente a Islandia con *Tíle*. La fuente debe ser la misma, incluso también la obra ya mencionada de Ari Þorgilsson. El *Landnámabók* plantea dificultades considerables, debidas sobre todo al prolongado proceso de su formación y a la multiplicidad de fuentes. De todos modos, nos proporciona una información riquísima y fiable sobre todo el proceso de colonización, incluidos los nombres y lugares de asentamiento de las primeras generaciones de islandeses.

También nos menciona la temprana confirmación de la insularidad de Islandia: los primeros exploradores llegados tras el descubrimiento (en 863) navegan contorneando la costa hasta comprobar que se trata de una isla. De manera que, como no podía ser de otro modo, los islandeses eran conscientes desde el principio de su carácter insular. El nombre, sin embargo, que no refleja ese hecho, tradicionalmente se atribuye a quienes vieron por primera vez una «tierra de hielos», seguramente el glaciar Vatnajökull, sin poder distinguir si era o no isla.

## LAS ISLAS EN LA ANTIGUA CULTURA ESCANDINAVA

Estas páginas tratan sobre todo de Islandia, y no de Escandinavia en general. Es preciso, sin embargo, fijarse brevemente en algunos aspectos que, si bien cronológicamente (muy) anteriores a la ocupación de la isla, pervivieron en ella.

### ORÍGENES DE LAS ISLAS

La mitología escandinava<sup>3</sup> nos ofrece algunos ejemplos significativos del significado cultural de las islas, *eyjar* en antiguo islandés (singular *ey*).

<sup>3</sup> A este respecto pueden consultarse mis *Textos mitológicos de las Eddas*. Estudios muy recomendables son Boyer 1992 y 1994, así como el clásico de Vries 1956-57.

Así, la isla danesa de Selandia fue separada de Suecia por el arado que arrastraban los bueyes de Gefjun, quien debía delimitar de esa forma tradicional la tierra que le había de pertenecer, por invitación del rey Gylfi<sup>4</sup>. Los bueyes eran en realidad los hijos de Gefjun, transformados para la ocasión, y el mito sirve para explicar muchas cosas: la existencia del lago sueco de Mälaren, que es precisamente lo que quedó cuando Gefjun se llevó mar adentro la isla recién fabricada; la existencia de la isla de Selandia, entre Suecia y Dinamarca; y los orígenes del reino mismo de Dinamarca. De modo que la insularidad de Selandia (que significa simplemente «tierra del mar», sin alusión a su carácter de isla) en el mito es secundaria y se inscribe en un marco mucho más amplio, de separación de tierra y mar (y otras muchas cosas).

Numerosos islotes, de los que abundan en las aguas costeras de Islandia y Noruega, por ejemplo, son frecuentemente en su origen gigantes sorprendidos por la luz del amanecer y transformados en piedra. Igual sucedía en tierra, y las grandes rocas perdidas en medio de un páramo son también gigantes petrificados. Y es que la imagen resulta semejante: algo aislado en un entorno diferente que aparentemente no le corresponde, sea una roca en medio de la hierba, sea en mitad del mar. Las leyendas y cuentos populares contienen aún hoy día numerosos ejemplos de ello aunque, ciertamente, son más frecuentes y más significativos los *trols* transformados en roca en los brezales islandeses que los petrificados en el mar, como islas siempre inútiles, inhabitables, totalmente áridas. La insularidad en cuanto tal, en consecuencia, tampoco resulta especialmente significativa.

## COSMOLOGÍA: EL MUNDO COMO ISLA (*MIDGARÐR*)

El mundo de los seres humanos está claramente caracterizado como una isla en la cosmología nórdica. Una región de tierra rodeada de un mar bastante proceloso y situada en medio de todo: entre el mundo de los dioses y el de los muertos; en medio de un mar que, a su vez, está rodeado por las montañas donde habitan diversos tipos de seres más bien demoníacos. Los hombres están aislados en su *Tierra del Medio*, o *Miðgarðr* y sus accesos a los otros mundos son prácticamente imposibles: el arco iris, *Bifröst*, que lo enlaza con el mundo de los dioses, el *Ásaheimr*, está bien protegido por el dios *Heimdallr* y es suficientemente inalcanzable; el mar, habitado por una serpiente monstruosa que rodea todo *Miðgarðr* (la llamada *Miðgarðsormr*) veda el paso hacia las tierras de *trols* y gigantes; y al subterráneo *Niflheim*, el tenebroso mundo de los muertos, tampoco pueden llegar los humanos

---

<sup>4</sup> Véanse los *Textos Mitológicos de las Eddas*.

sino por otro puente aún más misterioso y ominoso, el *Gjallarbrú*. Tampoco los dioses se libran de la dificultad de acceso a los demás mundos, aunque en su caso siempre son salvables. La idea de la isla como entorno aislado queda patente en esta visión del cosmos. Ciertos elementos de la religión escandinava que apuntan a ritos chamánicos<sup>5</sup>, quizá por influencia de fineses y lapones, indican sin embargo que es posible romper el aislamiento y acercarse provisionalmente (y con bastante peligro) a los mundos que rodean *Miðgarðr*.

Con todo, aunque la tierra sea una isla y haya que superar la «insularidad» para acceder a los otros mundos, el elemento mitológico fundamental no es la isla en sí, que resulta un mero accesorio, sino el agua (así Boyer, 1995, que retoma ideas del erudito islandés Einar Ólafur Sveinsson). De manera que estaríamos en un ámbito indudablemente próximo al de islas y la insularidad, pero no idéntico.

### *Hólmganga*

Algunos otros elementos característicos de la cultura islandesa reflejada en las sagas tienen antecedentes en la cultura religiosa escandinava aun sin formar parte integral de ella. Uno en especial ocupa un papel significativo: el duelo institucionalizado.

Un elemento presente en las sagas islandesas es el islote, el *hólm*, siempre asociado con el duelo ritualizado, la *hólmganga*. Tras un reto formal, siempre por causas de extrema gravedad, los combatientes se encontraban en algún islote diminuto junto a la costa o en medio de un río o un fiordo y combatían en una forma claramente establecida: se especificaba el número de escudos que podrían utilizarse, así como quién debía asestar el primer golpe; podía designarse también una persona que mantuviera el escudo por cada uno de los contendientes, de modo que éstos sólo tenían que golpear con su espada al contrario. Los golpes se daban sobre el escudo, con la intención de romperlo y alcanzar al contrincante a través de la madera. Cuando un escudo quedaba inservible se utilizaba otro, hasta que el combate tenía que proseguir sin protección alguna. Si no había islote utilizable, el combate podía hacerse en tierra y entonces se delimitaba una zona equivalente a un *hólm*. El nombre seguía siendo el mismo.

Seguramente, la idea del aislamiento de los contendientes, el convertir el duelo en un asunto que quedaba aparte de la vida cotidiana, de la sociedad, de las familias, era la razón de ser básica de la elección de una «isla» o su sustituto en tierra. De este modo, la muerte de uno de los luchadores exoneraba a su familia de la obligación de venganza<sup>6</sup>. La idea del aislamiento, de la separación que representa la isla, es evidente en la *hólmganga*.

<sup>5</sup> Véase Buchholz 1968, además de la bibliografía ya mencionada.

<sup>6</sup> En principio sólo, porque la realidad era más tozuda (por no hablar de los parientes).

Sin embargo, el aislamiento asociado con la isla puede ser también más prosaico, y así lo es con frecuencia: quien quiere escapar de la persecución busca refugio en una isla, y de ello hay muchos ejemplos en las sagas. Pero el motivo es simplemente la dificultad de acceso para los perseguidores, y en las sagas no encontramos especiales asociaciones en estos episodios.

## ISLAS Y TIERRAS EXTRAÑAS EN LA LITERATURA ISLANDESA MEDIEVAL

Puede sorprender que una cultura medieval claramente enraizada con la continental de su tiempo no muestre huellas de la preocupación europea por las islas misteriosas, mágicas, míticas. Más aún porque, como acabamos de ver, los islandeses se consideraban habitantes de una isla mítica por excelencia, Thule. Y es que, aparte del acervo cultural escandinavo que los nórdicos llevaron a la isla, la cristianización de Islandia (oficial el año 1000, año que en Islandia no va acompañado de milenarismo alguno) hizo que el país estuviera en contacto permanente –limitado pero muy significativo– no sólo con la Península Escandinava, sino con los núcleos culturales europeos. Clérigos islandeses como el temprano Sæmundur inn fróði («el sabio») (1056-1133) estudiaron en la Universidad de París; las peregrinaciones a Santiago de Compostela y Roma existían, aunque fueran indudablemente más difíciles e infrecuentes que para otros europeos con más fácil acceso al sur.

Los islandeses y los noruegos conocían la literatura clásica latina y la que se componía en Europa. Testimonio de ello son las traducciones de obras significativas como la *Alexandreis* de Gautier de Châtillon (*Alexanders saga mikla*), Floris y Blancaflor, Bestiarios, Evangelios, vidas de santos, etcétera. El estudio de las *sagas* y otros textos medievales ha proporcionado una información notabilísima sobre la gran cantidad de textos clásicos y medievales que se parafraseaban, citaban o simplemente aprovechaban para la narración. De manera que no fue la ignorancia la responsable de la aparente falta de interés por el universo mítico de las islas.

## ISLAS QUE APARECEN Y DESAPARECEN

Ni siquiera por las islas que aparecen y desaparecen; seguramente porque no era una experiencia desconocida para los islandeses. Más de una vez, una erupción volcánica hizo aparecer una isla que desapareció al cabo de no mucho tiempo, y de ello tenemos fuentes históricas fidedignas. En algunos casos, como la isla *Surtsey*, surgida del mar en 1963, se mantiene todavía

emergida. Lo cierto es que, en estas circunstancias, para los islandeses sería fácil de entender que hubiera islas que desaparecen y que vuelven a aparecer (o a la inversa), una experiencia no habitual en todas partes. Por no hablar de las islas ocultas entre la niebla, algo frecuente para la navegación por el Atlántico Norte.

Si queremos encontrar un ejemplo de este tipo de islas tenemos que irnos al *Speculum regale* o *Konungs skuggsiá*, libro noruego de mediados del siglo XIII al que volveré a referirme más abajo. Allí aparece la isla *Loycha*, en medio de un lago. Aparte de otras peculiaridades, cada 7 años se «adosa» a algún lugar de la orilla del lago y deja de ser isla, para volver a serlo pasados otros 7 años. Pero la *Loycha* se sitúa en Irlanda y corresponde a leyendas célticas atestiguadas por ejemplo en Gales y Escocia. El autor la incluye al hablar de las maravillas de Irlanda, para lo que seguramente utilizó cuentos e historias irlandeses de transmisión oral, así como fuentes escritas. Más adelante volveré a este tema.

### *Bjarmaland*

Una tierra real, conocida, pero que sin embargo se presenta como lugar misterioso y lleno de peligros es *Permia*, nórdico *Bjarmaland*, en las costas del Mar Blanco. Aunque los tratos comerciales y de otro tipo de los noruegos con los permios son muy antiguos, constantes e importantes, *Permia* se convirtió en la región más prodigiosa de todas las que se mencionan en los textos literarios. Las «mejores» referencias a este lugar misterioso, porque más míticas, se encuentran en un género especial de sagas, las llamadas «legendarias», que ya en el siglo XIII se denominaron «mentirosas» porque lo que se narraba en ellas no parecía tener vislumbres de realidad. Régis Boyer (1995: 81-82) expone atinadamente las principales peculiaridades de *Bjarmaland*:

...il semble que ç'ait été, dès le début, une entité légendaire, une figure de l'Autre Monde. Les sagas légendaires en font un pays prodigieux et magique, assez comparable à l'Hyperborée des anciens Grecs, royaume de toutes les merveilles, sur le compte duquel ont toujours couru d'étranges récits. Il rejoint donc, dans la conscience populaire de l'époque, l'énigmatique «Scythie» avec son or, son argent et ses monstres, pays toujours situé au-delà de la Baltique. (...) La route pour y mener est hérissée de périls de toutes sortes, le voyage est extrêmement dangereux parce qu'une constante obscurité y règne.

La descripción nos resultará familiar por su similitud con otras de nuestra tradición. Como también señala el estudioso francés, la relación (incluso geográfica) con el mundo de los muertos es indudable.

Sólo hay un pequeño problema para el tema central de estas páginas: nunca se menciona, ni siquiera indirecta o veladamente, que pudiera ser una isla. Y es que desde el viaje de Óttar/ Ohthere se sabía que formaba parte de la Península Escandinava.

### *Hvítramannaland*

Lo cierto es que en las letras islandesas, las islas son simplemente islas, a veces ni eso; es decir, con frecuencia no se menciona expresamente si algo es o no una isla. Es el caso de otra tierra realmente misteriosa a la que hacen referencia los autores islandeses: *Hvítramannaland*, la «tierra de los hombres blancos». No se la llama «isla» (*ey*) sino «tierra», un nombre tan genérico que servía hasta para denominar lo que todos sabían era una isla: Islandia, u otra cuya insularidad resultaba desconocida: Groenlandia.

A este respecto, podemos recordar lo que se dice en el *Konungs skuggsiá*, donde se menciona explícitamente esta cuestión. La respuesta es que no se sabe si Groenlandia es isla o no, aunque

todos dicen que es [parte del] continente, (...) pues está claro que allí hay multitud de animales que la gente sabe que viven en los continentes y no en las islas.

...*aller geta þæss at þat se mægin lannd (...) þui at þat er asynt at þat er fioldæ þeika dyra er mænn witu at amægin londum fæðaz en litt iey lonndum.* [*Konungs skuggsiá*, F72]<sup>7</sup>

Aunque la palabra *mæginland* no significa exactamente «continente» en el sentido actual, sino una tierra tan extensa que su insularidad (aislamiento) es inexistente, y que se enlaza con otras tierras. Pero, como se ve, la cuestión de si era o no una isla no tenía más que un interés puramente «geográfico».

*Hvítramannaland* seguramente recoge una tradición céltica de Irlanda<sup>8</sup>, de modo que ni siquiera es una leyenda autóctona. Tampoco son muy explícitos los islandeses al hablar de *Hvítramannaland*, de manera que se queda en una hipotética tierra hacia el oeste que quizá llegó a contaminarse en cierto momento del conocimiento de *Vinland*, tierra real pero en grandísima medida desconocida y con la cual se perdió relativamente pronto todo contacto. Y ya que estamos aquí, vale la pena extenderse en unas breves consideraciones sobre la «América islandesa».

<sup>7</sup> Respeto la ortografía de la edición utilizada, que es básicamente paleográfica. Aunque no tiene que ver con el tema de estas páginas, no puedo menos que señalar que la ortografía de los manuscritos del «Espejo» resulta interesantísima pues deja ver claramente numerosos cambios fonéticos que se estaban produciendo en la época: diptongación de *e* en *ie*, alargamientos ante ciertos grupos consonánticos, pérdida de *h* ante *n/l/r* etc. Nos presenta además el comienzo de las divergencias entre el noruego y el islandés.

<sup>8</sup> Las relaciones de Islandia con Irlanda fueron constantes y muy ricas. No sólo por la existencia de una amplia y poderosa colonia escandinava en Irlanda, sino porque un elevado número de personas de origen irlandés vivieron en Islandia, primero como esclavos, luego como personas libres, y llegaron a formar una parte importante de su población y a influir en muchos aspectos, desde la literatura a la configuración física de los islandeses y su cocina tradicional. El personaje principal de la mejor de las sagas se llama *Njáll*, nombre irlandés aunque en ningún momento se hace referencia alguna a tal posible origen.



### *Vinland*

Nadie discute hoy día que los islandeses/groenlandeses llegaron a tierras americanas. La exactitud de algunos datos proporcionados en las sagas<sup>9</sup> y el hallazgo de restos arqueológicos que apuntan a la cultura islandesa/groenlandesa<sup>10</sup> son suficiente prueba. Y también la mera lógica, pues son grandes las posibilidades de que los vientos y las corrientes desvíen el rumbo de una nave que se dirige de Islandia a Groenlandia, como sucedió de acuerdo con las sagas. En realidad, lo extraño sería que no hubiera sucedido. Parece que los islandeses establecidos en Groenlandia continuaron viajando con regularidad a las costas de Norteamérica, como atestiguan las maderas americanas utilizadas en la construcción de casas (aunque en parte podría tratarse de maderas arrastradas por las corrientes). Pero el aislamiento de los groenlandeses se acrecentó con la pérdida de la independencia islandesa y finalmente desaparecieron físicamente y por completo hacia el siglo XIV/XV. No tenemos reliquias literarias escandinavas de su desaparición, pero sí hay recuerdos suficientes en las tradiciones orales de los *inuit* de la zona.

Con todo esto, para cuando se escribieron las sagas, *Vinland* era ya medio leyenda medio realidad<sup>11</sup>, pues incluso los contactos con Groenlandia eran muy escasos<sup>12</sup>. Claro que lo mismo sucede con la materia de la inmensa mayoría de las sagas, que se centran en acontecimientos y personajes un siglo antes o después de la cristianización, es decir entre el año 900 y el 1100. De ahí muchos de los problemas de su crítica textual: ¿se trata de narraciones orales puestas tardíamente por escrito?

---

<sup>9</sup> Desde la costumbre india de dormir debajo de sus canoas vueltas boca abajo hasta ciertos alimentos, armas, etc. Las dos fuentes principales son la *Eiríks saga rauða* o «Saga de Erik el rojo (= pelirrojo)» y la *Groenlendinga saga*, «Saga de los groenlandeses». De ambas hay traducción castellana en Editorial Siruela, Madrid.

<sup>10</sup> Son significativos sobre todo los de *L'Anse aux Meadows*, en la costa septentrional de Terranova, hoy día parque nacional arqueológico. Restos de casas de configuración típicamente islandesa, enseres diversos y una probable forja son los restos más llamativos. Sobre los viajes islandeses a América puede consultarse Fuson 1995, que discute también muy documentadamente otros posibles viajes antes de Colón. También, Allen (ed.) 1995.

<sup>11</sup> Aunque los límites entre ambas no estaban (ni están) nada claros. Varios trabajos de Steblin-Kamenskij, especialmente *Mir Sagi*, ponen de relieve la importancia de esta (falta de) distinción para comprender adecuadamente los textos literarios islandeses del Medievo.

<sup>12</sup> Aunque hay que tener presente que fueron regulares al menos hasta el siglo XIII y la literatura transmitida por Islandia incluye desde un texto éddico probablemente compuesto en Groenlandia (*Atlakviða in groenlanzka*, «Cantar groenlandés de Atila») hasta un viajero (más bien «antiheroico») que visita la gran ¿isla? helada, como se cuenta en el *páttir Auðunar vestfirzka* («Historia de Audun»). La mayoría de las sagas se escribió entre el último cuarto del siglo XIII y los finales del XIV. El último viaje de Islandia a Groenlandia tuvo lugar en 1380.

## EXCURSO: ¿CÓMO SE ESCRIBIERON LAS SAGAS?

No es posible contestar esta pregunta en pocas líneas, de modo que me limitaré a dar mi propia opinión, coincidente con la de muchos especialistas actuales<sup>13</sup>. Probablemente, las sagas son obras escritas directamente aprovechando:

a) Breves historias transmitidas oralmente en las que las familias recordaban hechos significativos de sus antepasados; sabemos que, sobre todo en culturas orales, estas historias pueden ser bastante fieles durante mucho tiempo.

b) Narraciones escritas, también breves, que contaban episodios semejantes. Probablemente es ésta la razón de ser de los *þættir* (singular *þáttir*, literalmente «eslabón»), breves narraciones que relatan un único hecho significativo de un personaje que, normalmente, carece de especial importancia por sí mismo<sup>14</sup>. Es posible que los *þættir* que tenían como protagonista a un personaje significativo entraran a formar parte de la saga dedicada a él. Los que conservamos son relativamente tardíos, pero la razón quizá sea precisamente el estar dedicados a personas que nunca alcanzaron la talla suficiente para merecer una saga completa, y algunos se incluyen dentro de sagas más amplias dedicadas a otros personajes más significativos. Lo cierto es que tienen una cierta relación con las narraciones orales populares, cuentos y leyendas, en las que tan rica es Islandia. También en esas narraciones legendarias orales<sup>15</sup> se cuentan sucesos singulares y sus personajes no son conocidos<sup>16</sup>. Por otra parte, el carácter episódico de las sagas, que algunos (como Jorge Luis Borges) han llegado a considerar «cinematográfico», pues se organiza en torno a escenas prácticamente autosuficientes, puede ser un recuerdo tanto de los *þættir* como de sus versiones puramente orales.

c) Textos de índole diversísima, de origen variado (islandés, europeo, latino medieval o clásico...) que el hipotético autor de la saga creía que aportaban un detalle, tema, suceso, etc. útil para completar o adornar la historia.

<sup>13</sup> La bibliografía es enorme; las siguientes son algunas referencias accesibles que pueden resultar útiles: Bernárdez 1983 y 1992, además de las introducciones a la *Saga de Egil Skallagrimsson* y la *Saga de Nial*; Boyer 1986.

<sup>14</sup> Pueden leerse varios *þættir* en la colección *Sagas Islandesas*.

<sup>15</sup> La tradición islandesa –y escandinava en general– mantiene claramente separados los «cuentos» y las «historias» populares, y éstas se entienden como narración de hechos reales, aunque a nosotros puedan parecernos, algunas veces, más improbables aún que los cuentos mismos. Pero las «historias» suelen narrar el origen de un topónimo, explicar la ubicación anómala de una iglesia o una granja, un suceso extraño, etcétera.

<sup>16</sup> En cambio, los «cuentos» pueden tener protagonistas repetidos y de fama indudable. El mismo *Sæmundur inn fróði* aparece como personaje en muchos cuentos como sabio y brujo (¡recordemos que estudió en París!) a la vez. También el dios Loki es personaje habitual de los cuentos tradicionales.

d) Otras sagas anteriores, tomadas como fuente histórica pero también narrativa.

e) Poemas transmitidos de forma oral, seguramente con bastante fidelidad por la complejidad de su forma (aliteración, rima interna y un vocabulario y un orden de palabras poéticos que facilitaban sin duda su memorización), a veces obra de los personajes mismos, otras debidos a autores distintos pero atribuidos falsamente (seguramente a sabiendas) a los personajes de la saga. Otras veces, de autores diversos y presentados para reforzar la verosimilitud de un suceso, etc.

Con todos estos elementos, autores desconocidos escribieron las sagas como obras integrales, lo que se refleja, entre otras cosas, en que las variaciones de unos manuscritos a otros no sean excesivamente grandes. Dada la enorme cantidad de copias (que se siguen haciendo hasta el siglo XVIII), podemos pensar en modificaciones conscientes, introducidas por otros copistas que creían conocer datos más precisos, o distintos, o que simplemente querían añadir algún elemento nuevo.

Volvamos a Vinlandia. Lo primero que se perdió en el recuerdo fue el nombre exacto que le dieron sus descubridores. Quizá fue *Vinland*, con *i* larga, en cuyo caso significaría efectivamente «tierra de vino». Esta denominación fue la usada por los escritores posteriores, que probablemente la aprovecharon para presentar aquella tierra ya inaccesible como una especie de edén, muy en la línea de las narraciones sobre islas legendarias a las que nos tiene acostumbrados la tradición clásica y europea. Sería poco menos que una tierra «de leche y miel», rica en frutos y, entre ellos, en vides silvestres (un tanto peculiares, porque un personaje se emborracha comiendo las uvas). Se ha gastado mucha tinta escribiendo sobre el límite septentrional de las vides en Norteamérica en los siglos XI/XII, pero es difícil sin duda casar la afirmación tradicional con otros datos, incluyendo los arqueológicos, que apuntan a zonas donde sin duda nunca crecieron estas plantas.

Se ha apuntado también la posibilidad de que el nombre original fuera *Vinland*, con *i* breve, que significa «tierra de prados» y que encaja mucho mejor con las características de las tierras visitadas seguramente por islandeses y groenlandeses. De manera que gran parte de la «leyenda de Vinlandia» sería una reinterpretación en el sentido de los escritos clásicos y medievales sobre islas maravillosas que los islandeses, como ya he señalado, conocieron bien. Los datos de una tierra edénica contenidos en tales escritos se combinarían con otros recogidos por las tradiciones propias, dando lugar a esa combinación de realidad y ficción tan característica de las sagas.

Los enfrentamientos con los indios, aunque seguramente auténticos en buena medida, pueden no estar totalmente exentos tampoco de materiales (no siempre autóctonos) maravillosos. Un cierto tono «odiseico» aparece en los grandes peligros que corrieron los aventureros que llegaron a Vinlandia con sus familias. Las armas de hierro de los islandeses eran sin duda muy superiores a cuanto podían tener los indios y la lucha contra fuerzas que les superaban en número no solía arredrar a los islandeses de entonces. Sin

embargo, en las sagas aparecen acosados y casi como víctimas que han de usar toda su fuerza y astucia para vencer a los *Skrælingar*, «los feos», denominación que ya se había aplicado a los *inuit* de Groenlandia. A ello se sumaron las rencillas internas, que eran habituales en la sociedad islandesa. Y al final la mejor opción fue abandonar Vinlandia pese a todas sus maravillas. Lo que, dicho sea de paso, no parece corresponder con la realidad; cierto es que no hubo asentamientos permanentes, pero, como ya se ha indicado, los viajes a Vinlandia debieron ser relativamente frecuentes durante casi tres siglos.

Con todo, como vemos, es seguramente en la historia de Vinlandia donde encontramos de forma más plena y clara los rasgos de «isla misteriosa y maravillosa» tan típicos de las letras medievales europeas, y seguramente con sus mismos orígenes. Desgraciadamente, las exploraciones no fueron nunca suficientemente extensas para decidir si se trataba o no de una isla, cosa que, por lo demás, no parecía preocupar en exceso a los islandeses.

### *¿Dónde están las islas maravillosas?*

Por mucho que repasemos la literatura islandesa medieval, no encontramos —fuera de textos traducidos y de las «sagas legendarias», habitualmente tardías y ya entonces consideradas como mera fantasía— islas u otras tierras maravillosas. Tampoco existe una «literatura de viajes» como tal, aunque buena parte de los numerosísimos textos que poseemos incluye, en muchas ocasiones como elemento fundamental, viajes narrados a veces con detalle. De Egill Skalla-Grímsson, por ejemplo<sup>17</sup>, se nos cuenta entre otras cosas una terrible tormenta en el mar, que dio pie a uno de sus poemas más hermosos. También se narra un naufragio en la costa de Hull, en Inglaterra. La descripción de la Frisia de la época se corresponde plenamente con la realidad contemporánea. La misma saga, como otras que incluyen información sobre los primeros tiempos de asentamiento en la isla, nos cuenta las exploraciones por la costa y el interior, y se describen paisajes que aún hoy en día resultan fácilmente reconocibles. La descripción de un penoso viaje por el interior de Suecia es igualmente detallada y realista. En las sagas de Vinlandia se explican con cierto detalle los viajes y con considerable precisión las exploraciones y los contactos con nativos. Otro ejemplo paradigmático, aunque sin salir de Islandia, es un recorrido por el deshabitado y peligroso interior de la isla, desde la costa oriental hasta los *Bingvellir* o «Campos del Þing» en el suroeste, contenido en la *Hrafnkels saga freysgoða* (ver *Sagas Islandesas*).

La lista sería extensísima, pues una buena parte de las sagas habla de viajes, exploraciones y aventuras aunque el viaje en sí no represente el centro temático de ninguna. No podía ser de otro modo en un pueblo que aún

<sup>17</sup> Véase la *Egils saga Skalla-Grímssonar*, «Saga de Egil Skallagrímsson». Egill es, además de guerrero y otras muchas cosas, el más importante de los *escaldas* o poetas cortesanos. Vivió en el siglo X.

conservaba muy vivo el recuerdo de sus abuelos –y sus primos– vikingos. La narración escandinava de viajes tiene tal vez su primer ejemplo, aunque sea en lengua inglesa, en el viaje de Ohthere (nórdico *Óttar*) por la costa de Noruega hasta la península de Kola, recogido y transmitido por el rey Alfredo de Wessex a fines del siglo IX. La precisión, el detalle, el realismo y el nulo adorno son características de Ohthere como lo son de (casi todas) las sagas.

De manera que si no tenemos esas islas maravillosas que esperamos encontrar en todo texto medieval de viajes no es en absoluto porque los islandeses no hablaran de viajes. La razón es seguramente, en mi opinión, que no sólo hablaban de viajes, sino *que los hacían*.

Ellos directamente, o los vikingos noruegos, daneses y suecos antes que ellos –o al mismo tiempo– conocían de primera mano todo el Mar del Norte, desde Islandia, Irlanda, Inglaterra, las Islas Féroe y las escocesas hasta el extremo norte de Noruega. El Báltico era recorrido regularmente por navegantes escandinavos desde siglos atrás. El Mediterráneo se conocía directamente desde el Estrecho de Gibraltar hasta Bizancio. E incluso, como hemos visto, habían explorado parte del Atlántico Norte al oeste de Islandia: Groenlandia y la costa nororiental de América... y en medio no había nada. En época vikinga no existió pueblo en Europa que viajara con más regularidad por más sitios, y los islandeses conservaban ese conocimiento, como el de las artes de navegar y la construcción de naves<sup>18</sup>.

Pero los islandeses hablan de los lugares que han conocido, sea directamente, sea a través de sus parientes en Escandinavia. Y eso deja poco lugar para lo maravilloso. Thule puede ser una isla ignota, misteriosa, entre los hielos, pero sólo para quien no vive allí. Al hablar de lugares conocidos, los escritores islandeses no podían permitirse el lujo de inventar maravillas que cualquier viajero pudiera tachar de falsedades. Podían escribir quizá de islas lejanas, inaccesibles, pero eso no interesó mucho, según parece, al abundante público lector islandés hasta finales de la Edad Media. Precisamente hasta el momento en que el aislamiento de la isla se acrecentó, los viajes se hicieron raros si no imposibles, y la única manera de acceder a lugares lejanos era a través de la literatura.

No deja de ser significativo que la información contenida en Fuson (1995) carezca de elementos singulares y maravillosos en todo lo referente a islandeses y vikingos. Sus tierras y ellos mismos, sin embargo, fueron objeto de un tratamiento que no nos puede extrañar en el resto del continente europeo pero que es totalmente ajeno a la realidad escandinava, más específicamente, islandesa.

A los islandeses les interesaba la vida de sus abuelos y bisabuelos, de las grandes familias de la comarca y del país, de los reyes y nobles noruegos de los que descendían muchos de ellos. Un pueblo aislado –insular– tenía que cultivar los lazos rotos en buena medida mucho tiempo atrás.

---

<sup>18</sup> Puede consultarse Boyer 1991.

En ese interés por «lo propio» (entendido en un sentido muy amplio, algo así como de «comunidad escandinava»), que conduce en buena parte al desinterés por lo ajeno, limita el movimiento a las regiones realmente accesibles, en lo geográfico como en otras cosas. Y si no se puede exagerar —y de hecho no se exagera— sobre las proezas físicas de alguien<sup>19</sup>, pues todos sabemos de qué es capaz una persona y qué representa una imposibilidad, tampoco se puede hacer cuando se habla de viajes, exploraciones y tierras nuevas.

### El *Konungs skuggsiá* o *Speculum regale*

Un ejemplo claro y explícito de lo que estoy diciendo se encuentra en este interesantísimo libro, «Espejo de Reyes», escrito (en noruego) a mediados del siglo XIII por un desconocido clérigo de la corte del rey Håkon IV, como «manual de instrucción» para sus hijos Håkon y Magnus. Organizado como un diálogo entre un joven príncipe y su padre, incluye extensa información «científica» y especialmente geográfica, sobre navegación, comercio, etc, así como sobre temas políticos, religiosos etc. Se ha apuntado una posible relación del pensamiento legal y político del *Konungs skuggsiá* con obras de Alfonso X el sabio, especialmente las *Siete Partidas*, lo que no resulta imposible porque ciertamente existió una relación directa entre ambos reinos: la hija de Håkon, Cristina, se casó con un hijo de Alfonso (y está enterrada en Covarrubias).

El libro proporciona riquísima información sobre la geografía y la fauna del Norte de Europa, especialmente Islandia y Groenlandia. Como escribió el erudito noruego, y explorador ártico, F. Nansen:

Beyond comparison the most important geographical writer of the medieval North, and at the same time one of the first in the whole of medieval Europe, was the unknown author who wrote the King's Mirror.... If one turns from contemporary or earlier European geographical literature, with all its superstition and obscurity, to this masterly work, the difference is very striking.<sup>20</sup>

Ya he señalado que al hablar de Irlanda se mencionan algunas islas maravillosas: *Loycha*, que aparece y desaparece; *Inhisgluer*, donde los muertos no se pudren; *Logri*, donde sólo viven monjes y nadie muere; *Kertinagh*, inhabitable porque el demonio ocupa la mitad de la isla; *Iniscloedran*, donde no puede haber mujeres ni hembras de ningún animal. Pero en todos estos casos se trata, o bien de tradiciones orales célticas, o bien de datos tomados de una fuente no escandinava, la *Topographia Hibernica* de Giraldus Cambrensis, compuesta seguramente poco antes que el «Espejo» y que po-

<sup>19</sup> A veces puede parecer lo contrario, pero las hazañas de algunos personajes de las sagas suelen ser humanamente posibles (¡aunque a nivel de récord mundial!).

<sup>20</sup> *In Northern Mists*, vol. II, p. 242. Citado en *The King's Mirror*, p. 20.

dría haber sido conocida muy pronto en Noruega por las continuas relaciones entre ambos países. De modo que estos elementos maravillosos, que nos pueden resultar familiares, *no* son escandinavos.

En contraste, las maravillas que se cuentan de Noruega, Islandia o Groenlandia no tienen apenas nada de «maravilloso», a no ser el desconocimiento de las causas de fenómenos como las auroras boreales, las erupciones, los terremotos, las fisuras volcánicas, los géiseres, etc.

Se menciona, en efecto, un «pez»<sup>21</sup> legendario, la *hafgufa*, nombre que Laurence M. Larson traduce por *kraken*:

Hay un pez más del que aún no he hablado, y de cuyo tamaño se me hace difícil hablar porque a casi todo el mundo le parecerá increíble; y además son poquísimos los que sabrían decir algo sobre él pues rarisísimamente se acerca a las costas o se deja cazar por los hombres. Y no creo que de su especie haya muchos en los mares. Solemos llamarlo en nuestra lengua *hafgufa* y no puedo hablar con seguridad de su longitud en codos, porque las veces que se ha dejado ver por los hombres les pareció más una tierra que un pez. Tampoco sé que se haya cazado nunca, ni que se haya encontrado alguno muerto; y me parece probable que no haya más que dos en los mares.

*eirn fiskur er enn otaldur er mier vex helldur j augu frá at seigia firi vaxtar hans sakir. þui at þat mun flestum monnum otruligt þikia. þar kunna og fæstir frá honum nockut at seigia giorla. þuiat hann er sialldnast vid landa edur j von vid veidar menn. og ætla eg eckj þess kynz fisk margan j hofum. wier kollum hann optast a vora tungu hafgufu. eigi kann eg skikrijsliga frá leingd hans at seigia med alna tali. þuiat þeim sinnum sem hann hefur birtst firi monnum. þá hefur hann landi synst líjkari en fiski. huorki spyr eg at hafi veiddur verit nie daudur fundinn. og þat þiki mier líjkt at þie eigi fleiri enn ij j hofum. [Konungs skuggsiá F38-39]*

Vale la pena señalar que Larson, en *The King's Mirror* (p. 125), traduce «it has appeared more like an island than a fish», mientras el original utiliza la palabra genérica *land*. Es obvio que habría que entender «isla», pero creo que aquí tenemos un ejemplo más de que la distinción básica era tierra-agua y que la insularidad en sí era secundaria.

Aquí nos interesa quedarnos, sobre todo, con los temores de incredulidad: si no suele verse, ¿cómo se sabe que existe? Ésta es, como aún veremos, la base para el poco aprecio en que se tenía a las geografías maravillosas —y sus habitantes.

Así, el padre dice en otro lugar:

No estoy demasiado dispuesto a hablar de las maravillas que hay aquí en el norte entre nosotros, aunque la razón pueda parecer una nimiedad; pues es costumbre de mucha gente que si no han visto algo con sus ojos lo llaman todo mentira, y no me gustaría hablar de ello y que

<sup>21</sup> Teniendo en cuenta que la palabra «pez», *fiskr*, se aplicaba también a los cetáceos. El texto anterior al reproducido aquí ha presentado todas las especies de «peces» (ballenas, focas, también tiburones) que habitan las costas árticas.

luego me digan mentiroso aunque yo sepa que son verdad. Hay cosas que he visto con mis propios ojos y otras que he podido preguntar cotidianamente a quienes ciertamente las han visto y estudiado y que nosotros sabemos que no son mentiras.

*Eigi em eg fusastur at tala wm vndur þau er hier enordur med oss og velldur þui lijtil hlutur. þuiat þat er sidur sumra manna margra. ef þeir hafa eigi augum sied at tortrygia og kalla flest allt logit og þiki mier þat illt j ræðu at færa ef eg skal sijdan vera kalladur lygi madur þott eg viti til sanns at satt sie. Sumt er þat eg hefi med augum sied enn sumt þat er eg æ huern dag kost at spyria af þeim er sied hafa og rannsakat og vita til sanns at satt er og vitu vier þo olygna vera. [Konungs skuggsiá F29]*

Continúa hablando el padre de un libro recientemente llegado a Noruega y que se da por escrito en la India, de donde cuenta cosas maravillosas (e increíbles), como que allí domestican dragones. Se trata probablemente de alguna versión del libro del Preste Juan, que según parece fue considerado como mera acumulación de mentiras por los escandinavos y no tenido en excesiva consideración. Pero el autor del «Espejo» es más relativista: no hay que extrañarse demasiado

(...) aunque allí se cuenten muchas cosas maravillosas, porque hay muchas entre nosotros que allí parecerían maravillosas, mientras a nosotros no nos parecen extrañas (...)

*þo at þar sie mart vndarlíga j sagt. þuiat margir hlutir eru þeir hier med oss er þar mundu vndarlíga þikia. enn oss þikia ecki vndarlígir (...)* [Konungs skuggsiá F 30]

Y da un buen ejemplo; si a nosotros puede parecernos asombroso que en la India domen dragones,

a ellos les parecería más asombroso si se les cuenta de los hombres que saben domar palos y tablas de tal modo que alguien que no es más ágil de pies que los demás cuando no tiene en sus pies más que sus zapatos, en cuanto se ata bajo los pies las tablas, de 8 ó 9 codos de largo, vence a un pájaro en vuelo o un galgo a la carrera, los que mejor saben correr, o los renos, que corren el doble que el ciervo, porque hay muchísima gente que con los esquíes en los pies corre tanto que pueden alancear 9 renos o más.

*þá mun þeim þikia þat meiri vndur ef suo er fra sagt. wm þá menn er þad kunnu at temia tre of fialir til þess. ad sá madur er hann er eigi fimare æ fæti enn adrir menn. þá hann hefur ecki annat en sko sijna eina a fótum. Enn iafnskiott sem hann bindur fialir vndir fætur sier. annat huort viij. alnir edur ix. leingra. þá sigrar hann fugl a flaug edur miodhunda a rás. þeir sem mest kunna at hlaupa edur rein er hleypur hálfu meira en hiortur. þuiat sá er mijkill fioldi mann at hann kann suo a skjidum at hann stjngur j eirni rensl sinni .ix. reina med spioti sijnu edur fleiri. [Konungs skuggsiá F 31]<sup>22</sup>*

<sup>22</sup> Recordemos que ya grabados rupestres escandinavos de la Edad del Bronce nos muestran esquiadores.



## CONCLUSIONES

Los escandinavos, y los islandeses entre ellos, habían estado viajando constantemente desde al menos el siglo VIII. En sus viajes de piratería, comercio y también exploración en busca de nuevas tierras donde asentarse, recorrieron una y otra vez todos los mares de Europa. Conocían con bastante detalle las tierras por las que se movían y sus técnicas de navegación eran superiores a las de los restantes pueblos europeos. Sabían bien, en consecuencia, lo que había y lo que no, y eran capaces de distinguir las maravillas reales de las improbables y puramente imaginarias. Gente apegada a la tierra, estaban interesados sobre todo por lo que podía tener algún provecho para ellos, y lo demás quedaba relegado a un segundo plano.

Todo esto quedó de manifiesto cuando, a raíz de la cristianización, comenzaron la actividad literaria escrita, que fue especialmente activa e importante en Islandia, bastante menos en Noruega y apenas algo en Suecia y Dinamarca. Pese a su conocimiento de las tradiciones literarias, geográficas, científicas, historiográficas, teológicas y filosóficas del continente europeo, llegaron a desarrollar una literatura autóctona peculiar y sin parangón en ningún otro lugar de Europa. Esa literatura poseía las características que acabo de señalar: interés por lo local, lo reconocible, lo atestiguado, lo probable; y desprecio por lo improbablemente maravilloso, lo lejano, lo no reconocible.

Las cosas cambiaron cuando la época vikinga era ya un recuerdo del remoto pasado, cuando Islandia perdió su independencia y los viajes cesaron. Con los principios de la decadencia literaria de finales del siglo XIV llegó un crecimiento muy significativo del interés por lo exótico, lo maravilloso, que llevó a la traducción y adaptación de numerosas obras europeas y a la creación de un género de *sagas* que en lugar de personajes, tiempos y lugares conocidos describían otros legendarios, lejanos y desconocidos. En esta época encuentran también su origen probablemente muchos cuentos populares que serían recogidos a finales del siglo XIX.

Las literaturas islandesa y noruega clásicas, hasta mediados del siglo XIV, parecen extrañamente vacías de elementos maravillosos, hasta el punto de que al traducir obras extranjeras se pulían a menudo todas las cosas que pudieran resultar improbables, como sucede con la *Alexanders saga mikla*, versión en prosa de la *Alexandreis* de Gautier.

Todas estas circunstancias se aúnan para producir la situación que hemos visto en estas páginas, donde las islas no tienen su puesto en la geografía fantástica sino en la geografía «a secas». Como señalé al principio, los islandeses sabían de lo que hablaban (y, además, hablaban de lo que sabían).

## BIBLIOGRAFÍA

- Allen, John L. (ed.), *North American Exploration*, 3 vols. Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.
- Bernárdez, Enrique, «Las sagas islandesas: ensayo de síntesis». *Revista de la Universidad Complutense* 1/4 (1983), pp. 1-11.
- «Jorge Luis Borges y el Mundo Escandinavo». *Cuadernos Hispanoamericanos*. 505/507 (1992), pp. 361-370.
- Boyer, Régis, *Les sagas islandaises*. París, Payot, 1986.
- *Les Vikings. Histoire et Civilisation*. París, Plon, 1992.
- *Yggdrasill. La religion des anciens Scandinaves*. París, Payot, 1992.
- *La mort chez les anciens Scandinaves*. París, Les Belles Lettres, 1994.
- Buchholz, Peter, *Schamanistische Züge in der altisländischen Überlieferung*. Münster, 1968.
- Fuson, Robert H., *Legendary Islands of the Ocean Sea*. Sarasota (Fla), Pineapple Press, 1995.
- Konungs Skuggsiá*. Utgitt ved Ludvig Holm-Olsen. Oslo, Norsk Historisk Kjeldekrift-Institutt, 1983.
- Saga de Egil Skallagrimsson*. Traducción, introducción y notas de E. Bernárdez. Madrid, Editora Nacional, 1984; reimpressa en Miraguano Editores, Madrid, 1988.
- Sagas Islandesas*. Traducción, introducción y notas de E. Bernárdez. Madrid, Espasa-Calpe, 1984.
- Saga de Nial*. Traducción, introducción y notas de E. Bernárdez. Madrid, Alfaguara, 1986.
- Steblin-Kamenskij, *Mir Sagi*. Leningrado, Nauka, 1971.
- Textos Mitológicos de las Eddas*. Traducción, introducción y notas de E. Bernárdez. Madrid, Editora Nacional, 1983. Reimpreso en Miraguano Editores, Madrid, 1987.
- The King's Mirror*. Translated from the Old Norwegian by Laurence Marcellus Larson. Nueva York, The American-Scandinavian Foundation, 1917.
- Vries, Jan de, *Altgermanische Religionsgeschichte*. Berlín, De Gruyter, 1956-1957.

Juan GIL

## LAS ISLAS DE LA INDIA

No parece que nadie pueda negar que la India, entendida en el sentido latísimo que daba al término la Antigüedad clásica, sea un verdadero paraíso insular. Ptolomeo<sup>1</sup> dedicó un capítulo y una tabla de su obra a tratar de la nobilísima Taprobana (Ceilán), protegida por un «batallón de islas» (*stiphos néson, cohors insularum* tradujo el humanista Angelus) que le daban guardia, cuyo número total fijó en 1378; tampoco es maravilla, en consecuencia, que la Taprobana pasara a ser la isla más famosa del mundo, cita ineludible en todas las enciclopedias medievales, desde S. Isidoro hasta Pedro d'Ailly o Eneas Silvio Piccolomini. Lo que sí resulta curioso es que la doctrina ptolemaica se perpetuara en los geógrafos árabes: Abu-Hamid al-Garnati<sup>2</sup> habló también de 1370 islas. El segundo viajero europeo que se atrevió a hacer cálculos generales, Marco Polo<sup>3</sup>, elevó la cifra a 12.000 o 12.700, no sin encarecer al tiempo la dificultad de referir por extenso las cualidades de cada una de ellas. La suma aumentó gracias a fray Jordán Catalán de Séverac<sup>4</sup>, quien estimó en más de 12.000 las islas habitadas y en más de 8.000 las desiertas. Según Guillermo Adán<sup>5</sup>, la islas del mar de la India superaban la cifra de 20.000, de las cuales estaban habitadas 6.000. Por fin, siguiendo la escalada numérica, fray Odorico de Pordenone<sup>6</sup> adjudicó más de 24.000 islas a la India y más de 5.000 a Manchi (o sea, la China meridional). Todas estas cifras quedaron ampliamente rebasa-

---

<sup>1</sup> *Geografía*, VII 4, 11.

<sup>2</sup> *Al-Murib an Bad Ayaib al-Magrib*, edición y traducción de I. Bejarano, Madrid, 1991, p. 261.

<sup>3</sup> *Viaje*, III 42 (cf. III 8). En el incunable de Marco Polo se adoptó el número ptolemaico.

<sup>4</sup> *Maravillas de la India*, XV 5 (más de 10.000, había dicho antes en VI 6). Es notable que la misma cifra aparezca en un rotero de la India conservado en el código Valentim Fernandes (ed. Baião, Lisboa, 1940, f. 36r): «as ilhas de Dyue som doze mill amtre pequenas e grandes, e das quaes oyto mill som pouradas».

<sup>5</sup> *De modo Sarracenos extirpandi*, Recueil des historiens des Croisades, pp. 553 y 555.

<sup>6</sup> *Viaje*, XXVI 12.

das por la experiencia quiñentista: «El número de las islas de que Tolomeo hace minción no se incluye en un solo arcipielago, sino en muchos que ay en esta región, del cual no se deven de admirar por parecerles que se desmandó, porque aún no dixo cuántas ay»<sup>7</sup>.

Como no podía ser menos, en este inmenso mar de la India se supuso que había de todo, desde monstruos horribles a tesoros infinitos. También hubo islas para todos los gustos: la imaginación pobló su suelo de amazonas, sátiros, antropófagos, cinocéfalos, hombres desnudos, pigmeos; hasta se habló de la isla del Imán, que impedía a las naves de la India tener clavazón de hierro. Aquí me voy a ceñir a estudiar unos casos muy concretos, que tienen una particularidad notable: en todos ellos se puede seguir a través de los siglos la historia del mito, sin que su contenido apenas haya sufrido variación.

## LA ISLA DEL ORO

En las relaciones geográficas del s. I d.C. se pusieron muy de moda dos islas, Crise y Árgire. Como indica Pomponio Mela<sup>8</sup>, «cerca del Tamo está la isla Crise, junto al Ganges se halla Árgire; la primera tiene el suelo de oro y la segunda de plata, según refirieron los antiguos; así, a mi parecer, o de este hecho les vino el nombre o del nombre se forjó la leyenda»<sup>9</sup>. Plinio<sup>10</sup>, a su vez, localizó fuera de la desembocadura del Indo a «Crise y Árgire, ricas en metales, según pienso, pues eso que dijeron algunos de que su suelo era de oro y de plata no me lo creo con facilidad». El origen de estas fábulas parece remontar a una falsa interpretación de tradiciones indígenas: en efecto, Sumatra recibió el nombre de *Suvarnadvipa*, 'isla de oro'. Con tal nombre es claro que la imaginación podía jugar a su antojo y elucubrar verdaderas maravillas. Fray Jordán Catalán de Séverac<sup>11</sup>, recordando quizá las tradiciones clásicas, mencionó una isla en la India donde todos, hombres y mujeres, iban en cueros y se servían por moneda de oro en polvo que era como arena

<sup>7</sup> *Relación detallada del viaje de la nao San Jerónimo (Colección de documentos inéditos relativos a... Ultramar, Madrid, 1887, III, p. 458).*

<sup>8</sup> *Corografía*, III 70.

<sup>9</sup> Estas islas sólo aparecen citadas a partir de la época romana (cf. Plinio, VI 80 y allí la nota). Dionisio el Periegeta (587-90), Avieno (*Descripción del orbe*, 769-71), Prisciano (*Periegesis*, 592ss.) y Eustacio (*ad Dionisio el Periegeta* [Müller, *Geogr. Graeci minores*, II, p. 157]) dan otra explicación a uno de los nombres: la isla del Oro se llamaría Crise por estar próxima al sol y tener color dorado; pero, ¿que hacer entonces con Árgire?

<sup>10</sup> *Historia natural*, VI 80.

<sup>11</sup> *Maravillas del mundo*, VI 13.

fina. Al navegar a Sumatra Nicolò de Conti<sup>12</sup> dejó a su derecha *Andamania*, cuyo nombre glosó como ‘isla del Oro’ (*insula auri*): tenía 800 millas de boj y estaba habitada por antropófagos. Como es lógico, una de las cosas ineludibles que oyó Colón en su primer viaje, una vez llegado a los archipiélagos de la India, fue que «avía isla que era toda oro»<sup>13</sup>; no podía faltar en el paisaje indiano un rasgo tan característico como ése. Choca, por tanto, que la leyenda brille por su ausencia en la relación de Pigafetta, en la que aparece, sin embargo, una enigmática Sumbdit-Pradit «muy rica en oro», cuyos habitantes llevaban en el tobillo un anillo de ese metal<sup>14</sup>; mas no todos los supervivientes de la armada de Magallanes fueron tan taciturnos como el lombardo, según veremos.

En la segunda década del s. XVI los portugueses buscaron afanosamente –la cosa no era para menos– esa isla o islas del Oro avaladas por el prestigio de la Antigüedad. El centro de difusión de la leyenda fue, por motivos obvios, el gran emporio comercial de Malaca, conquistado por Diego Lopes de Sequeira en 1511. A su vez, la base para emprender su descubrimiento no pudo ser otra que Sumatra, dividida entonces en una serie de reinos (Achén, batas) enemigos entre sí y aliados ocasionales de los portugueses según sus conveniencias.

El primero al parecer en propalar grandes noticias de la isla fue un capitán, Diego Pacheco, que en 1517 fue a Malaca en la armada de D. Alejo de Meneses, de donde hubo de volver, siempre en el séquito de Meneses, por diciembre de 1518<sup>15</sup>. Pacheco no era un hombre de poca sustancia: a sus conocimientos de las cosas del mar unía habilidad para dárse las de descubridor y se comportaba con aires de caballero; a mayor abundamiento, durante su estancia en Malaca había dado pruebas más que suficientes de valor y pericia náutica. Nada, pues, se oponía a dar crédito a las sensacionales noticias que pregonó en Goa a su regreso, afirmando que la isla del Oro, según era pública voz y fama en la India, se habría de encontrar al S. de Sumatra.

Complacido de sus cualidades y en pago de sus servicios, Diego Lopes de Sequeira, nombrado gobernador de la India, ordenó a Pacheco armar un navío y un bergantín para ir en demanda de aquel recóndito tesoro. Así fue. El viaje, sin embargo, empezó a complicarse en la costa meridional de

<sup>12</sup> Poggio Bracciolini, *Historiae de uarietate fortunae libri quatuor*, París, 1723, p. 130.

<sup>13</sup> C. Varela-J. Gil, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, Madrid, 1992, doc. II, p. 166 (cf. J. Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid, 1991, p. 49ss).

<sup>14</sup> *Primer viaje en torno del globo*, traducción de J. T. Medina, Buenos Aires-Santiago de Chile, 1970, p. 183. La isla se encontraría en el mar de China, cercana a Cipango; las dos son citadas otra vez en el Diario, como si de hecho hubiesen sido costeadas por la armada de Magallanes (p. 48).

<sup>15</sup> Cf. F. Lopes de Castanheda, *História da India*, IV 34 (I, p. 926).

Sumatra: cuando se hallaban ya en la casi en su punta Sur, en el reino de Daya, un temporal hizo naufragar al bergantín, de cuya tripulación sólo escapó con vida un esclavo canarí. Pacheco, por su parte, siguió su curso hasta el reino de Barros, famoso por su oro y su benjuí, y allí, tras dar seguro a los indígenas, hizo averiguaciones sobre el rumbo a tomar y las cualidades de la isla en cuestión. Los informes que recibió el capitán portugués fueron que, en efecto, la isla se hallaba al S. de Sumatra y que el oro de Malaca procedía en buena parte de su suelo. La travesía, sin embargo, no era ni mucho menos fácil. Corría la fama de que, a ciento y pico leguas al S. del puerto de Barros, se extendía una cuerda de bajos y restingas, en medio de las cuales se encontraba una isla muy baja llena de palmares: sus habitantes, de color negro, hacían el trueque del oro por paños baratos de Cambaya en el litoral, pues no consentían que el interior de la isla fuese hollado por extraños. Inconvenientes muy serios amargaban el áureo dulce, pues de veinte naves que intentaban llegar allá sólo cinco llegaban a su destino. En primer lugar, no se podía zarpar más que durante los tres meses del monzón de verano, y era menester utilizar bajeles muy pequeños a causa de los bajos y escolleras, ya que la navegación discurría a través de canales, cuya configuración cambiaba cada año por ser de arena; además, en días que no fuesen muy claros y serenos el mar rompía en flor, de modo que hacía zozobrar los bajeles. Pacheco, viéndose imposibilitado de continuar el descubrimiento a falta del bergantín, indispensable para surcar aguas de poco fondo, terminó de bordear el S. de Sumatra hasta llegar al estrecho de Polimbán<sup>16</sup> y después, siguiendo la costa Norte de la isla, arribó a Malaca<sup>17</sup>.

A raíz de estas nuevas se levantó una comprensible expectación, por más que el primer intento descubridor se hubiese saldado con un fracaso. Ante los informes que respaldaban con su autoridad hombres de crédito como Pacheco y otros, en la corte portuguesa cundió el optimismo: en las instrucciones que D. Manuel envió en 1520 a Diego Lopes de Sequeira figuraba ya, entre otras misiones, la jornada de la isla del Oro. Fue portadora de la orden la nave del francés Pedro Eanes, que encontró a Sequeira en Calayate, en el estrecho de Ormuz, a fines de junio de 1520<sup>18</sup>; pero también, por si acaso, llevó el mandato regio la armada de Jorge de Brito, que sorprendió al gobernador hostigando Diu por agosto de 1520<sup>19</sup>. Abiertos los despachos y entera-

---

<sup>16</sup> El nombre corresponde al de la ciudad de Palembang (Sumatra) o al de la punta Palembang (Java). El estrecho es el de Sonda.

<sup>17</sup> La descripción más completa de esta expedición, así como del aspecto de la isla, la da Barros (*Asia*, III 3, 3 [V, pp. 264-71]).

<sup>18</sup> Barros, *Asia*, III 4, 3 (V, pp. 412-13). Para la llegada de la nave cf. G. Correia, *Lêndas da India*, II, pp. 603-04.

<sup>19</sup> Barros, *Asia*, III 5, 7 (V, p. 465). Sobre la llegada desmembrada de la flota cf. G. Correia, *Lêndas da India*, II, p. 607, 609; F. Lopes de Castanheda, *História da India*, V 34 (II, p. 60).

do de las órdenes, Sequeira encomendó la jornada a Cristóbal de Mendonça, y éste, acompañado de Pedro Eanes –el francés al parecer no quería perderse la empresa por nada del mundo–, partió en busca del fabuloso oro isleño al frente de tres navíos<sup>20</sup>. Tampoco el segundo capitán llegó a culminar un descubrimiento que era, en justas palabras de Barros, «incierto y peligroso». En el puerto de Pedir (Sumatra) se encontró Mendonça con la armada de Jorge de Brito, maltrecha y desbaratada por el rey de Achén; y como había pasado el tiempo de realizar la travesía, quedó Mendonça en Pacem (Passangan, a veinte leguas de Pedir) en ayuda y socorro de la fortaleza, reforzada la cual tornó con las manos vacías a Malaca<sup>21</sup>.

¿Qué hacía mientras tanto el primer descubridor? Ni que decir tiene que lo inflamaba la indignación y lo roía la impaciencia. Y así Diego Pacheco, celoso de ver robada su presa, se decidió a probar fortuna de nuevo, otra vez en vano: el bergantín en el que iba, capitaneado por Francisco de Sequeira, se perdió cerca del reino de Daya, en Sumatra, y su ropa fue tomada por el rey de Achén, enemigo capital de los portugueses<sup>22</sup>.

Estas primeras relaciones sobre la isla del Oro las debemos, curiosamente, al historiador que no estuvo jamás en Oriente, Juan de Barros. El silencio más absoluto reina sobre las mismas en las obras de los veteranos de la India, Gaspar Correia y Fernando Lopes de Castanheda, así como en las descripciones de mercaderes como Luis Varthema, Duarte Barbosa o Tomé Pires, que quizás se avergonzaron de descender a pormenores sobre una jornada poco creíble o quizás se olvidaron con el tiempo de una leyenda que, pujante en los años veinte, había pasado momentáneamente de moda. En efecto, la narración de Barros arroja en un halo mítico aquella isla que se escondía pudorosa a los ojos de los navegantes. Teniendo en cuenta la proclividad a la inducción analógica que caracteriza al europeo, era inevitable que, sentados estos miríficos precedentes, tanto portugueses como españoles identificaran el oro de la isla con el famoso oro de Ofir, del cual se había servido Salomón para edificar el templo de Jerusalén. Justo en aquella década culminó la rivalidad de las dos potencias ibéricas por el dominio del Pacífico. La nao *Victoria* acababa de pasar por Filipinas, el Maluco y las islas de la India (1521-1522), levantando el consiguiente escándalo e irritación entre los portugueses. Jorge de Brito, el capitán muerto en Achén, traía precisamente de su rey la misión de fortificar el Maluco ante el previsible regreso de los españoles. En esta atmósfera de emulación y hasta entusiasmo bélico, es fácilmente comprensible que el insistente rumor sobre la isla

---

<sup>20</sup> La fuente fundamental sigue siendo Barros para este viaje (*Asia*, III 4, 3 [V, pp. 412-13]; III 4, 5 [V, p. 503]; III 5, 3 [p. 540]).

<sup>21</sup> Cf. Barros (*Asia*, III 5, 3 [V, pp. 546, 548-49]). Sobre los acontecimientos cf. F. Lopes de Castanheda, *História da Índia*, V 65-66 (II, pp. 107-10).

<sup>22</sup> Barros (*Asia*, III 5, 3 [V, p. 538]).

del Oro caldeara los ánimos y animara la rivalidad entre las dos grandes potencias marítimas del momento.

Si los portugueses mostraron cierto pudor al referirse a la leyenda, por parte española se hizo pronto y decididamente la identificación de la isla del Oro con Ofir. No lejos del Maluco, y próximas al ecuador, había unas islas cuya arena era oro, según escribió el informadísimo Pedro Mártir de Angleria hacia 1526, después de partido Caboto hacia la Especiería<sup>23</sup>. Estas noticias, atribuidas a los hombres de la armada de Magallanes<sup>24</sup>, concuerdan con lo que nos dice M. Fernández de Enciso<sup>25</sup>:

Adelante d'estas [islas], a ochenta leguas de Java al Sueste está otra isla que se llama Jocat, adonde ay mucho oro en abundancia e muchos elefantes e ximios e muchos caracolitos del mar, que se usan en muchas tierras por moneda. Y segund lo que de Ofir se escribe, de do hizo Salomón llevar el oro par el Templo, créese que ésta es Ofir, porque en ésta ay grande abundancia de oro y de las otras cosas que le llevaron a Salomón. E aquí es el mar baxo, por donde las naos no podían navegar sino por ciertas canales.

Es claro que estos canales que conducen a Ofir en el tratado de Enciso son los canales que, según Pacheco, llevaban a la isla del Oro. El topónimo insular, sin embargo, muestra hasta qué punto la cartografía del Quinientos seguía dependiendo de pautas desfasadas: Jocat, en efecto, es el nombre que dio a una comarca nebulosa Marco Polo. Lo que hizo Enciso fue copiar y reinterpretar lo que había leído en la traducción de Santaella: que en Jocath (deformación del *Lochac* poliano) se encontraba «oro en gran cantidad e muchos elefantes e caracolitos del mar sin cuento»<sup>26</sup>. Ahora bien, este *Jocath/Lochac/Laach*<sup>27</sup> era en el texto original una gran provincia, en la que comentaristas tan eruditos como Yule-Cordier<sup>28</sup> y Pelliot<sup>29</sup> han podido reconocer al Siam meridional; sólo Santaella (o quizá su original véneto) transformó esta región en una isla, que a su vez Enciso convirtió en Ofir por su cuenta y riesgo, yendo de disparate en disparate.

<sup>23</sup> *Decades de orbe nouo*, Alcalá de Henares, 1530, VII 6, f. 96v.

<sup>24</sup> *Decades*, VII 6, f. 97r.

<sup>25</sup> *Suma de Geographia*, Sevilla, 1530, f. 50r (en realidad LXIIr). Cf. mis *Mitos y utopías del Descubrimiento. 2. El Pacífico*, Madrid, 1991, p. 28.

<sup>26</sup> Cf. mi edición de *El libro anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*, Madrid, 1987, cap. CIX (p. 250).

<sup>27</sup> Esta última forma en el Marco Polo latino (III 11).

<sup>28</sup> *The Book of Ser Marco Polo the Venetian Concerning the Kingdoms and Marvels of the East*, Londres, 1921, II, p. 277ss.

<sup>29</sup> *Notes on Marco Polo*, París, 1963, II, p. 768ss.



En cualquier caso, el oro de Salomón se encontraba en el mar de la India. El propio Cortés se jactó de haber gastado su hacienda en mandar flotas a descubrir la isla del Oro y la Especiería<sup>30</sup>. Pero hay más. A partir de 1525 se empezó a preparar en Sevilla la gran armada que había de descubrir, sin contar la Especiería, las islas de Ofir y Tarsis, al mando de Sebastián Caboto, el piloto mayor de la Casa de la Contratación. Un mapa del mercader inglés R. Thorne, que a mi juicio deriva de otro del propio Caboto<sup>31</sup>, nos muestra a una Ofir convenientemente emplazada ya en el batiburrillo de los archipiélagos de la India. La fama de estos preparativos náuticos traspasó las fronteras. Por el año 1527, según A. Cortesão<sup>32</sup>, salió a la luz en Francia un libro muy curioso, los *Voyages aventureux* de Jean Alfonse de Saintonge (esto es, un portugués Juan Afonso a juicio de Cortesão). De creer a lo que enseñaba este Juan Alfonso, uno de los remates que jalonaban la tierra austral era la isla de *Orphie*, situada cerca de Java y al S.O. del Maluco, a unos 7 grados de latitud S., y también había una isla de hombres blancos a 150 leguas del Maluco. Ahora bien, estas novedades del tratadito no proceden de la ciencia portuguesa, como creyó Cortesão, sino de la experiencia acumulada por los navegantes españoles en sus viajes por el Pacífico; la misma grafía *Orphie* por *Ophir* revela a las claras influjo castellano: *Orfil* fue llamada mil veces la isla en los documentos oficiales de la armada de Caboto; en cuanto a la isla de los hombres blancos, volvió a hacer su aparición en 1545, cuando una isla fue incluso bautizada con ese nombre por Íñigo Ortiz de Retes<sup>33</sup>.

La repercusión internacional de la rivalidad luso-española explica también que algunos extranjeros quisieran participar en aquel suculento cotarro que prometía ser la mina de oro. En 1527 precisamente partieron de Dieppe tres navíos corsarios con destino a la India, sin saber que en vez de gloria y riquezas les esperaba un trágico destino. Cuéntase que uno de ellos se desvió en el cabo de Buena Esperanza y que, derrotado, fue a parar a la isla de Sumatra, de donde salió a la isla de Oro. Su descripción no puede ser más tópica:

La arena de playa, gruesa y menuda, era todo oro; la tierra era muy fértil, con grandes arboledas, ríos de buenas aguas y muchas frutas de los árboles, muy sabrosas. La gente, desnuda, era bestial y se cubría con paños hechos de hojas de hierbas... Cargaron cuanto oro quisieron

<sup>30</sup> P. Mártir, *Decades*, VIII 10, f. 115r.

<sup>31</sup> Cf. cuanto dije en «Los armadores de Sebastián Caboto: un inglés entre italianos», *Anuario de estudios americanos*, XLV (1988), 47ss.

<sup>32</sup> *Os descobrimentos portugueses*, V (vol. XXV de sus *Obras completas*), Lisboa, 1981, p. 1288ss.

<sup>33</sup> *Relación anónima del viaje de Ruy López de Villalobos*, ed. C. Varela, p. 148.

y partieron sin saber a dónde les llevaría mejor el viento, con que fueron a arribar a la costa de Sumatra ya muy desbaratados, con la más de la gente muerta y enferma, y haciendo la nave tanta agua que se iba al fondo. Emproaron a tierra para varar, pero antes de llegar a ella dieron en una restringa en la que se perdió la nave. Los que podían trabajar concertaron el batel y en él se fueron a tierra con mucho oro que metió cada uno. En tierra fueron muertos por barcos de pescadores, que los encontraron y les tomaron el oro. Esto se supo en Malaca por mercaderes de Sumatra que iban allí a tratar, de suerte que en toda la tierra se hablaba de este batel cargado de oro que hallaron los pescadores, y que los hombres hablaban como lombarderos; y que trajeron uno ante el rey de una tierra, y éste lo mandó empalar porque le dijo que no sabía volver a la isla. Así hallaron aquella isla de Oro<sup>34</sup>.

El relato, verídico en sus líneas generales y legendario en lo que toca a la ensoñación insular<sup>35</sup>, procede esta vez, y ello es no menos curioso, de un G. Correia que se muestra inusitadamente locuaz y parlanchín, quizá por ser extranjeros los que se habían dejado seducir por la quimera. La equiparación de la isla y Ofir es evidente, aunque no se formule nunca de manera explícita: recuérdese que también la arena de Ofir era de oro en polvo, oro que luego se refinaba en el fogón de las naves. Por lo demás, la isla sigue envuelta en un halo de misterio y sangre: el destino de todos los que pisan su suelo es morir de muerte desastrada, la suerte que espera a todos aquellos que arriben insensatos a moradas de las diosas, como el palacio de Calipso en el mar Mediterráneo o el Cubil de las ninfas en el Océano Índico. El interés por la isla y los sucesivos viajes emprendidos en su búsqueda revisitaron gran importancia para el desarrollo de la cartografía: el mapamundi de Diogo Ribeiro (Sevilla, 1529) pudo trazar ya el perfil de Sumatra, la base de partida, con una perfección que llenó de asombro a F. H. H. Guillemard<sup>36</sup>.

También a D. Juan III lo tentó la idea de hacerse con aquel tesoro que había burlado la búsqueda de sus predecesores. A poco de haber tomado Pero de Faría posesión de su cargo de capitán de Malaca (junio de 1539), el rey de las batas le mandó una embajada pidiéndole su ayuda para combatir al rey de Achén. La llegada de estos enviados de Sumatra sacó la isla del Oro de un olvido pasajero. Faría devolvió la embajada con F. Mendes Pinto, a quien encargó encarecidamente que se informase de todo lo que hubiese en aquella tierra y de cuanto oyese contar acerca de la isla dorada. Mendes

<sup>34</sup> G. Correia, *Lêndas da India*, III, pp. 240-41. Nada dice de la isla Barros, *Asia*, IV 5, 6 (VII, p. 583), y calla por completo el suceso F. Lopes de Castanheda.

<sup>35</sup> Después el rey de las batas, en su lucha con el rey de Achén, llevó al combate una «media espera» (una especie de cañón) de bronce que tenía las armas de Francia, procedente de este navío (F. Mendes Pinto, *Peregrinação*, Lisboa, 1983, cap. XVI, p. 48). Mendes Pinto, que fecha la arribada de las naves en 1526, después de su estancia en el reino bata dio cuenta al capitán de Malaca de la bahía donde había naufragado «el Rosado, capitán de la nave francesa» (XX [p. 59]).

<sup>36</sup> *Australasia. II. Malaysia and the Pacific Archipelagoes*, Londres, 1894, p. 156.

Pinto, testigo de la guerra desastrosa que hizo el bata al rey de Achén, a su regreso a Malaca dio una información por escrito a Faría según la cual

la isla yace en el mar de este río de Calandor en cinco grados de la parte del Sur, cercada de muchos bajos y de grandes corrientes, y puede distar de esta punta de la isla de Sumatra hasta 160 leguas poco más o menos<sup>37</sup>.

Mayor precisión, imposible. Las peticiones comenzaron a llover sobre la corte. Juan III nombró capitán del descubrimiento a Francisco de Almeida y, fallecido Almeida, al madeirense Diego Cabral. Tampoco a Cabral le sonrió la suerte, pues por piques de honra el gobernador de la India, Martín Alonso de Sousa, le arrebató la capitania de la jornada y se la dio a Jerónimo de Figueiredo. En 1543 se disponía a partir Figueiredo con un galeón y dos fustas a desvelar de una vez por todas el misterio: la isla quedaba siempre en las cercanías de Sumatra, pero ya no al Sur, sino al Oeste, detalle un tanto sorprendente que debemos a G. Correia. La jornada, sin embargo, rozó tanto el ridículo como la tragedia: en primer lugar, el galeón se fue a pique en el puerto, entre rumores que acusaban a Diego Cabral de haberlo hecho agujerear aposta<sup>38</sup>; después, Figueiredo se dedicó al más lucrativo negocio de la piratería en la costa de Tennaserin, hasta que sus hombres, irritados con él por su codicia, se amotinaron y lo abandonaron atado de pies y manos en Ceilán<sup>39</sup>.

Durante los años siguientes, y a falta de hombres de acción, el protagonismo recayó sobre los profesionales de la pluma. Un sobrino de Juan de Barros, Gaspar Barreiros, se sintió picado por la curiosidad de determinar a ciencia cierta el paradero de Ofir, ese Ofir que Cristóbal Colón había situado en la Española, otros en Sofala y no pocos portugueses en la India. Con todo el peso de su autoridad Barreiros se decidió también él por emplazar la mina del oro en la costa de Pegú, Malaca y Sumatra, escribiendo a tal efecto un docto tratado latino que intentó primero endosar a Juan III y que, a la muerte de éste, dedicó al cazador de ensueños que fue D. Sebastián<sup>40</sup>. La obrita, sobria y mesurada por lo general, tragó sin embargo la píldora al tratar de justificar la tradición ofírica transmitida por la *Glosa ordinaria*

<sup>37</sup> *Peregrinação*, XX (p. 60); cf. XIII (p. 40), XIV (p. 44).

<sup>38</sup> Correia (*Lêndas da Índia*, IV, p. 306).

<sup>39</sup> Sobre esta expedición nuestra fuente fundamental es F. Mendes Pinto (*Peregrinação*, XX [pp. 60-61]), que la fecha sin embargo en 1542.

<sup>40</sup> *Commentarius de Ophyra regione apud Divinam Scripturam commemorata, unde Salomoni, Iudaeorum regi incluto, ingens auri, argenti, gemmarum, eboris aliarumque rerum copia apportabatur*, Coimbra, 1561. Me ha proporcionado su texto con su habitual generosidad el profesor R. Loureiro, a quien expreso mi agradecimiento.

remozando la leyenda y poniendo el escenario cerca de los parajes frecuentados por los marinos portugueses<sup>41</sup>. Queda ya dicho cómo los comentarios a la Biblia habían hablado de la arena de Ofir, que se convertía en oro al ser refinada al fuego. Pues bien, de creer a Barreiros, los portugueses exploraron la costa de Malaca arrojando grandísimos peligros porque

se divulgó la fama de que unos hombres, cuya nave arribó hace tiempo por casualidad a aquella región, se detuvieron en ella algún tiempo esperando viento propicio para hacerse a la mar; al preparar lo necesario para reparo de la nave y no tener más lastre que arena, la estibaron cargando en su quilla un gran peso de tierra; y zarpando por fin de allí llegaron finalmente a la ciudad de Goa. La nave, gastada con los años y la vejez, fue desgazada en las atarazanas; entonces atrajeron la atención de los obreros las pepitas que relucían en el lastre y se encontró oro, de donde se conjeturó que aquella tierra había sido traída de la región del oro por azar, sin saberlo.

Es, como se ve, la misma tradición recogida antes por Correia, pero más ajustada a los cánones literarios, como era de esperar de un erudito como Barreiros. Una historia semejante se contó asimismo de la isla de las Siete Ciudades, otro lugar donde la imaginación popular localizó los mágicos tesoros de la Biblia<sup>42</sup>. E idéntica cantinela llegó en el siglo XVII a oídos de los españoles, perturbando la mente de un Gaspar Conquero, que fechó significativamente el descubrimiento en el reinado del «rey Don Juan de Portugal»<sup>43</sup>, de un Francisco Palomino<sup>44</sup>, o del francés que hizo el mapa de las islas de Salomón hoy conservado en el palacio de Liria<sup>45</sup>.

En diciembre de 1560 la nao «Sao Paulo», de que fue por capitán Rui de Melo da Camara, fue arrastrada por una terrible tempestad, que la llevó volando sin rumbo fijo al O. del cabo Comorín. En enero de 1561, navegando a 14 grados de latitud N., los marinos creyeron estar en la altura de la isla del Oro. Y hubo entonces quien quiso dejar todo por ir en su busca,

<sup>41</sup> Significativamente, también Lope de Vega (*Triunfo de la fe* [BAE 38, p. 171 b]) situó dentro de la demarcación lusa —y presumiblemente en la India— el minero bíblico, poniendo en boca de un japonés cristiano las siguientes palabras: «Y advierte cuánto sea el valor de los portugueses en esta parte, pues con la espada en las manos han entrado... en los ríos Indo y Gange, en la tierra de Ofir, en la Áurea Quersoneso, Ceilán, Malaca y Taprobana».

<sup>42</sup> Cf. mis *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid, 1989, I, pp. 54-55.

<sup>43</sup> Cf. mis *Mitos y utopías del Descubrimiento. II. El Pacífico*, Madrid, 1989, p. 202.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 256.

<sup>45</sup> Cf. Leoncio López-Ocón y Paloma Calle, *Papeles de América en el Archivo Ducal de Alba*, Madrid, 1991, n. 426a (p. 64): «il (Mendaña) dit qu'ayant pris de la terre pour racomoder son foyer, au bout de cinq ou six jours cette terre fut toute convertie en or».

«haciendo mil castillos de viento», y sin contentarse, el que era de ínfimo estado, con menos que con condesas al volver ricos a Portugal<sup>46</sup>: tal era su fama y tan grande su atractivo. El bajel se perdió en una isla enfrente de Sumatra. Y aun entonces, en medio de tantos peligros, el autor de la relación, Enrique Dias, no dejó de reseñar que en Sumatra había una región, Monancabo, de donde se llevaban todos los años a Malaca quince quintales de oro: «de este lugar, según dicen y quieren algunos, era el oro que Salomón mandaba buscar y que le llevaban sus naves para la fábrica del Templo»<sup>47</sup>.

No es de extrañar, por tanto, que el descubrimiento intentado por Figueiredo fuera propuesto muchos años después por un mestizo de raza portuguesa y malaya, Manuel Godinho de Heredia. Corrían los primeros años del s. XVII, y otro portugués con grandes ínfulas descubridoras, Pedro Fernández de Quirós, atosigaba y aburría a la corte de Felipe III sembrando los despachos de memoriales sobre la conquista de su Australia. Como en la década de los veinte del s. XVI, portugueses y españoles perseguían idénticas quimeras, esta vez en beneficio de una misma corona. En efecto, el objetivo de Heredia, que razonó sus propuestas en 1616 en un escrito dirigido al Austria e intitulado significativamente *Tratado Ophirico*, era llegar a la isla del Oro, llamada también India meridional o Java Maior, isla que se extendía desde los 16° S. hasta el trópico de Capricornio y aún más allá. A esta isla –o, mejor, tierra firme austral– habría llegado en tiempos, además de un príncipe de Java, un portugués, un tal Francisco de Resende, desde Timor. La historiografía portuguesa, de Oliveira Martins en adelante<sup>48</sup>, ha solido aducir este testimonio como prueba de un descubrimiento de Australia *avant la lettre*. Es probable, en efecto, que algún barco portugués arribara a Australia empujado por la tempestad. Sin embargo, no queda constancia documental de tal viaje; las noticias de Heredia, examinadas con atención, no recogen ningún dato inédito ni descubren arcanos secretos: la isla de Java Maior es la que Enciso llamó Jocat, pero desplazada todavía más al S. En definitiva, la propuesta de Heredia y la de Quirós se reducían a una y la misma cosa: el hallazgo del teórico continente austral, presente por pura hipótesis en la cartografía desde los tiempos de Ptolomeo.

Tanto se habló de la isla del Oro que pasó a convertirse en un tópico literario. En un auto sacramental lopesco el *Apetito*, el *Amor propio* y el *Engaño* cantan así:

<sup>46</sup> Bernardo G. de Brito, *História trágico-marítima*, Livros de bolso Europa-América, n. 275, I, p. 200.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 218.

<sup>48</sup> Cf. A. Cortesão, *Os descobrimentos portugueses*, V, p. 1303ss.

Esta es nave de alegría  
 Que va a las islas del Oro,  
 Donde es el gusto el tesoro  
 Que has de cargar, alma mía,  
 Porque hasta el último día  
 No hay tempestad que temer  
 Esta es nave donde cabe  
 Todo contento y placer<sup>49</sup>.

## LA ISLA DEL CARBUNCLO

No fue la isla del oro la única que trastornó con su fascinante brillo el juicio de los portugueses: hubo asimismo otra isla que mereció pasar a los anales de la historia por la fama de su riquísima pedrería. También aquí es dado rastrear las raíces clásicas de la leyenda. Una vez, según se decía, una tempestad arrojó a una isla del mar Árabe la nave de unos trogloditas; cuando éstos impulsados por el hambre intentaron coger del suelo hierbas y raíces para saciar su hambre, se encontraron con la agrídulce sorpresa de que lo que asían sus manos eran topacios. Otra variante localizaba asimismo la isla en cuestión, llamada Topazon, en el mar Rojo; pero precisaba que, al estar cubierta de nubes y celajes, rara vez era avistada por los navegantes, que la buscaban con ansiosa y bien comprensible diligencia; y de ahí derivaba la piedra su nombre, pues *topazio* en la lengua de los trogloditas significaba precisamente ‘buscar’, etimología que no parece sino responder a un pretendido parentesco con el verbo griego *topázein*, ‘conjeturar’, ‘suponer’<sup>50</sup>. Pasemos ahora al lejano Oriente, donde cobró renombre una isla llamada, no del topacio, pero sí del carbunclo. Siendo capitán del Maluco Bernardino de Sousa, llegó a Terrenate una nave, desviada de su curso por la corriente o la tempestad, de cuya tripulación sólo habían sobrevivido cuatro o cinco isleños. De los naufragos moribundos, que fueron llevados inmediatamente al convento de San Pablo, escapó con vida sólo uno, que contó muchas maravillas de su tierra natal cuando pudo hacerse entender. De creer a su relato, los isleños carecían de fuego, por lo que todo lo comían crudo. Durante la noche les daban luz unas piedras luminosas que llevaban en su cabeza unos insectos

<sup>49</sup> Lope de Vega, *El viaje del alma* (BAE 58, p. 156 a).

<sup>50</sup> Plinio, *Historia natural*, XXXVII 107-08 (cf. VI 169; XXXVII 24). La fuente de Plinio es Juba, aunque H. Kees (*RE* VI 1 A. 2, s.v. ‘Topazos’, c. 1717 15ss.) hace remontar las noticias al tiempo de las primeras expediciones por el mar Rojo bajo el reinado de Berenice. Según Brugsch y Schäfer la lengua aludida sería la nuba. K. Müller trató de identificar la isla con la *Ophiodes* de los demás geógrafos (Seberget, a 36° 7' N.), Blümner con Ceilán (*RE* VI 1 A.2, c. 1716, 58ss.; 1717, 35ss.; 1718, 28ss.). Desde Glocker (1824) se discute si el topacio antiguo correspondía al nuestro (Blümner) o a un crisólito o peridoto (así Glocker y O. Stein).

tos, piedras que durante el día quedaban cubiertas por una especie de visera que los bichos dejaban caer a voluntad. La isla estaba poblada por unos 60 ó 70 hombres, y cada casa tenía dos o tres insectos. Una versión más prolija de la misma historia dio el padre Nicolás Nunes, enviado por San Francisco Javier al Maluco. Según Nunes, los hombres, de tez pintada (es decir, tatuada, como bien señala Schurhammer), eran bien dispuestos; su tierra se encontraba a dos o tres días de distancia de Morotai, la isla más septentrional del Maluco, y abundaba en gallinas, batatas (en el original portugués ha de decir «inhames»), cocos, e «higueras de la India» (bananos)<sup>51</sup>, que eran pasto de una multitud infinita de tortugas. El jesuita también mencionó las piedras luminosas, añadiendo que los portugueses las tenían por carbunclos.

Acicateado por una nueva tan halagüeña el capitán Sousa intentó llegar a la isla, aunque después de avistarla la perdió arrastrado –infeliz– por la fuerza de la corriente. En 1570 fue Gonzalo Pereira quien, después de vencer la rebeldía de Sakita en Morotai, decidió ir en pos de la isla misteriosa. Nuevo intento y nuevo chasco: la misma corriente irresistible alejó a Pereira de su objetivo cuando ya parecía tenerlo al alcance de la mano. ¿Ocurrió así en realidad? Según el padre Nunes, más prosaico, la expedición no llegó a realizarse, abortada por la muerte del propio Pereira, que habría confiado la empresa a un hidalgo<sup>52</sup>. ¿Hubo entonces dos expediciones o se trata de dos versiones de un mismo empeño? La segunda solución me parece más plausible. En cualquier caso, la leyenda pervivió largo tiempo. Un jesuita anónimo que escribió en Malaca, el 28 de noviembre de 1619, un breve memorial sobre el estado del Maluco, no vaciló en referirse a la misma fábula al hablar «Das ilhas em comum»:

Dizem os mesmos naturaes que entre estas ilhas [del Maluco] ha hũa –e parece ser certo, per mo afirmarem alguns christaos– chea de muita pedraria. Dizem ser encantada, porque não aparece senão de noite pello grande esplendor que de si lança, com o qual alumia muitas legoas fora d’ella. Conto aqui isto por mo dizerem e não pollo ter visto, que a minha entençaõ he somente dar rezãõ das que chamãõ Malucas<sup>53</sup>.

<sup>51</sup> La misma descripción de la fauna y flora de la isla hallada por el almirante del Maluco en 1525 hacen G. Correia (*Lêndas da India*, II, p. 966) y F. Lopes de Castanheda (*História da India*, VI 127 [II, p. 357]). Ñames, palmas cocoteras y bananos es la flora de las islas Palaos (cf. Guillemard, *Australasia*, II, p. 551).

<sup>52</sup> Las relaciones de Pereira y Nunes las conozco gracias a G. Schurhammer (*Varia*, Roma-Lisboa, 1965, p. 159ss.), que da una traducción alemana.

<sup>53</sup> *Relaçao breve da ilha de Ternate, Tydore e mais ilhas Malucas a onde temos fortaleza e presidios, e das forças, naos e fortalezas que o nemigo olandes tem por aquellas partes* (BN Madrid, ms. 3015, ff. 41v-42r). El jesuita no se privó, sin embargo, de contarnos otros portentos de las islas: su credulidad era grande. Así, en el f. 43r, hablando de Ternate dice: «Tem esta força (la de Don Gil) a roda hũa lagoa de agoa não muito longe do mar; e he de tan sobejo fundo, que he capas de poderem surgir nella embarçaõs (ainda as de alto bordo), o que intentaraõ os Portugueses com os naturaes ha ya tempos. E querendo romper a pequena distançia que ha d’ella ao mar (que sera tres o quatro braças) verteo agoa em

En estos relatos se mezclan varios elementos legendarios con realidades bien palpables y reconocibles a primera vista. En efecto, los insectos luminosos son idénticos a los cucuyos de la Española, cuyos indígenas, según informa G. Fernández de Oviedo<sup>54</sup>, acostumbraban a

tener presos e retenidos estos cocuyos para el servicio de las casas e cenar de noche a su resplandor, sin haber necesidad de otra lumbre; e así lo hacían también en el tiempo pasado algunos cristianos, para no gastar sus dineros en aceite para los candiles, y cuando veían que por enflaquecerse el cocuyo o por la congoja de su prisión se amortiguaba o iba desfalleciendo aquella virtud resplandeciente, soltábanlos e tomaban otros para otros días siguientes.

Ni más ni menos, según se ve, que como hacían los indios de Malasia. Ahora bien, era natural que la fantasía de los portugueses se arrebatase ante estas particularidades tan intrigantes y creyese reconocer en la historia indígena otros animales y otras gemas. Decíase, en efecto, que el dragón tenía en su cerebro una piedra, la *dracontites*, que los magos extraían cuando el monstruo estaba aletargado pero vivo, pues de otro modo no se hacía preciosa: «los hombres audaces exploran la gruta de los dragones y esparcen en ella hierbas con drogas para provocar su sueño; y así, cuando están dormidos, les cortan la cabeza y les sacan la piedra», enseñaba el viejo santo Isidoro<sup>55</sup>. Pero la *dracontites* era una variedad del carbuncló. Según refiere un misionero dominico de principios del s. XIV, fray Jordán Catalán de Séverac<sup>56</sup>, la India Tercera (es decir, Etiopía)

---

sangre, cosa que pos em espanto a todos; e quiserão dizer alguns que denotava aquillo muitas guerras sanguinolentas que ouve e ha de aver pello tempo em diante; e não errou em dizerem esto: porque de doze annos a esta parte temse morto mais de seis mil homens christaos, espanhones, portugueses afora muita gente da terra, e o mesmo vemos nestes presentes cada dia». Después, tras mencionar el volcán de fuego que había en Terrenate, asegura el autor que intentó saber la verdad «dos naturaes e de outras muitas pessoas fidedignas. Disserão me que aquillo não acontecia sempre, senão per tempos, e mormente quando quer suceder algũa nova, que sirve aquillo de pronostico; porque me disserão tambem que quando morrio o governadore de Manilha Dom João de Sylva em Malaca, succedeo arrebentar este vulcão, e segundo disserão fora a primeira vez que appareceo, e ouve tanta cinza que este vulcão deitou, que se cobrio a terra e os homens andavão empoados d'ella. E por ser hum caso tão estranho como digo, notarão ho mens, dia e hora; veyose a saver que no mesmo tempo falecera o dito Dom João da Sylva. E estas notas fazem quando o vulcão arrebenta, de maneira que não succede sem aver causa. E eu o vi no tempo que la estive de 1618 que elle arrebentou, que tambem, notado o tempo, achouse que fora per causa da perda dos galiões de Manilha» (f. 45v).

<sup>54</sup> *Historia general y natural de las Indias*, XV 8 (BAE 118, 85 a).

<sup>55</sup> *Etimologías*, XVI 14, 7. La misma tradición recoge B.L.Argensola, *Rimas* (I, p. 105 Blecua).

<sup>56</sup> *Viaje*, VII 1-2.



cría infinidad de dragones, que tienen en su cabeza unas piedras relucientes que se llaman carbunclos. Estos animales yacen sobre arenas de oro, crecen sobremanera y exhalan de sus fauces un hálito fetidísimo e infecto, a modo del humo espeso a más no poder que desprende el fuego. Se reúnen a un tiempo fijado, se despliegan en formación y comienzan a elevarse por el aire; entonces, por el juicio de Dios, como son muy pesados, caen en un río que sale del Paraíso y en él mueren. Todos los pueblos están pendientes de la época de los dragones, y cuando ven que alguno ha caído esperan 70 días y después bajan; una vez que encuentran la osamenta del dragón, ya monda de carne, toman el carbunco enquistado en el hueso de su cabeza y se lo llevan al emperador de los etíopes que llamáis *Prestre Johan*.

La misma quimera y la misma deducción falsa nubló el juicio de los españoles que iban en la armada de Loaysa, cuando llegaron al puerto de S. Jorge, ya embocado el estrecho de Magallanes. Un clérigo vascongado, fanfarrón, curioso y parlero, Juan de Areizaga, anotó entonces que, estando en este puerto se vieron dos animales en tierra, de noche, los cuales decían que eran carbuncos, cuyas piedras alumbraban como sendas candelas resplandecientes; a los cuales hicieron guarda, e después que pusieron en ello diligencia por los tomar, nunca más los vieron ni parecieron, e antes d'eso los vieron tres o cuatro noches<sup>57</sup>.

Y una leyenda semejante volvió a oír cerca de Morotai un predicador holandés, Francisco Valentyn, a finales del s. XVIII: los habitantes de las islas de Talao (Talaut) le hablaron de una serpiente llamada *Ular Komola* que tenía un carbunco en la cabeza, cuyo brillo refulgía de noche a lo lejos; y uno de ellos llegó a decirle que había visto uno de esos carbunclos en poder de un indígena de Amboino<sup>58</sup>. ¿Se trata de una tradición portuguesa aclimatada ya en el Maluco o de una leyenda independiente? Me inclino por la primera solución: los nativos hubieron de acabar por saber latín para despistar y librarse de los europeos.

Pasemos ahora a analizar otro elemento del relato, éste claramente mítico: la niebla que rodea la isla del Carbunco y la oculta a la mirada curiosa de los mortales. Espesas nubes protegían también la isla de Circe y la de San Brandán. Esta cobertura neblinosa hizo que en el Medievo la isla mágica acabara por ser llamada la Perdida<sup>59</sup>. Recordemos que Gil Vicente, en su *Auto da alma*, hizo decir irónico al diablo, cuando un hidalgo le preguntó que adónde se dirigía la barca del infierno:

Vay pera a ylha perdida  
e ha de partir logo essora<sup>60</sup>.

<sup>57</sup> La relación de Areizaga la extractó G. Fernández de Oviedo (*Historia general y natural de las Indias*, XX 10 [BAE 118, p. 251 a]). Al carbunco «que resplandece en medio de las tinieblas» se refirió Gracián (*Criticón*, V [Clás. Cast., vol. I, p. 65]).

<sup>58</sup> G. Schurhammer, «Die Karfunkelinseln», p. 160.

<sup>59</sup> Cf. J. Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. 2. El Pacífico*, Madrid, 1991, pp. 94-95.

De ese truco se valieron asimismo los mercaderes para dar más valor a su mercancía. Nicolò de Conti<sup>61</sup> habló de oídas de la isla de Banda, «la única en la que se cría el clavo (*gariofali*), que es llevado a la isla de Java... Ambas islas están habitadas por hombres de color negro, y más allá de ellas el mar no es navegable, y los marinos son rechazados por el viento». La superchería mítica emplazaba las islas del clavo en la franja extrema del mundo, allá donde les era imposible llegar a las naves a causa de la negrura del aire: tal como decían los geógrafos árabes<sup>62</sup>, igual ocurría en el Océano, el mar que circundaba la tierra, que por esta causa fue llamado mar Tenebroso. Con el tiempo, se culpó a los portugueses de haber forjado esta impostura en torno a la cuna de la preciada especia: «Los portugueses han propalado que las islas del Maluco se hallan en medio de un mar innavegable a causa de los arrecifes de que está cuajado y de su atmósfera nebulosa y empañada de espesas nieblas»<sup>63</sup>. Otra isla de la antigua India que también se escondió presumiblemente tras la misma cortina de densos celajes fue Socotorá. En efecto, el poder mágico de sus habitantes gozó de gran fama. Decíase que los isleños podían detener los navíos y obligarlos a regresar, puesto que alteraban a voluntad el curso de los vientos. Y aunque Marco Polo, que propagó tal leyenda<sup>64</sup>, no dijera una palabra acerca de las nubes, es de suponer que entre las habilidades nigrománticas de los socotorinos figurase el poder de arrojar sobre el mar una niebla tan espesa que impidiese la visión: la misma hechicería atribuyó el propio Marco Polo<sup>65</sup> a los *carauanas*, los salteadores de caravanas, capaces de entenebrecer el cielo de la comarca que querían someter a pillaje. Una vez que luchaban los mongoles contra Mahmud de Tabar se abatió una densa niebla sobre el campo de batalla, oscuridad que puso en fuga a los mongoles, convencidos del origen mágico de la misma<sup>66</sup>. En fin, idéntica influencia maligna tuvieron los musulmanes de al-Ándalus a juicio de los cristianos: a sus sortilegios achacó la gente de Pero Niño una niebla que les cayó a deshora y que venía como de la ciudad de Málaga: «algunos marineros...

---

<sup>60</sup> Vv. 25-26 (p. 255).

<sup>61</sup> En Poggio, *De uarietate fortunae*, p. 136.

<sup>62</sup> Cf. Abu Hamid, *Al-Murib*, p. 263.

<sup>63</sup> Pigafetta, *Viaje*, p. 133 (doy otra traducción a la vista del original italiano).

<sup>64</sup> III 38.

<sup>65</sup> I 22.

<sup>66</sup> El paralelo fue aducido ya por H. Yule (*Travels of Marco Polo*, I, p. 106), sin precisar la cita: se trata de Yuvaini (J. A. Boyle, *Ata-Malik Juvaini. The History of the World-Conqueror*, Harvard, 1958, I, p. 114).

dixeron que los moros eran hechiçeros de aquellas tales cosas e qu'ellos lo farían a fin, si pudiesen, hazer perder las galeras»<sup>67</sup>.

Por fin, la isla hallada por casualidad y nunca vuelta a encontrar es un tema manido y recurrente en todos los cuentos marineros. Baste aquí con dar otro ejemplo índico: cuenta García de Orta<sup>68</sup> que unos hombres encontraron una vez una isla de ámbar; partieron de ella y, cuando llegaron a casa, prepararon una nave con agua y mantenimientos para descubrirla, pero jamás lograron dar con ella otra vez.

## LA ISLA, ESPEJO DEL PARAÍSO

No es fácil identificar la isla del Carbunclo en el laberinto insular de la Malasia: quizá fuera Tobi, al N.E. de Morotai, mejor que Talao (Talaut), al N.O. En cambio, parece más sencillo reconstruir el rumbo de otra navegación rodeada de misterio. Tomada posesión del Maluco corrió la voz de que había oro en las islas Célebes. La jubilosa nueva hizo que en 1525 se concertaran dos personas tan mal avenidas como D. García Enríquez, capitán del Maluco, y Antonio de Brito, de suerte que esta pareja normalmente discorde despachó allá de consuno al almojarife del Maluco con una fusta para hacer su agosto de oro. Los isleños de las Célebes hicieron mal recibimiento a los portugueses, que, cuando quisieron dar la vuelta, dieron con una tempestad deshecha que los llevó, juguetes de las olas, como unas 300 leguas al E. Para colmo de desgracias, mientras iban a merced del mar, saltó el timón de las hembras, y, siendo como era de noche, la reparación de la pieza desencajada tuvo por fuerza que esperar hasta la mañana siguiente. Mas entonces sucedió la maravilla de las maravillas: los navegantes se percataron de que se encontraban junto a una isla paradisíaca, tan saludable que no había en ella ningún enfermo, de modo que hasta sanaron algunos portugueses que venían dolientes; los indígenas, que por su ingenua naturalidad daban muestras de no conocer europeos, eran bazos y bien proporcionados, enjutos, de hermoso rostro y luenga barba negra, vestidos de unas esteras tejidas, blandas, que se ponían a modo de camisas, mientras que de cintura para abajo se cubrían con unos paños. Según dijeron a los navegantes, que pasaron en su tierra cuatro meses, la parte occidental de la isla tenía oro infinito<sup>69</sup>.

<sup>67</sup> Gutierre Díez de Games, *Victorial*, II 37 (p. 102 Carriazo). Puedo ofrecer un paralelo más antiguo: en el *Poema de Fernán González*, 480, se achaca a los moros el hacer «muy malos gestos con sus espiramientos / de revolver las nubes e revolver los vientos».

<sup>68</sup> *Colóquios dos simples e das drogas da India*, ed. del conde de Ficalho, I, Lisboa, 1981, p. 49.

<sup>69</sup> Barros, *Asia*, III 10, 5 (VI, p. 489ss.); G. Correia, *Lêndas da India*, II, pp. 965-66; Castanheda, *História da Índia*, VI 127 (II, p. 356).

El oro sale a colación oportunamente, ya que, como observó un navegante español coetáneo, señalar una isla como rica en oro «es común dezir de indios y es plática que más usan: o lo hazen por contentar y agradar a los que se lo preguntan o por verse eximidos de ellos»<sup>70</sup>. Pero más que el metal amarillo, por importante que sea, nos interesa ahora la magia insular que todo lo envuelve: la nave llega derrotada, sin que nadie la guíe, milagrosamente, al modo como había llegado a la isla de promisión de los santos San Brandán; una avería posibilita el descubrimiento de la isla (Barros especifica que el desperfecto del timón fue «pera não se perderem escorrendo a esta ilha»), igual que el varar de la Santa María el día de Navidad abrió los ojos a Colón sobre la bondad de la Española: el propio almirante reconoció después que «milagrosamente mandó quedar allí aquella nao Nuestro Señor»<sup>71</sup>; los indígenas parecen vivir en la Edad de Oro, «na simpleza da primeira idade», como dice Barros, la eterna aspiración insatisfecha del europeo, llámese Colón, Bougainville o Gauguin; por fin, los aires templados curan todas las enfermedades: también en la Española no había caído nadie enfermo y uno de los hombres de Colón, que padecía de un cólico nefrítico, se había librado de su achaque «al cabo de dos días»<sup>72</sup>.

Esta isla, a mi juicio, puede identificarse con una de las Palaos, teniendo en cuenta que a ella hubo de referirse Andrés de Urdaneta<sup>73</sup> al escribir que al N.O. del Maluco había un archipiélago de islas muy juntas «que descubrió una fusta de portugueses docientas leguas del Maluco, y están dende tres grados hasta nueve de la parte del Norte». Y es curioso comprobar que la misma consideración que a los portugueses merecieron los isleños al capitán Wilson, quien en 1783 hizo una descripción entusiasta de los nativos como «delicate in their sentiments, friendly in their disposition, and, in short, a people that do honour to the human race»<sup>74</sup>. La camisa que llevaban los palaos ha de ser lo que los españoles, muchos años después, calificaron de capisayo fino<sup>75</sup>.

Con el tiempo las Célebes, entendidas siempre en un sentido más amplio que el actual<sup>76</sup>, fueron otra vez noticia. Un calaluz que llegó en 1535 a

---

<sup>70</sup> *Relación anónima del viaje de Rui López de Villalobos*, edición C. Varela (Milán, 1983), p. 53.

<sup>71</sup> Doc. II (*Diario*, 6 de enero), p. 188.

<sup>72</sup> Doc. II (p. 147).

<sup>73</sup> *Relación* (BAE 77, p. 248 b).

<sup>74</sup> Tomo la cita de Guillemard, *Australasia*, II, p. 552.

<sup>75</sup> Cf. J. Gil, *Mitos y utopías. II. El Pacífico*, p. 340.

<sup>76</sup> Así les ocurrió también a los navegantes españoles: la *Relación anónima del viaje de Rui López de Villalobos* (p. 59) consideró Mindanao como «de nasçión de zélebes»; y como célebes calificó también a los habitantes de Sarangán (p. 70, 72, 85).

Terrenate para mercadear según la costumbre fue atacado por los portugueses del capitán Tristán de Ataíde, pensando que los indígenas venían de islas «donde dicen que hay mucho oro, cera y concha de carey»<sup>77</sup>. El suceso escandalizó grandemente a los naturales, que pronto tuvieron mayor ocasión de alborotarse ante la prisión de su rey Tabarija por parte de Ataíde. Escarmentando en cabeza ajena, el samarón o almirante, regidor entonces de Terrenate, hizo creer al truculento capitán que había oro en las Célebes, Macazares y Mindanao, para librarse en lo posible de la presencia de los portugueses. Y «como el codicioso y el tramposo se conciertan fácilmente», Ataíde cayó en el garlito y, convencido de que, al N.E. de Mindanao, «había una isla muy rica de oro»<sup>78</sup>, en 1536 envió allá un navío al mando de Juan de Caminha Pinto, que lo único que consiguió fue soliviantar en Mindanao los ánimos de los indígenas musulmanes<sup>79</sup>.

Aun otra nave se dirigió a las Célebes (es decir, Palaos también en este caso) desde el Maluco, sin duda en busca de la isla rica en oro. La despachó otro capitán de la Especiería, Antonio Galvão, hombre «curioso de cousas estranhas»<sup>80</sup>, y fue por capitán Francisco de Castro. La nave llegó a una isla, Chedigón<sup>81</sup>, situada a doce grados y dos tercios de latitud N. Después de que Castro y su rey hubieron firmado un pacto de amistad sangrándose en el brazo y bebiendo el uno la sangre del otro, el monarca se convirtió al cristianismo, tomando el nombre de Francisco; su ejemplo fue seguido por un reducido puñado de nobles. A los veinte días de estancia en la isla Castro partió de Chedigón y pasó a Mindanao, donde también logró bautizar a algunos reyezuelos; el mismo celo evangélico y también con halagüeños resultados desplegó con los reyes de Butuán, Pimilara y Camiguy (siempre en Mindanao). Castro, sin embargo, no pudo llegar a Macazar, por serle los vientos contrarios<sup>82</sup>.

<sup>77</sup> G. Correia, *Lêndas da India*, III, p. 633; F. Lopes de Castanheda, *História da India*, VIII 91 (II, p. 718).

<sup>78</sup> Es la noticia que da Urdaneta (*Relación* [BAE 77, p. 248 b]) y que combino con las fuentes portuguesas.

<sup>79</sup> G. Correia, *Lêndas da India*, III, pp. 726-27, dando el apellido correcto: «Caminha»; Barros-Lavanha, *Asia*, IV 6, 25 (VIII, p. 155), con una variante equivocada: «Canha»; F. de Andrada, *Crónica*, III 28 (p. 669). En esta carabela quiso enviar también a Urdaneta y a los españoles presos en Tidore (cf. Urdaneta, *Relación* [BAE 77, p. 244 a]).

<sup>80</sup> Castanheda, *História*, IX 9 (II, p. 908 ss.).

<sup>81</sup> Sería tentador identificarla con la *Candigar* de los españoles, a dos o tres leguas al S. de Mindanao (J. de Santisteban, *Relación*, p. 25 Varela); no casa entonces la precisa latitud dada por Barros.

<sup>82</sup> F. Lopes de Castanheda, *História da India*, VIII 200 (II, pp. 890-91).

## CONCLUSIÓN

Las islas continuaron gozando de mayor prestigio que la tierra firme. Un ejemplo: en Malaca se tuvo noticia del pueblo de los lequios, que habitaban en unas islas cercanas a China (las Ryu-Kyu) y que abundaban en oro y otras ricas mercaderías; pues bien, a Fernán Pires, cuando los vio, le parecieron «gente más dispuesta que los chinos y mejor tratados de su persona»<sup>83</sup>. Pero poco a poco este prestigio se fue desplazando hacia el Pacífico, como hemos visto, esto es, hacia lo desconocido; de esta suerte, en la segunda mitad del s. XVI la isla del Oro se escondió bien al N. del Japón, donde la buscó S. Vizcaíno, bien en la Polinesia, donde intentaron hallarla A. de Mendaña o Pedro Fernández de Quirós<sup>84</sup>. La India aquende y allende el Ganges, ya suficientemente explorada, se había quedado sin misterios y, por ende, sin mitos.

---

<sup>83</sup> Barros, *Asia*, III 2, 8 (V, p. 220). G. Correia (*Lêndas da India*, II, p. 529) indica sólo que Peres se enteró de la existencia de los lequios allende Cantón.

<sup>84</sup> No deja de ser curioso que la leyenda de la isla del Oro prendiese también entre los chinos: un embaidor la quiso buscar en Cavite, prometiéndoles que volverían a su patria con las naves cargadas de oro. Sus embustes y trapacerías dieron lugar a un terrible levantamiento de los sangleyes en 1604, que fue sofocado en sangre por el gobernador D. Pedro de Acuña (D. Aduarte, *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores en Filipinas, Japón y China*, Madrid, 1962, I, p. 428).

Jacqueline HADZIIOSSIF

## APERÇU DES ÎLES GRECQUES AU MOYEN ÂGE

L'univers insulaire depuis l'antiquité a souvent servi de support et de prétexte à un discours inspiré de traditions livresques et légendaires, où se mêlent l'imaginaire et le réel. L'île apparaît comme un microcosme commode à l'intérieur duquel peut s'élaborer «une vision fantasmée de l'Ailleurs et de l'Autre»<sup>1</sup>. Ce processus s'effectue à partir d'un regard qui reste souvent extérieur à un univers que le narrateur crée entièrement, ou en face d'une réalité dont il ne retient que des éléments particuliers pour illustrer sa thèse. L'île devient support du merveilleux, lieu de passage vers un paradis imaginaire, ou même vers un au-delà infernal comme l'a été la Sicile<sup>2</sup> au cours des siècles.

La notion moderne d'insularité se forge au cours des XVIII<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècles. Lucien Febvre, dans son *Introduction géographique à l'Histoire* remarque que ce concept est venu tard dans la pensée occidentale, il évoque «la notion d'unité insulaire», «la notion biologique d'insularité»:

parcelles du globe isolées, séparées de toutes les autres contrées par une ceinture liquide d'efficace protection. N'est-ce point naturel qu'elles donnent naissance à des sociétés de type original assez semblables les unes aux autres, assez aisément comparables et qui, vivant sur des fonds analogues, plutôt pauvres et maigres en ressources, se perpétuent sous la forme même que le milieu leur a imprimée en les marquant de sa puissante empreinte<sup>3</sup>

Il cite les voyages dans l'hémisphère austral et autour du monde de Cook, ces récits de voyages, qui ont décrit avec brio les caractéristiques de la faune et

---

<sup>1</sup> F. Dubost, «Insularités imaginaires et récit médiéval: l'insularisation», *L'insularité, Thématique et Représentations*. Textes réunis par J.C. Marimoutou et J.M Racault. Université de la Réunion, Faculté des Lettres et Sciences Humaines. Paris, Éd. L'Harmattan, 1995, pp. 46-57.

<sup>2</sup> H. Bresc et G. Bresc-Bautier, *Palerme 1070-1492. Mosaïque de peuples, nation rebelle, la naissance violente de l'identité sicilienne*, Paris, Éd. Autrement, 1993, pp. 195-205.

<sup>3</sup> L. Febvre, *La terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*. Paris, La Renaissance du Livre, 1922, pp. 246-247 et 270-271.

de la flore insulaires, selon lui, auraient influencé au XIX<sup>e</sup> siècle les historiens, les économistes, les juristes et les linguistes en les amenant à définir un type de sociétés humaines insulaires. À travers ce discours de scientificité, Lucien Febvre crée une nouvelle approche fantastique et mythique de l'univers insulaire. Fort des récents acquis de la science géographique, il présente l'île comme: «tour de côtes, circuit de rivages, habitat littoral parfait», mais si l'île peut signifier isolement, archaïsme, elle est également ouverture vers le monde, il célèbre «le type de l'insulaire sur qui passe incessamment le vent qui vient du large, l'appel de l'inconnu lointain».

Au Moyen Âge, la notion d'insularité telle qu'elle se forme progressivement à travers les écrits des naturalistes, des historiens, des géographes, n'existe pas. Les îles suggèrent aux chroniqueurs, aux narrateurs des récits dont les références sont empruntées à la mythologie, au fantastique ou au folklore. Aux XIII-XV<sup>e</sup> siècles, lorsque le développement de la cartographie substitue à l'image précédente une appréhension plus réaliste de l'univers des îles, ce sont des préoccupations pragmatiques, qui motivent une approche différente des utilisateurs des portulans.

À mi-chemin entre le récit onirique et la réalité se situe le *Songe du Vieil Pèlerin* de l'aventurier Philippe de Mézières qui retrace ses années au service du roi Pierre I de Lusignan, à Chypre et dans les Îles de l'Archipel; en dépit de sa connaissance vécue des îles de la Méditerranée orientale, son regard reste encore extérieur, il se rattache à la tradition des récits antérieurs en mêlant culture livresque et politique à ce récit onirique. Pour tenter de pénétrer de l'intérieur dans l'univers insulaire, j'ai eu recours à la *Chronique du doux pays de Chypre*, écrite par le chypriote Léonce Makhairas. Ce récit d'un contemporain de la fin du XIV<sup>e</sup> siècle et du début du XV<sup>e</sup> siècle, permet d'apercevoir le point de vue d'un insulaire, un homme cultivé appartenant au cercle du pouvoir. C'est à partir de ces quatre sources: les récits de voyageurs, les portulans et la cartographie, le *Songe* de Philippe de Mézières et la *Chronique* de Léonce Makhairas que l'on s'interrogera sur la manière dont les hommes au Moyen Âge conçoivent l'univers des îles.

## LES RÉCITS DE VOYAGE

Depuis le haut Moyen Âge, les récits de voyage retracent les pèlerinages vers les Lieux Saints: Rome siège de la Confession du prince des apôtres, Jérusalem lieu du Saint Sépulcre. Les récits de voyage vers la Méditerranée orientale se multiplient lorsque le départ vers les Lieux Saints se transforme en croisades. Guibert de Nogent relate l'histoire de la première croisade à travers sa *Gesta Dei per Francos*, Guillaume de Tyr natif de Terre Sainte dans son *Historia rerum transmarinarum* retrace la vie du royaume franc de Palestine. L'*Historia* de Baudri de Bourgueil, l'*Histoire de la guerre sainte* d'Ambroise, pèlerin d'Evreux, abordent ces thèmes en vers, ou en prose vernaculaire comme



les récits célèbres de Robert de Clari, de Joinville et de Geoffroy de Villehardouin<sup>4</sup>. Ils évoquent les diverses impressions, les étonnements des Latins devant ces rivages où ils abordent pour la première fois.

Le récit de voyage, écrit immédiatement ou réélaboré plusieurs années après les faits, livre aux contemporains l'expérience vécue au loin, transformée au retour. Oeuvre littéraire, genre nouveau entre la chronique, l'épopée, le genre hagiographique, elle est pérégrination, devisement du monde. Elle s'inspire souvent de l'*Histoire du bon roi Alexandre*, le pseudo Callisthène<sup>5</sup> qui retrace les enfances d'Alexandre, les voyages et les conquêtes le conduisant à la lisière du monde connu.

En utilisant cette geste, le récit de voyage en Occident apparaît comme une quête individuelle, l'aventure de l'âme et du corps, la confrontation avec l'autre, la recherche de son identité à travers l'épreuve du voyage. Le récit se veut exemplaire, il tente de livrer à son public, aux futurs pèlerins, aux voyageurs, un guide, un recueil d'expériences vécues, ou de récits par ouïe-dire, une somme à laquelle s'ajoutent des compilations, des lectures réalisées avant le périple ou à l'issue de ce dernier. Il puise largement dans les écrits littéraires de ses prédécesseurs, en particulier dans la version latine du *Roman d'Alexandre* adaptée du grec par Julius Valerius auteur d'un itinéraire d'Alexandre dédié à Constance II au IV<sup>e</sup> siècle ap. J.C., ainsi que dans celle du XI<sup>e</sup> siècle, inspirée par les traductions latines de Valerius et de Léon le Diacre intitulée *Historia de proeliis*, l'Histoire des combats d'Alexandre, devenue la source principale des compilations médiévales<sup>6</sup>. En évoquant le voyage d'Alexandre, l'auteur des récits de voyage tente de retrouver le fil conducteur du voyage initiatique, qui est celui de l'âme à la recherche de l'au-delà, du salut, voyage au cours duquel l'élève balbutiant finit par révéler au maître les secrets du monde, sa signification réelle, le cosmos n'étant que le reflet du divin. Tel Alexandre, le voyageur apparaît comme un être inassouvi, à la poursuite d'un ailleurs souvent inaccessible. Le voyageur cherche à s'éprouver à travers les périls de la pérégrination et les joies de la découverte<sup>7</sup>. Microcosme, en parcourant le monde connu, il amorce un périple qui préfigure les tribulations de l'âme à travers le voyage de la vie.

<sup>4</sup> *Historiens et chroniqueurs du Moyen Âge*, édit. par A. Pauphilet et E. Pognon, Paris, Gallimard, 1952.

<sup>5</sup> D.J.A. Ross, *Alexander historiatus*, Londres, Wartburg Institute Surveys, 1963. G. Bounaire et B. Serret, *Le pseudo Callisthène, le Roman d'Alexandre, la vie et les faits d'Alexandre de Macédoine*, Paris, les Belles Lettres, 1992.

<sup>6</sup> A. Pinchart, «Miniaturistes, enlumineurs et calligraphes employés par Philippe le Bon et Charles le Téméraire», *Bulletin des commissions royales d'art et d'archéologie*, 4<sup>e</sup> année, Bruxelles, 1865, p. 475.

<sup>7</sup> Voir S. Vilatte, «L'insularité dans la pensée grecque: au carrefour de la Géographie, de l'Ethnographie, de l'Histoire», *Revue Historique*, tome CCLXXXI, 1989, pp. 3-12.

## **LE SONGE DU VIEIL PÉLERIN: CHYPRE ET LES ÎLES DE L'ARCHIPEL**

À la rencontre de la vision onirique et du conte politique se situe le *Songe du Vieil Pélerin* de Philippe de Mezières. Ce chevalier picard apparenté aux Dainville, passe une partie de sa vie au service du roi de Chypre, Pierre I de Lusignan. Parti en croisade à la suite du dauphin Humbert II en 1346, à vingt ans il effectue le pèlerinage de Jérusalem et rêve de créer un nouvel ordre de chevalerie militaire, celui des chevaliers de la Passion. Ayant fait la connaissance des Lusignan, il passe au service de Pierre de Tripoli fils de Hugues IV de Lusignan roi de Chypre. Devenu le chancelier de Pierre I, à sa suite il parcourt la chrétienté de 1362 à 1365, plus tard il participe à ses côtés à la prise d'Alexandrie. De 1367 à 1368, le souverain l'envoie en mission dans tout l'Occident. Après l'assassinat du roi par des chevaliers, Philippe de Mézières quitte Chypre, il séjourne à Venise, puis en Avignon, avant de gagner Paris en 1473. Il y devient le conseiller et l'ami du roi Charles V, qui l'a choisi dans son testament pour participer au conseil de tutelle des enfants royaux. Après le long séjour en Méditerranée orientale, il n'oublie pas les îles de l'Archipel<sup>8</sup>, il conçoit le projet de rassembler les forces de la chrétienté sous l'hégide de son pupille, le jeune roi Charles VI qui vient de succéder à son père. Il en fait le jeune roi idéal, l'espoir des chrétiens de l'Archipel, présentés comme orphelins et sans protecteur depuis la disparition tragique de Pierre I de Lusignan. Il espère aussi peut-être revenir aux affaires par son intermédiaire. Sous une forme allégorique, il expose son dessein politique à son fils spirituel, Charles VI<sup>9</sup>. Le vieux pèlerin qu'il est devenu au cours de sa vie, relate le songe qu'il a fait à Paris, au pied de l'autel de l'église des Célestins où il s'est retiré.

<sup>8</sup> La notion d'Archipel ne correspond pas toujours à la notion géographique actuelle, mais désigne alors et jusqu'au XVIII<sup>e</sup> siècle toutes les îles à population grecque, y compris Chypre. J.J. Rousseau en est une illustration, en écrivant à son ami Laliaud le 5 octobre 1768: «Je voudrais Monsieur trouver quelque moyen d'aller finir ma vie dans les îles de l'Archipel, dans celle de Chypre». R. Trousseau, «Jean Jacques Rousseau et le Mythe insulaire», *L'Insularité...*, pp. 105-113. Dans le *Dictionnaire géographique portatif* de Vosgien, Paris, 1767, on commence à établir une distinction: l'Archipel, partie considérable de la Mer Méditerranée, appartient à l'Europe et à l'Asie, elle est limitée au sud par l'île de Candie et par Rhodes, tandis que Chypre est définie comme une grande île d'Asie.

<sup>9</sup> F. Autrand, *Charles V*, Paris, Éds. Fayard, 1994, pp. 695-698. Après la bataille de Smyrne, il est armé chevalier et rencontre les Lusignan, après avoir suivi la croisade du dauphin Humbert II en 1346. Il devient chancelier de Pierre de Chypre en 1360 et participe à la croisade d'Alexandrie de 1365. Pierre de Chypre est assassiné en 1369. Philippe de Mézières se retire à Venise, puis se rend en Avignon et à Paris, de 1373 à 1380, il est membre du conseil du roi. À la mort de ce dernier, il se retire à Paris dans le couvent de l'ordre des Célestins.

Deux figures imaginaires lui apparaissent en songe: «Ardent Désir» et sa soeur «Bonne Espérance». Elles s'adressent à lui en prononçant ces paroles: «Nous sommes pélerins qui alons quérant une aventure dont maint marchands souffrent maint grant arseure»<sup>10</sup>. Les deux pélerins imaginaires ne partent pas à la recherche des Lieux Saints, comme leurs frères mortels qui sont aussi des marchands, mais en quête du paradis terrestre où vivent les trois filles de Dieu, sous les traits de trois souveraines. La première a pour nom la «Riche Précieuse», c'est-à-dire la Vérité qui est Dieu, la seconde la «Doulce Amour» symbolise la Charité qui est Jésus Christ, la dernière la «Dame des Oeuvres» symbolise le Doux Saint Esprit. Elles sont entourées d'une cour où se détachent leurs trois dames «Allégresse», «Amoureuse», «Bonne Aventure», ces trois dames sont les symboles de Paix, Miséricorde et de Justice. Or ces reines ont quitté le paradis terrestre pour effectuer un périple par mer en Inde majeure, c'est-à-dire la côte de Coromandel et l'île de Ceylan. Philippe de Mézières relate comment

La Riche Précieuse avec toute sa belle compaignyie vint en Ynde la Majeure. Trespasèrent par mer et par IIII m Ysles, grandes et en partie bien habitées, esquelles sont gymgybre, canelle, poyvre, noix muscade. Et en certains ysles fait si tresgrant chault que les hommes sont vestuz de rayz de saye et a chacun neue est attachée une pierre précieuse. Autres ysles y a ou il y a tant d'or que l'apparaz des gens d'estat soit toutes couvertes de grandes lames de fin or<sup>11</sup>

Au cours de ce périple dans les îles de l'Inde majeure, elles croisent la terre des Bragamains où les hommes vivent à l'état de Nature, elles passent en la terre et

ysle de Femenie que, par vile lacheté des hommes, les femmes s'armoyent et, vaillamment gouvernant, deffendoyent leur royaume, c'est leur ysle. Et nul homme n'y osoit arrester fors seulement pour engendrer enfans. Et quant elles estoient grosses, les hommes n'y povoient plus arrester. Et quant leurs enfans estoient grans avant qu'ils peussent porter armes, elles les mectoient hors de leur ysle<sup>12</sup>

Elles tentent vainement de retrouver le peuple qui par sainte Alchimie réussisse à multiplier le besant de l'âme, que leur a donné le Christ. Leur quête s'avère vaine, elles retournent en Occident et c'est lors de leur séjour

<sup>10</sup> *Le Songe du Vieil Pèlerin*, édit. G.W. Coopland, Cambridge, 1969, 2 vol.; vol. 1, p. 192.

<sup>11</sup> *Le Songe...*, Livre I, fol. 44 v°1, fol. 45 r°1, pp. 222, 224, 227.

<sup>12</sup> Marco Polo décrit deux îles Mâle et Femelle, placées entre Sokotra et le Mekran. Il raconte que les hommes de l'île Mâle viennent passer trois mois au printemps à l'île des Femmes. *La Description du Monde*, texte intégral en français moderne avec introduction et notes par L.Hambis, Paris, Éds. C. Klincksieck, 1955, pp. 284-285.

à Venise que leur parvient la messagère des habitants des îles de l'Archipel. «Dévotion Désespérée» apparaît à leurs yeux sous les traits d'une vieille femme échevelée, en deuil, qui au nom «de toutes les îles de l'Archipel» qu'elle évalue au nombre de mille cinq cents îles, réclame un secours contre les Turcs et les Sarrasins. Par sa voix, Philippe de Mézières réclame l'aide de l'Occident pour sauver les dernières possessions latines demeurées en Orient. Il précise en effet que tous ces gens pour lesquels elle prie sont tous marqués du signe du Thau, ils sont des chrétiens romains, il passe sous silence la plus grande partie de la population qui est orthodoxe. Lorsqu'il fait de «Dévotion Désespérée» le porte-parole de l'Archipel, ces îles ne sont presque plus que «champs ensanglantés». Quant aux habitants, «ils se languissent certains réduits au servage de Mahomet. Ils n'ont plus d'espérance, ils s'attendent à ce que la foi du Christ un jour ne soit en ruine». Il souligne que les Latins de l'Archipel sont en double péril de mort, la mort physique et la mort de l'âme, car il ne leur reste plus que le suicide en cas de défaite, en se jettant du haut de leurs murailles, comme l'avaient fait jadis les Carthaginois assiégés par les Romains. Le suicide collectif au péril de l'âme leur apparaît comme la seule issue.

Touchée par la prière de la messagère des royaumes latins de l'Archipel, la Reine et ses compagnes se déplacent vers les royaumes chrétiens d'Occident pour tenter de susciter les secours nécessaires. C'est l'occasion pour le narrateur d'effectuer un périple dans les îles de la Méditerranée occidentale. C'est ainsi qu'il évoque le royaume de Trinacle, où les reines furent mal reçues, car les siciliens «arment galées pour aler en cours et en roberie, en compagnie de galées corsaires et maîtresses de desrober tout homme d'une petite isle qui est près de Sicile». Puis elles se rendent en l'île de Sardaigne et en celle de Majorque où elles ne s'arrêtent pas pour les grandes trahisons du pays. Philippe de Mézières ne voit d'autre recours que de rassembler les rois d'Aragon, de Castille, de Navarre, de Portugal pour les lancer à l'assaut de «Grenade, de Belle Marine, de Maroc et de Tunis», tandis que son fils spirituel le roi de France Charles VI, le roi d'Angleterre et toutes les puissances du nord: Hainaut, Hollande, Zélande, Liège, Lorraine, Savoie, Bar, régions du Rhin, accompagnés des troupes de Lombardie, de la Toscane, de l'Apulie et du reste de l'Italie doivent faire voile vers l'Égypte et la Syrie, pour avancer jusqu'en Arménie et en Turquie afin de délivrer les malheureux habitants de l'Archipel.

Pour attirer les Latins et susciter leur aide intéressée, il fait revivre l'image de l'extraordinaire prospérité de l'île, symbolisée par le port médiéval de Famagouste, au centre des échanges avec l'Égypte et la Syrie et leur fait miroiter la perspective que cette richesse ne demande qu'à ressurgir autrefois. Chypre, symbole de la prospérité disparue ne recevait-elle pas en son port et en sa cité de Famagouste de soixante à cent navires par an, porteurs chacun de plus de cent mille florins d'or de marchandises qu'ils portaient et rapportaient en Chypre d'Égypte et de Syrie? Le *Songe du Vieil Pèlerin* est une forme littéraire à la mode que Philippe de Mézières a choisie, car sous le

règne de Charles V Évrart de Trémaugon avait déjà utilisé ce procédé dans son *Songe du vergier*<sup>13</sup>. Il s'agissait d'exposer sous forme de dialogues les débats politiques qui avaient lieu dans le cercle étroit de la cour, à travers les discussions entre un clerc et un chevalier. Dans son prologue, Évrart de Trémaugon raconte comment lors d'un songe dans un verger, lui sont apparus le roi Charles V, deux reines représentant la puissance spirituelle et la puissance temporelle, qui donnent à un clerc et à un chevalier le pouvoir de débattre en leur nom. Comme dans le *Songe du vergier*, c'est un véritable programme politique que Philippe de Mézières propose sous la forme d'une allégorie et de dialogues pour les vingt ans de Charles VI. Ce n'est pas un hasard s'il reprend l'idée du songe pour exposer ses desseins, car il connaît le légiste Évrart de Trémaugon à la cour de Charles V et il fait partie avec lui du conseil de tutelle. Son récit est à plusieurs faces, il s'apparente aussi d'une certaine manière au véritable récit de voyageur, dans la mesure où il retrace pour son élève plusieurs itinéraires à travers le monde connu.

## LES RÉCITS DE VOYAGEURS

Le récit de voyage se veut didactique, il trace la voie, il prépare la route au futur voyageur quel que soit son état. Le récit s'adresse à tous ceux qui parcourent le monde, pèlerins, marins, marchands, à leur intention il retrace les étapes vers les Lieux Saints ou vers l'Orient. La plupart des voyageurs continuent à effectuer leur périple en direction de Jérusalem et des Lieux Saints, du monastère Sainte Catherine du Mont Sinaï, mais aussi de Saint Jean d'Acre, de Damas. Aux XIV-XV<sup>e</sup> siècles, lorsque l'on se rend vers l'Archipel, on fait alterner le voyage maritime et terrestre. Lorsque le trajet s'effectue par voie terrestre et maritime, le voyageur note ses impressions, il brosse un tableau parfois très vivant du monde des marins qu'il côtoie, en même temps son oeil est celui du passager de la nef ou de la galère qui l'a pris à son bord. C'est à l'occasion de cette expérience de la navigation que le voyageur cherche à transmettre à son lecteur ses impressions et ses étonnements devant ce monde maritime aux habitudes si différentes de celui des gens à terre. Cette terre qui reste toujours proche, dans la mesure où la navigation médiévale s'effectue encore à proximité des côtes. Les îles apparaissent ici comme les étapes obligatoires où l'on peut faire relâche, où l'on s'approvisionne en eau douce, en fruits et en légumes. Quelques récits célèbres de voyageurs français, espagnols et italiens de l'époque illustrent cette pratique. Entre 1432-1433, Bertrandon de la Broquière envoyé du duc de Bourgogne accomplit son voyage en Orient. Il part de Gand en février 1432 pour s'acheminer vers Rome; en mai 1432 il gagne Venise d'où il

---

<sup>13</sup> Voir F. Autrand, *Charles V* (voir notamment pp. 728-731).

s'embarque. Lorsqu'il a gagné l'Archipel, il fait escale à Rhodes, puis à Chypre (Paphos), avant d'aborder en Terre sainte à Jaffa pour aller visiter Jérusalem et les Lieux Saints. À l'automne 1432, il quitte Damas, il traverse l'Asie Mineure pour se rendre à Constantinople. Il revient par l'itinéraire terrestre au printemps 1433, il part d'Andrianopolis, puis il poursuit le voyage par la route de Sophia, Belgrade, Budapest, Vienne, il a atteint la Bourgogne en juillet-août 1433<sup>14</sup>.

Le récit de Ruy Gonzalez de Clavijo (1403-1405) est intitulé *La Historia del Gran Tamerlan e itinerario y enarracion del viaje y relacion de la embaxada que Ruy Gonçalez de Clavijo le hizo por mandado del muy poderoso Señor Rey Don Enrique el Tercero de Castilla*<sup>15</sup>. Il retrace le départ de l'auteur, le 22 mai 1403, depuis le port de Puerto de Santa María. Il rejoint Gaète via Messine, après avoir fait relâche à Coron et à Modon, il atteint l'Archipel en août. Il distingue les îles à travers le critère du peuplement: «poblada», «despoblada», ou par ses ressources: «présence de bétail, terre à pain, présence d'eau douce». Le 5 août, il aborde à Rhodes où il reste jusqu'au 30 août. Il y admire le port, bien gardé accolé aux murailles de la ville, protégé par deux môles récents, sur l'un d'entre eux il signale la présence de quatorze moulins à vent. Il célèbre les maisons des champs et leurs jardins remplis de citronniers et d'autres fruits. Il s'intéresse enfin à la population de l'île: «son Griegos e usan la Iglesia Griega», mais il conclut cet aperçu de Rhodes en notant simplement qu'il y a dans l'île de Rhodes d'autres villes et châteaux. Le 13 septembre, il passe à Samos, mais se contente de dire qu'elle est «une grande île et qu'elle est peuplée de Turcs». À Chio, il trouve l'île et la ville petites, la ville surtout en plaine avec ses deux faubourgs, ses jardins irrigués et ses vignobles ne lui cause pas une forte impression, si ce n'est la proximité de la Turquie dont il peut voir les côtes depuis l'île. Il n'en donne pas moins le pourtour qu'il évalue à cent vingt milles. À l'approche de Mytilène, il signale avant d'arriver au port les deux châteaux de «Mollenos» et de «Cuaraca», la ville l'impressionne par ses murailles et ses tours. Aux alentours de la ville de Mytilène, il s'attarde à décrire d'anciennes églises et des palais détruits par un tremblement de terre, parmi lesquels il note la présence de quarante marbres blancs. Il rejoint enfin Constantinople à l'automne. Si l'on compare ce récit à celui de Pero Tafur<sup>16</sup>, réalisé de 1435 à 1439, on peut y déceler des habitudes identiques, faisant voile par la route

<sup>14</sup> *Le voyage d'Outremer de Bertrandon de la Broquière, premier écuyer tranchant et conseiller de Philippe le Bon, duc de Bourgogne*, publié et annoté par Ch. Schefer, membre de l'Institut, Paris, 1892. M. Izzeddin, «Deux voyageurs au XV<sup>e</sup> siècle en Turquie: B. de la Broquière et P. Tafur», *Journal Asiatique*, CCXXXIX, 2 (1951), pp. 159-174.

<sup>15</sup> Madrid, Imp. de Don A. de Sancha, 1782 (voir notamment pp. 36 à 43).

<sup>16</sup> *Andanças e viajes de Pero Tafur (1435-1439)*. Colección de Libros españoles raros o curiosos, Madrid, Impr. de Miguel Ginesta, 1874, pp. 43 à 189.

de Candie il constate qu'en laissant à main gauche l'Archipel «del qual muchas islas pobladas e despobladas se parecian». Arrivé en Crète il note que c'est un royaume riche, peuplé de grandes villes et de forteresses, de langue grecque et de seigneurie vénitienne. Candie lui apparaît avec de bonnes maisons, de nombreux jardins, un bon port avec un môle sur lequel il y a des moulins à vent. Il est plus mesuré quand il arrive à Rhodes qui lui semble raisonnablement abondante de pain, de vin et de jardins, dont la plupart appartiennent au Grand Maître. Chypre lui cause une impression pénible «lugar muy doliente», seul le port de Cérines trouve grâce à ses yeux, «petite ville, mais forte et bien entourée de murailles, bon port petit, mais avec une chaîne et bien gardé, c'est le plus sain de cette terre et de tout le royaume de Chypre, car il est découvert au vent du Ponant». À Casteroxo, il estime le port à sa juste valeur et la forteresse, l'île est si rocheuse qu'aucune bête ne peut y monter, mais elle dispose de salines à l'entrée du port qui constituent une rente importante pour les chevaliers de Rhodes. Néanmoins dans le golfe de Satalia il échappe à grand peine à un navire turc et alors que son navire est ancré à Chios, une tempête le détruit, il est sauvé de justesse par une barque de Basques venus à son secours, cela ne l'empêche pas par la suite de rester vingt jours à Chios et d'aller visiter les ruines de Troyes puis de poursuivre vers Constantinople, Andrinople et la Mer Noire.

Nourris d'une longue pratique, les récits de voyage de Cyriaque Pizzecoli l'Anconitain s'accomplissent entre 1430 et 1452. Au cours de ces vingt deux ans il parcourt les îles de la mer Égée, on le retrouve en 1452 en Thrace dans le camp de Mehmed II, avant la prise de Constantinople, il meurt à une date inconnue<sup>17</sup>.

Certains voyages se terminent comme le précédent par des péripéties telles qu'elles retardent considérablement le retour, c'est l'aventure que connut Giovan Maria Angiolello. Ce dernier, né à Vicenza en 1451, accompagne son frère aîné Francesco à Négrepont-Chalcis en 1468. Deux ans plus tard la ville est prise par les Turcs le 2 juillet 1470. Son frère est tué au cours de l'attaque, Giovan est fait prisonnier, il passe une partie de son existence au service de Mehmed II, puis à celui de Bayesid II en 1481. En 1483 il revient enfin à Vicenza, mais il va effectuer un second voyage vers l'Orient de 1499 à 1515 au cours duquel il séjourne en Perse<sup>18</sup>.

Ces récits dont la plupart concernent: soit l'itinéraire vers Constantinople (235 récits) –environ plus de la moitié–, soit celui vers la Terre Sainte (161

<sup>17</sup> Voir Bernard Ashmole, *Cyriac of Ancona*, Londres, 1957. Edward Bodnar, *Cyriacus of Ancona and Athens*. Bruxelles, Berghem, 1960, et *Cyriacus of Ancona's journeys in the Propontis and the Northern Aegean 1444-1445*, Philadelphie, 1976.

<sup>18</sup> Jean Reinhard, «Angiolello, historien des Ottomans et des Persans», Buenos Aires-Besançon, 1913. Niccolo di Lenna, «Ricerche intorno allo storico Giovan Maria Angiolello, patricio vicentino 1451-1525», *Archivio Veneto Trentino*, V, Venise, 1924, pp. 1-56.

récits) –un peu plus plus d’un tiers–, évoquent les îles<sup>19</sup>. Le cas particulier des voyages forcés représente neuf publications datant du XV<sup>e</sup> et du XVI<sup>e</sup> siècle, sur un total de dix neuf textes, il permet de rappeler à l’Occident l’affrontement constant de la Chrétienté avec l’Islam. Citons pour mémoire les récits de Schiltberger, de Georges de Hongrie, de Konstantin Mihailovic, de Menavino Georgevits et celui de l’anonyme de Venise de 1537, qui totalisent réunis plus d’une centaine d’éditions. D’après l’expérience de personnes d’origine ethnique et sociale très diverse, ils relatent comment on peut, à la suite d’un long esclavage en Turquie, être uni dans l’infortune à ces populations sujettes qu’évoquait le *Songe du Vieil Pèlerin*. Ce n’est que plus tard, à partir du moment où l’on représente par l’iconographie les paysages des îles, la diversité des costumes des insulaires, que l’on essaye de visualiser autrui, que l’on tente de rendre mesurable la différence entre les populations et d’appréhender l’autre.

## PORTULANS ET INSULAIRES AU MOYEN ÂGE

Cet effort de représentation, on le mesure à travers les progrès réalisés dans le dessin des contours des côtes et de l’intérieur des terres, tel que les cartographes du Moyen Âge nous les ont transmis. Les îles de l’Archipel sont cartographiées au début du XIV<sup>e</sup> siècle, grâce au travail accompli par Cristoforo Buondelmonti<sup>20</sup>. La connaissance des îles de la Méditerranée est inséparable des progrès de la cartographie et de la navigation accomplis à cette époque<sup>21</sup>. *L’Insulaire* écrit vers 1420, par Cristoforo Buondelmonti pour son protecteur romain, allie les observations personnelles à la somme des connaissances rassemblées par la science cartographique de son temps. Prêtre issu d’une illustre famille florentine, il a effectué son premier voyage en Méditerranée orientale en 1414 à l’âge de vingt neuf ans. Après avoir gagné

<sup>19</sup> S. Yerasimos, *Les voyageurs dans l’Empire ottoman XIV<sup>e</sup>-XVI<sup>e</sup>. Bibliographie, itinéraires et inventaire des lieux habités*, Ankara, Imprimerie de la société turque d’Histoire, 1991. Publications de la Société Turque d’Histoire, série VII, n° 117, pp. 1-125.

<sup>20</sup> *Description des Îles de l’Archipel par Cristophe Buondelmonti*, version grecque par un anonyme publiée d’après le manuscrit du sérail avec une traduction française et un commentaire par Emile Legrand, Paris, 1897, et *Librum insularum Archipelagi ex codicibus parisinis regis nunc primus tutum profatione et annotatione instruxit Gabrî Rud Ludovicus de Sinner*, Lipsiae-Berolini, 1874.

<sup>21</sup> M. Pastoureau, *Voies océanes de l’ancien aux nouveaux mondes*. Avec la collaboration du Département des Cartes et Plans, la participation des Départements des Manuscrits, des Estampes et des livres imprimés de La Bibliothèque Nationale et le concours de la Société de Géographie. Paris, Éd. Hervas, 1990, et le catalogue d’une exposition «À la rencontre de Sindbad. La route maritime de la Soie», Réunion des Musées Nationaux, Musée de la Marine, Paris, 1994.



Rhodes, il voyage dans toute la mer Égée à partir de 1415, puis il visite Constantinople en 1422. Sa description des îles de l'Archipel est le fruit de ses observations personnelles et des connaissances scientifiques de son temps; il a eu connaissance de la version latine de la Géographie de Ptolémée réalisée par Jacopo d'Angelo en 1409, soit cinq ans avant son départ pour Rhodes. Cette cartographie est remarquable pour l'époque, c'est une approche descriptive des îles destinée aussi bien au voyageur instruit, au pèlerin qu'au pilote. Il décrit soixante dix neuf îles d'une manière assez succincte dans le texte, chaque carte présente l'île en relief, avec l'indication des fleuves, de la végétation, des principaux monuments et des ports, les marques à terre ne sont pas oubliées. Ces cartes permettent aux marins d'avoir une perception précise du tracé des côtes des îles, de leurs particularités. C'est au début du XV<sup>e</sup> siècle, que les florentins purent consulter le manuscrit de la Géographie de Ptolémée apporté dans cette ville par le byzantin Emmanuel Chrysodoras. Ce manuscrit est traduit en latin par Jacopo d'Angelo, qui le rend accessible à un vaste public et qui le dédicace au pape Alexandre V en 1409<sup>22</sup>. La géographie de Ptolémée donne un ensemble de principes généraux de cartographie, une nomenclature de villes et de cartes complétées par les byzantins et les arabes.

Si l'on compare la *Description des îles de L'Archipel* aux cartes antérieures, on constate un changement dans la conception. Alors que les mappemondes médiévales représentent le monde schématisé par un T qui s'inscrit dans le O de l'Orbis Terrarum, la lettre O représentant l'Océan circulaire qui enclot une terre plate divisée en trois continents –Europe-Afrique-Asie<sup>23</sup>–, tandis que la Méditerranée placée au centre est parsemée d'îles aux formes régulières et arrondies. Les innovations de Buendelmonti s'inscrivent dans un mouvement qui revient à la conception antique sphérique de l'œkoumène. Il essaye de substituer à une vision imaginaire du monde connu, une appréhension scientifique. Le sens religieux de la vision du cosmos axé d'une part sur la représentation du Paradis à l'extrême est, d'autre part sur la position centrale de Jérusalem et sur le jardin des Hespérides au sudouest, commence à être abandonnée.

C'est à partir du dernier tiers du XIII<sup>e</sup> siècle que le tracé devient exact. En juillet 1270, Saint Louis au large de la Sardaigne, lors d'une tempête, se fait apporter une carte sur laquelle les marins lui montrent le port de Cagliari, Castell Castre-Caller au Moyen Âge, dont le navire n'était pas très éloigné. Sur ces portulans, comme leur nom l'évoque, on n'indique que les villes

<sup>22</sup> M. de la Roncière et M. Mollat du Jourdin, *Les Portulans, cartes marines du XIII<sup>e</sup> au XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris, Nathan, 1984. M. Mollat du Jourdin, *Les explorateurs du XIII<sup>e</sup> au XVI<sup>e</sup> siècle*. Paris, J.C.Lattès, 1984.

<sup>23</sup> Beatus de Liebana, *Commentaire sur l'Apocalypse*, Paris, Bibliothèque Nationale, Manuscrit latin n° 8878, fol. 45 ter, représentant une mappemonde ovale colorisée de ce type, exécutée à l'abbaye de Saint Sever en Gascogne, dédiée avant 1060 à l'abbé Grégoire Muntaner qui devint à cette date évêque de Lescar et de Dax.

côtières, les noms y sont mentionnés perpendiculairement au rivage, toujours dans le même sens, le nom des îles en sens inverse pour éviter toute confusion, on distingue par des couleurs les îles, on signale les rochers par de petites croix noires ou les hauts-fonds par de petites croix rouges. Cartes réalisées sur des peaux, faciles à rouler et à emporter à bord, résistantes, les dessinateurs ont pris le soin d'y inscrire le nord et le sud, ainsi que les «rumb» qui retracent les directions de la boussole. Les côtes méditerranéennes sont représentées avec exactitude sur les mappemondes qui illustrent les oeuvres de deux auteurs vénitiens: le *Secreta fidelium Crucis* de Mario Sanudo et la dernière rédaction de la *Chronique universelle* du franciscain Paolo Veneto<sup>24</sup>. Dans cette dernière oeuvre<sup>25</sup>, la mappemonde qui fait face à l'histoire du Déluge témoigne de l'évolution de la cartographie du XIV<sup>e</sup> siècle, la précision du tracé des côtes de la Méditerranée et de celles de la Mer Noire prouve l'influence des portulans utilisés alors par les marins, de même le dessin des côtes et des îles de l'Océan indien est tout à fait semblable aux cartes arabes de la même époque. Paolo Veneto a fait siennes aussi les dernières informations sur l'Asie, provenant de la mission du franciscain Guillaume de Ruysbroeck envoyée par saint Louis au pays des Mongols<sup>26</sup>, notamment il a tenu compte du fait que la Caspienne était une mer intérieure, entourée de tous côtés par la terre. Cette mappemonde est accompagnée de deux cartes, elles représentent les royaumes de Syrie et d'Égypte ainsi que la représentation de la Terre Sainte, le manuscrit comporte aussi plusieurs plans de villes.

L'oeuvre géographique de Claude Ptolémée introduite à Florence au début du XV<sup>e</sup> siècle, traduite en latin en 1409, apporte aux cartographes le concept de la sphéricité de la Terre et entraîne la recherche mathématique d'un système de projection en proposant la fixation des lieux par rapport à l'équateur et à un méridien d'origine. Elle perturbe quelque peu la cartographie empirique contemporaine qui était plus exacte, en lui transmettant parfois des tracés savants mais archaïques. Il faut attendre le dernier quart du XV<sup>e</sup> siècle pour que cette vision du monde puisse trouver son accomplissement: en 1477, un an après l'édition de Bologne, la seconde édition imprimée de Ptolémée<sup>27</sup>, comporte

<sup>24</sup> Voir le catalogue *À la Découverte de la Terre. Dix Siècles de Cartographie. Trésors du Département des Cartes et Plans*, mai-juillet 1979, Paris, Bibliothèque Nationale, 1979, pp. 1-6. T. Campbell, «Portolan Charts from the Late Thirteenth Century to 1500», *The History of Cartography*, Chicago-London, University of Chicago Press, 1987, I, pp. 371-463. Centre Georges Pompidou, *Iles*, Paris, B.P.I.-Gallimard, 1987.

<sup>25</sup> Paolino Veneto, *Chronologia Magna*. Paris, Bibliothèque Nationale, Manuscrit latin n° 4939, fol. 9 r°.

<sup>26</sup> Jean Richard, *La Papauté et les Missions d'orient au Moyen Âge (XIII<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècles)*, Collection de l'École Française de Rome, n° 33, Palais Farnèse, 1977 (voir notamment pp. 69-77).

<sup>27</sup> Bibliothèque Nationale, Impr. Rés. G 38. Claude Ptolémée, *Claudii Ptolemaei. Jacobi Angeli versio latina*, cura Domitii Calderini revisa. Romae, A. Bucking imp., 1478.

vingt six cartes régionales gravées sur cuivre en projection trapézoïdale. Elles s'inspirent directement de celles qu'avait réalisées en 1465 le moine bénédictin allemand Donnus Nicolau Germanus pour le duc Borso d'Este.

Vers les années 1480-1490, la conception du monde illustrée par le cosmographe florentin Paolo Toscanelli est à mi-chemin entre la vision médiévale et la vision moderne. La même mer borde les colonnes d'Hercule (Gibraltar) et le Cathay (la Chine). Le continent eurasiatique couvre 230° de la surface terrestre, faisant de l'Atlantique une vaste mer de 130° de latitude. L'Atlantique reste le lieu d'élection d'îles mythiques ou réelles. L'Extrême Orient correspond à la *Description du Monde* de Marco Polo<sup>28</sup>, mais aussi aux traditions des tracés ptoloméens. Cette conception triomphe avec le globe de Martin Behaim, qui témoigne de la rotondité de la terre<sup>29</sup>. A l'issue de cette étude rapide des transformations de la cartographie entre le XI<sup>e</sup> et la fin du XV<sup>e</sup> siècle, on constate que l'appréhension de la sphéricité de la terre s'accomplit dans l'esprit des savants et des hommes de mer; quant à la connaissance de la Méditerranée occidentale et orientale elle devient particulièrement achevée au XV<sup>e</sup> siècle.

Les récits des voyageurs en Méditerranée orientale du XIV<sup>e</sup> au XVI<sup>e</sup> siècle, de par leur nombre (quatre cent soixante trois récits), permettent de compléter, heureusement pour l'historien, les données iconographiques un peu succinctes de la cartographie. Ils aident à aborder d'autres questions et à s'interroger sur les mobiles qui ont poussé ces hommes à accomplir des voyages souvent périlleux et sur les raisons qui les ont amenés par la suite à écrire, à vouloir faire partager ces expériences à des lecteurs et à un public assez vaste, si l'on en juge par les rééditions de certains de ces récits. Mais des aspirations, du point de vue des habitants des îles de l'Archipel nous ignorons tout, si ce n'est leur vulnérabilité, leur isolement, leur fragilité, puisqu'on peut les atteindre dans ces îles de toutes parts et qu'il n'y a pas d'autres remèdes que la soumission ou la mort, à moins qu'il ne puisse leur rester la fuite par la mer qui devient alors la médiatrice capable de les soustraire à un destin sinistre.

## LÉONCE MAKHAIRAS: LA *CHRONIQUE DU DOUX PAYS DE CHYPRE*

Pour tenter de porter un regard de l'intérieur sur l'univers insulaire, il est intéressant d'évoquer ici la chronique grecque du chypriote Léonce

<sup>28</sup> Marco Polo, *La Description du Monde*, texte intégral en français moderne avec introduction et notes par Louis Hambis. Paris, Librairie C.Klincksieck, 1955.

<sup>29</sup> Bibliothèque Nationale, Cartes et Plans, Ge. A. 276. Globe de Martin Behaim 1492. Facsimilé réalisé en 1847 pour E.F. Jomard du globe original offert en 1492 à Nuremberg. Il reste encore aujourd'hui la plus ancienne sphère terrestre occidentale connue.

Makhairas. Cette oeuvre permet d'établir une comparaison avec le *Songe du Vieil Pèlerin* et de percevoir quel était le point de vue de l'insulaire autochtone. Né vers 1380, Makhairas secrétaire de sire Jean de Nores, a été le superintendant des armées du roi en 1426, il est envoyé en mission par le roi Jean II auprès du grand Karaman à Laranda de Lycaonie en 1432, il y rencontre Bertrandon de la Brocquière<sup>30</sup>. Sa *Chronique du doux pays de Chypre* relate les principaux événements concernant l'histoire de l'île, centrés sur la période 1359-1432. Léonce Makhairas a été le contemporain, parfois le témoin oculaire des événements qu'il relate; pour la période qu'il n'a pas connue, il se réfère à des récits ou à des témoignages. À plusieurs reprises il donne une image de l'île mais à travers ses habitants: «qui sont fixés sur un rocher de la mer, parmi les ennemis de Dieu, les Sarrasins d'une part et les Turcs de l'autre»<sup>31</sup>. Cette situation vulnérable de Chypre au milieu des flots, cernée par des voisins hostiles, est soulignée dans une lettre d'un musulman de Damas au roi Janus, rapportée par Makhairas:

Si tu ne crois pas à mes paroles fais-toi apporter la carte mappemonde  
et ouvre la pour voir l'étendue de l'empire du sultan, comme grandeur  
ton île n'est qu'une pierre jetée au milieu de la mer<sup>32</sup>

Tout au long du récit, l'île apparaît sans défense, son littoral est toujours à la merci de raids de navires ennemis, dont les razzias provoquent l'envoi éphémère de navires chypriotes pour garder la côte<sup>33</sup>. Si la situation de ce rocher au milieu de la mer est particulière, son paysage apparaît rarement, ce sont les jardins que l'ennemi pille, ou les montagnes pastorales où l'on se réfugie. Makhairas s'intéresse avant tout à l'histoire de l'île, à son organisation politique, à son peuplement, qui lui donnent son originalité.

Son histoire est conforme aux démarches de l'historiographie chrétienne latine, puisqu'elle commence lors de la christianisation de l'île, puis avec le passage de sainte Hélène à Chypre. Au retour de Jérusalem, elle fait édifier

<sup>30</sup> C. Sathas, E. Miller, *Léonce Macheras. Chronique de Chypre*. Texte grec, traduction française par E. Miller et C. Sathas à partir du manuscrit de Venise. Paris, 1882, 2 vol. (vol. 2, p. X). Il existe une version grecque avec une traduction anglaise à partir du manuscrit d'Oxford, que j'ai aussi utilisée car certains passages de la chronique ne sont pas identiques ou font défaut dans l'une ou l'autre version: *Recital concerning the Sweet Land of Cyprus entitled Chronicle Leontios Makhairas*. Éd. R.M. Dawkins, Oxford, Clarendon Press, 1932, 2 vol. (vol. 2, p. 15).

<sup>31</sup> C. Sathas, E. Miller, *Chronique...*, vol. 2, pp. 52 et 207.

<sup>32</sup> C. Sathas, E. Miller, *Chronique...*, vol. 2, p. 207.

<sup>33</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, vol. 1, p. 121: raid de Mahomet Reis à Pentayia, près de Morphou; revenu en Turquie, il déclare que Chypre est sans garde, deuxième raid sur Karpasi; p. 127: le roi Pierre fait alors envoyer quatre navires de garde vers Karpasi et Paphos.

sur la montagne Olympia et à Stavro Vouni des églises pour recevoir les reliques des croix. Jusqu'à la première croisade, Chypre est sous le contrôle byzantin, défendue par des stratiotes, payés par les villes et les villages, Constantinople y envoie des Ducs pour y rendre la justice.

Après l'achat de l'île par Guy de Lusignan à Richard Coeur de Lion en 1192, les Latins s'implantent à Chypre. Désormais le peuplement de l'île se modifie. Makhairas constate que les nouveaux venus imposent une nouvelle organisation sociale, religieuse et politique. Il relève plus particulièrement les inégalités instituées par le nouveau régime entre Grecs et Latins. Les chevaliers, les tenants de fiefs obtiennent le privilège de ne pas être jugés selon «la justice de l'île», mais selon leur droit propre «les Assises». Makhairas souligne la disparité de traitement entre latins et grecs et l'impuissance des souverains face aux chevaliers:

...les témoignages des grecs et de leurs témoins ne peuvent pas être retenus contre eux et même si le roi pouvait produire une preuve, il ne devait pas être cru à moins que le vassal n'admette le fait de sa propre volonté<sup>34</sup>

Il remarque que les Assises avaient été faites à l'avantage des latins, pour ravaler l'orgueil des chypriotes, afin qu'ils ne puissent pas se rebeller, comme au moment où ils s'étaient soulevés contre les Templiers avant l'arrivée de Guy de Lusignan. A la fin du XIV<sup>e</sup> siècle, à son époque sous le règne de Jacques I (1382-1398), cette situation privilégiée des chevaliers cesse, il salue le fait que désormais ils dépendent du droit commun, c'est-à-dire de la justice royale et du droit de l'île, qui s'applique aussi bien au lige qu'au pauvre homme<sup>35</sup>.

Alors que Philippe de Mézières évoque une dualité de peuplement de Chypre composé de Chrétiens et de Sarrasins d'Outremer, Makhairas donne une vision plus riche et nuancée, qui est aussi celle de l'autochtone sensibilisé à la diversité engendrée par l'évolution historique complexe de l'île. Après l'arrivée des Lusignan: «beaucoup de syriens et de latins vinrent et s'établirent à Chypre». Il prête une attention particulière aux syriens qu'il place sur le même plan que les chypriotes. Parmi eux se détachent deux frères, Frazes et Nicolas Lakha, chrétiens nestoriens, riches marchands commensaux du roi Pierre I, ruinés par les Génois au cours de la guerre de 1373-1374<sup>36</sup>. Ce sont

<sup>34</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, pp. 9-25.

<sup>35</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, p. 88: abolition de la peine de l'ablation de la main pour quiconque frappe avec un couteau un chevalier ou un lige; si un bourgeois ou un pauvre homme frappe en état de légitime défense un lige ou un chevalier, il sera jugé comme s'il avait frappé un homme de son état.

<sup>36</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, pp. 25 et 83; p. 437 il évalue leur fortune en 1373 à 2 millions de ducats.

des syriens avec des arméniens qui gardent la tour de la porte Saint André à Leucosie en décembre 1373, ils la défendent jusqu'à la mort lorsque les génois cherchent à s'en emparer. Mais à côté de ces loyaux chypriotes syriens, il existe ceux que Makhairas désigne comme les «traîtres génois de l'île», ce sont les syriens qui ont obtenu la nationalité génoise et qui jouissent des privilèges que le roi Pierre I a dispensés à Gênes. Il s'agit de ces familles venues de Syrie à Chypre que sont les Gurri, les Bibis, les Danieli, les Guli, ce sont eux qui se rangent aux côtés de l'ennemi génois en leur dénonçant de nombreuses personnes «qui furent jetées à la mer ou pendues»<sup>37</sup>.

La guerre contre Gênes donne l'occasion à Makhairas de déterminer l'attitude des différentes composantes de la population de l'île, au même titre que les syriens fidèles, il considère comme des autochtones les arméniens, nombreux à s'être établis sur place. Lorsque les génois cherchent en décembre 1373 à désarmer les hommes de Leucosie, ils commencent par s'emparer des armes du quartier arménien. L'attitude loyale de la population arménienne ne se dément pas, les arméniens participent aux dispositifs de défense pris par le connétable Jacques de Lusignan, on les retrouve en 1426 aux côtés des chypriotes à la bataille de Kherokitia face à l'armée du sultan du Caire. Mais si Makhairas reconnaît leur vaillance, il les juge sévèrement, à part les génois selon lui, il n'y a pas de peuple plus adonné aux factions que les arméniens, il impute à leur orgueil, à leurs divisions la perte «de leurs deux cents châteaux et de leurs villes»<sup>38</sup>.

Philippe de Mézières avait prêté peu d'attention aux orientaux, il a cependant mentionné la population juive de l'île en s'étonnant qu'à son époque: «à Chypre ils vivaient au milieu des Chrétiens et des Sarrasins d'Outremer, alors qu'auparavant ils vivaient en dehors des cités et des châteaux dans des lieux à part»<sup>39</sup>. La population juive de l'île apparaît à plusieurs reprises dans la *Chronique* de Makhairas, pendant la guerre contre Gênes, les deux quartiers juifs de Leucosie et de Famagouste subissent les mêmes exactions que les génois infligent aux chevaliers, aux bourgeois et aux riches. Ils contribuent aux impôts extraordinaires demandés par Pierre II pour continuer la guerre. Plus tard, en 1427, Makhairas relate comment le roi Janus après sa captivité, entre à Leucosie «au milieu des processions des chrétiens et des juifs»<sup>40</sup>.

Les épreuves subies pendant ces décennies suscitent dans l'île l'émergence d'une identité, d'un sentiment national mais qui est ressenti

<sup>37</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, pp. 423 et 355.

<sup>38</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, pp. 417, 423, 511, 667.

<sup>39</sup> G.W. Coopland, *Le Songe...*, v. 2, p. 37.

<sup>40</sup> C. Sathas, E. Miller, *Chronique...*, v. 2, p. 222: les juifs de Leucosie et de Famagouste versent respectivement 70 000 et 30 000 ducats au roi; p. 392: le 18 mai 1427 entrée du roi Janus à Leucosie.

différemment selon que l'on appartienne aux hautes sphères de la société ou à la paysannerie. Comme Philippe de Mézières, Léonce Makhairas serviteur des rois se fait le défenseur des Lusignan, car selon lui ils incarnent en leur personne les garants d'un ordre social, ces rois latins sont devenus à ses yeux les protecteurs légitimes de l'île en maintenant la balance égale entre les différentes composantes de la population, mais il les considère comme de véritables autochtones. Sur l'ensemble des chypriotes grecs orthodoxes, Makhairas pose un regard sans illusion, ils souffrent avec beaucoup de patience, ils acceptent leur condition en «abandonnant le soin de se venger à la justice de Dieu», mais il stigmatise leur passivité, leur incapacité à faire la guerre, à accepter un commandement militaire rigoureux, comme il le montre lors du raid de l'armée du sultan en 1425 et de la tragique défaite de Kherokitia de 1426. Cette incapacité à se défendre, cette passivité peuvent être des figures de style, car les chypriotes avec vaillance participent à la guerre de résistance contre Gênes, ils payent un lourd tribut lors de la défaite de 1426, mais ce sont surtout des archers, des fantassins. Pour Makhairas, la guerre est surtout l'affaire des chevaliers et des mercenaires.

Pour défendre l'île, il est nécessaire de faire appel à des forces extérieures, Makhairas reconnaît que la présence d'hommes d'armes étrangers recrutés aussi bien en Orient qu'en Occident est un mal nécessaire. Alors que Philippe de Mézières cherche à susciter l'intervention cohérente et organisée des royaumes et des cités de l'Occident pour repousser la menace turque et sarrasine sur Chypre et les îles de l'Archipel, Makhairas souligne le souci constant des Lusignan de ne pas trop compter sur cette aide, mais sur leurs propres forces en recrutant sans cesse des hommes d'armes gagés pour renforcer le service dû par la chevalerie de l'île<sup>41</sup>. Sous le règne du roi Janus, lors de la défaite de Kherokitia, sur le champ de bataille on déplore parmi les morts des chypriotes, des syriens, des arméniens, mais aussi les étrangers et les hommes venus de Morée<sup>42</sup>. La population composite de l'île composée d'orientaux et de latins est toujours nourrie de ce flux d'immigrants, hommes d'armes, d'aventuriers, dont l'enracinement dans l'île est plus ou moins éphémère selon les circonstances.

La dernière composante de la population insulaire est constituée par les esclaves et les captifs de guerre. Makhairas constate que du fait de la guerre endémique avec les turcs et les sarrasins, les captifs musulmans sont nombreux à Chypre. À chaque pourparler de paix, ces captifs musulmans sont échangés contre des captifs chrétiens. Makhairas évoque à plusieurs reprises des cas de conversions au christianisme. Lors des raids

---

<sup>41</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, p. 97: Jean de Verone recrute des hommes d'armes en Lombardie en 1360; p. 555: en 1375 Thibald Belfarage engage à Venise 800 hommes d'armes, lombards, allemands, hongrois, savoyards, français, crétois, anglais.

<sup>42</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, pp. 667-673. Il déplore parmi les survivants la tentative de mercenaires originaires d'Espagne pour s'emparer du château de Paphos.

de l'armée du sultan du Caire en 1425-1426, à Kounouklia un esclave sarrasin baptisé Thomas renie le baptême et s'enfuit avec eux, tandis qu'à l'annonce de la défaite du roi Janus en 1426, des esclaves sarrasins baptisés se réfugient dans la montagne pour ne pas tomber entre les mains des musulmans. Parmi eux, il cite George de Damat maître-sucrier, Theotoki l'architecte du roi, Nicolas, Michaël le collecteur de taxes, le Syrien libre, Paul l'esclave de l'évêque, l'esclave du monastère de Makhaira, celui du monastère de Megalos Stavros. Certains d'entre eux, on le voit, assument des charges dans la société de l'île, mais il semble que la plupart des esclaves travaillaient sur les terres<sup>43</sup>.

Toutes les origines diverses d'une population composite se reflètent en partie dans la langue de l'île. Makhairas retrace la genèse de cette évolution linguistique, avant la prise de l'île par les Latins, «nous étions obligés de savoir la langue hellénique et la syriaque pour écrire à l'Empereur et au Patriarche d'Antioche, aujourd'hui nous écrivons le grec et le français en faisant un tel mélange que personne ne peut comprendre notre langage»<sup>44</sup>. À ces langues s'ajoute pour certains la connaissance de l'arabe qui permet à un pauvre homme anonyme du village de Markas de sauver le roi Janus sur le champ de bataille le soir de la défaite de Kherokitia<sup>45</sup>. Philippe de Mézières ignore ces nuances, pour lui Chypre est un territoire latin, il passe sous silence les grecs et n'a pas de mots assez durs pour condamner l'empereur de Byzance en le traitant de «schismatique».

Léonce Makhairas, malgré son loyalisme envers les Lusignan, reste attaché aux classes supérieures des grecs de l'île. Les latins demeurent pour lui des étrangers, malgré la durée de leur implantation. Lors de l'installation des latins, il déplore que tous les villages qui appartenaient aux diocèses grecs aient été donnés au clergé latin nouvellement établi, les évêques grecs se sont trouvés dépouillés de leurs revenus, certains de ces biens ont été attribués à des chevaliers qui en disposèrent en faveur de clercs latins ou de laïcs. Les heurts les plus graves ont eu lieu lors de la tentative de conversion forcée à Leucosie. Le légat du pape Pierre Thomas de l'ordre du Carmel enferme des grecs à Sainte Sophie, leur confère la confirmation de force en décembre 1359, cette action provoque une émeute entre grecs et latins, que

---

<sup>43</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, pp. 633, 657, 641. Makhairas fait dire au sheik musulman dans sa lettre au roi Janus: «on dit que votre peuple cherche à razzier des prisonniers sarrasins pour les faire travailler sur leurs terres». Au cours de la guerre contre Gênes les génois provoquent en partie leur défection dans les armées de Jacques et de Jean de Lusignan en proclamant qu'ils affranchiraient tous les esclaves parèques, assassins, voleurs.

<sup>44</sup> C. Sathas, E. Miller, *Chronique...*, v. 2, p. 87.

<sup>45</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, p. 665: au moment où le roi est fait prisonnier deux hommes sont à ses côtés un «catalan», Galcerán Suárez, et le pauvre homme de Markas; p. 667: parmi les morts sur le champ de bataille on relève la présence de maître Ibrahim le marchand, d'Antoine le cordonnier un sarrasin baptisé.



le roi Pierre I apaise en ordonnant de faire cesser ces tentatives<sup>46</sup>. Makhairas laisse entrevoir que la rivalité entre grecs et latins se manifeste au niveau de la pratique religieuse, de la possession d'images et de reliques. Le vol de la croix de Togni en 1318 par un prêtre latin, retrouvée quelques années plus tard par un jeune berger lui donne l'occasion de flétrir la jalousie des latins, leur sentiment d'envie: «les religieux latins disaient alors que cette croix n'était pas de bois sacré, mais que c'était par sorcellerie que les miracles se faisaient»<sup>47</sup>.

Néanmoins, ce qu'il regrette le plus, ce sont les conversions de l'orthodoxie au catholicisme romain. Au cours de sa chronique deux cas sont cités, à chaque fois le changement de religion, inspiré selon lui par une ambition politique et profane, s'avère lourd de conséquences pour celui qui en a pris l'initiative. Le premier exemple est celui de Sire Philippe le prêtre, conseiller du roi Pierre II, parent de Stavrinou Makhairas, le père du chroniqueur. Devenu prêtre latin et «renégat», il est assassiné après avoir tenté de limiter les ambitions de Thibat Belpharage. Le second est le bourgeois Hypathios, devenu après sa conversion le chevalier Thibat Belpharage, comblé de faveurs par le roi Pierre II, il connaît une fin tragique. Makhairas impute sa chute à son reniement: «il avait renié la foi de ses pères pour se faire latin, mais celui qui apprécie ainsi la religion n'est aimé de Dieu, ni dans ce monde ni dans l'autre». Il exprime très clairement que l'orthodoxie est «la vraie religion», même s'il tolère les latins: «je ne vois pas la nécessité qu'un grec devienne latin [...] si Thibat d'hérétique (c'est-à-dire de rite latin) était devenu chrétien, ce serait différent». Les latins obéissent à Rome, ils sont «apostoliques», alors que les grecs sont catholiques, leur église englobe tout<sup>48</sup>. Si Makhairas reste un chypriote attaché à l'orthodoxie, fidèle serviteur des Lusignan, sa chronique reflète cependant le point de vue des bourgeois grecs et des membres des couches supérieures qui ont fait leur paix avec les latins. La contrainte que ces derniers font peser sur Chypre est indéniable.

À peine la nouvelle de la défaite du roi Janus, de son emprisonnement sont-ils connus que les paysans de l'île se révoltent. Ils s'organisent en découpant l'île en six districts, ils élisent à la tête de chacun un capitaine, à Leunico Alexis un parèque du village de Katomilia, superintendant du bétail royal, attaché à l'office de la chambre du roi «s'intitula roi, tous les paysans se soumirent à lui». Makhairas, bourgeois et serviteur des rois, désapprouve ce soulèvement des paysans dont il énumère les actions: «Ils

<sup>46</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, p. 91. Le roi Pierre I aurait envoyé à Rome trois chevaliers pour demander au pape de ne plus envoyer de légat afin de ne pas causer de dissensions.

<sup>47</sup> C. Sathas, E. Miller, *Chronique...*, v. 2, pp. 42 et 67-72.

<sup>48</sup> R.M. Dawkins, *Recital...*, v. 1, pp. 563, 567, 569, 577, 595. Makhairas évoque encore un cas de conversion dans le conseil de régence il cite sire Thomas Barech, bourgeois grec qui devint un chevalier latin.

ouvrirent de force les celliers des honnêtes gens et prirent les vins, d'autres enlevèrent les blés des aires; d'autres volèrent le sucre et d'autres récoltes des honnêtes personnes». Pendant quelques mois les capitaineries des paysans dominent les campagnes, mais la répression de ce mouvement issu de la défaite et de la vacance du pouvoir est sans pitié. Makhairas constate avec satisfaction que le cardinal régent Hugues de Lusignan fait occuper Leucosie par l'armée de Badin de Nores, maréchal de Jérusalem, il charge le bailli de Paphos d'aller avec ses hommes d'armes à Morpho, à Leuca: «ils allèrent [...] les capitaines furent pendus au gibet, d'autres eurent le nez coupé, d'autres s'enfuirent. Ainsi cessèrent la malice et la révolte de ces maudits paysans»<sup>49</sup>. Lié aux familles dirigeantes chypriotes, Makhairas se range ici aux côtés des latins de l'île parce qu'ils représentent l'ordre politique auquel il est attaché, mais il reste lucide, il ressent les dangers que peuvent faire courir à la souveraineté de l'île l'aide trop intéressée des étrangers, en particulier des Vénitiens et des Génois qui se disputent le contrôle de Chypre. À la différence de Philippe de Mézières dont le regard est plus extérieur, il voit dans l'intervention directe des génois dans l'île une menace réelle pour l'intégrité du doux pays de Chypre, cette menace devient une cruelle réalité quand les génois prennent en gage Famagouste, imposent une lourde indemnité et emprisonnent à Gênes Jacques de Lusignan, avec des chevaliers de l'île gardés en otages<sup>50</sup>. Si les Vénitiens semblent moins dangereux, ils cherchent cependant à influencer les souverains pour maintenir la paix avec le sultan du Caire «en égard aux profits qu'ils tiraient du commerce de Syrie». Leur constante rivalité avec les génois dans l'île déclenche la guerre de 1373-1374 entre les génois et les chypriotes. Mais il y a une menace encore plus lourde, c'est celle des sarrasins et des turcs, face à laquelle les chrétiens ne savent pas s'unir<sup>51</sup>. Lorsqu'il s'interroge sur les causes des vicissitudes de son île, Makhairas les impute à la colère divine. Le démon de la luxure s'est emparé du roi Pierre I, la haine a animé les chevaliers de l'île, les trois principaux péchés des chevaliers ont été l'avarice, la jalousie, la pédérastie. Il pense que l'occupation de Famagouste et de toute l'île a été une punition de tous ces péchés: cruautés à l'égard des esclaves venus de Romanie, blasphèmes, médisances, orgueil engendré par la richesse, mépris du peuple et surtout

<sup>49</sup> C. Sathas, E. Miller, *Chronique...*, v. 2, pp. 390-392. Alexis est pendu le 27 mai 1427, le jour où le roi Janus arrive à Paphos. Makhairas énumère les capitaineries de Le fka au sud de la baie de Morphou, Limassol, O reini au sudouest de Leucosie, Peristerona, Morphou, Leflkoniko.

<sup>50</sup> C. Sathas, E. Miller, *Chronique...*, v. 2, pp. 209, 211, 213. Les capitaines des galères firent sortir tous les esclaves qui allèrent saccager tout ce district et capturant beaucoup d'hommes et de femmes. Plusieurs s'enfuirent dans les montagnes et les génois enlevèrent des vivres et des animaux en grande quantité.

<sup>51</sup> C.Sathas, E. Miller, *Chronique...*, v. 2, pp. 95, 99, 105, 183-191.

«ils ont tué comme un porc le roi qui a honoré Chypre»<sup>52</sup>. Les génois ont donc été les instruments de la colère de Dieu. De ce regard plus subjectif que l'essai onirique de Philippe de Mézières, ou les récits des voyageurs, on recueille l'image du doux pays de Chypre sous la domination des Lusignan, avant que les Vénitiens ne dominent l'île de 1489 à 1571. Comme l'avait redouté Makhairas, Chypre perd sa souveraineté au profit de Venise<sup>53</sup>, en 1570-1571 la menace turque devient une réalité pour l'île après l'expédition et l'occupation ottomane. La population dont Philippe de Mézières et Léonce Makhairas prévoaient le sort tragique survit, elle réussit à s'adapter à la situation nouvelle<sup>54</sup>. Elle conserve malgré tout le sentiment de son identité chypriote. Cette île qui a vu tant d'étrangers sur son sol peut reprendre à son compte les paroles de consolation que l'on avait adressées au roi Pierre II, alors prisonnier des génois: «tous ces gens là passeront et toi, le vrai seigneur, tu resteras, parce que l'eau s'en va et le sable reste, c'est-à-dire les étrangers s'en vont et les indigènes resteront»<sup>55</sup>. Pour Makhairas, c'est ce sable lourd que les étrangers ne pourront pas détruire. D'ailleurs plusieurs de ces familles étrangères ont réussi à s'incorporer dans le mélange local, si on en croit des sources qui parlent de collaboration avec le nouvel occupant allant jusqu'à l'islamisation, qui a permis à certains de conserver leurs terres et leurs biens.

---

<sup>52</sup> C. Sathas, E. Miller, *Chronique...*, pp. 237 et 273.

<sup>53</sup> B. Arbel, «Résistance ou collaboration? Les Chypriotes sous la domination vénitienne», *État et Colonisation...*, pp. 131-145. Cherche à présenter les relations des grecs et des latins comme une osmose dépourvue d'antagonisme.

<sup>54</sup> C.P. Kyrris, «Modes de survivance, de transformation et d'adaptation du régime colonial latin de Chypre après la conquête ottomane», *État et Colonisation...*, pp. 153-157. Point de vue neuf; il insiste surtout sur les formes d'adaptation des classes dirigeantes et la formation d'une grande communauté chypriote grecque à Venise et sur l'afflux de nouveaux venus occidentaux à Chypre. Autre point de vue et controverse à ce propos, voir B. Arbel, «Résistance ou collaboration? Les Chypriotes sous la domination vénitienne», pp. 131-143, et P.W. Edbury, «La classe des propriétaires terriens franco-chypriotes et l'exploitation des ressources rurales de l'île de Chypre», *État et Colonisation...*, pp. 145-152.

<sup>55</sup> C. Sathas, E. Miller, *Chronique...*, v. 2, p. 281; et p. 225, la déclaration des gens de Cérines à Jacques de Lusignan: «tous nous te voulons, nous te regardons comme notre seul seigneur, parce que personne plus que toi n'aime notre île».

Pierre GUICHARD

## L'ISLAIRE ARABE MÉDIÉVAL DANS LA MÉDITERRANÉE ET DANS L'ATLANTIQUE

Le monde musulman est, dans ses fondements et dans ses structures initiales, un monde plus continental que maritime. Toutes les grandes capitales des premiers siècles de l'islam – Medina-La Mecque, Damas, Bagdad, Fustat-Le Caire en Orient, Cordoue, Kairouan, Fès, Tahert, Siyilmasa en Occident – sont des villes de l'intérieur, sans doute reliées à la mer par des cours d'eau ou des routes caravanières, mais auxquelles l'univers maritime n'est pas *a priori* familier. La mer apparaît longtemps comme un monde hostile. Alexandrie et Carthage, occupées lors de l'élan conquérant, sont quelque temps menacées de reconquête par les Byzantins. La capitale de l'Égypte arabe est fixée à Fustat et non dans la grande métropole traditionnelle du pays. Les premiers gouverneurs d'Ifriqiya font abandonner la seconde de ces villes, et édifient à côté Tunis, sur un site mieux défendu, qui est une ville militaire, centre de garnison et arsenal. Plus tard, à l'époque des gouverneurs abbassides et des premiers émirs aghlabides, la côte ifriqiyenne se couvrira de *ribat/s* destinés à protéger le pays contre la puissance maritime byzantine. Si l'on se tourne surtout vers l'Andalus, on pourrait rappeler que les califes omeyyades avaient été, dit-on, réticents à permettre le franchissement de la mer pour sa conquête, et hésité à maintenir en al-Andalus, pourtant séparé par un bien modeste détroit du «continent» islamique, un peuplement arabo-musulman permanent.

Les îles entrent cependant assez vite dans les perspectives militaires des Arabes d'Orient et d'Occident. La guerre menée contre Byzance oblige les pouvoirs arabo-musulmans à s'y intéresser, pour y contester la domination de la puissante thalassocratie byzantine. Dans cette perspective, des îles sont attaquées très tôt, comme Chypre dès 648, une occupation permanente de l'île, ainsi que de Rhodes, ayant lieu dès 654. C'est à l'occasion de la première de ces deux attaques que le calife 'Umar aurait exprimé sa méfiance envers une entreprise maritime qu'il jugeait trop aventureuse, l'expédition ayant été décidée par le gouverneur de Syrie Mu'awiya, un gouvernant plus ouvert aux réalités géopolitiques que les premiers compagnons de Mahomet et le milieu «vieux croyant» de la Mecque. La Sicile, pour sa part, fut attaquée

dès 652, alors que les armées arabes n'avaient pas encore pris pied en Ifriqiya. Après la crise du milieu du VII<sup>e</sup> siècle et l'instauration du califat omeyyade, la guerre en Méditerranée reprit avec une vigueur renouvelée. En Méditerranée occidentale, depuis l'arsenal créé à Tunis un peu avant 700, la Sicile fut régulièrement attaquée par les flottes arabes, qui atteignirent aussi plus occasionnellement les Baléares et la Sardaigne. On ne connaît pas moins d'une vingtaine de ces expéditions durant la première moitié du VIII<sup>e</sup> siècle.

Au milieu du siècle, cependant, la seconde grande crise politique qui secoue le *Dar al-Islam* à l'époque de la chute du califat omeyyade de Damas met un terme à ces expéditions. L'établissement de la capitale de l'empire abbasside à Bagdad, au milieu de vieilles terres mésopotamiennes et sassanides très éloignées de la Méditerranée, oriente la civilisation islamique vers des directions nouvelles. Géopolitiquement encore, le pouvoir de Bagdad ne regarde plus guère vers l'ancienne mer romaine qui devient une frontière lointaine bien plus qu'un espace à conquérir. À l'extrême occident du monde musulman, des pouvoirs pratiquement indépendants apparaissent: les Omeyyades de Cordoue, les Midrarides de Tahert, les Idrissides de Fès, et finalement les Aghlabides de Kairouan qui, pour reconnaître en principe la souveraineté du califat abbasside – ce qui n'était pas le cas des pouvoirs précédents – n'en mènent pas moins une politique tout à fait indépendante. Comme on l'a déjà dit, ces pouvoirs sont tous établis à l'intérieur des terres et eux non plus ne regardent qu'assez vers la Méditerranée. Ils n'ont d'ailleurs guère, pour la plupart, la force nécessaire pour y entretenir des flottes importantes. C'est ainsi que les Normands pourront sans être inquiétés sur mer venir s'attaquer en 844 aux côtes d'abord atlantiques, puis méditerranéennes d'al-Andalus.

Durant cette époque, les relations des provinces occidentales du *Dar al-Islam* avec l'espace maritime sont environnées d'obscurité. Les côtes méditerranéennes, et à plus forte raison les îles, donnent l'impression de sortir presque de l'histoire. On n'y compte que très peu de villes notables, en dehors des centres côtiers du littoral ifriqiyen tourné vers l'Orient, de Tunis à Gabès. Les échanges maritimes à longue distance semblent peu importants et dangereux. On sait par exemple par un texte d'Ibn Hayyân que ce n'est qu'en 942 que des marchands amalfitains vinrent pour la première fois à Cordoue, à la suite d'accords de paix que le califat avait passé avec le souverain chrétien *Undjuh*, probablement le roi Hugues de Provence, qui dans ces mêmes années tente d'établir son pouvoir sur l'Italie dont il a obtenu la couronne, et entretient des rapports étroits avec les «Grecs» du Sud de l'Italie et de Constantinople. Auparavant, ces marchands grecs ne pouvaient guère s'aventurer au-delà de la Thyrrénienne, menacés qu'ils étaient par la piraterie sarrasine dont les bases se trouvaient en particulier aux Baléares et à Fraxinetum.

La mer n'était en effet sans doute pas une inconnue pour tous les musulmans du IX<sup>e</sup> siècle. Mais elle était le domaine de bandes de marchands-pirates aventureux, qui se consacraient autant à la piraterie qu'au commerce, les «Sarraceni» et «Mauri» des sources carolingiennes, qui venaient, depuis

l'extrême fin du VIII<sup>e</sup> siècle, razzier les côtes de Provence et d'Italie. Les textes arabes sont pratiquement muets sur ces activités, qui se maintenaient tout à fait en marge de l'historiographie officielle. On ne constate, chez les géographes, qu'une connaissance très floue d'un monde insulaire qui reste en dehors de l'Islam, soumis à des attaques dont il ne nous est parlé, du côté des sources arabes, que de façon vague et globale. Ibn Rusteh, qui écrit vers 903, et Qudama vers 932, signalent que la Méditerranée compte plus de cent cinquante îles habitées et cultivées (ils incluent les îles des deux bassins oriental et occidental) mais soumises aux attaques musulmanes.

Ce lien avec la piraterie musulmane est bien marqué, aux IX<sup>e</sup> et X<sup>e</sup> siècles pour une «île» bien particulière du bassin occidental de la Méditerranée, longtemps énigmatique, le Yabal-al-Qilâl, que les géographes de cette première époque des descriptions de la terre situent cartographiquement et dans leurs descriptions sur la côte franque en face du Rhône et de Rome, et décrivent avec quelque détail. Cette «île» est maintenant bien identifiée avec la colonie musulmane de Fraxinetum, à la lisière du massif provençal des Maures, entre 891 et 973. De là partaient des raids musulmans en direction de la Provence et des Alpes. Il est probable que le Massif des Maures était alors entouré de zones marécageuses et lagunaires qui lui donnaient aux yeux des observateurs de l'époque un certain caractère d'insularité. Les Sarrasins de Fraxinetum étaient initialement une petite bande venue d'Espagne. Les liens avec la péninsule se maintinrent certainement. Lorsque 'Abd al-Rahman III conclut un accord avec Hugues de Provence, il en communique, on l'a vu, le texte au gouverneur de Fraxinetum, qui dépendait donc à ce moment du pouvoir de Cordoue. Il semble bien par ailleurs que le matériel céramique trouvé dans les épaves de navires musulmans du X<sup>e</sup> siècle provienne directement de la côte orientale d'al-Andalus.

On ne possède que quelques informations très fugitives et fragmentaires sur le Yabal al-Qilal, dont les musulmans furent, on le sait, expulsés en 972-973, au moment où la géographie arabe commence précisément à se développer dans des textes plus abondants et plus précis que ceux, évoqués plus haut, d'Ibn Rusteh et de Qudama. Ce sont des auteurs du milieu du X<sup>e</sup> siècle, al-Istajri et Ibn Hawqal, qui écrivent entre 950 et 970, qui évoquent textuellement et cartographiquement la colonie sarrasine de Provence avec une certaine précision, alors qu'al-Muqaddasî, aux environs de 985, n'en fait plus mention. Le monde insulaire de la Méditerranée occidentale commence alors seulement à être connu de façon un peu moins vague. Il reste cependant un univers assez «sauvage» et peu densément occupé. Ainsi Malte, byzantine jusqu'en 870, puis occupée par les Aghlabides, ne serait au X<sup>e</sup> siècle, d'après Ibn Hawqal, peuplée que d'ânes et de moutons devenus sauvages, ainsi que d'abeilles, et n'y aborderaient que des marchands trafiquant de ces animaux et ceux qui veulent récolter le miel. Dans le bassin oriental, la Crète, conquise on le sait par des Andalous, et musulmane de 827 à 960, ne nous est, en dépit de sa superficie considérable, guère mieux connue que le Yabal al-Qilal.

La taille de la Sicile la fait quelque peu échapper à une insularité trop caractérisée. C'est évidemment la mieux connue des îles musulmanes de la Méditerranée. Al-Muqaddasî, vers 985, au moment où elle devient un émirat pratiquement indépendant, en donne une description assez brève, mais précise. Le texte beaucoup plus long d'Ibn Hawqal, un peu antérieur, correspond à un témoignage direct, puisque l'auteur a séjourné dans l'île. Il est très critique avec ses habitants, qu'il juge stupides en raison de leur habitude invétérée de manger de l'oignon! Il est difficile de dire si l'insularité de la province pèse sur son jugement, mais on n'échappe pas à l'impression qu'il considère la Sicile comme un monde à part, marginal par rapport aux régions «normales» du Dar al-Islam, que sa situation frontalière et maritime ne favorise pas.

Les autres îles musulmanes importantes de la Méditerranée occidentale, les Baléares, ont une histoire très significative du très lent rattachement du monde insulaire aux États musulmans continentaux. Elles sont attaquées et razzées en 707, puis on n'entend plus parler jusqu'en 798, où elles font à nouveau l'objet d'une invasion de la part d'éléments que je crois appartenir aux forces rassemblées à ce moment sur la côte orientale d'al-Andalus par les frères de l'émir 'Abd al-Rahman I<sup>er</sup>, révoltés contre son petit-fils et second successeur al-Hakam I<sup>er</sup>. Elles demandent alors du secours à Charlemagne, et la tentative semble avoir échoué, puisqu'un demi-siècle plus tard, sous 'Abd al-Rahman II, en 848-849, il fallut envoyer une nouvelle expédition navale pour contraindre les habitants des Baléares à respecter le pacte (*'ahd*) qui les liait aux musulmans d'Espagne. Il fallut un autre demi-siècle avant qu'une troisième expédition, en 902, rattache officiellement Majorque au *Dar al-Islam*; encore s'agit-il d'une sorte d'expédition privée, menée par un riche Cordouan, 'Isam al-Jawlani, avec la seule approbation du pouvoir émiral de Cordoue alors en pleine crise politique. Encore le lien politique établi avec Cordoue à la suite de cette conquête ne se resserra-t-il que progressivement, et n'est-ce qu'après le milieu du X<sup>e</sup> siècle qu'un gouverneur directement nommé par le pouvoir omeyyade succéda au *wali* 'Isam, auquel aurait succédé ensuite son fils.

Ibn Hawqal donne une description succincte de Majorque un peu après le milieu du siècle. C'est pour lui une île musulmane, appartenant au souverain de Cordoue, «éloignée de la côte et qui fait face à la France». Il signale sa richesse agricole, et surtout l'importance de l'élevage, en particulier celui des mules, qu'il considère comme la grande spécialité de l'île. C'est un trait que l'on pourra rapprocher de ce qu'il dit au même moment de l'existence de grands troupeaux d'ânes à Malte, les deux îles étant l'une et l'autre exportatrices d'équidés. L'abondance de ces animaux dans l'île ressort d'ailleurs d'un autre texte, d'Ibn al-Jatib, qui fait état de la grande importance de l'élevage des juments de race pour l'économie des Baléares. Cela suggère un espace assez peu peuplé, consacré surtout à l'élevage. Une autre description intéressante des îles orientales est celle que donne al-Zuhri, vers le milieu du XII<sup>e</sup> siècle. Il insiste aussi sur la place de l'élevage. Il souligne par ailleurs

certaines particularités insulaires, comme l'absence de production d'olives. On notera que l'on ne possède pas de texte d'al-Idrisi concernant les Baléares.

La présence des îles dans l'histoire, la littérature, la mentalité arabes du Moyen Âge peut se lire de deux façons très différentes. D'une part des références précises à une histoire et à une géographie «terre à terre» des îles réelles, qui font partie du *Dar al-Islam*, même si, comme celles dont on vient de parler, elles y sont rattachées tardivement et restent toujours quelque peu marginales; d'autre part une tendance à entourer d'imaginaire des îles plus rêvées que décrites, qui constituent un «autre monde» bien éloigné de la vie concrète et du quotidien. Les îles de la Méditerranée se rattachent de toute évidence à la première catégorie, car elles n'ont jamais exalté l'imagination des auteurs qui ne nous apportent à leur sujet que des informations tout à fait plausibles, tenant aux caractéristiques de ces terres et de leurs habitants. Il en va un peu différemment des îles atlantiques, aux limites incertaines du monde connu des musulmans d'Occident. Plus rarement citées et de toute évidence connues de façon bien plus vague que les précédentes, ces îles ouvrent une porte un peu moins étroite au rêve, peut-être moins en tant que telles que parce qu'elles sont situées au milieu d'un océan très peu connu (*Bahr al-Zulumat*, mer des ténèbres, ou *Bahr al-Muhit*, mer environnante), qui se perd dans des régions septentrionales environnées de brumes, où vivent des hommes et des animaux étranges. C'est ainsi que, d'après al-Idrisi, qui mentionne 27 îles atlantiques, et cite quelques curiosités ou merveilles s'y produisant, une île de l'archipel canarien aurait été appelée *Sa'ali* (les Ogresses), car elle était le domaine de ces êtres monstrueux. Une autre île du même archipel était dénommée «Deux frères sorciers», car on y voyait deux rochers dans lesquels Allah, dans les temps anciens, avait transformé deux pirates qui s'en prenaient aux navires qui passaient auprès d'eux.

Ce caractère merveilleux n'est cependant pas, me semble-t-il, l'impression dominante que laissent les rares sources relatives aux îles atlantiques, Canaries et Açores, que quelques marins arabes audacieux purent atteindre en s'éloignant des côtes d'al-Andalus ou du Maghreb. D'un article en cours de publication que m'a très aimablement communiqué Christophe Picard, il me paraît ressortir que les *'aga'ib* ou récits d'étrangetés et de faits merveilleux relatifs à l'espace atlantique concernent davantage le caractère d'extrémité du monde de cet espace et les zones côtières d'al-Andalus que la croyance en un monde insulaire merveilleux: «beaucoup de récits merveilleux –écrit-il– sont liés à cette région, parce qu'elle est située le long de l'océan qui forme la limite extrême du monde connu; la même idée transparait dans les descriptions des îles océaniques».

On ne sait pas comment exactement les musulmans connaissaient les Canaries et semble-t-il aussi les Açores, peut-être à la fois par la tradition littéraire antique et par quelques contacts directs que laissent supposer les quelques récits d'expéditions atlantiques que rapportent les sources. D'après le voyageur al-Mas'udi, mort en 956, un musulman de Cordoue appelé Jasjas aurait fait une expédition dans l'océan au milieu du IX<sup>e</sup> siècle, et en aurait



ramené du butin et des récits célèbres en al-Andalus. Une autre expédition d'exploration est mentionnée par plusieurs auteurs, celle des huit «aventuriers» (*mugarrirûn*) de Lisbonne qui se seraient à leur tour enfoncés dans l'Atlantique. Après douze jours de navigation, ils arrivèrent dans une île dont les habitants avaient la peau rouge. Ils furent ensuite transportés dans une autre île et emprisonnés, jusqu'à ce qu'un interprète parlant l'arabe les interroge au nom du chef local. Ils furent ensuite ramenés en trois jours sur la côte marocaine, à Safi semble-t-il. Al-Idrisi, qui donne le récit le plus consistant sur cette aventure, fait état d'une autre tentative pour atteindre les Canaries, celle d'un amiral almoravide qui aurait tenté de les conquérir et y laissa la vie.

Du temps d'al-Idrisi, les Canaries ne sont cependant pas un monde vraiment mystérieux. Comme le note Christophe Picard, le grand géographe du XII<sup>e</sup> siècle distingue assez soigneusement les étrangetés relatives à ces îles, et la connaissance sans doute vague, mais assez terre à terre, que l'on en a: ce sont, dit-il, des îles prospères grâce à l'élevage et à la pêche. Une autre tentative plus tardive pour atteindre les terres situées au-delà de la «Mer environnante» (et non pas semble-t-il les Canaries elles-mêmes) aurait été faite dans la première moitié du XIV<sup>e</sup> siècle par le souverain du Mali. Elle fut racontée par le sultan Mansa Musa en voyage vers la Mecque au gouverneur mameluk du Caire, et retranscrite par Ibn Fadl Allah al-'Umari (mort en 1348). D'après ce récit, le prédécesseur de Mansa Musa aurait envoyé une expédition de 200 navires dans l'Atlantique. Un seul put en revenir, et son capitaine raconta avoir atteint un grand fleuve coulant dans l'Océan (l'Amazone?); le souverain organisa alors une seconde expédition plus importante, dont il prit la tête, et qui disparut complètement.

Le caractère peu «fantastique» des textes évoqués pourra surprendre, dans la mesure où l'on tend parfois à considérer l'«imaginaire» arabe concernant les îles comme particulièrement riche. Un bon exemple de cette vision des choses est présenté par l'ouvrage d'Angelo Arrioli, *Islario maravilloso. Periplo árabe medieval*, publié en espagnol dans une collection intitulée «Imaginario». J'avoue que je ne connaissais pas cet ouvrage, qui relève, me semble-t-il, de préoccupations plus littéraires qu'historiques. L'intérêt des rencontres de ce type est justement de favoriser les contacts pluridisciplinaires, et je remercie vivement Marcos Martínez de me l'avoir communiqué avant mon intervention. En fait, l'auteur de cet ouvrage ne se cache pas d'avoir effectué un «montage» très subjectif:

Este es el texto propuesto que llamo *Islario*, palabra imaginada, palabra casi inexistente, para un texto también inexistente. Un texto creado aprovechándose de otros textos; filtrado a través del velo de una traducción –la mía– de los originales en lengua árabe, fiel a ese mismo imperativo de ir en busca de maravillas, arbitrariamente entresacando, amputando, seleccionando, sin añadir nada sino algún título, intercalando aquí y allá apuntes de viajes señalados en cursiva (p. 20).

À mon avis, la mentalité arabe médiévale laisse moins de place à l'imaginaire et au fantastique que l'imagerie occidentale ne lui en a prêté en brochant principalement sur certains contes qui forment la trame des *Mille et une nuits*, et en particulier sur ceux qui concernent Sindbad le Marin. On n'oubliera pas que ce texte célèbre est fortement marqué d'influences indo-iraniennes. Dans cette ligne de réflexion il ne me paraît pas sans intérêt de noter que l'ouvrage peut-être le plus significatif du courant merveilleux dans la géographie musulmane médiévale, en particulier en ce qui concerne le monde insulaire et son imaginaire, est un ouvrage anonyme de la fin du X<sup>e</sup> siècle de l'ère chrétienne qui porte le titre de *Hudud al-'alam* («Les limites du monde»). Or il s'agit d'un livre rédigé en persan, qui compte précisément parmi les premiers ouvrages où se manifeste la contestation de l'arabe dans le cadre du retour à la culture iranienne qui se manifeste autour de la dynastie des Samanides de Khurassan. Curieusement, le géographe arabe antérieur le plus porté à insérer dans son texte des notices merveilleuses est Ibn al-Faqih, aux environs de 900, qui est iranien.

On pourrait peut-être aller plus loin. Arrioli conclut son livre en soulignant un peu mélancoliquement que par une sorte de perfidie de l'histoire, ce n'est pas aux Arabo-Musulmans, qui avaient pourtant, comme on l'a vu, tenté très tôt quelques voyages désintéressés sur l'Atlantique, qui allait revenir de découvrir l'Amérique. La gloire de cet événement, écrit-il, «le tocó en suerte, por pura casualidad, a quien tenía intenciones muy distintas: recoger oro y plantar cruces, como se ha afirmado recientemente» (p. 207). En réalité, du point de vue d'un historien, il ne me semble pas que l'on puisse attribuer au hasard la découverte de l'Amérique. Il est évident que l'événement s'insère dans tout un mouvement de projection de l'Occident hors de ses frontières engagé bien plus tôt et auquel le débarquement de 1492 ne fait que donner le point d'inflexion qui lui permettra de développer toutes ses possibilités avec la conquête d'un nouveau continent, puis du monde entier.

La comparaison des «imaginaires insulaires» dans le monde arabe en Occident que cette rencontre me permet d'amorcer, sans être en mesure d'aller plus loin que quelques très brèves suggestions, montrerait sans doute du côté occidental un imaginaire plus maritime et dynamique. Comme on l'a entrevu dans plusieurs des communications qui nous ont été présentées, cet imaginaire a joué un rôle incontestable dans le processus de conquête du monde par l'Occident. Les îles merveilleuses – l'île au trésor ou l'île d'Utopie, aussi bien que l'«Eldorado» rêvé – se trouvaient toujours reportées plus loin, au-delà des terres déjà explorées où l'on avait vérifié qu'elles ne se trouvaient pas, et stimulaient de nouvelles expéditions. Je ne crois pas que l'on puisse trouver rien de semblable dans les écrits et la mentalité arabes. Il ne me paraît pas sans signification que la géographie mythique des Arabes ait plutôt envisagé le monde habité comme un domaine essentiellement continental, limité à l'est par le pays de Gog et Magog, où Dieu lui-même a enfermé le peuple dévastateur qui viendra ravager le monde à la fin des temps, et à l'ouest par les multiples «idoles» qui, sur les côtes atlantiques et aux îles les

plus occidentales, atteintes jadis par Alexandre (*Dhu l-Qarnayn*, l'homme «aux deux cornes», qui a atteint les deux extrémités du monde) indiquent aux audacieux qui seraient tentés de les franchir que ces limites ne doivent pas être dépassées:

En medio de esta isla [il est permis de rêver qu'il s'agit de Tenerife] hay un monte circular en el que hay un ídolo rojo construido por As'ad Abu Karib al-Himyari, aquel Bicornio, con ese nombre es llamado cualquiera que haya alcanzado los extremos de la tierra [...] Erigió allí aquel ídolo como señal para quienes se dirigieran hacia aquella parte, para asegurarles que más allá no había camino para recorrer (Arrioli, pp. 103 et 192).

À l'époque où al-Himyari, auteur maghrébin de la fin du Moyen Âge, insère cette notice sur l'île de *Masfahan* dans son dictionnaire géographique, la prépondérance en Occident était définitivement passée aux chrétiens. On sait que dès 1291 deux Génois, les frères Vivaldi, avaient tenté un premier voyage au-delà du détroit de Gibraltar avec deux galères, inadaptées aux vagues de l'Atlantique, et n'étaient pas revenus. Les Portugais atteignent Madère en 1330, et les Canaries en 1341. Ces dernières apparaissent sur la carte de Dulcert de 1339. María Jesús Viguera a publié récemment la traduction d'un texte fort intéressant de l'historien égyptien Makrizi qui fait état d'une expédition génoise aux Baléares antérieure à 1340, qui serait celle du Génois Lancelotto Malocello (de 1312 ou de 1336?). Si l'on se préoccupe encore, du côté musulman, de ces îles de l'extrémité du monde connu, l'initiative revient désormais sans conteste aux Européens, et le rythme des contacts va se précipiter d'une manière presque incroyable. À peine reconnues, les Canaries sont abordées par des navires de nombreuses nations d'Europe, océaniques ou méditerranéennes. Dès 1344, avec Luis de la Cerda, se profile déjà la première revendication castillane. Il faudra encore un bon demi-siècle pour que tout cela se précise, mais un processus inéluctable est en marche, et une nouvelle époque commence, qui n'entre plus dans le cadre de cette contribution.

## NOTE BIBLIOGRAPHIQUE

- Arrioli, Angelo, *Islario maravilloso. Periplo árabe medieval*, Madrid, 1992.
- Barceló, Miquel, *Sobre Mayurqa*, Palma de Mallorca, 1984 (voir surtout les pages 35-53).
- Chaunu, Pierre, *L'expansion européenne du XIII<sup>e</sup> au XV<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1969.
- Guichard, Pierre, «Animation maritime et développement urbain des côtes de l'Espagne orientale et du Languedoc au X<sup>e</sup> siècle», *Occident et Orient au X<sup>e</sup> siècle* (IX<sup>e</sup> Congrès de la Société des Médiévistes, Dijon, 1978), Paris, 1978, pp. 187-201.

- Guichard, Pierre, «L'intégration des Baléares au pouvoir omeyyade de Cordoue», *Les illes orientals d'al-Andalus* (V Jornades d'Estudis Històrics Locals, Institut d'Estudis Balearics), Palma de Mallorca, 1987, pp. 55-71.
- Ibn Hauqal, *Configuration de la terre (Kitab surat al-Ard)*, introduction et traduction par J.H. Kramers et G. Wiet, Beyrouth-Paris, 1964, t. I.
- Miquel, André, *La géographie humaine du monde musulman jusqu'au milieu du XI<sup>e</sup> siècle*, 4 vol., Paris, 1967-1983 (voir surtout les volumes I et II).
- Picard, Christophe, «Récits merveilleux et réalité d'une navigation en océan atlantique chez les auteurs musulmans», *Miracles, prodiges et merveilles au Moyen Âge* (Congrès des Médiévistes d'Orléans, 1994), Paris, 1995.
- Rodinson, Maxime, «La place du merveilleux et de l'étrange dans la conscience du monde musulman médiéval», *L'étrange et le merveilleux dans l'Islam médiéval* (Colloque de l'Association pour l'avancement des Études Islamiques, Paris, 1974), Paris, 1978, pp. 167-187.
- Viguera Molins, María Jesús, «Eco arabe de un viaje genovés a las islas Canarias antes de 1340», *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 2 (2), 1992, pp. 257-258.